

Instituto Latinoamericano de Planificación
Económica
S.A.

FILOSOFÍA,
EDUCACIÓN
Y
DESARROLLO

por
JOSÉ MEDINA ECHAVARRÍA

MÉXICO
ARGENTINA
ESPAÑA



Primera edición, 1967

© SIGLO XXI EDITORES, S. A.

Gabriel Mancera 65 — México 12, D. F.

DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Índice

PRIMERA PARTE: LA REFLEXIÓN CRÍTICA

UNO	EL DESARROLLO Y SU FILOSOFÍA	3
	I. Filosofía del desarrollo	3
	Planteamiento del tema, 4; La naturaleza del desarrollo, 11; Sobre los "sistemas económicos", 14	
	II. Economismo de mercado	17
	Capitalismo puro, 19; Capitalismo reformado, 27; El mercado internacional como residuo, 29; La idea de libertad, 31	
	III. Economismo de planeación	34
	La planeación como alternativa, 38; La fase intensiva del desarrollo soviético, 44; Planeación como mercado, 46; La idea de igualdad, 48	
	IV. Las sociedades industriales y la meta del desarrollo	52
	Interpretaciones, 57; La gran fase de transición, 59; La situación del individuo, 60; La denominada sociedad pluralista, 63; Weber y Marx, 65	
	v. Desarrollo para el hombre	66
	El progreso sin la fe en el progreso, 71; Dinámica del desarrollo y sociedad de consumidores, 76; La aportación del mundo hispánico, 80	
DOS	GLOSAS A "NACIONALISMO Y DESARROLLO"	86

SEGUNDA PARTE: SOBRE LOS SUPUESTOS HUMANOS

UNO	DESARROLLO ECONÓMICO Y EDUCACIÓN	105
	1. Sobre el papel de la educación en las sociedades industriales modernas	105
	2. Sobre el papel de la educación en las sociedades en desarrollo	107
	<i>a)</i> La educación como factor del desarrollo 108; <i>b)</i> La educación como mecanismo de transformación social, 110; <i>c)</i> Los soportes humanos de la educación, 113	
	3. Sobre la pervivencia de las tareas tradicionales de la educación	116
	4. Sentido y razón de ser de esta conferencia	118
DOS	FACTORES SOCIALES DE LA EDUCACIÓN	120
	I. Los distintos puntos de vista sobre la educación	120
	II. Los factores sociales de la educación	123
	1. La demanda educativa	124
	<i>a)</i> La determinación social de los "niveles de aspiración", 124; <i>b)</i> Las modificaciones de la demanda por la acción misma de la educación, 129	
	2. Necesidades educativas	131
	<i>a)</i> Necesidades determinadas por la estructura económica, 131; <i>b)</i> Necesidades exigidas por la cohesión social, 133; <i>c)</i> Necesidades derivadas del ideal educativo, 134	
	3. Servicios educativos	135
	<i>a)</i> Posibilidades de sobre y de infra-organización, 135	

III. La planeación educativa y los distintos desequilibrios 139

IV. La finalidad suprema de toda planeación educativa 141

TRES LA REFORMA DE LA UNIVERSIDAD LATINOAMERICANA 143

CUATRO LA UNIVERSIDAD ANTE EL DESARROLLO ECONÓMICO 172

I. El desarrollo y la sociedad determinada por él 172

II. Cuadros ocupacionales y racionalización general 178

III. Las metas extraeconómicas del desarrollo y el problema de las sociedades "opulentas" 182

IV. La transformación funcional de la universidad 184

V. La crisis de la idea clásica de universidad 190

VI. La investigación intra y extramuros 199

VII. La investigación para el desarrollo 205

VIII. La reforma en continuidad de la universidad latinoamericana 214

IX. Universidades experimentales 222

X. Sobre los polos del crecimiento científico 226

XI. Universidades e institutos supranacionales 230

XII. Función crítica de la universidad en la política del desarrollo	235
--	-----

CINCO LA JUVENTUD LATINOAMERICANA COMO CAMPO DE INVESTIGACIÓN SOCIAL	237
--	-----

TERCERA PARTE: TEORÍA E INVESTIGACIÓN

UNO LAS RELACIONES ENTRE LAS INSTITUCIONES SOCIALES Y ECONÓMICAS	269
I. Cuestiones teóricas generales	269
II. El "tipo ideal" del desarrollo en la historia occidental	273
1. Weber y las condiciones sociales de la economía liberal	273
2. La invalidación histórica del paradigma weberiano	277
III. El concepto de modelo en el pensamiento actual	279
1. Historia y teoría del modelo	279
2. Los componentes sociales del modelo económico	284
IV. Esquema de los factores sociales estratégicos en el desarrollo económico	287
1. La disposición económica general	289
2. La capacidad ejecutiva	291
3. La capacidad directiva	294
4. La movilidad social	296
V. El elemento externo fundamental del modelo económico	298
1. Racionalidad económica y política	299
2. Efectos políticos del desarrollo	304

	vi. La constelación originaria y las paradojas de la historia latinoamericana	305
DOS	PLANTEAMIENTO DE UNA INVESTIGACIÓN	310
NOTA		322

PRIMERA PARTE

La reflexión crítica

EL DESARROLLO Y SU FILOSOFÍA *

I. FILOSOFÍA DEL DESARROLLO

No sólo por no parecer convencional sino por estrechez de tiempo quizá me fuera perdonado declarar todo lo que me honra sentirme hoy huésped de esta Universidad, de no ser porque se trata de algo directamente ligado a nuestra tarea. Pues por diversas contingencias no he podido en otras ocasiones responder a su grata invitación, y al serme renovada decidí aceptarla con el mayor entusiasmo sin preguntar siquiera cuál era el tema que se me pedía. Cuando lo conocí declaro que estuve a punto de dar la más vergonzosa espantada torera, de echarme de cabeza al callejón sin decoro alguno. Porque hacer algo sobre filosofía del desarrollo —ya en sí una temeridad— es pura insensatez si solo se dispone de unas pocas tardes. Como a pesar de todo estoy aquí tendría que dar de mi arrojito algunas razones. Quizá no las tenga o solo sea porque sí, porque no hay tal arrojito. Debiera sin embargo buscarlas, pero hoy nos cohibe a todos nuestra asimilación del freudismo y otras doctrinas semejantes poniéndonos en guardia ante lo que pudieran ser puras racionalizaciones, derivaciones encubridoras. Quizá se trate de la ilusión de un retorno a días juveniles en que me acerqué con no poco entusiasmo a la filosofía. Quizá se trate al contrario del simple hecho en que mi edad de hoy me inmu-

* ADVERTENCIA: Se trata sencillamente de la versión taquigráfica un poco depurada de unas lecciones en la Universidad Nacional de Uruguay en el mes de febrero de 1965. Ese toque imprescindible de maquillaje no quita ni añade nada a su contenido, ni mucho menos altera su muy comedida pretensión ante el tema imponente a que responden.

niza ante el temor del ridículo. Es posible que la razón sea de carácter generacional y valga la pena por los mejores visos de verdad aceptarla como tal. Pertenecesco a una generación —española claro está— seguramente destinada a ser rigurosamente especialista; los azares de la historia lo impidieron y sólo algunos de musculatura titánica lo han podido cumplir. Por mi parte he carecido de ese vigor, no soy “experto” propiamente en casi nada y he seguido aficionado a materias muy diversas. Sólo por eso y en calidad de aficionado me enfrento hoy con el tema. Lo cual no supone, entiéndaseme bien, dejar de intentarlo con la mayor seriedad. Es decir con todo el rigor a mi alcance.

Planteamiento del tema

Por consiguiente, ¿qué sentido tiene la demanda que se me hace? ¿En qué consiste o puede consistir la filosofía del desarrollo?

Quisiera gastar el menor tiempo posible en deshacer el equívoco que deriva de un uso verbal de la lengua inglesa que domina sobre todo en Norteamérica y que impregna a todos los que estamos en el radio de su poderosa influencia. Es frecuente en ese país hablar de la filosofía de algo —de una institución, de una empresa, de una actividad colectiva o individual cualquiera— en el sentido de los criterios que lo justifican y mantienen. O bien, con el significado de un repertorio de ideas generales más o menos coherentes sobre ese algo en cuestión, sea una competencia de “bridge” o el desarrollo económico mismo. Nada hay que objetar en principio contra ese uso social, excepto que en ningún caso es filosofía.

Un hábito profesional, no pocas veces enfermizo, impulsa a todo el que se enfrenta con un tema a escudriñar las bibliotecas a su alcance a fin de no incurrir en el descubrimiento de mediterráneos o de encontrar alguna apoyatura a las pocas o muchas ideas que crea ya tener. Por nuestras latitudes lo que está a nuestro alcance es sólitamente escaso y nos hemos resignado frente a la alternativa del silencio a exhibir

habilidades de prestidigitación sin duda peligrosas. No creo sin embargo que esta sola circunstancia me obligue a declarar mi ignorancia de escrito alguno que trate formalmente por su título de la filosofía del desarrollo. El pensamiento económico, por otra parte, desprendido como otros muchos de la ciencia madre de la filosofía, ha seguido vinculado a ella de modo continuo. Lo que permitiría, supuestas las condiciones necesarias, rehacer la historia de una filosofía económica, combinando lo que algunos filósofos pensaron sobre la economía —desde Aristóteles nada menos— y lo que filosofaron no pocos economistas famosos. Pero esa historia, que no es la de las doctrinas económicas, solo existe en fragmentos. Lo cual justifica —porque la filosofía necesita siempre de su historia— las penurias actuales en el campo de la filosofía de la economía. Existe alguna que otra publicación que no he podido ver. Abrí por tanto con grandes esperanzas, caído por azar entre mis manos, el libro que el ilustre A. Amonn dedicaba precisamente al tema (*Nationalökonomie und Philosophie*, 1961) y en fecha por añadidura reciente.

Aunque su lectura no hubiera sido lo apresurada que de modo forzoso tuvo que ser, no acometería ahora la crítica siempre tan fácil como irresponsable de echarle en cara de que no dice aquello que precisamente pretendía encontrar. Lo único correcto es manifestar, porque no se trata de crítica, que la citada obra, en nada desdeñable, no me ha ofrecido la inspiración filosófica que el título sugería. Contiene es cierto un apretado resumen de las doctrinas económicas consideradas en sus aspectos filosóficos desde Platón hasta J. S. Mill y una exposición no menos ceñida de la problemática del orden económico esencialmente "individualista". Pero en los capítulos que se refieren a las cuestiones fundamentales de carácter filosófico-económico, reconoce que su esfuerzo ha tenido que ser incompleto, por tener cabalmente ese carácter la bibliografía actual sobre el tema. Por tratarse de problemas —incluidos los de política económica y social— cuyo tratamiento está muy rezagado frente al puramente analítico. Sin embargo no

deja de tener interés constatar la forma en que se estudian los referidos problemas, distribuidos entre disciplinas filosóficas especiales pero sin engarce alguno en una visión unitaria, es decir en una filosofía. Es una cuestión filosófica, desde luego, la de la construcción conceptual de la ciencia económica, pero de ello se ocupa la disciplina muy técnica y particular de la lógica científica. A otra disciplina especial, la ética, quedan consignadas otra serie de cuestiones económicas, así como las que surgen en las decisiones de la política económica. Por último, la psicología —de ser ésta disciplina filosófica en estricto sentido— se ocupa por ejemplo del *homo economicus* y de las clases de conducta económica. Ahora bien, esta articulación de los temas filosóficos— como problemas especiales— en el libro de Amonn, refleja un poco la situación inmediateamente actual de la filosofía y en ello consiste su mencionado interés.

La situación es sin embargo tan reciente, ocupa por ahora tan pocas décadas, que es imposible afirmar si nos encontramos o no en los comienzos de una larga tendencia. El hecho es que por todas partes nos topamos con una cierta atonía del pensar filosófico. Entendamos bien, ello no significa que no persista tenaz la labor filosófica, sino que ésta ofrece sus mejores cosechas en los campos reducidos de la investigación especializada. Se cultivan sobre todo disciplinas técnicas —de lógica simbólica, de filosofía matemática, de análisis estético, ontológico, etc.— completamente herméticas para el que carece de una seria iniciación en ellas. Pasado el momento del mal llamado “*existencialismo*” no ha vuelto a surgir ninguna otra forma del pensar filosófico que haya obtenido la atención general y conmovido a un público extenso. Pero inclusive, ese último gran momento —una constelación poderosa de muy diversos pensadores— tampoco pudo constituirse —ni podía— en una filosofía de vigencia general. La ausencia de una filosofía con relativo dominio colectivo viene de muchos años atrás y el hueco de esa vigencia no ha sido colmado todavía y pudiera ser que continúe por tiempo indefinido. Es significativo el hecho que en el pró-

logo de un libro dedicado a la filosofía del siglo xx, su editor se vea impelido a señalar en forma de un sistema negativo de coordinadas las notas que corresponden a una enciclopedia filosófica para nuestro tiempo. Y que lo único positivo y alentador resida en interpretarlas como una mera vinculación del filosofar con las concretas experiencias de la vida y con el trabajo afanoso de la ciencia. En esta última parte de la frase, se encierra sin embargo el nudo del problema. Bastaría por eso con hacerla cuestión problemática, para que se plantease una pura discusión filosófica fuera en estos instantes de lugar. Pero creo necesario señalarla por lo menos, para dar con algunos intentos de explicación que interesan sin duda a la interpretación sociológica. Pues todos ellos insisten en el mismo hecho, en el supuesto carácter científico de nuestra actual civilización. Un conocido sociólogo —Helmut Schelsky— se preguntaba hace poco por las posibilidades de la metafísica en nuestra civilización técnico-científica y solo encontraba estas tres: 1) un solipsismo metafísico; 2) un nihilismo metafísico y 3) y un pensar metafísico en la forma de una reflexión continuada. Significando esta última, a la que desde luego se inclina, la capacidad del hombre para anticiparse en su pensar a sus propias objetivaciones (tanto las técnicas como las sociales de nuestra edad y de poder mantener así su superioridad —el dominio distante desde la altura —sobre los procesos del mundo por él mismo desencadenados.

De manera parecida sostiene A. Gehlen —antropólogo y filósofo— que lo característico de la moderna sociedad industrial es la existencia en ella de una “cristalización de la cultura”; lo que no significa estancamiento y quietismo sino más bien el estado o condición a que se llega en cualquier campo cultural cuando todas las posibilidades de desarrollo están ya dadas en sus supuestos fundamentales. Por tanto el movimiento y el despliegue subsisten, pero dentro de ámbitos ya conocidos en su conjunto. Semejante cristalización se traduce en el campo filosófico por la extinción del gran sistema, que solía construirse a partir de una “actitud clave” (fundamental). Toda-

vía en la segunda mitad del siglo XIX fueron las ciencias las que proporcionaban el punto clave, sea por la aspiración a su síntesis o por la significación desbordante y totalitaria que se otorgaba a una de ellas, la biología, la física, la economía, etc. Pero ambas cosas son hoy imposibles. Nadie que no sea un "dile-tante" puede decir nada sobre el cosmos de las ciencias y ninguna de ellas en su continuada especializa-ción y diferenciación permite ser el punto de arran-que de una nueva concepción del mundo. La co-nexión de esas ciencias no está en la cabeza de nadie sino en el funcionamiento efectivo de la sociedad, en donde actúan por otra parte, como su oxígeno im-prescindible.

Traducido todo ésto en términos más sencillos y directos, quiere decir que la cultura de nuestros días nos induce a vivir sobre una trama de los residuos más resistentes de una vieja tradición y de las con-quistas incesantes de la nueva ciencia —de las dis-tintas ciencias— pero sin grandes ambiciones especu-lativas y sin que nadie tenga el coraje de despertar con una nueva doctrina la atención apasionada de las gentes o aún de círculos reducidos. Todo lo cual solo es válido vuelvo a recordar, si se acepta la pre-misa de que se parte, la pretensión de la filosofía de comportarse como "ciencia rigurosa".

Ahora bien, cualquiera que sea la interpretación propuesta, la pura descripción del fenómeno —nos apene o satisfaga— parece correcta: carecemos del res-guardo inmediato de una filosofía realmente vigente y no hay tampoco ciencia alguna que pretenda des-empeñar ese papel.

La inexistencia de cualquier tipo de pensar especu-lativo sobre la vida económica no tiene por eso nada de excepcional. Su estudio pertenece al coto cerrado de la ciencia económica, y en él monta guardia contra la posible incursión incluso de otras ciencias sociales. Las concesiones de convivencia solo se otor-gan en ciertas zonas fronterizas y en la forma bien significativa en sus propios términos de la denomi-nada investigación "interdisciplinaria". Las continuas aspiraciones a la síntesis que surgen independiente-

mente de cuando en cuando en todas y cada una de las disciplinas sociales oficialmente reconocidas como autónomas, encuentran la oposición de la marcha efectiva de la ciencia actual progresivamente especializada. Y esto hasta el punto de que la fisonomía de algunas ciencias tradicionales cambia de continuo ante nuestra vista haciéndolas casi irreconocibles. La ciencia económica misma que por tanto tiempo se amparó bajo el título que le diera Montchrétien —*Traicté de l'æconomie politique*— “Economía política”, ha ido eliminando con el adjetivo calificador todo lo que significaba en sustancia. La perspectiva iniciada ya en los tiempos del viejo cameralismo de encuadrar la actividad económica en el marco más amplio de las instituciones públicas. La Economía Política cede el paso a la pura “Teoría Económica” y ésta llega a descomponerse en un instrumentario tan complicado que obliga a hablar simplemente de “Análisis Económico”. En esta situación los cultivadores de una rama particular apenas si entienden ya a sus propios colegas de otras especialidades. Ni siquiera un retorno a la clásica Economía Política, que algunos consideran tarea urgente, cuenta ni mucho menos con la aquiescencia general.

Lo peregrino es que cosa semejante ocurre con la sociología que fue en sus orígenes la disciplina sintética por antonomasia. La obsesiva compulsión por revestir a toda costa el ropaje científico lleva también a la sociología actual por los caminos del análisis estricto y de la especialización rigurosa. Sus bases empíricas necesariamente recortadas la apartan del horizonte de la totalidad. Y como sin embargo no se renuncia —ni cabe renunciar— a las interpretaciones de conjunto, quedan éstas abandonadas a lo que parece ser hoy la “bestia negra” de la sedicente sociología científica, la denominada crítica cultural. Lejos de mí entrar ahora en la polémica. El argumento fundamental, es desde luego, que semejante crítica no responde a las exigencias de la ciencia; ni por su forma ni por su contenido parece ajustarse a los preceptos de la investigación científica. Lo que es cierto a no dudarlo desde determinadas posiciones metodo-

lógicas. Pero por añadidura, y no sin alguna razón, el recelo que despierta la denominada crítica cultural proviene de que muchas de sus manifestaciones son la excrecencia de mentalidades nostálgicas, afectivamente ligadas a formas irremediabilmente caducas del pasado. No siempre ni mucho menos, claro es; cuando se trata de auténticos pensadores no constituye de modo necesario una simple diatriba ennegrecida contra los aspectos negativos de la civilización técnica y económica contemporánea. Alguien tiene que intentar explicarnos lo que nos está pasando en nuestras vidas —ésta ha sido siempre misión de los intelectuales— y es de poco monto saber como hemos de denominarlos. En la situación actual es comprensible que esa crítica de conjunto de nuestro mundo y del destino en él de lo humano arraigue en el terreno de posiciones tradicionales puramente humanistas o confesionales. La continuidad de la herencia cristiana encuentra aquí su propio campo. A ella se debe uno de los mayores aportes. Pero quizá la contribución más agresiva de nuestros días es la que circula filosóficamente bajo la inspiración hegeliana. Son precisamente algunos neohegelianos o marxistas no oficiales los que aventuran hoy los más decididos combates de la crítica cultural. Un Adorno en Alemania, un Marcuse en los Estados Unidos valen como los ejemplos más significativos. Por desgracia no son fácilmente asequibles, porque a la intrínseca dificultad de la terminología hegeliana suelen unir los influjos de un freudismo más o menos ortodoxo.

Recordemos —a título de ilustración— como H. Marcuse en su reciente libro (*One dimensional man*, 1964) explica la parálisis de la crítica por la existencia de una sociedad sin oposición. Y reclama por eso a la Filosofía el cumplimiento de una tarea que no deja de ser pura “chance”, mera probabilidad. El análisis emprendido de la dimensión única tanto de la sociedad como del pensamiento, viene a significar, en su referencia a una coyuntura histórica, una filosofía —aventurémoslo así— del desarrollo inequívocamente crítica “La total interdependencia de los dos solos sistemas soberanos del mundo contemporáneo pone de

manifiesto el hecho de que el conflicto entre el progreso y la política, entre el hombre y sus dueños se ha convertido en total... Ambos sistemas han malogrado (sus potencialidades) más lejos de lo que pudiera reconocerse y en ambos casos por la misma razón —la lucha contra una forma de vida que disolvería las bases de la dominación” (*op. cit.*, p. 55).

Pero como se trata de un solo ejemplo, quedamos de nuevo abandonados a nuestras propias fuerzas. Yo mismo he sostenido más de una vez el carácter “predominante” que tiene el tema del desarrollo en nuestro tiempo y en nuestros países. Si por tal se entiende tan solo la fuerza de tracción que posee frente a otros problemas y cuestiones, a los que ilumina desde su foco con facetas de otra suerte inadvertidas. Pero no sospechaba francamente que alguna vez reclamaría también la meditación filosófica. ¿Cómo emprenderla por mi parte? Pudiera suceder como piensa Ortega —y sus razones mostraba— que el hacer filosófico nacido cierto día en Grecia se extinguieran en otro como forma específica del pensar. Tendrá o no razón la tesis de Gehler sobre la cristalización de nuestra cultura. Quizá el afán filosófico no se marchite jamás, aunque sólo sea en la forma extrema de la metafísica forzosamente personal de José Gaos (*Discurso de filosofía*, 1951). Nada de todo eso me exime a mí de la carga de bosquejar ahora la filosofía de un fenómeno, que como tal filosofía no la encuentro ya realizada y a mi alcance.

La naturaleza del desarrollo

Sería en extremo presuntuoso que invocara aquí el nombre de Descartes para poder insinuar las orientaciones de mi propósito. Y quizá incorrecto. De hecho sólo pretendo plantear la discusión filosófica por una aproximación al método de las “ideas claras y distintas”, pero sin que sea en este caso factible ofrecer la prueba de su pretensión de verdad: la evidencia en que aparecen vinculados dos conceptos. Es posible que sólo se pueda mostrar como un concepto —la realidad que abarca— nos empuja a una serie de otros más.

Podría bastarnos. En todo caso estamos obligados a partir de unos pocos conceptos económicos rigurosos y precisos, de la realidad vital que traducen. El concepto esencial es —no puede ser otro— el del desarrollo económico mismo, el cual lleva implícitos otros dos que son —querámoslo o no— el comienzo y el fin de nuestra meditación, las condiciones de su posibilidad. Se trata de la pareja formada por los conceptos de “excedente” y de “expansión”.

El desarrollo económico no es otra cosa que la expresión técnica de un hecho vulgar y corriente: un enriquecimiento continuado. Recoge en su fondo una perogrullada que todos conocemos aunque estemos muy lejos de cumplirla en nuestra vida cotidiana, que la mejor manera para hacer dinero consiste por lo pronto en no gastarlo. No nos extraña porque no es éste el único sitio en que una perogrullada sustenta tal aparato de complicados conceptos y de efectivas instituciones. Pues bien, aquella expresión convertida en un término reza escuetamente: el desarrollo económico es un proceso continuado cuyo mecanismo esencial consiste en la aplicación reiterada del excedente en nuevas inversiones, y que tiene como resultado la expansión asimismo incesante de la unidad productiva de que se trate. Esa unidad puede ser desde luego una sociedad entera y de gran dimensión, como es el caso que ahora más nos interesa. La clave de ese concepto se encuentra como en otras, en la estrecha vinculación de su por qué —excedente— y de su para qué —la expansión. Vayamos por partes por tanto, disminuyendo la prisa. ¿En qué consiste el excedente? Sabemos, sigamos o no la tradición bíblica, que el hombre ha tenido por doquier que ganarse el pan con el sudor de su frente, lo que significa que nunca ha dejado de darse en la vida humana una actividad económica aun la más mínima y reducida. Ella pudo bastar para seguir en pie, para subsistir. Pero la investigación histórica y antropológica confirman que apenas casi nunca pudo el hombre limitarse a eso. La situación designada por los economistas como “puro nivel de subsistencia” arrastra ya una mínima complejidad. Y no pudo limitarse a eso porque enseguida

se dio cuenta de que algo le sobraba, por lo pronto tiempo y energías, el acopio quizá de algún producto. Y de que ese algo que le sobraba podía utilizarlo en la preparación de algunos medios que le permitieran ir un poco más lejos en su angustioso existir. Semejante sobrante aun en el estadio más originario y primitivo no es otra cosa que el primer excedente. El cual convertido en ciertos medios —instrumentos de producción— le iba a permitir mejorar en algo, poco o mucho, el oneroso esfuerzo de su vivir. Dicho en los términos habituales, elevar el “nivel” de su existencia. Lo que con tan aparente sencillez acaba de ser relatado presenta, sin embargo, dos graves enigmas. El primero entendido como problema de génesis es históricamente insoluble e invita la ayuda de la interpretación filosófica y antropológica. ¿Cómo explicar no ya la aparición del excedente sino la conciencia humana del mismo? ¿Cómo justificar el invento de los instrumentos de producción? Pero hemos de abandonar de inmediato todo intento de respuesta porque en esta dirección la filosofía del desarrollo se identifica con la filosofía de la técnica: ¿cómo dudar de la radicalidad filosófica del tema? Pero en este caso bastaría referirse a lo dicho por Ortega, Heidegger, Gehlen, etc. dentro de una bibliografía de suyo considerable. El otro enigma no deja de ser menor, dar cuenta satisfactoria del hecho conocido de que ciertos pueblos y determinadas culturas se detuvieran para siempre o por lago tiempo en un grado determinado de crecimiento. ¿Qué razones explican su estancamiento, o sea, el apego satisfecho al nivel de existencia adquirido? A la inversa, ¿a qué se debe el empujón que otros dieron en cambio? La posible respuesta ya no escapa a la historia, pero hace sospechar que el concepto de riqueza no es puramente económico, sino una como apertura a un horizonte vital completamente distinto. Pero también aquí nos sobra con la alusión. Porque la ampliación de ese panorama vital, la conquista de una nueva y mayor riqueza en todos sus aspectos todavía no es lo que andamos buscando, la pura expansión económica en cuanto tal.

Porque va implícito en todo lo anteriormente enun-

ciado que el excedente, cuando comienza el desarrollo propiamente dicho, sólo puede aplicarse —a través de su continua inversión— a una sola finalidad, al aumento indefinido del puro producto económico —del ingreso nacional bruto como se dice hoy. Es decir, se trata de la busca de la “expansión” económica en su estricto sentido: ¿cuándo y por qué razones aparece esta cópula entre excedente y expansión de tan grávidas consecuencias? Quizá no se trate ya de un enigma pero sí de un peliagudo problema de interpretación histórica. A ella volveremos. Pues lo que ahora nos interesa de inmediato es su apresamiento conceptual.

Sobre los “sistemas económicos”

Cuando se ofrece el hecho de la expansión como propósito deliberado que se consigue por la sucesiva aplicación del excedente en nuevas actividades productivas, estamos ya ante lo que E. Heimann ha denominado “sistema económico” por antonomasia. Me temo que a lo largo de estas lecciones tenga que entrar a saco en el último libro de este ilustre maestro (*Teoría social de los sistemas económicos*), sin que a él pueda importarle más que a mí mismo. Y la razón no es sólo porque me encuentro empapado por su reciente y detenida lectura y el contacto sostenido con toda su producción anterior, sino por la coincidencia de ambos en la estimación de las mismas fuentes, que Heimann claro está ha aprovechado mejor que yo: Marx, M. Weber, W. Sombart, J. A. Schumpeter, y en los últimos tiempos, F. Perroux. La línea es clara, pero más aún la tentación del esquema ya cristalizado en el *magnun epus* de quien domina los más diversos aspectos del saber. La identificación no llega desde luego a la ceguera y en más de algún punto podría manifestar desacuerdos, pero sería impertinencia suma que les trajera a cuento allí donde por el instante no hacen falta ninguna.

Pues bien, la construcción del tipo “sistema económico” puro obliga a Heimann a buscar la contrafigura en el sistema económico integrado (expresión inglesa original más feliz sin duda que la alemana de “kul-

turellen Wirtschaft"). Saltemos por encima de evidentes dificultades metodológicas. El sentido de la contraposición típico ideal es lo suficientemente claro, para manejarlo sin temor dentro de nuestros fines científicos. Se reduce a lo siguiente, en buena parte insinuado ya. Un sistema "económico integrado" es todo aquel en donde la actividad económica está orientada y por tanto contenida por valores no económicos, sean éstos los que sean. Un sistema económico puro es todo aquel en donde esa actividad está orientada y por tanto desbordada por valores exclusivamente económicos. En el primero una parte considerable del excedente se aplica a satisfacer determinadas exigencias culturales; en el segundo la parte mayor del excedente —sino todo claro es— se aplica a la ampliación indefinida del sistema mismo. Sociedades del primer tipo se han dado por todas partes, en todas las épocas y en todos los niveles imaginables de riqueza. Los valores satisfechos se extienden por una extensa gama, desde el puro goce vital hasta la creación de refinadas obras estéticas, pasando por el simple gasto de ostentación. Si Heimann leyera castellano —y creo que lo hace— hubiera encontrado un ejemplo magnífico en el ensayo de Ortega y Gasset, *Teoría de Andalucía*. Allí —valga o no su verdad— bosqueja la forma de una cultura —sistema de actitudes ante la vida con sentido, coherencia y eficacia— montada precisamente sobre un puro ideal vegetativo. En donde la holgazanería es por tanto la fórmula de esa cultura. Y la pereza nada menos que un ideal de existencia. Lo cual decir en nuestra menos brillante prosa que no existe un desdén absoluto por el excedente —nada más lejos en lo que es una rica agricultura— pero sí que su aplicación está tamizada por la aspiración vegetativa: "un trabajo inspirado por la pereza y dirigido hacia ella". Aceptando la tesis puede incluso lamentarse que los días de esa cultura estén contados porque también Andalucía ha comenzado a modernizarse.

Ahora bien, lo que en este momento importa subrayar es que si el sistema económico integrado se ha dado en todo tiempo, el "sistema económico" estricto

—ahora equiparado al mecanismo del desarrollo— sólo existe desde la modernidad. Una sociedad casi compulsivamente entregada a la acumulación del capital sólo se ofrece en el capitalismo occidental y luego más tarde en el socialismo histórico con el que coexiste. Y por ese proceso tendrán que pasar de una u otra forma todos los pueblos que hoy pretenden el “desarrollo”, es decir la riqueza colectiva que todavía no tienen.

No he podido menos de manejar conceptos abstractos —teníamos que partir de uno de ellos como el fundamental— aunque he procurado no pecar por exceso. El contraste entre los dos sistemas tiene fáciles pruebas históricas y antropológicas, pero en su busca no saldríamos en definitiva del mundo mortecino de la letra impresa. La Filosofía arranca y debe partir de bases intuitivas, de la percepción, de la visión concreta allí donde es posible. Hoy estos motores que ensordecen un momento nuestras clases —y me distraen a mí con el recuerdo de los pinos de Carrasco— pueden darnos rápidamente el contacto directo de los mundos descritos. Descendamos en Bahía —aunque esté ya modernizada aún nos ofrece abundantes rincones en que olvidados del hoy gozamos de la maravilla del barroco lusitano. Cual fuera su soporte económico todos lo conocen. En esa región brasileña se produce en un momento de la historia una considerable riqueza, la cual cristaliza en una forma de vida que exige gastar en cosas bellas buena parte de lo producido. El excedente no va todo a su propia expansión sino que queda diseminado en fachadas, imaginería y claustros. Valores religiosos en el fondo, pero que no impidieron a los buenos frailes de San Francisco pasearse mientras oraban entre la fauna pagana de sus deliciosos azulejos.

Si luego aterrizamos en San Pablo ya no es posible olvidarnos de hoy, lo respiramos al contrario a pleno pulmón. Hay sin duda museos, pero no por azar de arte moderno. Sus rascacielos, la presión angustiosa de su tráfico, la premura del transeúnte nos hablan directamente de otra forma de vida, de un trabajo que encierra en sí mismo su propio sentido. La

soberbia de la expansión urbana es sólo la manifestación ostensible de la riqueza subyacente. No importa por eso, como en otras partes, demoler de continuo. Lo único que permanece es el mecanismo sin fin del desarrollo, la aplicación incesante del excedente en nuevas inversiones productivas.

Y porque estamos ahora en eso, en el desarrollo económico, las alusiones andaluzas o bahianas no encierran la nostalgia de un retorno imposible. No son sin embargo desdeñables en la meditación filosófica. Trataremos de ver lo que el desarrollo económico como faena ineludible de nuestro tiempo arrastra consigo en sus distintas formas para el hombre. De qué manera abandonado a sí mismo puede asfixiar algunos valores a los que todavía no hemos renunciado. Sepamos de su gloria pero también de sus peligros. De suerte que aparte de señalar algunas cuestiones de pura teoría filosófica, no será posible esquivar el señuelo —con perdón de economistas y sociólogos científicos— de una moderada crítica cultural.

II. ECONOMISMO DE MERCADO

Claridad y rigor —un poco al menos de ambos— no siempre están al alcance de la mano. La espina de esa duda en el cumplimiento de mi labor profesional está muy lejos de poderla arrancar con facilidad la experiencia de la vida. Ésta me advierte más bien de lo contrario. Los escollos de un tipo de curso como en el que ahora estamos son bien conocidos, navegar peligrosamente entre la banalidad y el esoterismo. Quizá algunos tengan por vulgar y sabido lo que oyen, a otros puede parecerles pura pedantería e ininteligibilidad. No nos queda a unos y otros sino la resignación. Y por mi parte tratar de evitar todo lo posible el completo naufragio en cualquiera de los dos escollos. Para disertar plenamente en serio sobre la filosofía del desarrollo habría que cobijarse bajo una filosofía —un sistema ya realizado— o tener la capacidad de crearse una propia. Les decía que las tendencias filosóficas de hoy —o lo que queda de los viejos sistemas— pasan tangenciales sobre nuestro tema. Esta si-

tuación no apesumbraría a un hombre como George Simmel, filósofo y sociólogo al mismo tiempo, no simple traductor "axiomatizante" de doctrinas ajenas, ni constructor de matrices en que expresar con gráfica claridad ideas vulgares y sin importancia. Uno entre sus días laboriosos, Simmel se encontró con el hecho denominado dinero, lo analizó cuidadosa, morosamente, en su significado económico y luego al buscar sus repercusiones en la psicología individual, en los valores humanos y en las formas de vida, escribió unas páginas que siguen pesando todavía, aunque no se las cite, en todos los estudiosos —mayores o menores— de nuestro tiempo. Esas páginas se denominan, con plena razón "Filosofía del Dinero"; son a la par información sobre hechos —ciencia— y crítica cultural. Lo que demuestra, ante la pudibundez de algunos, que no siempre son incompatibles.

El hecho de que partimos no es el dinero sino el desarrollo económico. Podría darse un nuevo Simmel. Pero hay que serlo de verdad. En caso contrario la sola imitación de su gesto sería lamentable. Sepamos al menos que para hacer algo de Filosofía del desarrollo, hay que arrancar de un concepto preciso —económico— de lo que él mismo significa. Unas ideas nos empujarán hacia otras y todas ellas, no muchas, en serie dialéctica —en el sentido orteguiano— quizá nos permitan poner las bases para examinar ciertas cuestiones de significación filosófica.

Pues bien, no se trata sino de darle algunas vueltas a un solo concepto fundamental, que estará siempre presente a lo largo de estas lecciones. El desarrollo económico no significa otra cosa, se dijo, que la continuada expansión del "sistema" en que se sitúa, por virtud de la aplicación sin tregua del "excedente" en nuevas inversiones. Si el empleo del excedente desemboca en finalidades distintas de las puramente económicas de crecimiento, no sólo ya no estamos ante aquella como cadena sin fin sino ante una sociedad en donde no se ofrece el sistema económico estrictamente tal. Queda implicada de esta suerte una distinción —sin duda artificiosa en cuanto típico ideal— entre sistema económico puro y sistema económico integra-

do. El uso que Heimann hace de ella demuestra su validez analítica. No puede negarse que ofrece metodológicamente alguna debilidad en su paso al proceso histórico, porque acentúa o exagera en exceso el momento de la independización del valor económico frente a los demás valores. Sin embargo, una interpretación formal de la Historia —recordemos la de P. Schrecker (*Work and History*, 1948)— permite llegar de manera más atenuada o relativa a una concepción semejante. En el complejo institucional que ofrece cualquier corte horizontal del proceso histórico, encontramos siempre ciertas instituciones dominantes. Así las instituciones económicas y científicas predominan en la modernidad. Basta por eso la idea de esta vigencia más destacada de unos y otros usos —su mayor fuerza o vigor frente a los demás— para hacer aceptable en su valor heurístico la distinción de Heimann.

Capitalismo puro

La figura del capitalismo inicial —el del Renacimiento— es todavía ambigua. No se ha dado un corte completo al goce de la “buena vida”, expresión no muy feliz del propio Heimann. Todavía los Medicis —y como ellos otros príncipes, patricios y banqueros— empleaban buena parte de sus excedentes más que en la expansión indefinida de su economía en el patronazgo de la creación artística. Miguel Ángel, Leonardo fueron el resultado de esa desviación, y con ellos la floración gloriosa de ese momento italiano. Lo mismo se dio también por otras partes. Es decir, el predominio de los valores económicos no se había impuesto todavía, no había nacido en toda su desnudez el “sistema económico”. Éste surge en su primera forma histórica cuando ciertos hombres inventan la empresa racional como forma de organización productiva; o sea, cuando inventan el capitalismo en su riguroso sentido moderno. Declara Max Weber en alguna página que la “elevación de ese capitalismo a sistema” fue una tarea reservada a la cultura occidental a partir de la alta edad media. Pero en esa misma pá-

gina fija la característica del capitalismo racional en su orientación por las oportunidades del mercado. Con lo cual si bien define al capitalismo moderno, recorta las notas del "sistema económico" en general de que se ocupan estas páginas. De todos modos subraya la significación histórica de la condición de "sistema" que tiene una cierta manera o modo del hacer económico cotidiano. Y en él incluye desde luego la nota que habíamos señalado como decisiva, la acumulación incesante del capital con el fin de aumentar asimismo continuamente la capacidad productiva. El "sistema económico" que es una categoría histórica claro es, aparece sin embargo encarnando uno de los tipos luego manifestados como posibles. En todos ellos su naturaleza es la misma, el movimiento autónomo de un mecanismo que invierte una y otra vez el excedente alcanzado con el fin de dilatar el horizonte futuro de la producción. Acumulación del capital, nuevas inversiones, expansión del ingreso bruto son las notas esenciales del "sistema" en cualquiera de sus tipos históricos los capitalistas y los socialistas; y no menos semejantes son sus resultados: una transformación nunca conocida de las condiciones materiales de la existencia. O sea, el triunfo sobre seculares y tenaces calamidades: la miseria, la muerte prematura, el infanticidio, el aborto (Heimann) y muchas epidemias y enfermedades.

Ese aspecto positivo, benéfico y triunfal del "sistema económico" nadie puede negarlo hoy, ni cabe por eso pensar retorno alguno a pasadas condiciones humanas cualquiera que sea el halo romántico que las envuelva. Y el triunfo —la eliminación de la sombría visión malthusiana de la existencia— comienza con la primera encarnación del sistema en su forma más cruda, el capitalismo de la revolución industrial.

Sin embargo, esa revolución en la vida que trae el sistema económico fue tan radical que sigue teniendo validez el tema ya clásico de la interrogación weberiana concretada en el capitalismo. ¿Qué es lo que hizo posible su aparición en un momento de la historia de Occidente y sólo en ella? Conocida es su respuesta y el contenido de su enorme paradoja. Dicho

con la extraordinaria simplificación que pulula por los manuales, resulta existir cierta afinidad —con efectos causales— entre el “espíritu” —la psicología dirían algunos— del capitalismo y la ética religiosa —la moral cotidiana— del protestantismo. La paradoja reside en que un fenómeno tan “racional” como el capitalismo se apoya en definitiva en una base arracional. Motivos religiosos de salvación —mejor, la necesidad de eliminar la angustia de su inseguridad mediante algunos síntomas reconocibles de la presencia de la Gracia —imponen un modo de vida rigurosamente “controlado” y racional. Lo que se traduce —en lo que ahora nos importa— en que el obligado desdén por determinados goces vitales y culturales repercute aun sin quererlo en una forma de ahorro forzoso, es decir de acumulación de capital. ¿Qué hacer del excedente sino aplicarlo en nuevas inversiones que testimonien con sus nuevos frutos el “éxito” en una profesión, que es el único indicio de una insegura elección divina? El sistema queda así configurado en su inexorable rigidez: la aplicación continuada —exclusiva— del excedente en la busca de su propia expansión. En eso consiste y seguirá consistiendo el dinamismo del “desarrollo económico”. Importa ahora subrayar que por detrás de esta interpretación weberiana hay algo que tiene validez para todo desarrollo económico —en sus momentos iniciales muy en particular— y que cabe separar de esa especial vinculación religiosa. Lo que resta de la tesis acerca del “ascetismo intramundano” del calvinismo no es otra cosa que el ascetismo mismo. Lo que quiere decir que en el comienzo al menos de todo “sistema económico”, se presenta —tiene quizá que ofrecerse— la nota de una actitud ascética. Dicho de otra manera, de una voluntad de sacrificio, de renuncia mayor o menor del presente en vista del futuro.

Parece, en efecto, que apenas se ha dado sociedad alguna en que el gran impulso que supone la puesta en marcha del desarrollo económico no haya sido sostenido por cierta forma de ascetismo, de sacrificio, de aceptada disciplina. El ejemplo más notorio y en apariencia más lejano —en apariencia nada más— de la

interpretación weberiana, lo constituye la modernización del Japón y lo que significó la transformación en la era Meiji de sus capas feudales en eficaces empresarios industriales. En ese complejo no cabe dudar del papel desempeñado por la conducta ascética de los samurai, inexorables también en el desdén por la utilización gozosa de sus renovados excedentes. Y vana sería la ceguera de los que no quisieran ver a los forjadores del mundo soviético actual un grupo de hombres de acerada fibra ascética, capaces de enormes sacrificios personales en la construcción de su mundo.

Nada tiene así de extraño que el tema esbozado haya reaparecido, aunque con el distinto ropaje de la ciencia contemporánea, en muchos de los interesados actualmente por el problema del subdesarrollo. Circula ya familiar el término del "achievement motive" y se le estudia con las más complicadas técnicas. Me temo que la tinta gastada en ese asunto sea ya excesiva, cuando se vierte sobre todo en un estrecho psicologismo. Queda el problema real de que no son posibles las formas "modernas" de vida sin sus supuestos y que éstos hay que crearlos allí donde no existan. Pero éstos son más complejos que los que se figura una simple estrategia —término castrense en continua divulgación— para estimular en el puro vacío éstas o las otras motivaciones. El problema originario, sin embargo, ha sido desplazado por la historia, por la existencia y repercusión de los sistemas existentes, y querámoslo o no va resolviéndose de otra manera —quizá para mal— sin el enorme esfuerzo de una invención.

Ahora bien, éste nuestro sistema no se hubiera dado ni en sus posibilidades ni en su actual pujanza sin la acción de ciertos otros ingredientes. Ni Weber ni ningún otro de los grandes intérpretes de la historia económica —del capitalismo— dejaron desde luego de considerarlos. Pero con acentuaciones distintas y desde posiciones menos favorables que las de hoy para ver algunas cosas con toda claridad. Sobre uno de ellos quizá baste por el momento una rápida alusión, sobre el otro precisa detenerse un poco más.

"Sistema económico" y evolución de la ciencia mar-

chan paralelos. Y la razón se encuentra en que la ciencia moderna, posgalileana, constituye un modo de pensar radicalmente nuevo en que se modifica por completo la naturaleza de la teoría. Ésta ya no es como en el pensamiento griego pura visión o contemplación de un cosmos inalterable; actitud por tanto relativamente pasiva del conocedor. Sino que supone al contrario, en disposición activa, una construcción de la inteligencia con la que el hombre se enfrenta —interviniendo en él— al “proceso” abierto del universo. La teoría representa por eso el modelo de una interferencia. Esa intromisión, al tiempo que permite saber o entender, hace posible la modificación mayor o menor del proceso conocido; es en sí y exige luego el desprendimiento de una técnica. Una tras otra todas las ciencias —las sociales incluso— parecen seguir el mismo camino. Por eso la transformación realizada por el sistema económico no hubiera sido posible sin el poder de “interferencia” que le prestaba el saber científico. Hay, en consecuencia, en la ineludible apología del “sistema” una zona imprecisa en que buena parte del éxito se debe a la creación científica. La prisa nos impone aquí una parada en seco, abandonando sin más toda la problemática que hoy encierra este maridaje del desarrollo económico y una ciencia que cada vez interviene más y “comprende” en estricto sentido menos.

El otro gran momento, el que más nos importa ahora de manera directa, se refiere al papel del Estado en el desarrollo económico. Da pena observar la timidez con que todavía se reacciona en nuestros medios al “pistolerismo” intelectual de algún magisterio foráneo. Atribulados ante la inculpación de un enfermizo “intervencionismo”, no siempre se ha tenido el coraje de replicar que toda esa inculpación proviene de un mito, de una ideología. La ideología que empapa los socorridos manuales no es otra que la de suponer a la “economía liberal” como nacida por sí misma el día memorable en que pudo escapar del Estado. Se sostiene o implica por lo menos, que el capitalismo como primera forma del “sistema económico” es algo que corresponde a la “naturaleza” humana, la

cual sólo pudo florecer con pleno vigor gracias al corte por la burguesía ascendente de su cordón umbilical con el Estado. Nada hay sin embargo más erróneo históricamente. No sólo porque la burguesía tuvo siempre que compartir —con excepción de un solo país— las riendas del mando, tanto político como económico, con otras fuerzas sociales, sino por otra razón más decisiva: la preparación por el mercantilismo de la economía liberal. Dicho en otra forma, lo que se olvida es que la economía liberal no hubiera sido posible sin la previa labor —a veces muy enérgica— del Estado absoluto e “ilustrado”. Es cierto lo que dice un historiador contemporáneo (E. J. Hobsbawm), que en ese tiempo “algunos príncipes adoptaron el lema de la ilustración en forma parecida a como algunos gobiernos actuales adoptan el de la planeación”; y que como en nuestros días “esa adopción en teoría apenas se realizó en la práctica”. Sin embargo, en medida mayor o menor, ese Estado absoluto preparó o condujo a la economía liberal en la medida en que puso las “condiciones de su posibilidad”, es decir las bases del mercado. Ese mercado estaba ya ahí —olvidándonos de otras cosas— cuando los nuevos hombres lo sometieron al imperio automático de su propio mecanismo. Y nunca, por cierto, semejante automatismo se dio plenario en su forma pura. El libro justamente recordado en este respecto por Heimann, *The Great Transformation* del inglés Polanyi, es como narración histórica de la emergencia y peripecias del mercado la mejor prueba de la tesis relativa a la significación e importancia de la acción del Estado. Tengo como recuerdo de su lectura en México, todavía en plena guerra, la impresión duradera de un detalle vagamente impregnado del *thrilling* en que son maestros los novelistas policiacos del país de nuestro autor, aquel en que se alude al papel jugado por un gabinete de severo mueblaje en cierta institución oficial, en donde unos pocos hombres, administrando con gesto misterioso la tasa de interés, gobernaban de hecho la economía del mundo en el momento cabal en que se creía más libre y automática.

Pero además, aparte de ese papel histórico del Es-

tado en los orígenes del "sistema económico", resulta que éste no puede concebirse nunca —y menos hoy— sin la presencia de la acción estatal. Economistas y no economistas estamos tan habituados a oír hablar del "sector público" que no se suele presentar por lo común como cuestión problemática. Significa —y paso por alto la dificultad metodológica a que Heimann escapa— que toda economía es, quiéralo o no, dual. El "sistema económico" obediente a su propia mecánica convive de modo fraterno con otra economía, sujeta a su vez a sus propios principios en modo alguno idénticos, la del Estado y su famoso sector. No es cosa de entrar en explicaciones detalladas. Baste recordar que el Estado no puede menos de preocuparse de hacer accesibles al mayor número posible de sus ciudadanos —en formas técnicas diferentes en cada caso— ciertos bienes y servicios que ninguna actividad privada les podría proporcionar o al menos con la misma generalidad. Ahora bien, resulta que esa actividad estatal condicionada por fines humanitarios y políticos es al mismo tiempo un agente económico dentro del "sistema" de considerable magnitud. Pues una buena parte de las faenas del sector público consisten en la creación continuada y sostenida de infraestructuras. De suerte que en los países en desarrollo, aunque la acción del Estado no fuera más allá de esa implantación de infraestructuras económicas, su efecto no deja de ser fundamental. Algunos piensan en los momentos actuales que quizá esa tarea —la formación de la infraestructura económica— sea en realidad la verdaderamente decisiva. Y como la infraestructura se interpreta en nuestros días con gran amplitud, extendiéndola de los sectores materiales tradicionales (puertos, carreteras, edificios, etc.) al campo más amplio de los sectores sociales (infraestructura social y humana), la acentuación antes aludida se convierte en la teoría de que el desarrollo comienza —debe comenzar— por el hombre mismo. De ahí la caracterización de este inalcanzable ser como "recurso" y la creencia de que la planeación educativa es lo mejor que pueden hacer los pobres pueblos atrasados. No es cosa de entrar en la discusión de tales argumentos. Sin ellos o con

ellos queda en pie, intacta, la significación del Estado y del sector público en cualquier forma de vida económica.

Como el tiempo me apresura y lo que más me importa ahora es llegar a poner de manifiesto la diferenciación histórica dentro del sistema económico entre el "capitalismo liberal", digamos puro, y el "capitalismo reformado" de hoy, es necesario dejar de lado una serie de cuestiones evidentemente ligadas a la mudanza enunciada. Y aunque su carácter técnico nos impusiera la mayor sobriedad no podríamos despa-charlas con irresponsable rapidez. Sin embargo dos de ellas reclaman una concisa alusión.

La primera se refiere al concepto central del mercado. Como habrá de indicarse más tarde, el hecho de que la economía planificada suela concebirse como la alternativa de la economía de mercado, se debe a la persistente identificación —justificada en parte históricamente— entre capitalismo y mercado. El capitalismo fue y sigue siendo una economía de mercado, pero éste es un puro instrumento técnico perfectamente separable de aquél. De manera semejante a como es dable separar el instrumento técnico de la democracia —el mecanismo electoral— de los valores sustantivos que la misma pretendiera y pretende encarnar. La neutralidad técnica del mercado reside en ser un instrumento de distribución del proceso económico a partir de ciertas bases que no modifica o altera por su mismo funcionamiento. La regulación por el mercado, como típica "situación de intereses", supone cabalmente la preexistencia de esos "intereses". Sólo porque están dados cabe proceder racionalmente en su enfrentamiento. Dicho en otra forma, el mercado se monta y opera sobre una determinada distribución de la capacidad adquisitiva —poder de compra— históricamente dada. Cabe por eso imaginar su idéntico funcionamiento sobre bases iniciales diferentes, a partir de una distinta distribución de aquella capacidad de compra. Al no coincidir entonces de modo necesario el mercado con el capitalismo tradicional, no es imposible concebir un mercado sobre bases socialistas. Así lo pensaron hace tiempo algunos teóricos, aunque

sólo se haya realizado por hoy en la experiencia yugoeslava.

La segunda cuestión —ligada a la anterior— lleva consigo mayor complejidad técnica. Se refiere a la idea de la competencia y a las formas de su realización. Todos conocen que la denominada competencia perfecta apenas tiene un valor teórico y que de hecho los más de los mercados en los países industriales se rigen por principios de competencia imperfecta, cuya exposición obliga al empleo de términos impresionantes: duopolio, oligopolio, monopsonio, etc. Todos suponen lo mismo, la existencia del monopolio como sucesor —grato o ingrato— de la libre competencia. Es posible recurrir a tratados nada fáciles sobre este punto. Lo esencial —asequible, por ejemplo, en Schumpeter a la zaga de Marx —es darse cuenta de que el monopolio lejos de ser una abominable corrupción constituye una estructura necesaria del actual capitalismo, la consecuencia dialéctica de la competencia.

Capitalismo reformado

De hecho el capitalismo liberal es una figura del pasado —en los grandes países desde luego— que sólo conocemos por los libros. Las teorías económicas de los clásicos no describían en modo alguno un puro fantasma sino un “sistema coherente de sociedad” en donde no eran irreales los supuestos sociológicos de “las leyes exactas del mercado: el *homo economicus* por un lado y la competencia o movilidad de los factores de producción por otro” (A. Löwe). Y son esos supuestos los que ya no existen. Pero cortemos aquí los tecnicismos. El “capitalismo reformado” que es el que todos vivimos comienza a configurarse a fines del siglo XIX y ésa su reforma se debe a dos tipos de causas, sociales unas y estructurales —estrictamente económicas— otras. Nos interesan por el momento más que nada las primeras. Sabemos que el sistema económico —el puro desarrollo diríamos hoy— tiene algo de inexorable deshumanización en la medida en que su único objetivo es la expansión indefinida del sistema mismo. Puesto en marcha representa un ciego meca-

nismo arrollador, que traduce la opacidad de su descripción estadística. Las cifras sobre toneladas, kilowatios o unidades monetarias nada nos dicen acerca del hombre que las ha producido. La reforma vino en primer término como protesta de este hombre mismo tratado como entidad diferente. La rebelión del movimiento obrero fue su encarnación más visible y eficaz, aunque no la única. Es imposible olvidar la larga lista de intelectuales, administradores, filántropos y políticos sensibles que coadyuvaron a esa gran creación. Sus resultados pueden juzgarse únicamente como un compromiso entre la amenaza y el miedo, pero de hecho eliminaron para siempre estados de dolorosa y profunda humillación. Ahora bien, lo que ahora nos interesa es el hecho de que semejante compromiso trajo consigo una modificación considerable del "sistema" en cuanto tal, porque la eliminación o atenuación de sus deterioros humanos suponía la desviación de una parte del excedente hacia finalidades distintas de las de la pura expansión. La denominada desde entonces "política social" tenía que hacerse a costa de una fracción mayor o menor de las posibilidades de inversión. Que ese hecho no diera al traste con el "sistema", sino que le inyectara más bien nuevo vigor es otra de las paradojas de la historia, en modo alguno totalmente indescifrable. Lo que significaba una negación del capitalismo, venía a ser dialécticamente el camino de su salvación, es decir de su perduración histórica aunque en forma distinta.

Pero la reforma se producía a su vez por caminos distintos del de la protesta humana. El despliegue interno del sistema invoca otra vez la presencia del vituperado Estado, cuya acción heterodoxa es de nuevo un elemento de salvación. A partir de cierto año memorable, 1929, no hay país alguno de importancia que se haya vuelto a abandonar a las veleidades y sorpresas del automatismo económico. Y con la anuencia claro está de los más recalcitrantes empresarios. La historia de lo sucedido coincide con la formación del "welfare state" contemporáneo —en sus distintas expresiones— y no es cosa breve de contar. Apenas hay Estado de importancia que no persiga una polí-

tica de coyuntura —anticíclica— y que no intervenga de alguna manera en las perturbaciones originadas en sus sectores internos —movimiento de precios, distribución de ingresos, etc. Este Estado moderno acentúa según países y cambios de horizonte uno u otro de los aspectos reseñados, desde el estricto “welfare” hasta la organización productiva, pero ya no es posible imaginar un retorno al neutralismo vigilante de la concepción liberal. Sucede por otra parte que no por eso se abandona el liberalismo, sino más bien que éste viene a cristalizar en una nueva estructura del sistema económico. En el país más típico a este respecto por haber encarnado el capitalismo en forma casi químicamente pura, ha sido posible interpretar las aludidas mudanzas mediante una reformulación cabalmente de la vieja idea de equilibrio. En su *American Capitalism*, ha descrito J. K. Galbraith la estructura dominante como una de “balanza de poderes” (*countervailing powers*). Y no sólo de las grandes organizaciones económicas entre sí —empresas y sindicatos—, sino, con sutil estrategia, entre productores y compradores en general. “El poder económico privado se frena por el poder económico contrapuesto de los sometidos a él. La tendencia secular a la concentración de la empresa en pocas manos ha traído consigo no sólo poderosos vendedores, como los economistas habían supuesto, sino de igual manera poderosos compradores cosa que ya no vieron en igual medida” (Galbraith). Sobra declarar que ni la ocasión ni mi competencia me permiten el examen crítico de semejantes asertos. Convenía consignarlos en cuanto confirman lo expuesto acerca del actual “capitalismo reformado” y abren la vía a consideraciones sociológicas que vendrán más tarde acerca de la denominada estructura pluralista de las modernas sociedades industriales.

El mercado internacional como residuo

Pero ya que estamos hablando del “capitalismo reformado” conviene recordar que en el único ámbito donde no ha sufrido hasta ahora reforma alguna es

en el comercio internacional. O dicho con mayor precisión, el mercado internacional es el único que sigue intacto —no regulado— obediente tan sólo a su propio automatismo. Toda la reforma descrita abarca tan sólo a los distintos mercados nacionales, de los que logró eliminar o atenuar su tendencial anarquía. Pero es ésta cabalmente la que sigue imperando en el mercado internacional, abandonado por tanto a la ley de la selva. Más allá de las sutilezas de los teóricos del comercio internacional, la pura capacidad de disposición —de compra— que en él impera mantiene y alimenta la radical distancia entre débiles y fuertes, en buena medida compensada en los mercados nacionales en donde ya no puede actuar el puro arbitrio. Y los débiles no sólo tienen que aceptar “imposiciones”, sino sufrir en su cuerpo económico los efectos de las continuas “dislocaciones” de aquel mercado y de las adversas modificaciones de los famosos “términos del intercambio”. No es imposible que la reforma llegue también un día aquí, y por procedimientos emparentados a los que trajeron un funcionamiento más humano de los mercados nacionales. Es más consistente en una tarea urgente e inmediata. Hablar en Montevideo de estas cosas no deja de ser presuntuoso. Pero siendo importante la empresa aludida se trata de algo que va mucho más lejos de lo que en ella por hoy se hace. Superada la fase colonial —y cortó aquí enérgicamente la tentación que el tema ofrece— sólo desaparecerán más o menos rápidamente sus disfrazados restos, el día en que se ponga en marcha una auténtica “reforma” del mercado internacional. La cual comienza a enfrentar —sea dicho de paso— uno de nuestros economistas más alerta y de más amplia visión.

El hecho que confluyeran en cierto sentido las consecuencias de la Revolución Industrial y los efectos de la Revolución Francesa ha alimentado la reiterada opinión de que desarrollo y democracia se exigen recíprocamente. Se trata evidentemente de una confusión no justificada por la experiencia histórica, que persiste tenaz aun en formas embozadas. Sería de desear que pudieran aclararse sus razones, pero ello

no es cosa fácil en corto tiempo. Sin embargo, es necesario plantearla en su escueta desnudez como cuestión problemática, ahora que llegamos a un punto de esta exposición —como habrá de ocurrir más tarde— en que algunos temas filosóficos fundamentales se presentan de un modo abrupto. En el plano más abstracto nos topamos con la supuesta antinomia entre las ideas de libertad e igualdad. En el plano de la experiencia concreta, de la vida real, nos encontramos con cierto tipo de conflictos en las estructuras de poder y de estratificación social, que son al parecer duraderos. En este instante sería desorbitado cualquier intento de abordar el problema en esa su diversidad de dimensiones, como una consideración medianamente a fondo exigiría. Sólo cabe, en gruesos brochazos, trazar el esquema de las principales tensiones que vive el hombre contemporáneo entre las exigencias ideales de sus valores y las fuerzas coercitivas de su efectiva realidad económica y social.

La idea de libertad

La economía capitalista en su primera concreción histórica pretendía —y lo realizó en buena medida según circunstancias y países— ser la obra de una sociedad “individualista”, orientada por la Razón y por el valor supremo de la libertad. Liberalismo económico y liberalismo político se hermanaron así por algún tiempo, aunque de ningún modo puedan identificarse. Primero, porque la idea de libertad tiene en occidente una más vieja prosapia y segundo porque cabe postular el funcionamiento de la constitución liberal como forma política con regímenes económicos muy diversos. De hecho la libertad de la economía individualista necesitaba de las libertades políticas fundamentales: nada menos que del ejercicio seguro del Estado de derecho. Pero tendía también a interpretar esa libertad como liberación, en este caso como defensa lo más completa posible ante cualquier interferencia gubernativa.

Históricamente tuvo su más firme apoyatura, a no dudarlo, en la libertad de creación, que desplegaban a

la par en el mundo burgués el intelectual y el empresario. Lo que este último realizó en efecto fue una obra creadora —la continua combinación de nuevas posibilidades, la permanente elección entre diversos medios— en nada diferente por su contextura de la que se ofrecía en otros campos culturales. Pero esa creación llevaba en su seno elementos de poder, que podían inclinar por añadidura a su abuso.

Los resultados de la libertad económica en la sociedad individualista —irreprochables en su aspecto creador— fueron adversos al sistema en la forma en que ésta se ejercía. Bordeaban, por un lado, el peligro del desorden tanto en el mercado como en la estructura política; por otro amenazaban con malograr por su empuje absorbente la aspiración a la igualdad jurídicamente reconocida. En el primer caso se presentan los conflictos entre la libertad y la autoridad, en el segundo las fricciones entre dos derechos fundamentales, que algunos vieron como insolubles, es decir como la antinomia antes mencionada entre libertad e igualdad.

La crítica filosófica de esta situación suele tomar uno u otro de estos caminos. El fracaso de la sociedad individualista tiene su origen según unos, en la desmedida creencia en el valor de la Razón, que necesita para cristalizar de modo humano del reconocimiento de ciertas fuerzas o poderes supraracionales. Crítica explícita de carácter religioso, sea católica o protestante. Para otros al contrario, lo que hay es una infidencia cometida frente a esa Razón, que en su auténtico despliegue, como totalidad —neohegelianos— no sólo pone al descubierto sus propios límites, sino las contradicciones mismas de la realidad. Para el positivismo —en sus distintos matices— la falla se encuentra naturalmente en la debilidad del rigor analítico, incapaz de contener pretensiones de carácter emocional. Para otros en fin, es la naturaleza de esa razón de lo que se trata, pues no es la física sino la histórica la que puede darnos cuenta del hombre y de sus actividades.

Dejemos aquí como cabos sueltos, estos puntos de discusión filosófica. Lo efectivamente ocurrido es que

a partir de un momento —producto de luchas de largo arrastre— no ha existido país de alguna importancia dentro de la cultura occidental en que no se haya tratado de poner coto a las tendencias negativas de la sociedad liberal individualista. El elemento democrático —distinto en principio del puramente liberal y del que hasta ahora nada se había dicho —es por su tendencia igualitaria un freno o límite a los desbordes de la libertad. Pero en su expansión puede llevar el péndulo hacia el otro extremo. La nivelación a que se inclina el igualitarismo democrático sólo puede darse con plenitud a costas del impulso diferenciador de la libertad. La conciencia contemporánea de este hecho explica la atención renovada que se concede a Tocqueville y a las posibilidades, aquí o allí, de un “despotismo democrático”.

Por otra parte, la completa liberación frente al Estado ha encontrado también su límite en otro movimiento con efectos por completo paralelos al anterior. Al punto, a su vez, de que el “welfare State” contemporáneo apenas tropieza con resistencias a su continuada intervención. Ahora bien, lo que se olvida es que el crecimiento de ese tipo de Estado ocurre asimismo a costa de la libertad —de concretos derechos de libertad.

No es por eso de extrañar la angustiada alarma de la crítica cultural —de pensadores de uno u otro origen y formación —ante lo que parece ser la mayor grieta en la tradición moral de occidente. El peligro de la pérdida de la libertad. El cual no sólo proviene de causas externas, sino de la aceptación complacida de esa pérdida por una cantidad considerable de hombres. O mejor dicho, del miedo a la libertad misma, de que de una u otra manera nos habla la crítica filosófica de nuestro tiempo. La explicación no deja de ser complicada si partimos de la ecuación libertad y responsabilidad. Se presenta mucho más sencilla, si nos atenemos a la realidad socio-económica que es punto de partida de estas lecciones. Hemos de ver con un poco de mayor detalle lo que significa como estructura social el éxito del desarrollo económico: una elevación generalizada del bienestar

que asegura un complejo "control tecnológico", opaco —más o menos— al hombre corriente. ¿Por qué no sacrificar entonces la seguridad que ofrece a los riesgos imprevisibles de una libertad que no se sabe a ciencia cierta donde jugarla?

La preferencia por la seguridad como resultado de una presión estructural parece por eso ofrecerse igual en las actuales formas históricas tanto del capitalismo como del socialismo, y justifica actualmente la duda de algunos respecto de la "transformación cualitativa" que este último promete.

Sería por eso conveniente no terminar por hoy sin una breve alusión a otra crítica no señalada hasta ahora. La cual consiste en atribuir el "fracaso" de la sociedad liberal al carácter puramente formal de sus libertades: derechos civiles y sobre todo políticos, cuyo ejercicio no se traduce en una verdadera democracia material. La crítica de semejante formalismo puede ser y es absolutamente correcta —una manifestación en el campo jurídico político de la contraposición en principio más amplia entre racionalidad formal y material. Pero se olvida una cosa, que esas libertades formales —con toda su imperfección— fueron el instrumento eficaz que consiguió la reforma del "sistema económico puro" y que no pierden su validez allí donde existan hombres capaces de arrostrar el sacrificio de su manejo. Y otra cosa por tanto más importante que por bajo de su aparente cáscara vacía quizá circule viva la corriente esperanzada de todos los impulsos, nunca dormidos, de renovación cultural.

III. ECONOMISMO DE PLANEACIÓN

Durante unos días tengo que aceptar —entre amedrentado y complacido— el papel del filósofo. Es como si asistiera en el secreto de mi intimidad a una pequeña escena de teatro, a un cambio de máscara. Con la que ahora aparezco corresponde a un tipo humano que se distingue por un modo específico de pensar. Cualquiera que sea el objeto con que éste comience, termina a la postre en una concepción unitaria de la realidad, en algo que trasciende o va más

allá de la experiencia habitual, sea la humilde común o incluso la científica. No importa el tema: lo mismo da para el caso que se trate del principio de razón suficiente, de los juicios sintéticos *a priori*, del puente y sus orillas o de la caza mayor. Al fondo está siempre una realidad trascendente que abarca la conexión total del hombre y su mundo.

Lo que nos fue dado como punto de partida pertenece al hacer cotidiano, el hecho que determinados hombres lleven a cabo ciertas actividades y no otras igualmente posibles, de que al actuar así en el ámbito de sus vidas produzcan esto que denominamos desarrollo económico. Al filósofo verdadero le bastaría simplemente este hecho, y extraería de él, al examinarlo en profundidad, las insospechadas raíces que lo vinculan a otras cosas, aparentemente ajenas y dispares. No ha sido posible ni aspirar a tanto ni seguir ese camino. Hubo entonces que apoyarse en una realidad de segunda mano, la que se encuentra ya construida —incompleta y quizá desfigurada— en un concepto. Es decir, el concepto del desarrollo económico tal como nos lo brinda la elaboración del economista. Y aunque quise siempre mantenerme en sus elementos esenciales, los únicos que pueden servirnos como trampolín filosófico, no ha habido manera de sortear el roce de algunos puntos técnicos, que quedaron de esta suerte como en el aire, o sin explicar. Espero, sin embargo, que su posible oscuridad momentánea, no empañe la claridad de la línea general que se persigue.

Obedeciendo ahora a un justificado mandato pedagógico, conviene ofrecer una breve recapitulación del camino recorrido, si es que ésta cabe en lo que es ya de por sí una arriesgada abreviatura. La concepción del desarrollo como un simple mecanismo destinado a la continua aplicación del excedente con el fin de conseguir la expansión sostenida de la unidad económica en donde funciona, condujo a un mínimo examen sucesivo de esos dos ingredientes fundamentales: el excedente y la expansión. Sucede empero, en coincidencia del análisis teórico y la experiencia histórica, que no siempre se ofrece esa expansión en forma duradera. Tal ocurre porque una parte mayor

o menor de ese excedente se goza o gasta en apetencias, en aspiraciones de la más diversa naturaleza, pero en ningún caso estrictamente económicas. Las sociedades en que eso sucede pueden perdurar por largo tiempo relativamente satisfechas —porque no conocen o desean otra cosa— en un equilibrio que siendo sobre todo vital, puede no estar lejano del económico en su estricto sentido. Son sociedades rigurosamente funcionales, como ahora se diría. Sólo que en ellas el subsistema económico —las instituciones de ese carácter— se encuentra poderosamente sometido al sistema social en su conjunto, mejor dicho, a una u otra de sus otras partes consideradas por la sociedad como más valiosas. La estructura económica aparece así marcadamente subordinada, los excedentes que proporciona no se invierten en nuevas actividades productivas, sino en erigir las pirámides de Chichen-Itzá o el fascinante universo dorado de la Iglesia de la Compañía de Quito. A esta manera de vivir el esfuerzo económico opone un día la invención humana otra muy distinta; lo que ahora va a interesar es la austera aplicación del excedente al aumento continuo de la capacidad de producción. La institución económica corta las ligaduras que la limitaban, para entregarse autónoma al logro de sus específicos valores. Ese complejo fenómeno histórico tiene que recogerlo la teoría en una contraposición conceptual inevitablemente extremada como siempre, al plegarse al imperativo de la coherencia lógica. Frente al “sistema económico cultural integrado” está ahora el “sistema económico” puro. Es decir, aquel que sólo obedece a la lógica formal de su interno despliegue, al mecanismo de su desarrollo. Ambas categorías, como todas las que se refieren a lo humano, son por tanto teóricas e históricas al mismo tiempo. Cabe mantenerlas en un plano estrictamente teórico, sujetándolas al puro ejercicio intelectual de un análisis que sólo postula supuestos y consecuencias necesarias. Sucede, sin embargo, que de hecho el “sistema económico” puro —nos disguste o satisfaga— data desde una fecha y nadie asegura que en otra pueda desaparecer como tal. Nace pues un buen día y en otro cualquiera

quizá pueda extinguirse. Por lo pronto la forma que tomara en sus orígenes no subsiste en modo alguno idéntica. Surge en Occidente, y sólo en Occidente, como capitalismo y por casi una centuria parece no obedecer en efecto sino a su propia ley. Y digo que parece porque la afirmación hay que tomarla con un grano de sal. Es la centuria de "les bourgeois conquérants", y todos conocen hoy su grandeza y su miseria. Como esta última se encontraba en la rígida observancia de su mecanismo, ciego ante cualquier valor de lo humano ajeno a la mensura estricta del mercado, la protesta social y la previsión política frenaron en definitiva esa rigidez, imponiendo la "reforma" del sistema. Reforma que muy lejos de acabar con el capitalismo mismo —como no pocos puritanos teóricos pudieron pensar— no hizo al contrario más que darle una nueva vitalidad. Es decir la estabilidad que hoy conserva por muchas partes gracias a la más humana —no perfecta claro es— estructura social en que descansa. El lado de su grandeza está reconocido por unos y por otros. El canto más breve —el más gráfico y expresivo— de su epopeya se encuentra como es sabido en las páginas del "Manifiesto comunista". Quien desee precisiones técnicas puede acudir a algún capítulo de Schumpeter. Basta recordar ahora en expresión de Heimann —que no piensa sólo en el capitalista— que el sistema allí donde funcionara acabó con el lado negativo —espectro secular— de la "buena vida": la miseria general, la enfermedad, la ignorancia dominante, las expectativas de vida reducidas al corto tiempo de los treinta años. La posibilidad —en el límite teórico— de que ninguna persona esté expuesta a morir en la indigencia. Nadie, ni el romántico más pertinaz, aceptaría la vida material de otros tiempos. Ahora bien como todo tiene su precio: ¿cuál es el que paga hoy el hombre por ese triunfo? O dicho de otra manera, ¿cuáles son las dificultades que el ser humano encuentra en la nueva situación? ¿Qué peligros le acechan si no se muestra capaz de dominar en alguna forma el puro mecanismo sin fin del desarrollo económico? Lo vimos antes imperar en la forma de un economismo, el llamado liberal o de mercado. Econo-

mismo, por cierto, del que no se percata o declara. El socialismo —su hermano y sucesor— no teme esa imagen, y hace por eso fácil la imputación vulgar —no filosófica— de materialismo craso. Toda digresión sobra en este punto.

Lo único que interesa es esto: que el “sistema económico” en cuanto tal permanece idéntico. Porque el mecanismo que lo mantiene no puede dejar de ser —aunque quisiera— si no el tan enojosamente reiterado: la continuada aplicación del excedente en renovadas inversiones de las que depende la ampliación sin tregua de la capacidad productiva, el logro de la elevación permanente de su nivel. En suma, la aplicación estricta de la teoría del desarrollo con el fin de aumentar la cifra de su ingreso nacional bruto.

El éxito logrado anticipa cuestiones semejantes a las anteriormente enunciadas. Pero el sistema socialista tiene sus propios problemas, en parte todavía no visibles, que no permiten predecir que la interrogante planteada pueda formularse literalmente en igual forma. Otras consideraciones filosóficas son en su peculiaridad tan exclusivas de él como fueron las insinuadas como características de la economía liberal.

La planeación como alternativa

Hasta hace bien poco —se dijo en páginas anteriores— imperaba de suyo o como evidente por sí, la confusión o identificación entre capitalismo y mercado. La necesidad del mercado para el capitalismo es desde luego un hecho cierto, y no pasa por eso de ser una ingeniosa elaboración teórica la posibilidad de un sistema capitalista sin la base del mercado. Pero sabemos también que esa identificación arrastra no pocas consecuencias equivocadas; una la de creer como luego veremos en la radical imposibilidad de todo sistema que no se apoyara en la calculabilidad que el mercado permite; otra, en dirección inversa, el escepticismo general frente a los defensores —escasos ciertamente— de un socialismo con mercado. Esta última está emparentada con la que ahora más nos importa por ser la más grave y popular: la creencia de que

la única alternativa del capitalismo consistía en la planeación centralizada y sin mercado tal como se ofrecía en la primera encarnación efectiva del socialismo. Forzoso es reconocer que en efecto esa es la vía que siguió la primera forma histórica del socialismo, la soviética. Pero es asimismo sabido que a ella no se llegó de repente. Entre la revolución de octubre y el primer plan quinquenal se interponen algunos años y no pocas experiencias, algunas de ellas emprendidas conscientemente (como fue la fase de la NEP) con carácter de espera forzosa y de transición. En la actualidad nadie incurre en la referida confusión y se entiende por planeación en su sentido más general todo intento de deliberada organización racional de la economía. La alternativa no está “en una decisión entre competencia perfecta y planeación total, sino más bien en una combinación eficaz de ambos principios” (W. Leontief).

No nos interesa aquí la planeación por sí misma, ni menos su historia que por cierto está sin narrar de modo satisfactorio. Pero sí conviene tener en cuenta, por lo menos, sus circunstanciales orígenes. Pues la planeación surge como una forma de economía de guerra —la del 14— y fue un austriaco no marxista el que primero la formula. O. Neurath llevado de sus preocupaciones oficiales —el aprovisionamiento militar y civil de su país— propuso formalmente la sustitución del cálculo monetario por un “tipo de planeación material” o si se quiere un retorno al “cálculo natural”. La situación imponía el logro de ciertas metas —un número determinado de cañones más equis toneladas de mantequilla— y lo que importaba era conseguirlas con un máximo de economicidad. Para lo cual bastaba una simple comparación de magnitudes, de factores materiales se entiende. Atenerse a la situación del mercado significaba una perturbación dilatoria en el mejor de los casos. La “planeación material” de Neurath suscitó enseguida una aguda polémica, iniciada quizá —no estoy seguro— por el propio Max Weber. Éste no negaba la validez de ese tipo de cálculo para una economía de guerra —de objetivos muy definidos— pero lo creía imposible en

una economía de paz. En la polémica destacó pronto L. V. Mises y luego siguió por muchos años por los sostenedores de la tesis de que sin mercado —sin precios— es imposible el cálculo económico, y que pronosticaron en consecuencia una y otra vez el derrumbe de la economía soviética.

Es improbable que Lenin tuviera ideas precisas sobre lo que hoy se entiende por planeación. Su gráfico lema, la revolución no es otra cosa que “soviets más electrificación” no es ni mucho menos pura demagogia, pero tampoco un programa preciso de desarrollo. La electrificación supone una industria que soporta luego diversas otras, en este sentido lleva “in nuce” la idea del desarrollo. La aportación de Lenin, sin embargo, fue otra y desde luego más grávida de consecuencias: la de anticipar el proceso histórico, promoviendo la revolución en un país que la teoría consideraba inmaduro. El tipo de hombre que todavía no existía, en efecto, no tardaría en producirse por la “socialización” típica del sistema “industrial” que ahora se esforzaba. La necesidad de sobrepasar etapas derivaba en Lenin de su escepticismo respecto de la capacidad revolucionaria de los países más industrializados. Mejor dicho de su convicción de que el “capitalismo reformado” llevaba ya consigo todas las características de estabilidad y ajuste que hoy manifiesta patentes y acrecentadas. Sea de ello lo que se quiera —no estamos en trance de mayor examen— lo cierto es que la planeación soviética no se ofrece sino algo más tarde.

No se sabe en realidad su preciso origen. Aparece sin duda alguna como decisión política de Stalin. ¿Pero de dónde le vino a Stalin la inspiración ya que no la idea que estimuló la política económica de sus famosos planes quinquenales? Una respuesta definitiva no existe y no es fácil aventurar desde lejos juicio propio sobre la controversia. Sin embargo, no deja de parecerme en extremo plausible la hipótesis de Heimann, incluso frente a las reservas negativas de un conocedor tan minucioso de la historia del socialismo como Carl Landauer. Esa hipótesis atribuye un peso decisivo al pensamiento de un marxista ruso, Tugan-

Baranowski, que debió ser en algún momento bastante conocido en Europa. (Digo esto, aunque no tenga sino recuerdos harto borrosos porque algo sobre él escuché en una cátedra madrileña, y más aún en las conversaciones de mi profesor de Filosofía del Derecho en Valencia, típica inteligencia española generosamente quemada en los fuegos artificiales de la tertulia. Hoy por estos pagos me sería imposible todo intento de comprobación libresca.) Pues bien, Tugan-Baranowski representó una heterodoxia en la preocupación marxista por “la proporción de los factores productivos” —por el desarrollo equilibrado diríamos. Apoyado en su amplio conocimiento de la historia económica europea vino a sostener que más importante que la busca de las supuestas proporciones entre las distintas ramas industriales era la aceptación como punto de partida del dinamismo creador de la industria pesada, o sea de las industrias de bienes de producción. La expansión del mercado capitalista —¿por qué no la futura industrialización socialista?— dependió de la cadena puesta en marcha por las industrias de bienes de producción: industrias productoras de máquinas, productoras a su vez de nuevas máquinas, y así sucesivamente en continuo flujo circular siempre que las industrias de bienes de consumo se mantuvieran en el límite necesario para alimentar estrictamente ese proceso. Todo esto pudiera expresarse, desde luego, con un mayor rigor técnico, que es ahora innecesario. Lo que interesa es reconocer al menos la afinidad entre las ideas aludidas y lo que luego fue de hecho la marcha de la política económica soviética, con su marcada preferencia por la industria pesada y su relativo descuido de las industrias de consumo. Afinidad asimismo notoria con algunas versiones occidentales del desarrollo, desde la teoría del “big push” hasta la fórmula de los “polos de crecimiento”. En una palabra, con todas las teorías y tendencias que sostienen o dan por supuesto —más allá de las buenas intenciones de otros lemas— que todo desarrollo es en principio puro desequilibrio.

Como la descrita cadena, soporte casi exclusivo hasta hoy de la rápida industrialización soviética, se ha

movido por así decir en un espacio muy corto —poniendo de esta suerte al descubierto la dirección de su dinamismo— puede sostenerse casi sin temor que encarna en su forma más visible lo que se ha definido *ad nauseam* como la esencia del desarrollo: la aplicación continuada del excedente a la ampliación del sistema mismo. ¿Cómo? Lo mismo que se ofrece en todo “sistema económico”: por la adición de nuevas y sucesivas inversiones. Desde este ángulo, por consiguiente, la única diferencia entre capitalismo y socialismo soviético está en el modo o manera de llevarse a cabo semejantes inversiones. En el primero por la decisión de empresarios privados a través del beneficio, en el segundo por la decisión de órganos del Estado a través del sobrante recogido a través del denominado impuesto sobre las transacciones. Ese sobrante significa un balance positivo entre lo producido y lo gastado o consumido. Y aunque en rigurosa terminología técnica no se le puede denominar beneficio, representa para la intuición algo bien semejante habida cuenta de la distinta unidad económica en que se ofrece. El hecho es, sea cual fuera su naturaleza y nombre, que se invierte de nuevo en su mayor proporción con el fin de conseguir un nivel más elevado de la capacidad productiva.

En cierto sentido no deja de semejar lo que así ocurre a lo que sucede en las formas más avanzadas del capitalismo industrial. En sus primeras fases las inversiones dependían de la capacidad de disposición de empresarios individuales de mayor o menor importancia. Pero luego, aunque persista el mercado de capital y el peso más o menos grande del denominado capitalismo financiero, la gran empresa moderna —sea o no concentrada y monopólica— invierte en sí misma, en sus propias actividades, por medio del sistema del autofinanciamiento. Restringido a un cierto tope el nivel de dividendos, intereses, etc., lo que resta del beneficio entra en los cangilones de la noria perpetua de la capitalización de la empresa. Lo que en un lado es una unidad económica limitada, es en el otro la unidad total de la colectividad política, pero la noria que las riega y sostiene

no deja de ser la misma. Evitemos, sin embargo, todo malentendido pues sólo estoy hablando, claro es, de los aspectos lógicamente enlazados a nuestro concepto fundamental.

Nada humano es inteligible sin la historia —sin su propia historia— y lo mismo sucede a la economía y sus conceptos, pese a la resistencia de algunos teóricos. De suerte que lo que comenzó siendo como planeación una serie de tanteos de ensayo y error presenta hoy todas las apariencias de un imponente sistematismo científico. Los planes soviéticos fueron en sus inicios simples “balances materiales” continuamente perfeccionados y refinados. Hoy es muy posible que fueran idénticos a los que se formulan en los manuales occidentales si no existiera el peso de la ideología y de las dificultades políticas derivadas del hecho mismo de la coexistencia pacífica. Pero la tendencia existe, es cada vez más marcada y ha dado ya lugar como todo en nuestro mundo a una extensa bibliografía, es decir a unos pocos comentarios originales y a una mayor cantidad de repeticiones. El hecho en sí, o sea la aplicación de ciertos métodos y técnicas científicas comunes no tiene nada de extraño. Una vez que existen y son por tanto conocidos pueden ser adaptados —conviene no olvidar esta palabra— a las circunstancias más variadas. El secreto, lo intransferible, eso queda ya en los dominios del arte y del pensamiento especulativo auténtico. La ciencia es tan comunicable que ni siquiera pudo guardarse el secreto —con razón pavoroso— de la fisión atómica. Lo que ya se sabe sobre planeación —métodos, técnicas, modelos —es conocido de unos y otros. ¿Qué rareza puede existir en el posible uso soviético de las matrices de insumo y producto, cuando al fin y al cabo Leontief es un ruso de origen que vivió y actuó largo tiempo en su país antes de dar a conocer la novedad en los Estados Unidos? Pudiera al contrario suceder que no poco de lo que hoy divulgamos como la última palabra, empiece a parecer periclitado en un lado u otro. Aunque no sabemos en cuál de ambos comenzará la planeación cibernética y otras aplicaciones de lo que es hoy pura

investigación científica en "statu nascendi", en formación.

La fase intensiva del desarrollo soviético

Pero si el referido hecho en sí no es nada misterioso, demanda en cambio algún esfuerzo explicar por qué comienza a manifestarse en las actuales circunstancias y no en otras. Estamos ante el denominado fenómeno de convergencia o mejor paralelismo, del que conviene tener alguna idea al hilo de nuestro tema central.

El fenómeno a que me refiero alude a la situación hoy ya patente en que la economía soviética en virtud de sus logros comienza a marchar al paso —desde cierta perspectiva— de los capitalismo más avanzados. Lo que significa, dicho en otra forma, que ambos sistemas transcurren por una fase semejante. Adjetivo este último que al negar la identidad señala al menos un parentesco estructural. Quizá por eso se prefiere hoy la expresión paralelismo a la de convergencia, cargada sin quererlo de expectativas excesivas. La interpretación de ese paralelismo puede hacerse y se hace de diversas maneras. Pero ninguna me ha parecido más inteligible por lo esquemática que la ofrecida hace algún tiempo por Erik Boettcher, ya utilizada por mí en algún escrito anterior y que ahora encuentro manejada y elogiada asimismo por E. Heimann. Baste decir, en la marcha apresurada que llevamos y en la que sólo importa lo esencial, que esa fase común en que se encuentran unos y otros se caracteriza por la existencia de una mayor o menor escasez de mano de obra, que obliga a poner todo el esfuerzo para el mantenimiento del desarrollo en el "aumento de la productividad" y en la invención tecnológica. En la fase extensiva anterior todas las economías industriales se benefician hasta cierto momento de una mano de obra superabundante. (Por eso parece ser un penoso destino histórico que todas las revoluciones industriales —comenzando por la inglesa famosa— tuvieran que hacerse gravitando pesadamente sobre las masas campe-

sinas.) La rápida industrialización soviética se hizo también a costa de innumerables desperdicios de energía humana, de la utilización ilimitada de la mano de obra campesina, si no quiere hablarse de su explotación consciente. Pero llega también el instante en que no es posible perdurar en esa fase extensiva. Las fuentes de la mano de obra industrial comienzan a menguar su corriente y el desperdicio cede a la utilización cuidadosa. Dicho en una palabra, se impone la racionalización más estricta. Esto basta para explicar no sólo reformas de organización sino las nuevas tendencias de los teóricos, es decir la aproximación a los nuevos métodos y técnicas (bases cuantitativas más estrictas y matematización general). Hay un retorno a ciertos principios de "racionalidad formal" que antes pudieron ser desdeñados. El tema es teóricamente apasionante, aunque fuera de lugar en este momento. Ahora bien, cabe decir muchas cosas, todo menos las ligerezas de cierta "prensa administrada" cuando nos habla o nos grita acerca de una supuesta "conversión" al capitalismo. Milagrosa a no dudar.

Milagro no ha sido desde luego que la planeación soviética lograra funcionar no del todo mal sin atenerse a la fijación de precios por el mercado. Las profecías de desastre que a causa de eso se le hacían no se cumplieron. Los hechos demostraron, antes de que llegaran distintas teorías justificativas, que la organización de una economía por medio de "precios contables" no es imposible. Por tanto, que la calculabilidad sigue actuando con éxito. Nadie niega que hubieron fallas —cierta tosquedad en las magnitudes— y que el procedimiento es engorroso aun sobre bases estadísticas más refinadas que las utilizadas. Pero no menos cierto es que semejantes dificultades desaparecen o se atenúan con el uso de los nuevos computadores electrónicos. La facilidad por otra parte de tener en cuenta y mirar de reojo los precios del mercado capitalista "coexistente" es indudable. Pero en fin, se trata de cuestiones técnicas y marginales a nuestra principal historia. Lo que en ella cuenta nada más es el puro hecho de que la

primera forma histórica del socialismo fuera la de una planeación sin mercado. Otras notas no nos interesan aquí, como no sea la de su carácter de rigurosa centralización, modificada tan sólo en años muy recientes.

Planeación con mercado

Pues sucede que pronto esa forma originaria iba a tener también su "reforma". Con esta palabra no sólo se evita el peligroso término de "revisionista", sino que se sugiere —dentro del mencionado paralelismo— el redondeo de una comparación. Se alude en definitiva al sistema económico yugoeslavo, que por su constitución descentralizada y la aceptación de los precios de competencia —mercado— difiere en buena medida del sistema soviético, sin renunciar por eso a la misma tradición ideológica. De modo que cualquiera que sea el juicio que podamos sostener sobre la figura política de su fundador, no parece justificado disentir sobre la simple afirmación de que el titoísmo constituye una experiencia de elevado interés. Teóricamente porque viene a dar su parte de razón a todos los que en algún día sostuvieron la factibilidad de un socialismo de mercado. Pocos ciertamente, pero pensadores siempre de alguna talla. Y desde el punto de vista práctico por haber encarnado una nueva forma del socialismo histórico, efectivo. La experiencia no deja de tener también su valor en el campo social, porque en ella reviven las inspiraciones que parecían definitivamente agotadas del viejo sindicalismo libertario de la tradición europea. Con un grano de sal naturalmente, y aunque nuestra misión no es por el momento expositiva, bueno será recordar el mínimo de rasgos que justifican la afirmación anterior. Al Estado —federal por cierto— corresponde la fijación del marco general de la planificación. Pero en su formulación concreta y en su ejecución entra una serie complicada de organismos que termina en la empresa individual misma. En la gerencia de esta última intervienen los propios obreros por medio del nombra-

miento de su director. Se trata, por consiguiente, de una articulación descentralizada. Pero lo importante es que unos y otros se atienen en el ejercicio de su actividad a lo que el mercado señala con el movimiento de sus precios. De acuerdo con los economistas yugoeslavos el mercado juega un papel decisivo, difícil de resumir con rapidez en todas sus especificaciones: es condición de la independencia de las administraciones económicas; confirma el carácter social del trabajo; fija los criterios de rentabilidad; estimula a la iniciativa empresarial y regula la adaptación recíproca del consumo y de la estructura de producción. Con esto basta. Porque nada de lo dicho significa que exista infidelidad alguna en su intención fundamental al tan reiterado mecanismo del desarrollo económico. El sistema aspira también a su continua expansión por la más acertada inversión posible de sus renovados excedentes. No cabe por último, negar que los "aspectos sociales" tientan asimismo a una digresión por el momento irrealizable.

Se ha dicho alguna vez —y a eso se inclina el propio E. Heimann— que la experiencia yugoeslava no deja de tener dentro del sistema socialista algún rasgo de parentesco con la planeación "convenida" francesa dentro del sistema capitalista. Las diferencias son, claro está, considerables tanto históricas como de organización. Pero las afinidades no dejan de existir. El mercado, naturalmente, subsiste. Pero el Estado ofrece por medio de sus órganos —la Comisión, el Parlamento y el Ejecutivo— el marco, en sus grandes orientaciones, de lo que considera la política de desarrollo más conveniente. Al sector privado no se le impone ninguna clase de inversión, pero se le "persuade", es decir se le inclina mentalmente en la medida en que se le muestran posibilidades y ventajas que quizá —con medios de información incomparablemente menores— no fuera capaz de ver por sí misma. Y no poco se le "persuade" a través de las propias inversiones del Estado, es decir por el peso decisivo de las dimensiones del sector público, que es una típica nota estructural de la eco-

nomía francesa no siempre existente en igual medida en otros sistemas capitalistas. No creo que haya sido tiempo perdido la mera alusión, sin entrar en detalles, a semejantes diferenciaciones —entre otras— del mundo contemporáneo que algunos piensan obediente a la simplicidad compacto del blanco y negro.

La idea de igualdad

Las conquistas materiales de la primera forma del socialismo histórico —el soviético— equivalen en su significación a las conseguidas por el “sistema económico” que le antecede y con el que “coexiste”. Por eso, semejante “coexistencia” se convierte en el hecho decisivo de la actual coyuntura histórica y no sólo frente a terceros sino para la problemática interna de los sistemas contendientes. La atracción que ejerce la experiencia soviética sobre muchos países atrasados quizá nadie la haya interpretado mejor que la aguda frase de Perroux acerca de la “puissance de la pauvreté”. Pero al explicitarla un poco más hay que tener en cuenta: primero, el dato de su rapidez, que muchos interpretan como el logro de un esfuerzo que partió de cero —cosa desde luego incorrecta y que olvida los inmensos recursos que tenía a su alcance; segundo, el hecho de que su realización puso al descubierto y como transparente el mecanismo esencial del desarrollo; tercero, el influjo ejercido por el valor de igualdad sobre muchos seres humanos secularmente sometidos a tan tremendas desigualdades que les fue imposible no sólo el goce sino la simple apetencia siquiera de la libertad. Allí donde ésta ha permanecido como veta duradera —más o menos visible— la situación ha sido en consecuencia y es todavía distinta.

La estructura del sistema socialista —por oposición al individualismo del liberal— tiene al colectivismo, como su principio básico. Pero el marxismo —como dice E. Heimann en libro distinto¹ del an-

¹ E. Heimann. *Vernunftglaube und Religion in der modernen Gesellschaft*, 1955.

tes citado— es colectivismo racional, se atiende en su pretensión a una estricta ley científica, que no siendo otra que la de la “necesidad histórica” le ofrece la expectativa de dar un día el salto de la necesidad a la libertad.

Quiero esto decir que en trance paralelo al ofrecido en la lección anterior tendríamos que enfrentarnos al juego de la supuesta antinomia entre libertad e igualdad, marchando cabalmente en dirección contraria. Ahora bien, resulta enojoso repetir una vez más lo antes ya dicho, que la tarea excede de lo posible en esta oportunidad. Tanto más cuanto que la misma complica consideraciones teóricas formuladas con la máxima abstracción y el examen de lo ocurrido de hecho en la experiencia histórica del socialismo, que es a su vez un entrelazamiento complejo de ideas y acontecimientos. Nos encontramos en este punto con la paradoja de que en Occidente —en Europa sobre todo— se ha opuesto en estos años a la indiferencia relativa de las masas —no obstante la persistencia de grandes partidos y de la tradición obrera socialista— el notorio apasionamiento de los intelectuales por el estudio del marxismo en cuanto doctrina y en cuanto experiencia real. Paradoja que subraya significativamente el interés por los escritos juveniles de Marx, de marcado carácter metafísico, en contraste con el “positivismo” del vigente Diamat. (La exposición más concentrada y crítica de este verdadero aluvión bibliográfico se encuentra por hoy en un libro de Jürgen Habermas [*Theorie und Praxis* 1963], que sigue la distinción antes señalada entre el enfrentamiento inmanente de la doctrina y la crítica de su aplicación e interpretación en el mundo soviético.)

Sabido es, por ejemplo, al significación fundamental que la idea de enajenación tienen en el pensamiento de Marx, la cual supone el enlace de la crítica del concepto del trabajo en la economía clásica con la crítica del sistema hegeliano de donde la idea procede. Todos los inclinados a la consideración filosófica del marxismo no pueden menos de darle vueltas a semejante idea, porque la promesa “eman-

cipadora" del comunismo consiste precisamente en poner término a esa "cosificación" y extrañamente de que es víctima todo hombre —no sólo el proletario— en la estructura capitalista. Es decir, que en el cumplimiento de esa liberación se encierra toda la problemática marxista de la libertad. El implacable positivismo lógico ha arrojado también en el limbo de las ideologías a este venerado y venerable concepto; pero a pesar de esa expulsión del paraíso científico, sigue corriendo tinta en abundancia en torno a esa idea, revestida por algunos con nuevos ropajes existencialistas o freudianos.

El fundamento filosófico de la igualdad está a su vez en el concepto sumamente abstracto de la posibilidad de la realización del hombre como "ser genérico" (*Gattungswesen*) ("La emancipación humana sólo será realmente plenaria... cuando el hombre haya reconocido y organizado sus "propes forces" como fuerzas *sociales*, de manera que no vuelva a separar más de sí mismo la fuerza social en la figura de la fuerza *política*..." reza el lugar clásico sobre este punto.) Por fortuna Engels dio con la fórmula política mucho más intuible de la misma idea: la del futuro Estado en que la pura administración de las cosas sustituya por completo a la dominación de unos hombres por otros.

Bien, pongamos fin a esta pequeña prueba. Basta para mostrar a los no advertidos, los empinados senderos que habría de seguir el examen de estas materias en el puro campo filosófico. Ahora bien, como el marxismo fue y sigue siendo teoría y praxis a la par, el problema que se plantea de uno y otro lado es saber cómo se ha llevado a cabo esa práctica en la experiencia histórica, concreta, del socialismo soviético. El análisis toma ya otro cariz y sigue siendo polémico por nuevas razones, aunque los problemas centrales siguen siendo los mismos.

En el periodo stalinista —como no podía ser menos— las pretensiones igualitarias absolutas se declararon prejuicios pequeños burgueses. Es decir, hubo de reconocerse, sociológicamente hablando, el hecho inevitable de la estratificación, sin pretender incurrir

al decir esto, en la socorrida prueba tautológica de los funcionalistas. Porque la aceptación de las diferenciaciones impuestas por las exigencias del tremendo esfuerzo, se acompañaba en su lado noble —el de la moral— por una exaltación de la “virtud” del trabajo que algunos sólo encuentran comparable a la que impuso el *ethos* calvinista.

El salto a la libertad persiste en la ideología como la meta que ha de alcanzarse en la transición de la fase socialista a la propiamente comunista. Pero la efectividad de esa transición no sólo se manifiesta como un problema económicamente interno, sino que depende asimismo de los cambiantes horizontes de la coexistencia pacífica. De hecho, sin embargo, muchas formas concretas de libertad han ido penetrando en una estructura social que está lejos de ser lo compacta que algunos creen. La vitalidad de las empresas, la solución de los innumerables problemas organizatorios, la invención científica, la renovación en una palabra de toda la cultura exigen, cualquiera que sea el reconocimiento constitucional, indudables libertades de creación y participación. (Sobre el concepto de “libertad como creación” y otras dimensiones de ella, trata desde la pura tradición liberal. C. J. Friedrich en el capítulo 21 de su reciente *Man and his Government*, 1963.)

Pues resulta, en efecto, que el sistema soviético en su plena “fase intensiva” tiene ya que contar con la nueva estructura social que él mismo creara con su éxito. Toda la política poststalineana no ha sido sino la expresión y el reconocimiento de esa nueva circunstancia. Es decir, comienza una “reforma” del sistema de modo paralelo a como se realizó en el capitalismo: por la presión misma de las masas, que en el goce ya de un mayor bienestar no están dispuestas en lo sucesivo a soportar el permanente sacrificio de sus aspiraciones de consumo. Hasta donde pueda llegar esa “reforma”, tácitamente reconocida día tras otro, es imprevisible y pecan de profecía todos los que señalan la mutación total del sistema y la convergencia definitiva de los hasta ahora antagonistas.

Porque sucede que así como es han ido infiltrando

de modo forzoso formas concretas de libertad —al límite del estallido en la “inteligentsia”— no menos se abandona el hombre soviético a la aspiración de seguridad. Echarle en cara su “conformismo” es algo injusto cuando se hace desde estos lados en que se habla del “other directed man” o de la “democracia totalitaria”. Para la crítica cultural, más ponderada, el predominio del afán de seguridad representa por todas partes el mismo peligro, el de una cultura y un hombre unidimensionales, el que se haga imposible —aquí y allí— una auténtica “transformación cualitativa”. Dentro del socialismo, al que él mismo promete como su última y definitiva fase.

IV. LAS SOCIEDADES INDUSTRIALES Y LA META DEL DESARROLLO

A lo largo de las lecciones anteriores me he esforzado por mantenerme ceñido a algunos conceptos económicos elementales, porque la reflexión filosófica a que se me incitaba sólo podía partir de ellos, apoyarse en ellos constantemente, ya que no podíamos arrancar de modo directo de la realidad a que se refieren y tratan de apresar. Y de esos conceptos el fundamental, naturalmente, es el del desarrollo económico mismo. El cual reiterado hoy con la frecuencia de un tópico, no parece más de una vez que sea entendido en su naturaleza esencial, incluso por lo que lo aplican y elaboran con pretensiones “operativas”, calificación ésta que pesa ahora con tan extrema compulsión que denuncia la irracionalidad de un mero contagio verbal. De no ser así encontraríamos con más frecuencia el explícito reconocimiento de lo que algunos economistas declaran o insinúan: que desarrollo y sistema económico son una y la misma cosa. Y que, por tanto, la “teoría del desarrollo” postula —quíerese o no— una “teoría económica” distinta de la dominante, la cual no puede ser menos que dinámica al estar empapada de historicidad. Pero aunque la afirmación vuelva a repetirse más tarde plantea una cuestión cuyo desarrollo no nos concierne.

La extrañeza tiene que ser mayor ante el hecho de que no se ofrezca más a menudo una pregunta sencilla que debiera interesar a cualquiera. Pues si todo viene de algo y va hacia otro algo, la palabra misma desarrollo abrevia esa experiencia de modo inequívoco. ¿Hacia qué cosa conduce el desarrollo económico? ¿En qué algo desemboca dentro de nuestra vida? ¿Cuál es el para qué del desarrollo cuyo por qué se ha tratado de explicar?

En más de un momento en reuniones con especialistas —de educadores por ejemplo— me ha sorprendido su completa miopía ante esa cuestión. Sometidos a las presionantes consignas de nuestros días, los he visto entregarse con fervoroso entusiasmo a la planeación —integral por añadidura— de los sistemas educativos sin conceder un minuto de su atención a preguntarse por el tipo o clase de sociedad para la que estaban planeando, por el modo de ser del hombre conformado por esa sociedad y soporte a su vez de la misma. En el caso de los educadores la cosa es grave porque se trata de algo más que de una desinteresada curiosidad intelectual. Pero “mutatis mutandis” lo mismo sucede con otros profesionales. O mejor dicho no es nada insólito entre los muchos interesados ahora por el desarrollo —se entiende, en los países que todavía se encuentran en el camino. ¿Por qué no anticipar imaginativamente sus resultados? ¿Por qué no interrogarse acerca de la clase de sociedad a que el desarrollo, de tener éxito necesariamente conduce?

La respuesta, en un primer intento al menos, no es cosa difícil porque basta con señalar realidades patentes. Es decir, las que se viven hoy en todos los países económicamente más avanzados y que constituyen en su conjunto lo que se denomina la sociedad industrial. ¿Cuál es su estructura? ¿Cómo se configura y funciona? En otros días, quizá hubiera sido necesario abandonarse a las impresiones de un viajero o a las páginas de un literato. Más o menos imaginativas, posiblemente certeras. No importa para el caso. Pues con nuestro tiempo no es necesario tal rodeo porque lo que sobra más que falta es el

análisis científico de esa estructura. Lo cual se debe al hecho de que la concentración en ese tema con métodos empíricos consigue ahuyentar toda tentación especulativa. En él volcaron por tanto su atención considerable y valioso grupo de historiadores, sociólogos y otros cultivadores de la ciencia social. Ahora bien, lo decisivo es que el objeto de que se trata es "la sociedad industrial". Lo que lleva implícito, claro es, que existe una estructura semejante de la misma cualquiera que sea el sistema económico de que provenga. Sin embargo, es muy comprensible —pienso que sobre ese mismo objeto se proyecten diversas interpretaciones. Se habla así de sociedades elitarias, de consumidores, de "empleados", de sociedades niveladas, de "trabajadores", de sociedades en que predomina el sector terciario, etc., etc. Y cada una de esas interpretaciones, en que se destaca uno u otros aspectos, es en principio correcta por su valor heurístico siempre que no pretendan valer como verdad absoluta y exclusiva. Nadie pretenderá, sin embargo, que se entre a fondo en el problema en tan abreviadas páginas.

Es evidente que si el desarrollo económico consiste en la incesante ampliación de sus medios productivos, tiene que ser el trabajo —el continuado esfuerzo— la raíz de la sociedad que lo sustenta. Las sociedades industriales son por eso ante todo sociedades de trabajadores. Suponen el triunfo del "homo laborans", agudamente analizado por A. Arendt en su significación filosófica.

En la Constitución española del año 31, un artículo un poco inocente —como algunos otros de numerosas constituciones— declaraba que España era un país de trabajadores. Dejando de lado su inspiración y las bromas más o menos injustas a que daba lugar, topamos con el hecho paradójico de que pasados los años y en circunstancias políticas muy lejanas de aquella inspiración doctrinal —circunstancias que pongo ahora entre paréntesis— España está cumpliendo con aquel artículo a gusto o no de los españoles. Todo por la sencilla razón de que activado su desarrollo económico se está convirtiendo en una

“sociedad industrial”. Claro es, y no trataré de discutirlo, que para muchos la sociedad de trabajadores por antonomasia es la soviética contemporánea. Pero nadie tampoco negará, cuando se trata de realidades efectivas, que no menos enérgicamente trabajadoras parecen ser hoy la norteamericana, la alemana o la francesa. Suprimidos pequeños islotes, en ella predomina —para bien o para mal— el “homo laborans” frente a cualquier otro tipo humano.

En segundo lugar, una evidencia no menor parece tener asimismo, la afirmación de que el aumento de la capacidad productiva por la inversión continuada del excedente tenga como resultado una mayor riqueza, el incremento del denominado ingreso nacional bruto. Es decir, una mayor cantidad de bienes y servicios. Y que ese aumento ofrezca la posibilidad —sino la realidad efectiva— de una mayor participación de todos —de una y otra forma— en la riqueza producida. Podrán sostenerlo los economistas con inevitable parcialidad en sus programas, pero la tesis en sí es plenamente correcta.

Es decir, lo que importa desde la perspectiva del economista es que aumente la tasa de crecimiento o que se mantenga al menos en la cifra adecuada. En esas circunstancias la proporción de los ingresos por persona aumenta también o se mantiene en un nivel juzgado satisfactorio. No hay duda de que la conocida magnitud de los ingresos per cápita es una elaboración estadística, que no coincide punto por punto con la realidad. Pero no por eso pierde su valor de medida. Su relatividad no “falsifica” en consecuencia la proposición de que el aumento de la riqueza general es un paso previo al posible aumento de la riqueza individual. O dicho en otra forma, que el incremento del ingreso nacional bruto es la condición de la posibilidad del incremento del ingreso per capita. De ahí, la validez, igualmente, de las proposiciones implícitas: 1) que el objetivo fundamental de la política económica consiste en el aumento del ingreso nacional; 2) que el problema de su distribución es posterior o derivado. Dada la coherencia lógica de esta concepción, no extrañará que

participen en ella economistas de uno y otro bando. Ahora bien, no menos indudable es que semejante doctrina está reñida con la convicción que con más vigor mantuvieron las luchas sociales europeas, la idea de la redistribución de la riqueza. Nadie se atreve a negar que a veces la injusticia de la distribución es tan monstruosa, tan desmesurada la distancia en la percepción de ingresos entre las distintas capas sociales, que se impone a cualquier precio la corrección de ese entuerto. Pero en principio, la admonición del economista sigue siendo correcta. La redistribución no es una solución económica cuando lo que se reparte es una miseria generalizada. En diversas ocasiones, aun en países nada pobres, se hicieron cálculos sobre lo que significaba en un momento dado la distribución igualitaria de la renta nacional: unas pocas unidades monetarias por cabeza.

Lo que se viene diciendo coincide en esencia aunque en otros términos con el concepto aquí mantenido del desarrollo. Por tanto, de igual manera a como el desarrollo económico pareció en sí mismo indiferente al hombre, resultaría muy cruel la tesis de que ante todo importa crecer para distribuir luego más equitativamente lo aumentado, si una política concreta la mantuviera a rajatabla. De hecho naturalmente, no sucede así. Y las atenuaciones pueden tener incluso significación teórica.

Ahora bien, no perdamos el hilo de nuestra tarea prolongando demasiado esta disquisición económica. Venía solo a cuenta de la estructura social. Pues resulta, en efecto, que las sociedades industriales —aquellas en que ha sido mayor el desarrollo económico— se caracterizan por la existencia de una ancha capa de individuos dentro de la cual las variaciones en los ingresos —las hay— son poco pronunciadas. En las sociedades denominadas tradicionales —subdesarrolladas decimos ahora— la estratificación social determinada por la distribución de los ingresos toma en su expresión gráfica la configuración de una pirámide. Sobre una extensa base, casi al nivel de la miseria, se elevan en vertientes agudas las capas de los favorecidos con ingresos superiores. En las socie-

dades industriales la figura del bulbo sustituye a la de la pirámide. Una terminación aguda, pero corta, prolonga el grueso del cuerpo central, que se apoya a su vez sobre una base de área más pequeña. Quiere esto decir que semejante figura traduce la existencia de una amplia zona intermedia extendida entre límites de ingresos no excesivamente distantes entre sí. Dentro de esa zona hay solapamientos que complican la trama interna de la imagen, pero que sólo interesan a estudios de detalle. Y se dan asimismo diferencias de país a país que impiden identidades absolutas. Lo que importa es la tendencia, la configuración general.

Como los individuos en esa gran zona están relativamente equiparados en sus ingresos tienden a estarlo en las formas de su consumo y en consecuencia en los modos de vida. En la medida, además, en que se encuentran sometidos a presiones idénticas de los denominados medios masivos de comunicación, tiende a producirse una equiparación semejante tanto en los tipos de ocio como en las aspiraciones. Varían únicamente las calidades.

Interpretaciones

¿Cuál es la denominación que conviene a las sociedades industriales desde esta perspectiva? ¿Homogéneas? ¿De sectores medios? ¿De clases medias relativamente niveladas? Ninguna de las denominaciones propuestas es única y por tanto plenamente satisfactoria. Por ejemplo, desde la tradición de las teorías clasistas no desaparecen desde luego las diferencias de clase. Pero de hecho —sin apoyaturas institucionales de otro tipo— los conflictos se atenúan, las tensiones latentes parecen menos bruscas en la superficie. Esa situación ha transformado profundamente la vida política y la psicología individual. La posibilidad del compromiso es mayor y menor por el contrario el antagonismo ideológico. Un nivel de aspiración muy semejante domina por igual, tanto en el sistema capitalista como en el sistema comunista. Seguir en detalle todas las consecuencias de esta si-

tuación de hecho no es posible aquí ni tampoco necesario. Nos bastaba y nos sobraba con la caracterización sociológica general, que vale repito para todas las sociedades industriales con completa indiferencia por el sistema económico subyacente.

No deja por último de tener sentido calificar además de elitarias a las sociedades de que estamos tratando. El término *élite* tiende a emplearse hoy —como otros de los maquiavelistas italianos, Pareto y Mosca en particular— con todo rigor neutral, liberado de cualquiera veleidad aristocratizante. Pues los supuestos técnicos de las modernas sociedades determinan la constitución y diferenciación de grupos funcionales —grupos entregados al cumplimiento de una tarea precisa, necesaria y objetiva— dentro de los cuales no puede existir otro criterio de estimación que el del mérito. Los dirigentes y organizadores de esos grupos constituyen una selección —guste o no— de individuos justificados por su “rendimiento”. En este sentido el término económico de productividad puede ser generalizado y traduce en cualquier género de actividades el simple hecho de ese mayor rendimiento. Dentro de cada grupo y en la totalidad social, como conjunto de grupos funcionales, la *élite* o las *élites* no son otra cosa que el agregado ocasional de esos individuos destacados por su mayor “productividad”. Sean empresarios o periodistas, obreros, maestros o políticos. Hasta qué punto las exigencias tecnológicas de nuestro tiempo puedan conducir a tremendas y peligrosas distancias entre el hombre medio y el dirigente —las utopías de la “meritocracia”— es cosa que no podemos elucidar por el momento. Perseguíamos ciertas caracterizaciones generales. Y una de ellas consiste, sin duda, en ese aspecto elitario de las sociedades industriales avanzadas si queda entendido con la sobriedad descrita. En el modelo de tales sociedades —y empleo por primera vez este término tan a la moda— es necesario imaginar a los grupos funcionales dentro de un mismo plano o disposición horizontal. No hay jerarquías entre ellos. Y en ese plano se sitúan por consiguiente los hombres responsables de su respectivo manteni-

miento. La jerarquía es interna y tanto más rigurosa cuanto más calibrada esté por unidades de medidas objetivas de reconocimiento general. Unidades de productividad. En el modelo, claro es, sólo rige el principio —universalizado— del mérito. Ahora bien, cabe imaginar que ese modelo —y la realidad se le acerca más o menos— vale para toda sociedad que funcione como “sistema económico” cualquiera que sea la estructura concreta del mismo.

La gran fase de transición

Conviene no olvidar, sin embargo, que las sociedades industriales a que nos hemos venido refiriendo constituyen todavía por el momento un grupo minoritario. El resto de la humanidad —países y regiones según prefiramos— no ha alcanzado aún esa etapa y está en grados de distancia o aproximación mayores o menores. Pero si en unos es ya una realidad lo que en otros es un horizonte, el hecho significativo que interesa destacar vale para todos. El cual consiste en que el ser humano se encuentra hoy en un momento de transformación de su “naturaleza histórica” y por tanto ante dificultades y peligros cuya superación no es en modo alguno tarea mollar. Se trata en definitiva del paso de una civilización de base hasta ahora principalmente agrícola, campesina, a otra casi exclusivamente técnica e industrial. ¿Cómo está viviendo el individuo ese paso o mudanza? Parece en consecuencia en extremo justificado que para algunos pensadores sea ésta la cuestión mayor de nuestro tiempo. Gran número de problemas que ya se viven en las sociedades industriales más avanzadas permiten ser examinados desde este punto de vista. Y en este sentido, nada tiene de raro que la crítica cultural contemporánea se pueda dividir —toscamente desde luego— en pesimista y optimista. La mejor se esfuerza, sin embargo, por superar esa oposición, destacando frente a menguas y pérdidas evidentes ganancias y logros no menos innegables, sean conocidos o estén aún por explorar. Pero mientras se ofrece el momento en que las necesarias institucio-

nes con sus nuevos automatismos “descarguen” al hombre de la pesadumbre de la invención, el individuo tiene que enfrentarse con circunstancias difíciles por causa de su eruptiva novedad. A tal situación llegarán también uno tras otro los países subdesarrollados, a medida en que el éxito corone su voluntad de transformación. Mientras tanto, no podrán dejar de sufrir además de sus propias y peculiares dificultades las que son un reflejo de la mudanza ya ocurrida en los países avanzados.

De esa experiencia porque está pasando o va a pasar el ser humano, destaca como su núcleo esencial el saber la forma en que puede encarnarse la idea de persona en esas nuevas condiciones tecnológicas y sociales.

La situación del individuo

¿En qué situación se encuentra la posibilidad de la persona en las actuales sociedades industriales? La contestación claro es, depende de lo que entendamos por persona. Para abordarla podemos tener presente —entre otros análogos— el esquema de un reconocido estudioso del problema, A. Gehlen. Si persona equivale a una cierta capacidad de reflexión sobre uno mismo, de curiosidad analítica del propio yo y de interés comprensivo por el ajeno, por lo que sucede en el “otro”, no ha habido otra época más rica que la nuestra en la experiencia del subjetivismo. Es una actitud general del individuo en los países más cultos —más avanzados socialmente por lo común— y que nada traduce mejor que la creación literaria y no sólo la lírica sino la novela muy en particular. El hombre ha sido analizado sin piedad, sin recato alguno, en todas “las galerías del alma”, en los entresijos más recónditos de su vida psíquica, mucho más allá de lo que osaran los maestros de la novela psicológica de la anterior centuria. Estamos tan saturados de subjetividad que una supuesta reacción como la del “chosisme” no hace sino remachar en el clavo. Un libro como el de R. M. Albères (*L'aventure intellectuelle du xx^e Siècle*. 1963) —que

no juzgo en su contenido crítico— viene a ser la biografía generalizada de todas las generaciones que han participado con intensidad en la creación o en el goce de los movimientos literarios de este siglo. No puede encontrarse prueba mejor —como pudiera darla otra historia literaria semejante— de que el subjetivismo más ha pecado por exceso que por defecto en las sociedades industriales de nuestros días.

De modo parejo si entendemos por persona la posibilidad que pueda tener un individuo para “realizarse” en una tarea, en una profesión, jamás tampoco han existido estructuras sociales más favorables que las actuales para ese logro. Recordemos que se trata de sociedades funcionales en que rige el rendimiento prestado como último criterio. Tanto es así que para algunas escuelas sociológicas de hoy no viene a ser el hombre sino el adscrito a un papel social. El “homo sociologicus” no es más que el precipitado personal de un rol —“término” técnico poco castellano que ha acabado por generalizarse. La educación *persona-rol* —y la teoría subyacente— plantea cuestiones que no nos interesan aquí. En todo caso, en nada alteran la tesis de que las sociedades industriales exigen más que permiten la plena encarnación de ese concepto de persona.

En cambio, la situación es por lo menos problemática si por persona entendemos capacidad de autonomía, la decisión propia y libérrima. La posibilidad para el individuo de vivir desde su propio centro, de aceptar o de renunciar, de tomar distancia ante las cosas, de crearse un mundo suyo intransferible y lleno de sentido, es cosa que no parece hoy fácil y sencilla. La dificultad se manifiesta a veces tan poderosa que hace vacilar toda la tradición educativa de occidente, la cual siempre persiguió como meta suprema el logro de ese tipo humano, sobre todo en su culminación universitaria. Es más, ese carácter emerge como un perturbador de las exigencias de ajuste de las sociedades funcionales, las cuales requieren la máxima adaptación a mecanismos y tareas en su mayor dimensión impersonalizadas y como mostrencas. Se ha insistido por eso en que las

sociedades industriales tienden a producir un mayor conformismo. Afirmación que sólo puede aceptarse en un sentido relativo, so pena de olvidar que toda sociedad —la sociedad— es por esencia conformista. A lo que hay que añadir que esa dosis mayor de conformidad vale por igual para todas las sociedades industrializadas sean capitalistas o socialistas. Y por último, que la insistencia de diversos sociólogos en poner de manifiesto ese mayor conformismo no significa la aceptación de una tendencia de hecho, pero tampoco la negación absoluta —como juicio de valor negativo— del tipo de sociedad que lo hace posible. El fenómeno está ahí —con tales y cuales caracteres— y hay que enfrentarlo como un defecto o peligro de las sociedades contemporáneas, que cabe en algún sentido atenuar y modificar. Lo cual sólo es posible si se conocen y tienen en cuenta todas sus causas y condiciones. Esta es una labor de la ciencia social, pero al lado de ella, estimulándola, se dan por todos lados protestas y reacciones no siempre eficaces por su emotividad e irracionalidad. Nos son conocidas sus manifestaciones en el llamado lado occidental, pero también comienzan a ofrecerse en el otro, incluso en la forma de la espontaneidad crítica. Sabemos de ellas mucho menos, pero todos los síntomas hacen patente, en los distintos “deshielos”, que también allí mantiene el hombre la aspiración secreta a una dosis mayor o menor de autonomía. El conjunto de esas manifestaciones y de esos síntomas, la actitud alerta de las minorías intelectuales, no disipan pero aminoran sin duda alguna la posibilidad de que se cumplan inexorables los temores de un Alfredo Weber, cuando en su lúcida ancianidad presentía la desaparición del “tercer hombre”, creador de Occidente, al empuje de un “cuarto” tipo mecanizado y casi automático, el hombre “robot” del futuro. Esa preocupación expresada en un libro poco conocido entre nosotros, es la que reiteran varios otros que nos son más familiares, desde *La rebelión de las masas* de Ortega hasta su versión norteamericana en *La masa solitaria* de Riesman. Conviene,

sin embargo, mantener viva esa preocupación sin pavores y sin malentendidos.

La denominada sociedad pluralista

Las sociedades industriales no son en realidad monolíticas, no lo es ni mucho menos la soviética. Y no lo son cabalmente por causa de su necesaria complejidad y diferenciación. Por eso desde el punto de vista político —y nos atenemos en esto a la sociedad occidental— semejante diferenciación se manifiesta en la multiplicidad de los grupos que intervienen como tales en las orientaciones y decisiones gubernativas. Sus intereses, claro es, no coinciden ni pueden coincidir de modo espontáneo; pero como tampoco pretenden destruirse —su aniquilación recíproca— aspiran a mantener la estabilidad común por medio de la discusión, el pacto y el compromiso. Y tanto más se inclinan a realizarla cuanto mayor sea la conciencia que tengan de su interdependencia y recíproca limitación. Se sostiene, en consecuencia, que la democracia como hecho de participación se realiza con mayor vigor al nivel de los grupos en los que cada individuo interviene a su vez y decide. De esa manera el individuo conserva su libertad de acción lo mismo en los grupos a que pertenece como frente a la totalidad del Estado. Los valores políticos tradicionales sólo pueden encarnar en las sociedades industriales modernas si éstas se valen de instrumentos y medios distintos de los que prevalecieron en el siglo XIX. Porque semejantes instituciones diferentes están reclamadas aunque no impuestas por las nuevas condiciones tecnológicas y organizatorias de nuestra edad. Las sociedades industriales aparecen así, según se afirma, como “democracias pluralistas”.

El término de democracia pluralista —así como la interpretación que expresa— parece cada día ganar mayor terreno, adeptos más numerosos. Y sin embargo están ambos sujetos a severas críticas, de las que algo debemos saber. Se aduce si no estaremos ante el caso patente de una ideología. Quien habla de sociedad pluralista quizá encubra o trate de no percibir

una severa forma de control —el control derivado de la técnica y de la organización— que pone en graves aprietos la concepción clásica del liberalismo. Ahora bien, los intérpretes de la sociedad pluralista pretenden mostrar que sólo a través de esa estructura se salva hoy la libertad tradicional. Puesto el hombre de nuestro tiempo frente a frente del Leviatán del Estado únicamente puede resguardar su libertad —su capacidad de creación y elección— en la medida en que sea miembro de algunos de los numerosos cuerpos intermedios que se interponen entre uno y otro. Esas numerosas organizaciones, sujetas a una complicada estrategia de equilibrios y contrapesos, contribuyen a las decisiones públicas por la negociación, el compromiso y el tácito freno de su diferente peso. El individuo que interviene en la formación de las respectivas decisiones de esos grupos participa en definitiva a través de un rodeo en las orientaciones políticas supremas. La defensa de la libertad por ese camino —se objeta— no deja de ser una ilusión. De hecho las sociedades industriales tienden por todas partes a aumentar la presión hacia el conformismo; el individuo resguarda su seguridad pero no su autonomía. El hombre de la organización —empresa, sindicato, instituto científico, etc.—, no suele ser un elemento activo, sino pasivo y conformado. La ley de Michels sobre el imperio de la oligarquía no vale tan sólo para los partidos sino para toda clase de organización. El obrero sigue pasivamente las orientaciones de la oligarquía sindical como se adapta el empleado a la atmósfera de su empresa. El pluralismo es de esta suerte un agregado de conformidades colectivas, no el campo donde cualquier individuo puede ejercer su iniciativa y su libertad. Por tanto, aun en las supuestas sociedades democráticas se impone al fin y al cabo una forma de totalitarismo. No nos podemos perder ahora en la discusión del tema. La teoría de la estructura pluralista en las sociedades industriales avanzadas tiene grandes visos de verosimilitud. La crítica de su significación ideológica no opera tampoco en el vacío: el control “tecnológico” en nuestro tiempo subyace al menos como

pretensión latente y humanamente peligrosa. Limítémonos a tomar buena nota.

Weber y Marx

Sin embargo, el solo dato de esa exigencia nos explica a distancia la coincidencia en definitiva de dos hombres tan dispares como fueron Carlos Marx y Max Weber. Hace ya bastantes años que ese paralelismo fue expuesto y analizado brillantemente por un filósofo tan severo como Carlos Löwith. ¿Cuál fue la preocupación filosófica radical de estos dos pensadores: economistas, sociólogos y filósofos a la par? Para decirlo en los términos de uno de ellos; la futura emancipación del hombre. Ambos percibían que la sociedad industrial —que no conocieron claro es en nuestra fase contemporánea— constituía en su necesidad histórica un peligro para la libertad del ser humano. Su humanismo fundamental —en la línea de la más perdurable tradición europea— se estremecía ante las amenazas de un futuro ya visibles y actuantes. ¿En dónde acechaba el peligro, en dónde estaba la defensa? Emancipar al hombre, salvarlo en su libertad inalienable, significaba darle su plena estatura, sacarlo de su “minoridad culpable” en la visión iluminista del viejo Kant.

Sabido es, sin embargo, que ni las interpretaciones ni las soluciones fueron exactamente las mismas. La causa para Weber se encontraba en el largo e ineludible proceso de racionalización a que había estado sometida la historia de Occidente. El mayor peligro radicaba en la creciente expansión de la burocracia. La cual, inescapable en una sociedad funcional como la muestra, tendía a quebrar la espina dorsal del individuo con la palanca de la jerarquía. La solución weberiana, extrema y heroica como casi todas las suyas, sólo podía ofrecerse por la aceptación hasta su fondo del proceso de racionalización mismo.

Para Marx, la causa estaba en la estructura de la sociedad industrial en su forma capitalista. El mayor peligro del hombre residía en el hecho de su permanente “cosificación” y “enajenación”. La salida

únicamente podía consistir en la supresión de enajenación semejante por la acción revolucionaria decisiva, que permitiría al hombre el logro definitivo de su libertad en cuanto la aceptara como necesidad. Una solución quizá no menos heroica y dramática que la de Weber. Las diferencias son muy grandes aunque filosóficamente parejas. No nos interesan ahora. La que importa es darnos cuenta de que ambos pensadores estuvieron impulsados por idéntico afán existencial, por la misma angustia, salvar al hombre —emancipado— en su libertad profunda dentro de una situación histórica caracterizada por condiciones estructurales muy adversas. Conviene reconocer que esas condiciones aquí y allí, por todas partes, continúan las mismas, caso de no estar empeoradas.

V. DESARROLLO PARA EL HOMBRE

El solo comienzo de esta quinta lección supone que va a ponerse término a la tarea que nos ha reunido por algunos días. ¿Pero posee cabalmente sentido hablar de terminación, de conclusión? ¿Conclusión de qué? ¿No tiene en realidad que quedar todo pendiente, inconcluso? Ahora bien, así ha ocurrido no porque tal fuera mi intención —mi insuficiencia— sino por el tipo de ejercicio intelectual a que nos hemos entregado. Un juego teórico, un ejercicio de exploración de tierra incógnita en busca de facilidades y peligros. Puedo, en consecuencia, presumir que más de alguno habrá quedado completamente insatisfecho. Pero como esa posible insatisfacción no se ha manifestado en el menor gesto, tengo que agradecerles su ejemplar actitud. Y no por lo que a mi persona se refiere sino por lo que significa como disciplina universitaria. La cual, forzado es decirlo, no siempre marcha bien en nuestras latitudes. Estamos frente a un tema que más allá de sus intrínsecas dificultades invita a que se tomen posturas comprometidas y muchos juzgan hoy irritante, encubridor de flaqueza moral, no aceptar una posición de ese tipo. Ahora bien, la teoría —sea científica o filosófica—

no tiene otro compromiso que la de ser fiel a sí misma. Semejante fidelidad, sin embargo, es el sólo camino o método de la ilustración, o sea, el de aclarar una realidad como el único medio de criticarla. La crítica a través de la teoría es a su vez misión universitaria, el auténtico compromiso de esta institución. Cierto que hoy se "investiga" por muchas partes, pero mantengo la convicción de que la Universidad sigue siendo a pesar de todo —a pesar de sus deterioros aquí o allí— el último reducto de la auténtica investigación, la pesquisa libérrima y sin ataduras. La Universidad es todavía el único lugar en que es posible la teoría —la contemplación si se quiere— con completo desinterés por sus posibilidades de aplicación inmediata. Por eso mismo puede discurrir si tal desea sobre las relaciones entre teoría y praxis. Ahora bien, esto no significa en modo alguno que pueda despreocuparse de las cuestiones más dramáticas de nuestra hora, sí que deba tratarlas precisamente sin el menor dramatismo. Es decir —he evitado hasta ahora la palabra— con inexorable objetividad. Volvamos, por tanto —ya queda poco— a la reflexión teórica.

Sin embargo, tampoco puede ésta consistir a la manera del intento de Picasso, en una evanescente figura de humo en el espacio. Sino que en su misma articulación, por libre que parezca, se contienen los puntos fijos de algunas orientaciones. Llego al momento de recogerlas, aunque no sin cierta preocupación por el temor que lleva consigo la obligada concisión.

Todo este discurso se ha esforzado por mantenerse al hilo de un solo concepto central, el del desarrollo económico, y de la reiterada y enojosa insistencia en sus elementos constitutivos. Pero tengo la esperanza de haber mostrado en su análisis algunas de las implicaciones y complicaciones que nos sacan del campo económico y que son temas o preguntas del interrogar filosófico. Uno de ellos sigue todavía a horcajadas de la filosofía y la ciencia, porque se trata de un tema metodológico. Yo no tengo la menor culpa en haber producido una confusión entre la

idea del desarrollo y la idea del sistema económico mismo. La confusión procede de la realidad, existe y preexiste en los hechos. Que de esta manera nos encontremos ante la presencia de la historia, porque el movimiento del desarrollo se despliega en ella con todas sus variedades, significa la necesidad de constituir una teoría económica capaz de dar cuenta de ese proceso total y no tan sólo de algunos de sus momentos. Es decir, la economía como desarrollo impone elaborar lo que hoy se denomina una teoría dinámica. Cómo hacerlo, sus posibilidades y sus límites son cuestiones de la filosofía de la ciencia a las que —dado su carácter abstruso— sólo podemos aludir. En la construcción de esa teoría se está en diversos lugares y no hay por lo menos palabra más repetida en estos momentos que la de dinamismo.

El segundo de los temas complicados es de carácter moral, de estimativa de ciertos valores fundamentales. Se ha eludido un planteamiento directo de la supuesta antinomia entre libertad e igualdad. Pero se ha llegado a uno y otro de ambos valores en su referencia concreta a los sistemas económicos dominantes. En el planteamiento de toda política económica —en la planeación actual— exige el diagnóstico de que se parte de preferencias de valor, decisiones regidas por criterios de estimación que son extraeconómicos. Y que no sólo se refieren, desde luego, a los valores de libertad e igualdad, por decisivos que éstos sean en la concepción del hombre y de la vida social. No hace mucho declaraba en este sentido un economista (Sarraceno) que la elaboración del diagnóstico es la tarea más difícil en cualquiera programación. Todos los instrumentos técnicos son estrictamente neutrales y nada es más indiferente al hombre en cuanto tal —como se ha visto— que el mecanismo del desarrollo cuando obedece únicamente a su propia lógica interna.

Por eso hemos visto reaparecer otra antinomia, la que se postula existente entre la racionalidad formal y la material. Como en el caso de la que contrapone libertad e igualdad, sospechamos que la riqueza de dimensiones de la vida humana misma lleva consigo

una capacidad de “aborción” de esos dilemas, que permite de hecho sortear los callejones sin salida. Pero este es un tema filosófico de tal radicalidad que habría que dedicarle largo tiempo. Conviene, sin embargo, seguir algún momento más en el planteamiento de esa oposición conceptual, porque quizá nos ayude a desembocar en otra consideración filosófica que no es sólo la más importante por ser la última en el orden de la serie.

El capítulo II de *Economía y sociedad* —muy poco frecuentado porque su aridez lo hace, sin duda, inatractivo— es algo más de lo que Weber declara sobriamente en su título: “Las categorías fundamentales de la vida económica.” Constituye en realidad un ensayo de interpretación de las condiciones sociales —de los supuestos sociológicos— de la economía liberal. Por eso aunque se le cita a diestro y siniestro en cuanto aparece el tema de los orígenes del capitalismo —y en los últimos años, desde una perspectiva fragmentaria, en lo relativo a la burocracia— apenas se tiene en cuenta lo que insinuó acerca de la perduración de ese capitalismo (liberal) y de las posibilidades en consecuencia de su mudanza, de su extinción incluso. Todo el soporte de sus consideraciones es en definitiva la distinción entre la racionalidad formal y la material y su incompatibilidad o carácter antinómico. La racionalidad formal es un concepto inequívoco en la gestión económica “siempre que se exprese en reflexiones sujetas a número y cálculo”, de modo máximo por tanto en su forma monetaria. La racionalidad material de esa gestión es al contrario equívoca porque en ella intervienen otros puntos de vista valorativos: éticos, políticos, igualitarios, etc. Por consiguiente, las condiciones sociales que hacen posible la economía liberal no son otras que las que hacen a su vez posible el ejercicio de la racionalidad formal. Toda introducción de principios materiales en cualquier punto de la vida económica, por justificados que parezcan, perturban o hacen imposible su funcionamiento. El neoliberalismo contemporáneo —sostén teórico inicial del milagro alemán— reitera estos principios en su doctri-

na, a tenor de la cual la "intervención" del Estado sólo es permisible cuando lo hace de acuerdo o en favor de la restauración del mercado. Claro es que la racionalidad formal es sólo uno de los hilos del trenzado de racionalización que corre a lo largo de la historia occidental; pero es decisivo por ser el principio lógico en el despliegue histórico de todos los productos y sectores culturales. Pues bien, lo que aquí nos interesa es que el mecanismo del desarrollo es una clara expresión de esa misma lógica, indiferente a todo lo que no sea la orientación racional con arreglo a un fin (la expansión del sistema). Y que por consiguiente cualquiera otra acción orientada por valores materiales entorpece su movimiento. Como esos valores se muestran presentes de alguna manera, reclamando imperiosos su reconocimiento, la colisión es inevitable en uno u otro instante cualquiera que sea el sistema que el mecanismo sostenga. ¿Cómo juzgarlo desde la perspectiva de esos otros valores materiales?

Si tomamos ahora otro camino la situación a que conduce es semejante. El "sistema económico", se dijo, es una escuela de la ciencia moderna. Y esta ciencia y su técnica implican una constante interferencia en los procesos espontáneos en virtud de las construcciones de la teoría. La interferencia en los procesos naturales ha tenido tal éxito que, según se dice, puede realizarse ya de acuerdo con cualquier "modelo", sea o no "comprensible" lo que ocurra. La boga del "modelo" en las ciencias sociales indica que se pretende seguir idéntico camino y que será igualmente posible interferir en los procesos sociales, renunciando a toda auténtica comprensión. Cuestión sin duda problemática y que hemos ahora de abandonar. Resulta, en todo caso, que el mecanismo del desarrollo es uno entre esos modelos —desdoblado en numerosos otros menores— mediante los cuales se interviene en el proceso social modificándolo. Pero ¿de qué manera? En una sola dirección; abandonado a sí mismo es —permítasenos la expresión— un *perpetuum mobile* de insumos y productos. Ahora bien, ¿qué "sentido" tiene ante la historia esta cadena sin fin?

El progreso sin la fe en el progreso

La meditación sobre el desarrollo nos ha llevado así ante el umbral severo de la Filosofía de la Historia. Situación peliaguda ciertamente, pero que no sería grave si tuviéramos hoy una Filosofía de la Historia a qué atenernos.

Pero ello —por desgracia o fortuna— no sucede así. El hombre occidental vivió durante dos siglos desde una filosofía de la historia, que era algo más que una serie de ideas, es decir una creencia. Por eso se hablaba justamente de la fe en el Progreso. Ahora bien, para nadie es un secreto declarar en nuestros días la completa evaporación de esa fe. Fecundada de esta suerte la herencia más difundida de la Ilustración la lectura de algunos de sus creadores más ilustres constituye algo más que una delicia de la curiosidad intelectual. El *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain* de Condorcet ofrece el ejemplo más notorio, porque el recuerdo de su despedida socrática interpone hoy una fuerte emoción en el puro goce de su clara prosa.

La Filosofía del Progreso ha perdido su vigencia en nuestro tiempo por una doble razón. En primer lugar, por el desvanecimiento de su ingrediente moral. Pues el progreso no sólo comprendía la “razón física”, la conquista material de la naturaleza sino la permanente elevación del hombre en su estatura moral, su indefinida perfectibilidad (“le soleil n'éclairera sur la terre que des hommes libres, ne reconnaissant d'autre maître que leur raison...” Condorcet). Ahora bien, las experiencias de medio siglo han sido funestas. ¿Para qué recordar? Quien las viviera o sabe ahora de su pasado no puede ya participar aunque quisiera en la fe ilustrada de que el hombre tendía a hacerse cada vez “mejor”.

Pero en segundo lugar, por la inmensa paradoja histórica de que ya no se puede creer —esperar— en lo que es, en buena parte, cosa lograda. El Progreso como ilusión se ha convertido en Progreso como fatalidad (Löwith). Todo lo que pudo imaginarse como posible desde Bacon, el filósofo científico, pasando

por Leonardo, el inventor, hasta los anticipos literarios del más modesto J. Verne, ha sido ya realizado y en buena parte en el breve transcurso de una generación. Por supuesto, todo ello en el campo de las conquistas materiales. Un filósofo cristiano puede decir en consecuencia que “una extraña coincidencia de fatalismo y de voluntad de progreso caracteriza hoy toda consideración acerca de la marcha de la Historia... La cuestión reside en saber si todavía existe para nosotros una instancia que pueda limitar al progreso en sí mismo desmesurado o si es inevitable que el hombre haga todo lo que puede hacer” (K. Löwith. *La fatalidad del progreso*. En *De Homine* 9-10, Roma, p. 57). La respuesta de otros filósofos actuales puede ser distinta: “*mobilis in mobile*”, dice el lema de uno de ellos. Pero el hecho es el mismo. La extinción de la filosofía de la historia en la que el hombre de Occidente vivía, le deja de pronto sin una imagen de su futuro, sin una prefiguración de su porvenir. Y el tema grave que se plantea es si el hombre será capaz de vivir en lo sucesivo sin el apoyo de una previsión de lo que le aguarda y espera. ¿Puede abandonarse sin más a un proceso ciego y mecánico como es el del desarrollo? Ciertamente es que la ilusión del Progreso era una Utopía y que todas ellas han tenido siempre dolorosos aspectos negativos. ¿Pero cómo sustituirla cuando se piensa que el hombre no puede existir sin un horizonte más o menos dilatado de expectativas? ¿No será funesta la declinación de la Utopía? Quizá no merezca, por su incomparable dimensión, el escalofrío de las páginas memorables de Nietzsche sobre la muerte de Dios, que suscitaron el comentario no menos famoso de Heidegger en sus *Caminos del bosque*. Pero algunos pensadores —en la herencia tradicional— han creído ver en esa pérdida de toda imagen del futuro el signo más grave de la denominada crisis de Occidente. Un hombre como el holandés F. L. Polak ha perseguido el tema con extrema minuciosidad. Sus expresiones no son sencillas —el tema del tiempo ha sido siempre espeluznante— pero quizá convenga anotar alguna que vale como suma y compendio de su tesis, “La escala temporal del hom-

bre moderno se extiende entre el cero y el infinito, dos extremos que se tocan. En el punto cero se encuentra el momento infinitesimal del tiempo que rige la existencia cotidiana segundo a segundo. En el término de lo infinito se encuentran las distancias inconcebibles e inmensurables que llevan de un comienzo incomprensible hacia un universo en rápida expansión, sin fin alguno a la vista. Entre la microscópica reducción del momento del ahora y la macroscópica dilatación del universo sin fin está un inmenso vacío. *Este vacío señala el lugar donde el presente se tragó pasado y futuro*" (*Image of the Future*, 1961. Vol. II, p. 110).

Entre las palabras más reiteradas en estos momentos hay algunas que son un verdadero trabalenguas, y las consigo no para someterme a ese ejercicio sino como expresiones de la preocupación señalada. Se habla en efecto de des-mitologizar, de des-utopianizar, de des-escatologizar. Acciones para algunos lamentables, mientras que son para otros el comienzo de las nuevas faenas. Una de las cuales está en la reanimación de la esperanza. El relato de esta tendencia excede de mis propósitos. Es ya de por sí suficientemente significativo que el último gran libro de metafísica marxista —heterodoxo claro es— rece en su título *Das Prinzip Hoffnung*, la esperanza como principio. Pero más significativo pudiera ser el hecho de que algunos pensadores cristianos acepten filosofemas de Bloch, cuando en su avance hacia "lo que todavía-no-es", defienden a la planeación como el instrumento con qué ofrecer aún una esperanza a los desposeídos de la tierra. Esta inesperada vinculación entre desarrollo económico y la idea metafísica de esperanza (humanista o cristiana) por la vía de la planeación, nos llevaría a otro tema que he tratado de evitar cuidadosamente.

En suma, la situación del momento parece ser la siguiente. En la vieja Europa no parece que apenas haya nadie que siga creyendo en la idea "ilustrada" del Progreso, al menos en el tenor literal de las clásicas fórmulas. En el derrumbe de tantas cosas, en el sísmico temblor de perdurables convicciones, nada tie-

ne de extraño que apareciera un buen día como último refugio la desnuda aceptación de la pura contingencia. Pero retornada un mínimo de calma, pasó también la filosofía de lo absurdo y los europeos han vuelto a vivir sobre los elementos más permanentes de una vieja civilización, mientras comienzan a explorar el mañana sin desorbitadas ilusiones. Quizá no pretenden por eso exportar nada como no sea la razón de ser de esa búsqueda misma. En los momentos europeos más crepusculares hubo ya un filósofo que se declaró "matinalista", pero desconocemos si están o no justificados, sus silenciados fundamentos.

Los Estados Unidos constituyen el único país en que, según se dice, perdura aún intacta la herencia de la Ilustración. Pero no sabemos hasta qué punto su fe en el progreso está realmente viva —no inerte— y sigue como vigencia general. Inclinaría a la afirmativa su actitud todavía misionera, su voluntad de exportar con sus productos manufacturados las mentefacturas de sus "ways of life". Pero es muy significativo que un europeo-americanizado, que ha sabido recoger en obras de cierto mérito la atmósfera de los grupos dirigentes de su país, se despida de la idea del progreso en el título mismo de un capítulo de su libro orientado hacia el futuro (P. F. Drucker, *Landmarks of Tomorrow*). Nada hay que objetar a que esa fe persista porque fue algo espléndido y sigue siéndolo a pesar de todo. Lo malo es que se banalice en las formas de un ingenuo cientismo, que domina sobre todo —peregrina cosa— en la ciencia social o en la fantasía divulgadora —un poco dañina claro es— de la "science fiction".

No puede extrañarnos por eso que este género se cultive también con igual agrado en el otro gran país "misionero". En él encarna asimismo el afán progresivo de la Ilustración, no en forma directa desde luego, sino partiendo de Hegel a través de la interpretación marxista de la Historia, cuyo término prefigura un definido "escalón". A él lleva el dinamismo del desarrollo y se traduce en el paso de la fase del socialismo a la del comunismo auténtico: de cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesida-

des. Es un elemento tan decisivo de la interpretación marxista, que sigue intacto como ideal. Y se ofrece en consecuencia como un problema técnico del sistema económico soviético. Pero no sabemos tampoco hasta qué punto perdura en cuanto efectiva vigencia social o si está sometido, como algunos críticos señalan (H. Marcuse, *Soviet Marxism*, 1958), a la acción deformadora del control tecnológico de las sociedades industriales. Por uno y otro lado aparecería de nuevo el paralelismo en la forma ahora de una fijación en el puro "presente" de una satisfactoria cotidianidad.

La posibilidad de que tal cosa suceda inquieta de igual modo a todos los que desde unas y otras bases se esfuerzan por escrutar el futuro destino del hombre. ¿No estaríamos abocados al trance trágico de incurrir en híbris, la insolente pérdida de la medida? ¿A cometer —en lenguaje religioso— el pecado del orgullo, de la vana presunción de haber llegado ya a la "plenitud de los tiempos"? La sanción de semejantes errores sería la esclerosis de nuestra civilización, la incapacidad de su renovación. Razones sociológicas y filosóficas permiten sin embargo dudarlo. El hombre no ha sido conformado para siempre por sociedad alguna y quizá nunca lo sea dada su capacidad constitutiva de ser otra cosa de lo que ya fue. Pero esta presencia abrupta del pasado cuando solo se había tratado del futuro, nos indica que hemos topado con los límites de esa totalidad a que siempre lleva el interrogar filosófico. La cuestión queda abierta nada más. ¿Cómo renunciar a la visión unitaria? No nos asustemos de semejantes cuestiones porque estamos precisamente en una Universidad, y en ella resuenan siempre las viejas cuestiones del jardín de akados. Pero en su situación actual llegan hoy —conviene recordarlo— como un eco apagado. Y sería muy útil perseguir sus razones, en la medida en que el estado actual de la Universidad refleja como un microcosmos buena parte de las cosas antes tratadas. Porque también esta institución ha aflojado su tradicional tarea formativa del hombre a través de su busca de una concepción unitaria y totalizadora.

Sometida a las exigencias de la estructura social no ha podido menos de funcionalizarse y aparece por casi todas partes como un complejo inconexo de facultades o escuelas puramente profesionales. Como la Idea de la Universidad persiste vivaz en cuanto tal —como exigencia y aspiración educativa permanente— y es imposible renunciar a realizarla en algún grado, las propuestas de conciliación varían; no se sabe si buscarla en la base —a la manera orteguiana por ejemplo— o al contrario por la adición a su edificio —intelectual se entiende— de un nuevo piso destinado a la más rigurosa confrontación de las distintas teorías científicas. Sea de ello lo que fuere, el reconocimiento de que no basta contar con la estricta racionalidad limitada de una serie de ciencias, reproduce en el seno de la Universidad la fuerte tensión antes descrita en el ámbito de las actividades socio-económicas.

En suma, hay razones para creer que nuestra civilización no está fatalmente condenada al estancamiento de su capacidad creadora. Pero nada garantiza que sea un imposible, como las “ruinas” de la Historia atestiguan.

Dinámica del desarrollo y sociedad de consumidores

Esta brevísima excursión —en penoso comprimido— por el reino de las ideas abstractas ha sido inevitable y a pesar de ello quisiera pedir mis excusas. Se impone pues buscar un planteamiento más concreto volviendo para eso a nuestro concepto central del desarrollo: ¿qué precio hemos de pagar —se dijo antes— por el éxito indiscutible del “sistema económico”? Atengámonos por el instante a lo que por el lado occidental se ofrece. No sólo en los Estados Unidos sino asimismo en otros países, con aproximaciones mayores o menores, la situación tiende a caracterizarse por ciertas notas que algunos elevan ya a la significación de categorías de la sociedad industrial. Lo que únicamente podría ser cierto de poderse demostrar que esas notas son por completo inmodificables. No puede negarse, sin embargo, que semejantes tendencias con-

figuran a los países industriales como sociedades de consumidores y como "culturas administradas". La segunda, una consecuencia en rigor de la primera.

Resulta, en efecto, que el funcionamiento del "sistema económico" —del mecanismo del desarrollo— ha producido por primera vez en la historia (Heimann) una diferenciación del denominado "poder de compra" respecto al complejo de necesidades, o apetencias en que antes se daba. La demanda efectiva, el poder de compra, ha estado siempre por lo común al nivel de ciertas necesidades primarias. Pero en la medida en que el éxito del sistema permitió cubrir tales necesidades —ampliamente a veces— el poder de compra quedó como liberado o desvinculado de la tradicional atadura. Es decir, se impuso por todas partes, la creación incesante de nuevas necesidades, con carácter por decirlo así secundario. O dicho en otra forma, para que el sistema pudiera continuar sin fricciones en el proceso indefinido de su expansión productiva fue necesario provocar en forma paralela la expansión indefinida de la demanda. ¿La demanda de qué? De los bienes precisamente que el sistema tiene que seguir produciendo para poder subsistir. Por tanto, se imponía inducir y seducir al "comprador" por medio del "anuncio" y de las técnicas cada vez más refinadas de la propaganda comercial. Semejante proceso se describe hoy a pleno gusto del posible lector, es decir desde las monografías científicas más serias hasta los libros de divulgación que por su técnica del "suspenso" circulan entre los "best sellers" del momento —no siempre desdeñables a pesar de todo.

Pero sucede asimismo que el hombre contemporáneo no solo consume bienes materiales sino otros de carácter cultural, entre los que destacan los destinados a cubrir las necesidades del ocio y el entretenimiento. Ahora bien, nada impide que la lógica de producción de esos bienes sea idéntica a la que impone la de los materiales. Por consiguiente, que se encuentren dominados por las decisiones lejanas que se toman en algunos pocos centros y sujetos en su renovación continuada a las técnicas persuasivas de

la propaganda. El resultado es una "cultura administrada", que el individuo acepta en la medida quizá en que no puede menos de hacerlo.

Que el sistema económico parezca desembocar en una "sociedad de consumidores" en donde la "manipulación del hombre" sea casi un procedimiento natural, es el hecho que más intensamente preocupa a la crítica cultural de nuestro tiempo. Precisamente por su carácter de forzoso y que nadie quiere en cuanto tal. Pues se trata de que el mecanismo exige la ampliación de las industrias de consumo como la única manera de poder mantener el costoso aparato de la industria pesada a través de las diversas ramas industriales intermedias. El conocido flujo circular visto ahora desde su otro extremo.

Pues bien, lo que esta crítica cultural —filosófica y sociológica— ha realizado es nada menos que la transmutación de nuestro tema. De la filosofía del desarrollo hemos pasado a la filosofía de la "prosperidad". No hay por lo visto manera de evitar que el hombre esté siempre ante algunas dificultades. De suerte que cuando vence los problemas de la escasez, se encuentra de pronto con los problemas de la abundancia. ¿Tiene, sin embargo, algún sentido que vengamos ahora a preocuparnos por ellos en los lugares geográficos en que estamos? La distancia entre la escasez y esa abundancia es todavía muy grande —mayor o menor según los países— entre nosotros.

Pero a mí no se me han pedido recetas de acción práctica sino un ensayo de reflexión filosófica, la velocidad imaginativa de la cual no coincide con el tiempo más lento del esfuerzo cotidiano. Sin embargo no solo importa una anticipación de a lo que más tarde o más pronto hemos de llegar, sino otras anticipaciones asimismo que quizá convenga recoger, por su valor instrumental, de esta lección de la historia contemporánea.

Nada obliga, en efecto, a cruzarse de brazos ante la situación descrita y a correr sus peligros sin defensa ninguna. Se impone al contrario la ofensiva porque ningún movimiento tendencial supone necesidad inexorable. La enajenación del hombre en el nuevo

tipo de sociedad futura lo convierte en "aprendiz de brujo" como consumidor por causa cabalmente de las fuerzas con tanta eficacia desencadenadas por él en cuanto productor. No se trata sino de encadenarlas de nuevo, de dominarlas y dirigirlas. El problema por eso deja de ser especulativo para convertirse en una tarea de acción práctica. Y en ella han comenzado a intervenir los propios economistas. Entre los varios a que se podría acudir ninguno tan significativo como J. K. Galbraith, porque su análisis se refiere a su propio país y nadie lo tiene por un peligroso revolucionario. Dejémosle hablar por sí mismo. "El problema de la sociedad productiva está en lo que la misma produce... La línea que divide nuestra área de riqueza de nuestra área de pobreza es poco más o menos la que divide los bienes ofrecidos en el mercado por la producción privada y los que proporcionan los servicios públicos... No hemos sabido ver la importancia, la necesidad urgente de mantener un equilibrio entre ambos". El capítulo del famoso libro en que estas líneas aparecen (*The Affluent Society*) se titula de modo bien expresivo de suyo: "La teoría del equilibrio social." Porque de eso se trata precisamente, de encontrar una relación más humana entre el consumo y la producción. Esto obliga a reorientar el consumo, modificando al mismo tiempo la política de inversiones. Cosa semejante sostienen otros economistas. La tarea es difícil, aunque no técnicamente imposible. Ahora bien, si las propuestas persisten y triunfan en definitiva, esto vendría a significar que el hombre comenzaba a recuperar su dominio sobre el sistema económico. O dicho en otra forma y de acuerdo con la terminología antes empleada, que el sistema económico, a semejanza de las economías premodernas, volvía a estar socialmente integrado, dejando de ser "sistema económico" puro; que se ponía al servicio de otros valores humanos reconocidos por la sociedad como superiores o fundamentales. En esas circunstancias el desarrollo económico dejaría de ser un ciego automatismo en cadena indefinida para convertirse en un instrumento dominado por la voluntad de realización plena del hombre. Es decir, dirigido

por la imagen de un mañana, que no tendría que ser una utopía sino la prefiguración de un futuro que el hombre iría modificando sobre la marcha como un horizonte abierto. Quizá se diera así una reconciliación con el tipo de filosofía de la historia que el hombre actual puede tener, menos ambiciosa que otras pero capaz de dar de nuevo un sentido a su destino sobre la tierra.

La aportación del mundo hispánico

Me preguntan ustedes: ¿qué es lo que puede y debe hacer el hombre latinoamericano en estas circunstancias? Fuera notoriamente de mi tema no quiero, sin embargo, defraudarles todavía más amparándome en esa excusa. Pero lo que diga a toda prisa no ha de salir del cuadro de las reflexiones anteriormente esbozadas. Quizá pudieran los latinoamericanos imponer a su tarea algunos matices culturales y morales, a los que enseguida vuelvo. Pero no cabe llamarse a engaño —subrayémoslo enérgicamente— en lo que se refiere a la faena del desarrollo en estricto sentido. Se está sujeto en este punto al cumplimiento riguroso de lo que su lógica exige y que no hemos de repetir una vez más. Por fortuna las nuevas generaciones se benefician ya del aprendizaje en serio de los métodos y técnicas que la ciencia y la práctica han descubierto. Por el momento las técnicas proyectivas de la programación empírica —proyecciones globales y sectoriales, técnicas diversas de coordinación, etc.— que son más que suficientes dado el nivel de nuestros países. Es imposible que mañana tengan que estudiar la aplicación de modelos econométricos completos o quizá otros procedimientos que la ciencia mantiene todavía en formación. La tarea que tienen ustedes por delante es ardua, pero ese es el destino de los dirigentes en cualquier campo del mundo futuro. No pueden, sin embargo, quejarse si piensan que una disciplina más rígida se exige hoy a todos. Si el desarrollo se realiza en régimen de democracia y no ha de continuar ésta como una vana palabra, el cuerpo entero de los ciudadanos —en una u otra forma— tendrá

que participar en los esfuerzos de una organización más racional de su vida económica. Empezando claro, por los distintos partidos obligados a saber con precisión lo que quieren y a formularlo en programas claramente asequibles en su articulación y fundamentos.

¿Cómo se configura la situación económica de nuestros países en este preciso momento de la Historia? El asunto no me corresponde tratarlo aquí y tampoco lo haría en otras circunstancias. Doctores tiene la pecadora institución económica. Pero conviene recordar cosas sabidas, porque la reflexión crítica ha de aplicarse precisamente a lo conocido o que se supone como tal. Pues bien, la situación de América Latina en su conjunto parece caracterizarse por un relativo estancamiento. Algo pasa en el sistema que disminuye su expansión o la mantiene en baja forma. Esto significa que aunque la economía latinoamericana no haya dejado de crecer, la tasa de crecimiento en estos últimos es tan pequeña que en algunos sitios parece insignificante. Casi una tasa de puro mantenimiento. El colapso del movimiento ascendente —el marasmo del estancamiento— afecta sobre todo a algunos países —como los de este cono sur— que realizaron en el siglo XIX una impetuosa marcha progresiva tanto social como económica. La superación de ese estancamiento constituye el objetivo inmediato de nuestra política económica. Pero esa acción práctica no será posible si no la precede o acompaña un enérgico esfuerzo de interpretación de lo ocurrido, que quizá exija un nuevo giro del pensamiento. Mientras nos llega satisfactoria esa interpretación del proceso histórico, conviene adelantar alguna mínima sospecha. Tengo para mí, y lo expreso sin rodeos, que el problema en estos momentos más es de carácter político que puramente técnico. Es decir, quizá no haya llegado todavía a su plena madurez tanto la teoría del desarrollo como buena parte de su instrumental, no lo sé; pero es un hecho que la mayoría de nuestros países cuentan hoy con personas preparadas en cantidad suficiente como para constituir ya una “base tecnocrática” —grupos de expertos— considerable. Falla quizá por eso la puesta en marcha del mecanismo

esencial del desarrollo por insuficiencia de la acción política —organizada— y de su sostén popular. Falla, en una palabra, la acción del Estado. Ha sido necesario recordar frente al simplismo de ciertos manuales y de algunos consejos —simplonería a veces— la decisiva contribución histórica de ese Estado a la preparación —y mantenimiento luego— de los “sistemas económicos”. Juicio que conviene ahora expresarlo en otra forma, aunque no deje de parecer banal. Me refiero al papel desempeñado por los grandes hombres de estado en la organización de las condiciones en que más tarde pudieron jugar las fuerzas estrictamente económicas, incluida la de la figura quizá algo abultada del empresario “demoniaco” (Redlich). El hecho de que esas condiciones sean distintas en las diferentes situaciones históricas, reclama del gran político una poderosa e insustituible capacidad de visión. Hoy necesitamos, sin duda alguna, una nueva visión de lo inmediatamente hacedero.

¿Existe alguna posibilidad por mínima que sea de que esa visión anticipe formas de acción y reacción originales de América Latina en las tareas del desarrollo? No sería, en efecto, imposible que se lograra imponer a esa labor algunas orientaciones que para abreviar denominaremos idealistas, aunque resulten a la postre decisivas y del mayor realismo. Consideremos únicamente tres y sólo a título de ejemplo. El mayor servicio que pudiera prestar la tradición humanista y universal de Hispanoamérica consistiría, en primer lugar, en esforzarse por la enérgica “reforma” del sistema económico allí donde funciona intacto y en consecuencia de modo peligroso: en las condiciones anárquicas y de pura explotación del mercado internacional. La reforma que en los distintos mercados nacionales ha impuesto, humanizándolos, diversos límites, está todavía sin realizar, como antes se dijo en el mercado internacional, en donde los concurrentes se enfrentan con notorias desigualdades de fuerza. Aquella reforma, que se mantiene por todas partes como tendencia aunque sus resultados no parezcan plenamente satisfactorios, se proponía en definitiva en fortalecer a los débiles y frenar la posible arbitra-

riedad de los poderosos. Conseguir algo semejante en el mercado internacional supone asimismo poner un límite a las imposiciones de las economías dominantes y a las penosas servidumbres que arrastran consigo. Sólo se busca establecer un equilibrio favorable a todos. Se trata, por tanto, de una tarea universalista porque generosamente no debe beneficiar tan sólo a los países latinoamericanos sino a todos los pueblos de la tierra afanosos de un orden internacional o, con más corrección, de un orden mundial.

Otro elemento de originalidad estribaría en la voluntad y capacidad de América Latina para adelantarse en el tiempo, sin esperar que llegue también en su día lo que en los países avanzados se ha producido por la dialéctica de los hechos en una larga etapa de maduración. Quiere esto decir que no basta en estos momentos con poner en marcha un "sistema" —un mecanismo de desarrollo— con la seguridad de que tarde o temprano se imponga su reforma por el camino de la humillación, del conflicto y del temor. La reforma debe implantarse desde el principio. Dicho en otra manera, el desarrollo social —el progreso humano— ha de marchar paralelo con el desarrollo económico; lo que implica, claro está, que una parte del excedente tenga que aplicarse a la transformación de la estructura social, de las condiciones humanas, a costa quizá de demorar un poco el crecimiento económico propiamente dicho. Esta demora, sin embargo, no parece en modo alguno ineluctable. Al contrario, el análisis científico permite mantener la expectativa de que las transformaciones exigidas por la política social contribuyen decisivamente al desarrollo económico mismo, dejando de ser en consecuencia, como hasta aquí, un conjunto de paliativos humanitarios. Aunque la planeación social no haya avanzado en grado semejante a la económica —quizá no pueda hacerlo punto por punto— no cabe en lo futuro su desconexión porque se requieren recíprocamente. En fin de cuentas la programación social se traduce en una creación continuada de infraestructuras. Y aunque se rechacen ciertos deslices teóricos nadie niega hoy la repercusión económica de semejantes "infraestructu-

ras sociales" o humanas. Como el caso más conocido es el de la educación se justifica el interés despertado en nuestros países por esa perspectiva. Y esta circunstancia me invita a una brevísima digresión, que tiene por objeto acentuar el significado de la educación superior un poco a la sombra en nuestras preocupaciones. Interesa por el contrario de modo máximo por dos razones. Primera, porque la distancia en el equipo intelectual —cuadros científicos, técnicos y administrativos— es hoy la brecha más grave que puede darse entre los distintos países. Segunda, porque la necesidad de superarla nos brinda la oportunidad de forjar el mejor instrumento con que comenzar a fondo esa integración de que tanto se habla. En efecto, nuestras dificultades financieras unidas a la pequeñez de nuestros mercados intelectuales no nos permiten por lo general una mejora auténtica de los estudios superiores. Para hacerlo se requiere la cooperación de varios países que mantengan conjuntamente los centros de enseñanza y de investigación necesarios. Se trata en metáfora económica de crear polos de crecimiento intelectual. Como estos no están sujetos a los efectos —permisivos u obstaculizadores— de determinadas situaciones de dominación en la terminología asimismo de Perroux, son más fáciles de implantar que los polos de crecimiento económico propiamente tales. Algún día habrá que hablar en serio de la integración, sacándola de la retórica y del campo estrecho de los arreglos tarifarios. Mientras no surja algo equivalente a la famosa comunidad del carbón y del acero, bueno será comenzar por algo tan a la mano como la comunidad de la cultura superior, científica y tecnológica.

Quizá, por último, un tercer momento de nuestra inyección idealista —lo único que ha justificado nuestro tema— pueda cifrarse en una constante vigilancia con el fin de conseguir que el mecanismo ciego del desarrollo logre al mismo tiempo que la prosperidad —la impostergable base material— la emancipación del hombre, o en términos menos solemnes la realización mayor posible de todas las abiertas posibilidades de lo humano. En esa vigilancia y orientación ha de

jugar un papel decisivo el “poder espiritual” de la universidad. Por su vocación está llamada a insertar algún día el puro “sistema” económico en un “sistema social integrado”, es decir cobijado y orientado por algunos valores que han mantenido su superioridad frente a todo escepticismo.

GLOSAS A "NACIONALISMO Y
DESARROLLO"

El mandato que me han impuesto los organizadores de esta Conferencia, comentar el trabajo presentado por don Daniel Cosío Villegas, es para mí tan honroso como placentero, porque no significa otra cosa sino reanudar el diálogo que hace ya bastantes años tuve la suerte de comenzar con el ilustre historiador mexicano. Pero no dejo de sentir al comienzo de esta nueva "conversación" un sentimiento de "temor y temblor". Nadie tema por esta alusión que pueda desviarme por los caminos de un ensayo existencial, porque sólo voy a referirme, del modo más ajustado posible, a los temas que el trabajo de Cosío me presenta. Trataré por eso de hacer todo lo que pueda por no desbordar la medida, a pesar de que estoy ante un campo de tan extrema y sugestiva complejidad como es el de las relaciones entre "nacionalismo y desarrollo". Mi "temor y temblor" se me imponen en este instante porque me obligan al vicio impune de hablar en primera persona, lanzando por delante mi "yo" nada conspicuo. Más también en este caso el empleo de la primera persona no me obliga a caer en trance de autobiografía, sino que es el resultado de dos ineludibles situaciones psicológicas, que espero, sin embargo, superarlas como tales, para convertir lo más pronto posible lo personal en universal y la anécdota en categoría.

Comentar el trabajo de Cosío supone dialogar de nuevo, como dije, con el amigo. Y la amistad —esa humana relación cada vez más difícil en nuestros días— está hecha, como se sabe, por aproximaciones y distancias, reservas y efusiones, y alguna que otra

cicatriz de pequeños arañazos. Se trata, en suma, en la amistad, de un esfuerzo de comunicación, logrado sólo de cuando en cuando. Pero cabalmente, como ha sido reiterado por diversos filósofos contemporáneos, la posibilidad de la comunicación es uno de los más importantes, quizá el esencial, de los problemas de nuestro tiempo. En este sentido, las dificultades de la comunicación en el "encuentro" entre dos amigos se transponen objetivamente en los obstáculos mucho mayores que se ofrecen en el diálogo y comprensión recíproca entre colectividades, pueblos y naciones.

Pero el diálogo con mi interlocutor es, en este caso particular, algo mucho más preciso y simbólico, pues se trata del contacto entre un mexicano y un español. Quizás alguien pudiera pensar que lo espinoso de semejante conversación provenga en este momento de que el español se crea obligado a adoptar alguna actitud "reivindicadora" ante las afirmaciones de su amigo mexicano. Pero no se trata en modo alguno de eso. Ese diálogo y sus contratiempos trascienden también y de inmediato el primer plano, para convertirse en el problema general de la comunicación entre el español y el hispanoamericano. Y debo declarar que sobre esa comunicación o relación no está dicha todavía la última palabra. La experiencia del español en países tan emparentados con él —una experiencia, en mi caso, de larga duración— es difícil de explicar y de definir. Consiste en una experiencia singular, para la que no existe todavía la categoría adecuada en los resultados del pensamiento científico. Porque en manera alguna el español puede sentirse auténtico "extranjero" en los países hispanoamericanos, y no valen por eso para su situación las sutilezas psicológicas en que penetrara Simmel y que han continuado luego otros pensadores. No es mi intención, sin embargo, tratar de emular —perforándolos en lo posible— esos profundos análisis psicosociales del viejo maestro, para desentrañar el tipo de vivencia del español en su peculiar calidad de extraño y próximo al mismo tiempo frente al hispanoamericano. Conviene simplificar por el instante el análisis y atenerse al mero recuerdo de algunos hechos de carácter his-

tórico y sociológico, que tienen, para el caso, un valor fundamental. En su expresión más sencilla, puede sostenerse que españoles e hispanoamericanos vivimos de dos experiencias radicales y al mismo tiempo contradictorias; es decir, sobre la de un "sobre-entendido" y sobre la de un "mal-entendido", no superado éste todavía. El sobre-entendido es de suyo evidente. Su existencia explica la facilidad con que compartimos de inmediato las experiencias comunes que nos afectan, desde las de máxima importancia hasta las más mínimas e insignificantes de la vida cotidiana. Un "sobre-entendido" que nos lleva por ejemplo a participar, casi incontinentemente, sin darnos cuenta de la legal extranjería, en la vida política de unos y otros de nuestros países. No es necesario recordar ante un mexicano en qué forma el suyo, como todos los demás, vivieron casi a la misma altura pasional, los desgarrones de la guerra civil española. Y en qué forma México compartió luego los esfuerzos, las esperanzas y las menudas preocupaciones de toda índole de los españoles acogidos en su territorio. Ahora bien, ese "sobre-entendido" es general entre todos nosotros pero no pasa de ser más que el fundamento de una "posibilidad".

Pero junto con el "sobre-entendido", vivimos asimismo por igual sobre un "mal-entendido" tenaz, difícil de vencer por unos y por otros. Ese "mal-entendido", antes de toda interpretación freudiana —los dioses me eviten perderme en el laberinto del asesinato del padre originario u otras explicaciones semejantes— exige sin embargo ser expresado en el lenguaje que la vulgarización de la doctrina ha hecho patrimonio común. Pues se trata de algo así como de dos complejos antagónicos, que constituyen la última resistencia irreductible en nuestros esfuerzos de un total entendimiento. Ambos complejos son casi contemporáneos desde el momento de la constelación originaria del hecho histórico de la superposición (Conquista) y de la asimilación recíproca que la continuó (colonización), pero se agudizan todavía más a partir de la constelación secundaria o derivada, que significa el momento de la Independencia. Por un lado persiste el complejo del dominador,

que no olvida la supuesta ingratitud del hijo rebelde. Por otro, está el complejo del independizado, que para sentir esa independencia plenamente, se creyó obligado a renegar "públicamente" de todo lo que significase el poder tutelar del que se desprendía. Ese juego contradictorio y penoso que constituye el supuesto de nuestro "mal-entendido", sigue todavía gravitando a pesar de la retórica sentimental de las grandes solemnidades. Y aunque esta contradicción se vive en todos los países hispanoamericanos, sabe muy bien mi amigo Cosío qué intensidad llega a alcanzar en el suyo esta expresión de ambivalencia, tan ingrata en su aspecto negativo como inapreciable en el positivo. Frente al mundo luso, la comunicación del español y del americano de lengua castellana es distinta. En la península persiste por inercia una irracional separación, que volvió por completo de espaldas a dos países contiguos y fraternos, sin que, sólo en casos excepcionales, se abriera la hendidura luminosa de una auténtica comunicación. Se impone recordar por eso como su gran "paradoja" de hecho, que los hombres de mi generación debieron a un vasco su iniciación en el amor y la comprensión de los grandes valores del país atlántico. En el mundo americano la situación es por fortuna diferente y son más fáciles las relaciones con el brasileño, sin que esa mayor facilidad nos engañe hasta el punto de cantar ahora, como victoria definitiva, el hecho de una plena comunicación. Ahora bien, ¿cuáles son las relaciones, no ya del español frente al hispanoamericano —distendidas entre los polos de los "sobre-entendidos" y "mal-entendidos" mencionados— sino entre los hispanoamericanos entre sí? El "*sobre-extendido*" se ofrece entre ellos con idéntico alcance y significación y no hay por el contrario el "mal-entendido" engendrado en la "fatalidad" de la constelación originaria. También en los grandes momentos oratorios y solemnes se evoca y se insiste en la fraternidad, pero es muy problemático que semejante hermandad haya logrado todavía su cabal autenticidad. Lejos de nosotros toda extrañeza y lamento. Pues ¿por qué ha de dolerse el español de los impedimentos del diálogo con el hispanoameri-

cano, cuando entre nosotros mismos, pasados ya veinte años de una lucha fratricida, tienen los más sensibles espíritus de uno y otro bando que esforzarse por iniciar de nuevo el entendimiento roto desde entonces? La amistad es difícil como hecho individual y hay que cuidarla con exquisito cuidado para que no muera un día, con la ruptura definitiva —en su puro sentido filosófico— de la “comunicación”. Pero si la misma es difícil en el caso personal, y acabamos de ver que tampoco es sencilla entre colectividades que viven de raíces comunes, ¿cómo sorprenderse entonces —en esta conferencia— que las dificultades de comprensión recíproca sean todavía mayores cuando se trata de colectividad en que el “sobre-entendido” no existe o es en extremo precario por su mayor abstracción?

La tesis principal de Cosío es a todas luces que el nacionalismo de los países hispanoamericanos tiene un carácter predominantemente “negativo e irracional” y trata de justificarlo con razones históricas que comparto casi íntegramente. Pero mi problema es preguntarme ahora qué es lo que significa este nacionalismo irracional que Cosío formula y justifica. Es el momento, como prometí, de evitar toda digresión sobre el cúmulo de temas que las palabras “nación”, “nacionalismo”, “conciencia nacional”, etcétera, llevan consigo. Las corto, pues, de raíz y me limito a la siguiente escueta reflexión: pienso como rigurosamente certero el hecho aludido por Cosío sobre el carácter esencialmente europeo de las categorías históricas “nación” y “nacionalismo”, que son hoy para Europa, con los hechos que arrastran, con lo mejor de su gloria, su más penosa desdicha. Y en este punto, sin desdén alguno por los autores eminentes que Cosío cita, yo invocaría tal vez la figura de Meinecke, porque en su obra misma, como en otros grandes hombres de su tiempo, penetra dentro de su rigurosa especulación intelectual, la vivencia personal más aguda del drama histórico de semejante creación europea. Como tampoco puedo menos de señalar, con igual valor representativo, la contradicción entre el

Max Weber de su famoso *Discurso inaugural*, y el Max Weber de las escasas páginas de *Economía y sociedad*, que son sin duda alguna el "desenmascaramiento" más incisivo nunca realizado de lo que han sido la nación y el nacionalismo.

Europa difundió con su racionalismo —es decir, con su ciencia y con su técnica— el reverso quizá inevitable de sus más desbordados "irracionalismos". Y hoy los europeos, o los occidentales si se quiere, no dejan de deplorar ese aspecto de su propia obra.

Si no me hubiera impuesto eludir, como inoportunas en este diálogo, consideraciones de tipo académico, tendría que realizar con todo el aparato y quizá la jerga del análisis sociológico, una tipología de los actuales "nacionalismos". Pero sin intentarlo siquiera, tengo que aludir en forma familiar a algunos puntos esenciales que me son necesarios para responder a la cuestión que antes me planteara frente a la tesis de Cosío. Hay en la actualidad naciones de tan vieja solera, tan hechas y tan seguras de sí mismas, que pueden —más allá del bien y del mal— prescindir de todo "nacionalismo". Quizá Suecia, quizá la Italia ejemplar de los años posteriores al "movimiento" mussoliniano. En el otro extremo, se encuentran los pueblos que, en frase de R. Aron, aparecen como "nationalismes en quête de nations": el caso de los pueblos africanos, recortados artificiosamente en la hora del reparto, y que en el momento aglutinante de su independencia tienen que aunar todavía las más dispersas diversidades tribales. Están, por último, invirtiendo la frase anterior del sociólogo francés, las que pudiéramos denominar "nations en quête de nationalismes". Pues bien, ésta y no otra es la situación en que se encuentran los más de los países hispanoamericanos, si se entiende desde luego esta frase —la busca del nacionalismo— con el solo significado de la condición histórica de algunos pueblos que tienen aún que conseguir una conciencia clara, firme y segura de sí mismos. O si se quiere, de pueblos que todavía no han alcanzado su plena "integración nacional". ¿Por qué sorprenderse de tal situación, si de un pueblo tan viejo como el alemán pudo decir uno de sus actuales

filósofos que encarnaba el tipo de una "verspätete Nation" (Plesner)? En otros países más jóvenes ese rezago, semejante retraso, es ciertamente mucho más claro y comprensible. Los pueblos hispanoamericanos son, en ese sentido, naciones "rezagadas": todavía no se encuentra acabada con plenitud su "organización" nacional y el impulso de su "conciencia" por ese camino sólo se ha agudizado intensamente en décadas muy próximas. Su conciencia nacional —término ineludible— carece todavía de una "fórmula" de netos perfiles. En este sentido el nacionalismo negativo, cualquiera que sea su justificación histórica —y no puede rechazarse sin más la de Cosío— representa de modo necesario la simple manifestación histórica de esa su condición de rezagamiento. Nuestro tiempo marcha velozmente y ciertos retrasos se superan con celeridad increíble. El rezagamiento de los países hispanoamericanos como "naciones" es superable —no sin esfuerzos conscientes en esa dirección— sin extremadas dificultades, y se alcanzará sin duda en fecha no lejana. Cuando esa transformación se logre por completo, ese "nacionalismo negativo" desaparecerá por sí mismo y sin residuos.

Ese "nacionalismo positivo" que supone la clara conciencia de una determinada "organización social" se traduce, en consecuencia, en un programa no menos netamente definido de acción. Lo que quiere decir, en el día de hoy, que la plena integración nacional y el "nacionalismo positivo" de los países latinoamericanos están ligados —en una de sus facetas más importante— a su capacidad de desarrollo económico y a su disposición para formular una política internacional propia y rigurosamente destacada frente a las circunstancias cambiantes del mundo actual.

Quizás, como es cosa más sospechada que explicada con todo rigor, desarrollo económico e integración nacional se condicionan recíprocamente. Y para no ser banal, el tema exigiría algún esfuerzo. Tengo que limitarme, sin embargo, a aludir aquí el simple hecho de que el desarrollo económico se ofrece al mismo tiempo en el plano interno y en el nivel internacio-

nal. Por lo que al plano interno se refiere, no tengo ahora —en estas premuras— sino hacer más las tesis que durante largos años de labores ha propugnado la CEPAL y que tienen hoy un reconocimiento general si no por completo unánime. Y esas tesis son en esencia las tres siguientes: 1) la teoría de la relación de precios del intercambio; 2) la exigencia de la programación como instrumento de desarrollo, y 3) la necesidad de crear zonas supranacionales de mercado económico. En otras circunstancias, mi tarea consistiría no en examinar esas tesis en su significación estrictamente económica, sino que me esforzaría más bien por defenderlas y explicitarlas en el ámbito de la sociología y de la historia. Y la tarea no dejaría de ser sumamente interesante y no sólo como ejercicio intelectual. Así, a título ilustrativo, la teoría tan sobriamente económica de la relación de precios del intercambio, que supone el empeoramiento de la posición económica de los países marginales frente a los grandes países industriales, ofrece, cuando se la examina desde un punto de vista sociológico, un contenido, por determinada vía al parecer insospechada, que sin duda alguna no sólo la confirma, sino que la amplifica y explica algunas de las repercusiones posibles de lo que en principio sólo parece un empeoramiento de las relaciones económicas. En definitiva, se trata de que las grandes sociedades industriales son estructuras de "tipo elitario" que sólo alcanzan esa condición por la aceptación generalizada del criterio del "rendimiento" para la formación de sus grupos dirigentes. La continua formación de esas *élites* a base del rendimiento "comprobado" técnico y científico determina que la distancia sea también cada vez mayor en todas las dimensiones frente a otras estructuras sociales en que la composición de su economía no les obliga a cuidar con igual rigor la misma variedad de sus cuadros directivos.

Algo semejante ocurre con la tesis económica de la necesidad de crear mercados de mayor amplitud a través de las zonas de libre comercio u otras formaciones semejantes. Pues implica, cuando se la analiza un poco más a fondo, un requerimiento que va mu-

cho más allá de lo propiamente económico y que se traduce, y debe traducirse, en la exigencia de una auténtica capacidad de organización política. Con estas alusiones baste por el momento.

Los aspectos internacionales del desarrollo económico se refieren a tres puntos, no menos conocidos por todos en los momentos actuales: *a)* el de la explotación de ciertos recursos fundamentales, mineros sobre todo; *b)* el de la estabilización de los precios de los principales productos de exportación, y *c)* el del financiamiento o utilización de capitales extranjeros. Todas y cada una de estas cuestiones son de un contenido rigurosamente técnico, sobre las que es en todo instante posible un compromiso razonable. No puede negarse, por otra parte, que en su mayor o menor peso, derivan del tipo de estructura socio-económica de los distintos países; y por eso en este punto una adecuada tipología de los países subdesarrollados aclararían en extremo la orientación que unos u otros están obligados a buscar en ciertas circunstancias dentro del campo clásico del "comercio internacional".

Pero siendo verdad que se trata en principio de cuestiones susceptibles de ser analizadas con el más frío rigor técnico, y de ser resueltas en consecuencia —durante cierto tiempo, mayor o menor— por determinados "compromisos" estrictamente racionales, no lo es menos también que sobre ellas pesan las irracionalidades y tensiones a que está sujeta la vida política nacional e internacional, y los conflictos por tanto que derivan de la falta de comunicación entre los pueblos. Pero de todas esas irracionalidades quizá sea la más decisiva y fundamental la que proviene de la imprecisión con que los más de nuestros países formulan sus distintas políticas internacionales. Con esto vuelvo a reconocer la completa razón de la tesis fundamental de Cosío. El nacionalismo emotivo, irracional, de nuestros países los incapacita para sentirse seguros en los momentos en que es necesario formular y sostener una política internacional, no sólo propia —nacional— sino la necesariamente común con los países retóricamente abrazados como fraternos. En esencia, la más grave deficiencia de los países hispano-

americanos en la hora actual estriba en las vacilaciones, en la mayor parte de los mismos, de una política internacional "suya", claramente definida, sostenida con firmeza y serenidad y no abandonada a los bandazos del oportunismo del momento.

Hace ya algunos años quien esto escribe y a brazo partido con el riesgo envuelto en toda "interpretación" de los acontecimientos contemporáneos —a la postre siempre lo dejan a uno rezagado— se planteó ese problema en un libro juvenil, en donde, sin pretenderlo, se deslizó alguna que otra profecía que luego se ha cumplido con los años. La validación de esa profecía, según la intención, puede llevar a oscilar entre la ironía de la fábula que hiciera sonar por puro azar la flauta al asno o el desgarrarse las vestiduras, como cumpliera una famosa periodista francesa en dolorosa justificación de su involuntario papel de Casandra. La otra, sin embargo, es mucho más sencilla y está más allá del buen humor o del patetismo, pues se trata simplemente, como en casi todo caso de pronóstico histórico, de lo que no es más que la simple prolongación —extrapolación, para decirlo a la manera científica— de hechos bien visibles y en pleno curso. A partir de esos años, volvió a fallar, en efecto, la coherencia de una política internacional propia y mancomunada de los pueblos hispánicos. Pues difícilmente la mano extendida del pedigüño y la pierna pronta a la zancadilla, son la postura que permite mantener la aplomada actitud que exige todo diálogo entre iguales.

Pero falló a su vez la comprensión por el mando casi hegemónico del momento de que la revolución *profunda* de Hispanoamérica no era cosa para ser frenada, y que lo más eficaz hubiera sido su estímulo y promoción desde arriba. Este doble fallo caracteriza los veinte últimos años de nuestras relaciones, tanto recíprocas como con los Estados Unidos. Desde entonces el proceso histórico ha sido vertiginoso. A la casi hegemonía sucedió la bipolaridad, y a la bipolaridad una compleja situación que permite, a falta de otros términos, el fenómeno del llamado neutralismo. Cada una de esas situaciones tenía que haber sido

enfrentada con una clara visión de las exigencias de las políticas nacionales y del peso y responsabilidad que todos, pequeños y grandes, tienen hoy en la conservación de la paz mundial. Pero más importante que esos rápidos cambios, apenas captables en los intentos de la periodización histórica, es el hecho decisivo al que asimismo alude Cosío cuando nos habla de que los viejos países históricos han perdido para nosotros su "ejemplaridad". Esto es cierto y lo es quizá por una razón más profunda y generalizada— la experiencia quizás más grave por que pasa el mundo contemporáneo, la que constituye la muerte de la Utopía por el hecho cabalmente de su realización. No hay "ways of life" que exportar. Y no son exportables porque las grandes sociedades industriales en sus actuales estructuras, quizá convergentes, han eliminado para todos, en el mundo actual, la ilusión del futuro utópico. El tema que aquí se apunta, llevaría al sociólogo a discutir sobre las características de esas sociedades industriales y a participar en la polémica intelectual que las mismas suscitan, es decir, a preguntarse por el posible significado "esencial" de sus diferencias. Pero el filósofo se enfrentaría —no cabe eludirlo— con el problema tremebundo si es o no posible vivir en un mundo sin Utopía. Por incitantes que sean todas esas cuestiones, son demasiado complejas para examinarlas ahora, pero vale la pena tomar nota de ellas y consignarlas al menos para una meditación ulterior.

Parece que nenhum deses dois sistemas imperiais —nen o chines, se desenvolver igual élan imperial— se apresentará capaz de verdadeiramente superar os povos hispanotropicals como civilizações já simbióticamente eurotropicals, se os povos hispanotropicals, tornando-se conscientes do que valem juntamente com a Espanha e com Portugal, como civilizações novas, nem subeuropéais em suas possibilidades, em seus recursos e em seus designios, nem tao-pouco antieuropeais, se constituirem por sua vez num sistema que tem a seu favor nao só uma teoria —a esboçada sob a designação, de "hispanotropicologia"— como uma obra já realizada, de integração de valores europeus nos trópicos, em que esses valores se vem juntando, de modo

harmónico e ecológico, a valores tropicais. Sendo assim, a articulação das civilizações hispanotropicals num sistema transnacional de cultura, de economía, de política, se apresenta como uma necessidade... [Gilberto Freyre]

A fin y al cabo, quiérase o no, Hispanoamérica pertenece al mundo occidental. Pero entiéndase bien, siempre que con esta frase se eluda tanto una simple trivialidad como, lo que todavía es peor, un falso lema político tan vacío como peligroso. No quiere decir, en definitiva, sino que Hispanoamérica hizo suya hace algunos siglos una herencia, que sin duda comparte con iguales derechos con otros pueblos y que representa un legado que no está vinculado a "una" tradición inmutable y permanente, sino que constituye el estímulo y punto de partida de una renovada creación. Lleva consigo asimismo el imperativo de evadir los peligros de las falsas idealizaciones del indigenismo —quizá históricamente necesarias en el pasado— o de cualquier otro atributo de carácter natural, pues aunque no se desee, conducen a formas de "conciencia nacional" y de decisión política, de cuyos terribles resultados hemos sido testigos no hace mucho tiempo. Hispanoamérica participa del gran "diálogo occidental" y está obligada a continuarlo, de acuerdo con su propio genio en la modelación de las sociedades actuales que son su soporte. Y no está negado que alguna vez pudiera ofrecer, si no el modelo absoluto y ejemplar, si al menos la imagen respetable de una forma digna de humana convivencia. sin ese elemento de aspiración universal no es posible ninguna auténtica conciencia nacional. Pero si por herencia histórica —que no es nunca uniforme e inexorable— Hispanoamérica pertenece al grupo de los llamados pueblos occidentales, su comunicación con ellos no es cosa fácil ni regalada. Retornamos así al tema de la "comunicación", que fue el punto de partida de estas reflexiones. La comunicación, de suyo difícil entre personas, explica, repetimos, que tenga todavía que presentarse más espinosa entre pueblos que no tuvieron que ser necesariamente amigos desde el comienzo de su "encuentro". Hoy conocemos

la extraordinaria preocupación que fuerza a que la investigación científica pueda señalar los principales puntos de tensión que entorpecen la comprensión mutua entre los pueblos. Y una extensa bibliografía sobre el *prejuicio*, sobre la *deformación* recíproca de las *imágenes* nacionales, sobre las *creencias estereotipadas* acerca del *carácter* de unos y otros países, se encuentra ya a disposición de todos. Es natural, sin embargo, que esa investigación haya mostrado especial interés por los problemas y los antagonismos que derivan de los puntos de fricción históricamente más importantes. Por esa razón, es escaso todavía el acopio de investigaciones que de alguna manera tengan por objeto directo, sea al hispanoamericano visto por los demás, sea a la imagen que éste pueda tener de otros pueblos y naciones. Los conflictos, las tensiones y las dificultades de entendimiento que puedan originarse de las *imágenes* recíprocas entre hispanoamericanos y otros pueblos de occidente son de suyo una posibilidad que merece la mayor atención.

Ahora bien, cuando se trata de los obstáculos en el entendimiento entre los pueblos hispanoamericanos y los de otras regiones de su común veta cultural, es insincero e inútil silenciar que dentro de las más espinosas destaca la contraposición existente entre el mundo hispano y el anglosajón en general, o en su forma particularizada, entre éste o el otro pueblo latinoamericano y los Estados Unidos de América.

Emparentados por numerosos elementos comunes y semejantes a veces en muchas actitudes fundamentales —mayores con el norteamericano que con el viejo inglés— hay empero una contraposición en las concepciones del mundo, que se traduce incluso en la propia lógica de los dos idiomas: el inglés y el español, lenguajes que por su lógica estructura interna son agua y aceite dentro de las formas de expresión. Sobrando ahora cualquiera referencia a los episodios de antagonismo histórico derivados de motivos políticos o económicos —fricción incluso más aguda y secular entre los dos troncos europeos, pueblos señoriales de notoria “extravagancia insular” dentro del continente— basta reconocer el hecho de la referida diferencia aní-

mica para percatarse de que las relaciones entre anglosajones e hispánicos, entre norte y sudamericanos, no pueden ser siempre, en modo alguno, cosa sencilla. Y sin embargo nada más importante dentro de este Hemisferio que sean las mejores posibles. Extraña por eso que el campo de esas "simpatías y diferencias" no haya sido explorado más a fondo. Quizá lo mejor venga del ámbito de las relaciones espirituales y literarias. Tal ocurre en un libro de tan modesta apariencia como de sustancioso contenido, en cuyo subtítulo, *Choque y atracción de dos culturas*, puso Ángel del Río lo esencial del problema, y señaló la vía en el aspecto de la atracción —de una tendencia favorable al mejor entendimiento futuro. Ese campo sigue abierto al estudio y no sólo dentro de la dirección marcada por A. del Río, sino utilizando las más variadas técnicas de la investigación social contemporánea. Importa, con todo, no olvidar que el reconocimiento de la "dificultad inicial" es cabalmente el comienzo del debido esfuerzo de comunicación. Y es muy posible, como tantas veces ha ocurrido, que muchos impedimentos parezcan algún día "puerilidades" históricas. Estamos sin embargo lejos de ese momento.

Pero si puras circunstancias de nuevo históricas subrayan con mayor dramatismo las tensiones, conflictos y antagonismos entre los mundos hispánicos y anglosajón, esto no quiere decir que no se den en mayor o menor medida con otros pueblos igualmente cercanos como tributarios todos, al fin y al cabo, de la cultura originada en la cuenca mediterránea.

Ahora bien, esa cultura ya no es hoy, ni tampoco se siente, hegemónica. Ha tenido por eso gran interés haber podido seguir en estos últimos meses en la prensa inglesa, a través de su sabrosa tradición de las cartas al editor, la polémica suscitada por la propuesta de la enseñanza del ruso en el nivel secundario. Lo de menos es el dato que supone el reconocimiento flemático de una situación de hecho. Ni tampoco importan los supuestos aspectos técnicos de la discusión: al fin y al cabo el ruso es un idioma indoeuropeo no más difícil que otro cualquiera de esa extensa familia. Lo que interesa es señalar cómo más de uno se ha

dado cuenta de que debe iniciarse asimismo en ese nivel de enseñanza el aprendizaje de otras lenguas, como son sobre todo las del próximo y lejano oriente. Reconocimiento implícito de que la pequeña *oecumene* de todo el planeta. Y no menos interesa para darnos cuenta del tremendo esfuerzo de formación porque habrán de pasar las élites intelectuales del futuro.

En los comienzos de la actual situación, al término de la primera guerra mundial, indicó con agudeza Max Scheler el verdadero camino de un verdadero entendimiento recíproco. No por la vía de un superficial "internacionalismo" nivelador, sino por el esfuerzo de un cosmopolitismo profundo, capaz de salvar las inevitables y originales distancias. Reconocemos hoy la necesidad de una "lingua franca" y sabemos sin duda cuál es ésta. Pero el entendimiento un poco mecánico que proporciona y el inevitable "papiamento" que produce, no debe confundirse con la aspiración al cosmopolitismo auténtico.

El acopio de las diversas e incompletas alusiones hechas hasta aquí sobre la situación del mundo no pueden menos de descorazonarnos un poco al volver de nuevo, para terminar, al tema central de estas páginas. El de la *conversión* de nuestros nacionalismos negativos e irracionales en otros de matiz positivo y racional, con la consecuencia implícita de que seamos capaces de formular una política internacional propia, que ya no puede hacerse sobre el suelo de la tradición hundido definitivamente, para bien o para mal, en 1914, ni menos sobre el recurso de la improvisación oportunista. No nos engañemos pues sobre las dificultades de semejante política internacional. En su fondo, dependen hoy de que los hechos y conceptos de lo "nacional" —nación, conciencia nacional, nacionalismo— ofrecen un matiz muy diferente del que presentaban no hace muchas décadas. Tanto que para algunos son ya puro "problematismo". En definitiva, la política internacional, como la nación y como el nacionalismo —en el sentido al que nos hemos ceñido en estas páginas— constituyen siempre algo abierto hacia el futuro, o si se quiere, algo que mantiene la esperanza de un futuro distinto. Pero ya se dijo antes

que el mayor problema del hombre actual es el de vivir con esperanza en un mundo en donde esa expectativa no puede cristalizar ya en ninguna Utopía. Y la añeja política internacional de viejo cauce —conviene declararlo— todavía no han percibido bien esta experiencia fundamental de nuestros días. Sin embargo, no está dicho que el problema parezca insoluble y que en efecto no pueda vivirse *progresivamente* sin la fe en el Progreso, ni *esperanzadamente* sin la creencia en una u otra Escatología. En este punto no hay escape posible y no puede darse en consecuencia una auténtica política internacional que no ofrezca, de una u otra manera, un futuro de esperanza, es decir que no se eleve sobre un mínimo de imaginación creadora. El problema histórico del nacionalismo radica en la paradoja de su permanente contraposición entre la "individualidad nacional" que se pretendía única, y los valores absolutos que esa misma individualidad afirmaba encarnar. Todavía hoy, haya o no pasado definitivamente la hora de lo nacional, no hay posibilidad de políticas nacionales, incluidas las de carácter internacional, si no se mantienen con la pretensión de afirmar valores universales válidos para todos los hombres. Pues bien, hemos de reconocer los hispanos parlantes que los brasileños nos han dado una lección en este ineludible esfuerzo de poner en marcha la fantasía creadora y de forjar la imagen de un mundo al mismo tiempo particular y universal. Las palabras de Freyre, que van como lema de esta última reflexión, no son quizá las únicas que puedan hoy encontrarse en el pensamiento brasileño. Pero las he elegido, no tanto por el prestigio de su autor, sino porque ellas muestran con suma claridad las dos notas que nuestra política internacional debe contener. La capacidad de postular la posible perfección de una determinada sociedad —el adelanto imaginativo de lo que puede ser esa sociedad— y la de mantener al mismo tiempo que los bienes que ofrece son para el hombre en general. Más allá de las cuestiones técnicas, en que no es difícil el compromiso, en que debe darse ese compromiso; más allá de los esfuerzos por hacer posible una auténtica comunicación entre todos los

pueblos y muy en particular con aquéllos que más nos interesan; más allá o por encima del propósito común de evitar entre todos una catástrofe definitiva, la posibilidad de una política internacional de los pueblos hispanoamericanos está en la esperanza de poder sostener en un mundo sin Utopías, el sentido *comunicable* de algunos valores supremos y elementales —los nuestros— por cuyo goce y depuración continuada valga la pena seguir viviendo.

SEGUNDA PARTE

Sobre los supuestos humanos

DESARROLLO ECONÓMICO Y EDUCACIÓN

1. SOBRE EL PAPEL DE LA EDUCACIÓN EN LAS SOCIEDADES INDUSTRIALES MODERNAS

Significaría una grave pérdida de perspectiva no tomar en cuenta que, en los actuales momentos, el problema de las relaciones de la educación con la economía y la sociedad es algo que preocupa por igual a todos los países, cualquiera que sea la etapa de su desarrollo evolutivo. Es más, la sociedades industriales más maduras son aquéllas en que precisamente se ha manifestado con singular agudeza una toma de conciencia de la mencionada relación como nunca antes se había dado con igual intensidad hasta la hora presente.

Son las sociedades industriales más desarrolladas las que perciben hoy como supremo problema vital el darse plena cuenta y tomar nota de las conexiones entre la educación, el estado de la economía y la estructura social. Puede incluso resultar paradójico que semejante intensidad en la percepción del mencionado problema se ofrezca en sociedades dentro de cuyas condiciones históricas parece haber desaparecido del horizonte la idea de progreso de que se alimentaron durante todo el siglo XIX. Pero subsista, esté atenuada o haya desaparecido por completo la energía impulsora de la vieja idea del progreso, el hecho es que el hombre de las modernas sociedades industriales no renuncia a intervenir en su futuro y esa su voluntad de intervención es la que lo ha llevado a destacar la fundamental importancia de la educación en las sociedades extremadamente adelantadas en que vive.

Aunque no es ocasión ésta de precisar con todos sus

matices las razones de por qué se manifiesta así en las sociedades industriales más avanzadas la señalada toma de conciencia, conviene apuntar —siquiera sea en forma muy esquemática— los elementos fundamentales subyacentes en esa preocupación.

Se trata, en primer lugar, de la presión del igualitarismo generalizado que existe y domina en la estructura de esas sociedades. La “democratización fundamental” que impera en las mismas ha repercutido en la extraordinaria ampliación de las necesidades de enseñanza en todos y cada uno de sus niveles, pero muy en especial en la enseñanza secundaria y superior. En efecto, en las sociedades de este tipo ya casi parece un ideal realizado el de la generalización de la enseñanza secundaria, y es una aspiración latente o manifiesta que esa misma generalización se amplíe también al campo de los estudios superiores.

El segundo momento de los supuestos que se analizan es el hecho de que las presentes sociedades industriales de plena madurez no sólo necesitan mantener, sino expandir —impulsadas por su propia dinámica— su actual capacidad productiva, por elevada que ésta parezca ser en términos relativos. En las sociedades más ricas —o que están a punto de alcanzar tal situación— el instrumento de esa persistencia y expansión de su capacidad productiva reside precisamente en la preparación cada vez mayor de todos sus ciudadanos. No puede extrañar, pues, que en los desniveles de poder que ofrece el mundo contemporáneo —tan importantes como los que se derivan del distinto potencial económico y militar— se encuentren los que son consecuencia del volumen y calidad de la educación dominante entre los distintos países.

El tercer momento de esa toma de conciencia en que todos participamos de una u otra manera, es el hecho —en extremo sutil en sus consecuencias— de la tecnificación general de la existencia. La presencia de la técnica moderna, y con ella la de los supuestos científicos en que se apoya, se ofrece hoy por todos los lugares y en todas las manifestaciones de la actividad humana. Pero dejando de lado ciertas repercusiones generales de esa tecnificación y del carácter

“paracientífico” o “precientífico” que la misma adopta en consecuencia, es necesario destacar que la adaptación a lo que esa técnica representa es naturalmente mucho más intensa en todas las fases del moderno proceso productivo —no sólo industrial— y que ello se traduce sobre todo en la creciente especialización del sistema de las ocupaciones, lo que apareja no sólo las exigencias de contar con una preparación técnica paralela en el campo de la educación, sino al mismo tiempo en dirección contraria —y por paradójico que parezca— la necesidad de contar también con personas que poseen una orientación tecnológica general de extraordinaria flexibilidad.

2. SOBRE EL PAPEL DE LA EDUCACIÓN EN LAS SOCIEDADES EN DESARROLLO

Si las sociedades industriales más maduras ofrecen hoy manifestaciones patentes —cada vez más reiteradas— de esa toma de conciencia de la relación fundamental que existe entre la educación, la economía y la estructura social, se comprende de suyo, y como evidente por sí misma, que esa preocupación alcance mayor intensidad y agudeza en los países en trance de desarrollo, aunque ello se ofrezca, como es natural, con características muy peculiares. Se presenta, en efecto, en todos los países empeñados en acelerar su desarrollo, pero la forma en que se manifiesta tiene que ser muy distinta según sea el grado evolutivo en que esos países se encuentren.

De esta manera, cuando se encaran los países latinoamericanos no importa tanto a este respecto el mayor o menor estado de su desarrollo como el hecho de que todos ellos poseen tradiciones y sistemas educativos de carácter centenario. En consecuencia, no ocurre con ellos lo que puede darse en países de otros continentes que, por estar partiendo del nivel cero, es posible que importen los procedimientos educativos muy refinados que ofrecen como modelos los países más adelantados.

a) *La educación como factor del desarrollo*

Por lo tanto, la significación que toma la relación de la educación con el desarrollo económico en países como los latinoamericanos está a veces muy próxima a la que antes se bosquejó relativa a las sociedades industriales más maduras. Ahora bien, en los países en vías de desarrollo la educación no puede aparecer como un medio de mantener sin disminución logros ya conseguidos en las estructuras económicas y sociales, sino como posible factor —decisivo para algunos— del desarrollo económico mismo. Sin embargo, cuando se plantea el problema de analizar el aspecto de la educación como factor de desarrollo se necesita inevitablemente analizar todos sus desdoblamientos y ramificaciones, que no es posible ahora sino señalar en sus líneas generales.

Hoy día se ofrece como una expresión común la de que la educación es una inversión. Esa frase traduce claramente un viraje de la conciencia histórica, pues significa afirmar en forma más o menos clara y precisa, que la educación como insumo posee el mismo carácter —ni más ni menos— que las inversiones de otro tipo, o sea las económicas propiamente dichas. Todo lo cual no puede interpretarse como si el concepto de la educación en cuanto inversión productiva hubiera dejado ya de ser cuestión problemática, pues si en ocasiones es posible predecir con alguna precisión los rendimientos —sean personales o sociales— de la inversión educativa, tampoco puede negarse que en otros casos las consecuencias se diluyen a lo largo del tiempo en manifestaciones difícilmente previsibles.

i) *La educación como inversión.* Con todo, el reconocimiento del carácter de inversión que representa o puede representar la educación en el desarrollo económico ha cristalizado en dos claras percepciones de suma importancia. La primera, como luego se verá, es la que obliga a contar con la peculiaridad de esa inversión al lado de todas las demás en los planes de desarrollo. La segunda se ha traducido en el estímulo de un conocimiento o análisis preciso de los costos

de la educación, tanto en su conjunto como en sus diversas ramas, para medir en consecuencia su relativa importancia con respecto a los recursos más o menos limitados de que se puede disponer en un momento dado. Y además no sólo analizar esos costos desde la perspectiva de su financiamiento, sino —lo que es más importante desde el punto de vista de su posible reducción— estudiar con la mayor acuidad la eficacia con que funciona un determinado sistema educativo, pues pudiera suceder que muchas veces el problema no resida tanto en un aumento de los recursos como en evitar los desperdicios que siempre lleva consigo cualquier “ineficacia”.

ii) *La educación ante la demanda de los cuadros profesionales.* El segundo momento en toda consideración de la educación concebida como factor del desarrollo económico ha consistido y consiste en poner en estrecha conexión el análisis de las necesidades educativas con las urgencias de un previsible cuadro ocupacional dentro de determinados horizontes de desarrollo.

El desarrollo económico implica que se pueda contar dentro de sucesivas ampliaciones con un sistema de posiciones técnicas sin las cuales es imposible llevar a cabo una actividad económica cada vez más compleja y especializada. Pero esos cuadros de especialistas —desde los de más modesta significación hasta los de más complicado grado de formación intelectual— son los que se muestran en forma de una demanda que la sociedad presenta a la educación para que ésta la satisfaga en determinado plazo. La educación va a ser el instrumento de oferta capaz de satisfacer la mencionada demanda. Y, en este sentido, la manera de llevar a cabo esa “oferta” depende de la acertada proyección de los sistemas de ocupación que habrán de ser imprescindibles en las distintas etapas del futuro.

iii) *La educación entre las demás inversiones.* Pero quizá el resultado más decisivo de esta nueva conciencia de que la educación constituye un factor decisivo del desarrollo económico —es decir, la acepta-

ción de la educación como la utilización eficaz de los recursos humanos y como una inversión de rendimientos más o menos precisables— ha sido la generalización cada día más aceptada de la idea de la planeación. Ciertamente es que se está todavía en los comienzos de pleno despliegue de esta idea, pero ésta lleva en su seno dos consecuencias claramente percibidas: por un lado, que la educación entre desde el comienzo en todo plan general de desarrollo, pero, por otro —y no menos importante— que esa planeación se introduzca con pleno rigor en la organización interna de los sistemas educativos, o sea dentro de la educación misma. Dicho en otra forma, hoy se ofrece por doquier un doble reconocimiento: el de la necesidad de la planeación educativa y el de la exigencia de integrar esa planeación en la de la economía general. Los procedimientos técnicos que exigen estos problemas no son sencillos en modo alguno ni hoy pueden considerarse resueltos, pero constituyen el inmediato desafío que imponen a la inteligencia contemporánea las condiciones históricas actuales.

b) *La educación como mecanismo de transformación social*

Sin embargo, sería un pecado de unilateralidad si, al considerar las relaciones de la educación con el desarrollo económico y social, sólo se tuviera en cuenta el aspecto señalado, que pudiera denominarse, como hoy ya se hace, “economía de la educación”, pues el proceso educativo, al mismo tiempo que un factor más o menos decisivo en los resultados del desarrollo económico, es también uno de los mecanismos operativos de transformación de la estructura social —para muchos el más importante— que acompaña a todo progreso económico.

i) *La educación como medio de selección y de ascenso social.* Ahora bien, tampoco son sencillos, en su imperiosa novedad, los problemas que en este terreno se plantean. Por un lado, la educación se muestra

como un aparato de criba o selección social. Mediante ella se filtran y decantan los talentos de que dispone una sociedad en un momento dado para situarlos en aquellas posiciones en que pueden desplegar su máxima efectividad. Y desde luego semejante selección —de considerables repercusiones sociales— sólo puede realizarse atendiendo a las capacidades intelectuales de los individuos, ya se midan de modo estricto por el cociente intelectual, o se atienda de alguna manera al todo de la “personalidad”.

Sin embargo, el solo hecho de que semejante proceso selectivo llevado a cabo por la educación no pueda atenerse sino al mérito y a la capacidad, la lleva a chocar —nos guste o no— con los tradicionales procesos selectivos, de mayor o menor rigidez, que han determinado en toda sociedad sus peculiares modos de estratificación social. De esta suerte el proceso selectivo en vista del mérito que realiza la educación, rompe o quiebra los estados tradicionales y abre las puertas a un rápido dinamismo en la movilidad social.

Casi huelga insistir, no obstante, en que los problemas que plantea la función selectiva de la educación no están en modo alguno resueltos, ni siquiera en las sociedades más maduras, y en que la investigación contemporánea ofrece a veces a este respecto resultados contradictorios. No siempre es la pura capacidad intelectual la que se traduce en correlación precisa con las situaciones de mayor responsabilidad y *status* social; no siempre es fácil desligar lo que se da como capacidad individual de lo que proviene de otros influjos de carácter social notorio, y no siempre tampoco es fácil prever posteriores influencias de índole sociológica capaces de determinar el rendimiento efectivo de las capacidades intelectuales, sobre todo en el uso de las más calificadas. Semejantes problemas preocupan hoy a las sociedades industriales más avanzadas y se analizan con todo cuidado. Ahora bien, es natural que su problematidad sea todavía mayor cuando se trata de los esfuerzos de exploración que han de realizarse en este campo en los países en vías de desarrollo.

Con todo, no terminan aquí las relaciones existentes entre la educación y la estratificación y movilidad sociales; porque al erigirse de hecho los sistemas educativos en instrumento de selección de los talentos —la sociología del talento de que hoy se habla—, se convierten también de modo inevitable en un mecanismo para el ascenso social, ascenso a que el individuo aspira y que su familia suele a veces fomentar, dentro incluso de la más práctica y mediocre calculabilidad.

Pero semejantes tareas —muy especialmente la que significa la educación como instrumento de ascenso social— constituyen “novedades” impuestas por nuestro tiempo que se agregan de pronto a las tareas tradicionales del educador y que, en consecuencia, plantean a la escuela —y posiblemente a la enseñanza en todos sus grados— problemas quizá contradictorios o que por lo menos exigen soluciones para las que no estaba ni está preparado todavía el contenido sistemático y tradicional de esa escuela. Como alguien ha sostenido, en las sociedades industriales más maduras quizás sean estos problemas de transición, pero en las sociedades en vías de desarrollo esa transición se confunde con el proceso mismo del esfuerzo del crecimiento.

ii) *La educación como instrumento de progreso técnico.* No puede olvidarse, además, que en nuestro mundo contemporáneo la educación en cuanto mecanismo de transformación social aparece de modo necesario una nueva tarea unida por añadidura a las anteriores, y que consiste en que esa educación —en todos sus grados— debe servir de estímulo al ineludible avance tecnológico.

Semejante fomento del progreso técnico a que la educación se encuentra abocada se manifiesta a su vez en dos distintas vertientes. Por un lado, el proceso educativo —desde sus primeros comienzos hasta los grados más superiores y costosos de la investigación científica— debe promover las aptitudes inventivas. Dicho de otra forma, debe crear la receptividad psicológica para el “medio técnico” de nuestro

tiempo. Por otra parte, sin embargo, la educación actual no sólo debe ensayar el estímulo de la invención sino que debe servir como instrumento de adaptación tecnológica allí donde esa invención sea imposible, o superflua por ya existente.

Resulta ocioso insistir, por ser de sobra conocido, en que esta tarea adaptativa de procedimientos técnicos surgidos en espacios sociales distantes tanto geográfica como socialmente, constituye quizá el problema esencial con que se enfrentan a la técnica los países en grados de desarrollo económico todavía inferiores.

Pero, si es cierto que la educación necesita estimular la invención y facilitar las adaptaciones necesarias, no lo es menos que también se encuentra hoy en la necesidad de aplicar ese avance técnico en su propio seno, es decir, en el proceso educativo mismo, en la medida en que la educación se sirve y utiliza técnicas propias.

La asimilación del creciente progreso en muchos campos —aunque todavía dudoso en otros— de técnicas mecánicas del más diverso tipo para facilitar y acelerar las formas de aprendizaje se ofrece con singular acuidad en las sociedades en trance de desarrollo.

Cabalmente es en este tipo de sociedades, más aún que en las que se encuentran en plena madurez, en las que importa —como problema de vida o muerte— que los sistemas educativos funcionen con la mayor eficacia posible. Por lo tanto, están forzados a ganar etapas y a utilizar por eso todo medio comprobado de hacer más rápida la asimilación de los contenidos de la cultura.

c) Los soportes humanos de la educación

El último elemento del papel de la educación en el crecimiento económico y en el desarrollo social es el constituido por sus “soportes” humanos. Hombres en definitiva, en esos soportes confluyen individualidades diversas: personas obligadas a aprender y personas obligadas a enseñar, pero que a su vez per-

tenecen a generaciones distintas, configurando así una singular estructura.

Por excesivamente complicados, es necesario prescindir ahora de los problemas que presenta el "alumno" como elemento humano y hacer tan sólo una breve referencia a aquellos otros que son propios de la contrafigura del "educador". En efecto, es imposible atender las cuestiones que plantea la educación como factor de desarrollo si no se estudian y tienen en cuenta los aspectos sociales que circundan la existencia del educador en nuestros días.

i) *El magisterio y las nuevas presiones sociales.* En primer lugar hay que señalar el hecho de que este educador —el profesorado en todos los niveles de la enseñanza— se encuentra actualmente sometido a presiones sociales a que tiene que obedecer sin encontrarse a veces con la preparación técnica y psicológica necesaria para enfrentarlas. El caso ejemplar de esa contradicción actual es la insinuada antes entre las tareas tradicionales de la enseñanza y las nuevas que le impone la sociedad, haciendo de la escuela un delicado instrumento de selección y de ascenso social. Pero éste es sólo uno entre otros muchos de carácter similar.

ii) *Los ideales del magisterio y la nueva sociedad.* En segundo lugar, cuando se habla del papel de la educación en el desarrollo económico se olvida a veces un hecho fundamental: el de la estructura que, por consecuencia de ese desarrollo, tome o pueda tomar una determinada sociedad. Es cierto que existen parentescos innegables entre todas las sociedades industriales en un mismo grado de madurez, pero no por eso dejan de ofrecerse —y seguirán ofreciéndose— diferencias sumamente importantes en determinados sectores decisivos.

Lo que interesa aquí es lo que pudiera denominarse el perfil de los ideales del magisterio —y de la enseñanza en general— ante la nueva sociedad, es decir, ante la sociedad que se muestra como futuro. Y esa imagen y esos ideales sólo pueden configurarse

si se cuenta con una respuesta clara a estas dos cuestiones: a) para qué tipo de sociedad educar, y b) qué tipo de hombre formar como miembro futuro de semejante sociedad. Dicho de otra forma: para el educador, el proceso del llamado desarrollo económico es completamente neutral; lo que le importa y más debe interesarle es la conformación final de ese proceso, es decir, del tipo de estructura social en que termine y cristalice, o sea la forma de vida humana que esa sociedad permita realizar.

iii) *Selección y "status" del profesorado.* Ahora bien, si el educador en su conjunto es el soporte humano de la educación concebida como factor del desarrollo económico y de la transformación social, a su vez es reflejo y resultado de lo que produzca esa misma mutación. Es decir, existe una sociología del educador que acompaña a la sociología de la transformación social y que comporta problemas en modo alguno sencillos y que tienden muchas veces a surgir y hasta a resolverse de un modo automático.

Por lo pronto se trata del problema de la selección del profesorado, que ocurre de modo muy distinto —en todas las etapas de la enseñanza— según sea la fase que atraviese el desarrollo evolutivo de una sociedad. Sin embargo, semejante selección, determinada a veces de modo, por así decir, mecánico, constituye el problema inicial y al mismo tiempo fundamental, pues de él depende la eficacia posterior de los sistemas educativos. Según sean los grupos de que se nutran los distintos tipos de profesores, actúan sobre ellos sutiles influencias de la estructura social que es necesario conocer lo más a fondo posible. Por eso es un problema que preocupa por igual en todos los países y que tiene ramificadas complicaciones que ni siquiera es posible señalar ahora.

Aunque no puede desconocerse la naturaleza social de la selección del profesorado —como supuesto de la eficacia de su actividad posterior—, tampoco deja de poseer ese carácter el de *status* o posición social —retribución económica, prestigio, reconocimiento

colectivo, etc.— de ese mismo profesorado, que tiene no menos graves consecuencias en el funcionamiento eficaz de los sistemas educativos. En una palabra, no puede pedirse al educador que actúe como factor eficaz en la transformación económica y social de la sociedad en que vive, si no disfruta en ella del reconocimiento colectivo que le sostenga y ampare en su labor.

3. SOBRE LA PERVIVENCIA DE LAS TAREAS TRADICIONALES DE LA EDUCACIÓN

Conviene, sin embargo, deshacer en este momento un equívoco en que se cae cuando se habla del papel de la educación como factor del desarrollo económico y de la transformación social, pues tal cosa no significa, ni mucho menos, que la educación se convierta en una función —en su más estricto sentido— de las otras dos variables.

Por lo tanto, la educación puede ser un factor del desarrollo económico, pero no por eso constituirse en servidor exclusivo de esa tarea. Es decir, en los problemas que plantea —lo mismo en las sociedades más avanzadas que en las menos desarrolladas— la relación entre educación, economía y sociedad, ésta conserva y debe conservar su autonomía tradicional, o sea el cumplimiento de las tareas específicas para las que nació y que mantuvo en todo tipo de sociedades, muy en particular en aquéllas que en lenta decantación constituyeron la *paideia* de nuestra civilización occidental.

Hoy día es necesario que el educador se ponga en contacto con el economista y el sociólogo, pero ninguno de ellos puede sustituirlo o suplantarle en su misión esencial. De esta suerte, aunque en ocasiones alguno pudiera cegarse ante la realidad siempre viva de este problema, una y otra vez se hace patente en las más diversas manifestaciones de las sociedades contemporáneas.

Sobran los ejemplos y por eso quizá baste con alguno singularmente característico. Tal es el caso de la situación actual de la Universidad, distendida en

todas partes por la oposición ante la creciente funcionalidad que le impone nuestro tiempo y su tradicional aspiración al *studium generale*. En efecto, es casi imposible que la Universidad pueda negarse a la funcionalización que le imponen las nuevas circunstancias, convirtiéndose en un conjunto de rigurosas escuelas profesionales. Con ello desaparece —o tiende a desaparecer— la secular separación entre la Universidad y los problemas prácticos de la vida en torno, y tiende asimismo a extinguirse la clásica figura del profesor universitario como “sabio” y a quedar en entredicho el valor educativo del *studium generale*.

Ahora bien, esta tensión a que están sometidas las universidades modernas no hace sino mostrar en forma patente la pervivencia de los valores autónomos y tradicionales de la educación dentro de su sumisión a las exigencias impuestas por la transformación de los tiempos. Esa autonomía no se ofrece menos en el también problemático esfuerzo por adaptar los seculares ideales humanistas —en cualquiera de las formas que han tomado a lo largo del tiempo— a las exigencias prácticas determinadas por las condiciones de nuestros días. De suerte que si la educación está sujeta a los tirones que le impone la estructura ocupacional y las demandas selectivas de una sociedad igualitaria, tiene a su vez que hacer frente, desde su punto de vista tradicional, a dos de las cuestiones más graves de la estructura social de las sociedades industriales, a saber: la lucha contra la doble enajenación que en ellas se ofrece y que es, por un lado, la alienación en el trabajo y, por otro, la alienación en el ocio. El educador moderno tiene que enfrentar en las actuales condiciones sociales el problema de llenar de contenido humano el trabajo “en migajas” del proceso industrial, pero también mantener de una u otra manera el cultivo de la personalidad durante las crecientes horas de ocio que va ganando el progreso industrial.

Tampoco puede olvidarse, por último, el que ha sido tema clásico de los grandes sociólogos de la educación: el problema que plantea su papel en el man-

tenimiento de la cohesión social. Hay una colisión entre las diversas partes de los sistemas educativos a este respecto, y a ciencia cierta no se sabe bien cuál de los niveles educativos es el que ha de cumplir la tarea secular de la educación como aglutinante de una sociedad, o sea como mantenedora de los valores que la sostienen y alimentan.

Aparte de esto —y aunque en los países en trance de desarrollo pueda pensarse que se trata de un problema lejano, que quizá no lo esté tanto— está también el problema constituido por el hecho de que las sociedades industriales más avanzadas tiendan por esencia a un excesivo “conformismo” social.

Se trata entonces para el educador de una tensión entre esas tendencias al conformismo y los impulsos a la “autonomía personal” que está obligado a formar y mantener. Quizá semejante tensión sea —como muchos reconocen ya hoy— una de las cuestiones más espinosas de las tareas del educador en las circunstancias de nuestro futuro inmediato.

4. SENTIDO Y RAZÓN DE SER DE ESTA CONFERENCIA

La apretada presentación de las cuestiones anteriores no ha permitido verlas en toda su complejidad y ha encubierto, sobre todo, el carácter muchas veces contradictorio y conflictivo de las nuevas exigencias que la vida contemporánea presenta a la educación y al educador. Aunque esas contradicciones son en ocasiones aparentes —y, por lo tanto, susceptibles de conciliación—, otras veces pueden mostrarse como insolubles. Sea como fuere, exigen del educador contemporáneo una actitud de tal flexibilidad que le permita buscar sobre la marcha, y en trances sumamente cambiantes, los compromisos posibles en cada caso.

Lo que importa aquí es que muchas veces el educador puede encontrarse por sí solo desarmado ante las nuevas exigencias de la cambiante sociedad de nuestro tiempo. Por eso necesita el diálogo con otros especialistas y requiere el contacto con hombres situados en su sociedad con distintas perspectivas, sin

abrigar la seguridad de que este diálogo y semejante contacto vayan a resolver automáticamente esas cuestiones —lo que en ningún caso podría conseguirse por una sustitución de papeles—, pero en la esperanza de que, merced a la aportación de unos y otros, se esclarezcan situaciones problemáticas y se abra el horizonte de las alternativas que es posible elegir en un momento determinado.

La convicción sobre la fecundidad de este diálogo es en definitiva lo que ha llevado a la organización de la presente Conferencia, justificándola de suyo, sin necesidad de mayores explicaciones. Esta fe en los frutos que puede arrojar el contacto recíproco es en fin de cuentas el motivo central de que haya sido organizada y patrocinada por diversas organizaciones de carácter técnico como la UNESCO, la CEPAL, la FAO, la OIT y la OEA.

Así pues, y en principio, la Conferencia pudiera imaginarse como la convivencia temporal y fecunda entre diversos especialistas. Pero no sólo existen en esta tierra técnicos, especialistas y horas que consumir en la confrontación de sus propios problemas. Ya que se ha hablado antes de diversas tensiones, no puede olvidarse otra que es sin duda la más grave en las circunstancias actuales de América Latina: la tensión entre las lentitudes inevitables de la exploración científica y la urgencia que en algún momento inexorable pueda imponer la acción política.

Esa tensión sería desafortunadamente insoluble si no hubiera también posibilidades de conciliación que pueden traducirse de inmediato con carácter de programa, para aceptar la terminología a que los economistas nos van acostumbrando. Hay problemas de urgencia inmediata, otros que se extienden a corto plazo y otros que se dilatan en plazos más largos. La relación de los técnicos —educadores, economistas y sociólogos— y, aunque sea distinta, la de los responsables de la decisión política es siempre posible de alcanzar —por no afirmar de plano su carácter indispensable— en los tres casos señalados.

FACTORES SOCIALES DE LA EDUCACIÓN

I. LOS DISTINTOS PUNTOS DE VISTA SOBRE LA EDUCACIÓN

Una y la misma realidad puede ser encarada desde perspectivas muy diversas, dando lugar a que los resultados de ese distinto modo de contemplarla aparezcan no ya diferentes, sino contradictorios. La historia de la ciencia en general y muy en particular la de las ciencias sociales constituye un vivo testimonio de lo anterior, traducido por numerosas polémicas injustificadas y la mayor parte de las veces fácilmente superables. Sobre una y la misma realidad, la de la educación del hombre, pueden proyectarse y se proyectan modos muy distintos de interés y de análisis con las mismas consecuencias de continuas fricciones y malos entendidos entre las respectivas posiciones. Ocurre así que la educación puede ser objeto de interés muy vario según sea quien la examine: el economista, el sociólogo o el pedagogo. Hasta hace muy poco existía una situación monopólica en donde la educación aparecía como competencia propia y peculiar del pedagogo, en todo caso acudía éste a la filosofía en apoyo de los últimos fundamentos de su perspectiva. Y sólo hace muy poco surge una concurrencia con las posiciones del sociólogo y del economista interesados en contemplar la educación desde ángulos que no son en principio estrictamente pedagógicos. La más nueva de esta aparición de nuevas perspectivas sobre la educación ha sido la del economista,¹ a la que precediera no por muchas décadas la del sociólogo.

¹ En relación a estos temas puede consultarse la *Revue In-*

La novedad en el planteamiento del economista ha consistido en la muy reciente toma de conciencia de que la educación podría representar y representa una forma de inversión social. O dicho en otra forma, de que la economía de la educación consistía en proporcionar los recursos humanos requeridos en un determinado momento del proceso y desarrollo de una economía. La consideración del hombre como recurso disponible y de la educación como mecanismo fundamental para la formación de la infraestructura social necesaria, es cosa tan nueva que su análisis sistemático se encuentra todavía en *statu nascendi*.

La consideración sociológica siendo algo anterior, no la precedía en realidad sino en cincuenta años escasos. Lo que al sociólogo le interesa en su enfoque de la educación es su carácter de institución social. Es decir, el sociólogo trata de analizar la función social ejercida por la educación y acentúa por tanto los aspectos estructurales que señala o puede señalar en una determinada sociedad.

No es necesario insistir en que la clásica y perdurable posición del educador ha consistido tradicionalmente en ver a la educación como formación del hombre, de un tipo de hombre, y que siempre ha significado en consecuencia una u otra forma de *paideia*.

Este breve esquema de las distintas perspectivas, de los diferentes intereses desde lo que se contempla el proceso educativo no tiene más que un valor analítico, porque cada una de ellas implica necesariamente, aun sin saberlo, a las demás. Pero el hecho de que esas distintas posiciones encarnen y hayan encarnado en disciplinas peculiares y autónomas y en diferentes tipos de personas hace que el enfrentamiento actual de unos y otros sobre el tema de la educación no pueda ser en principio armónico y que induzca a una serie de recelos y de malos entendidos.

Internationale des Sciences Sociales, Volume XIV, Nº 4, *Aspects économiques de l'éducation*. UNESCO, 1962. Los artículos ahí contenidos proporcionan una excelente visión de conjunto.

La presencia del economista en el campo educativo es tan nueva y reciente que todavía no ha dado lugar a que se formulen las reservas y malas interpretaciones que provocara por el contrario desde hace algún tiempo el enfrentamiento del sociólogo y del pedagogo. Sin embargo, las mismas razones que llevan a algunos roces entre los representantes de la sociología y de la pedagogía no podrán menos de manifestarse asimismo frente al peculiar interés del economista. El hecho de que la "economía de la educación" haya surgido dentro de la preocupación por el desarrollo económico, inclina a muchos a pensar que la enseñanza pueda interpretarse como una estricta función de ese desarrollo. Cosa que no pueden ni podrán aceptar en ésta su desnudez ni los pedagogos, ni tampoco los sociólogos. Pero como ahora es posible hacer caso omiso del punto de vista del economista, conviene indicar en forma somera las dificultades que se interponen en la mutua comprensión del sociólogo y del pedagogo.

Hay algunos países que por las condiciones muy peculiares de la formación de ambas disciplinas parece de hecho posible una mayor colaboración, de la sociología y la pedagogía.

Pero en otras partes, arraigadas tradiciones seculares del pedagogo oponen recelos y reservas a lo que el sociólogo puede decirle respecto a la educación. De las polémicas más recientes es posible indicar que las principales zonas de fricción residen en la acentuación de los puntos distintos de partida que son lo colectivo y lo individual. El pedagogo puede mostrar considerable repugnancia a una interpretación sociológica que considere a la educación como un simple fenómeno de conformismo y ajuste social.

Como asimismo el pedagogo puede malinterpretar la supuesta neutralidad valorativa de la sociología y su pretensión de mostrar simples diagnósticos o de determinar las tendencias sociales existentes. A su vez las exigencias cada vez más intensas de la educación en los países modernos pueden llevar a pretensiones por parte de ésta que algunos sociólo-

gos resienten como el peligro de una excesiva "pedagogización" de la sociedad.

Sin embargo, casi más graves que estos malos entendidos e injustificadas apreciaciones recíprocas, casi inevitables, entre sociólogos y pedagogos es la posibilidad de que, dado el vacío institucional del mundo contemporáneo, los educadores demanden de los economistas y sobre todo de los sociólogos la determinación del contenido mismo del proceso educativo que ellos no se sienten capaces de formular.

El cuadro de las cuestiones suscitadas por la cooperación y enfrentamiento actual de pedagogos, economistas y sociólogos en las tareas educativas valdría la pena de ser desarrollado por sí mismo si no fuera inadecuado en este momento. Pero era indispensable consignarlo porque la falta de conciencia sobre su posibilidad puede llevar a frustraciones innecesarias o excesivas. Los distintos puntos de vista sobre la misma y única realidad tienen que dar en principio resultados diversos. Pero su diversidad no implica necesariamente que se anulen o excluyan recíprocamente. Su conveniente adecuación es tarea de un análisis intelectual o el producto de la experiencia de un contacto sostenido con la mejor voluntad por parte de unos y otros.²

II. LOS FACTORES SOCIALES DE LA EDUCACIÓN

Para examinar aquí este punto, objeto de una reiterada consideración en los momentos presentes, ha parecido útil la utilización de categorías de carácter económico por las dos siguientes razones:

Para intentar un esfuerzo de compenetración científica al traducir en realidades y problemas sociológicos, conceptos provenientes o más utilizados en otra disciplina; y en segundo lugar, porque un manejo

² Son ilustrativas a este respecto el estudio del Dr. Helmut Schelsky. *Schule und Erziehung in der Industriellen Gesellschaft*. Edit. Werkbund, Würzburg 2ª Ed. 1959; y el artículo del Dr. Wolfgang Lempert, "Pädagogik und Soziologie" en *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*. 15 Jahrgang 1953 N° 2. Köln und Opladen.

detenido de esas categorías no sólo permite derivar con alguna claridad cuestiones decisivas del análisis sociológico sino ayudar a percibir de nuevo que por sí mismas vienen a constituir propiamente los elementos constitutivos de toda institución. Ahora bien, la institución es uno de los peculiares objetos del interés sociológico. Las categorías que van a utilizarse en este ensayo de traducción son las de demanda educativa, necesidades educativas y servicios educativos.

1. *La demanda educativa*

Pudiera pensarse y es correcto, en cierto sentido parcial, que la actividad que significa la prestación de la enseñanza depende de la expresión y de la existencia de una demanda en la sociedad referida directamente a la educación. Sin embargo, la demanda educativa que no se traduce en el mercado en la forma concreta de un poder de compra, aparece más bien como el conjunto de las aspiraciones existentes en un momento dado en un círculo de hombres. Un examen a fondo de esta cuestión exigirá determinar en qué consiste esta aspiración y cómo se manifiesta. Lo que conduciría a señalar la mezcla de elementos subjetivos o individuales y objetivos o sociales que en la misma se ofrecen. Las complicaciones de este análisis invitan a prescindir de él por el momento. Pero aún aceptada una extrema simplificación conviene examinar a la demanda educativa subrayando dos aspectos, el de la determinación social de los denominados "niveles de aspiración" y el de la modificación que sufre semejante demanda por la acción misma del proceso educativo en marcha.

a) *La determinación social de los "niveles de aspiración"*

Es posible sostener que en cualquier instante la educación ha respondido en sus tendencias a la satisfacción de los "niveles de aspiración" existentes en una sociedad. Ahora bien, es cosa sabida que, en esos

niveles de aspiración intervienen motivaciones personales, pero no menos orientaciones normativas o de carácter colectivo. Viene por eso distinguiéndose en la actualidad el nivel de aspiración subjetivo y el nivel de aspiración objetivo y social, que pueden o no coincidir en determinados casos individuales y sociales.³

Suele ser una afirmación reiterada por unos y por otros la del paralelismo entre educación y estratificación social.⁴ Hasta hace poco tiempo en casi todos los países la educación poseía un carácter clasista; los niveles de aspiración o de no aspiración dependían de la clase en que nacía el educando. Y el sistema escolar reflejaba en su articulación y propósitos el carácter clasista de la estructura social. A partir de la revolución industrial y con variaciones de fecha según la velocidad de cambio de los distintos países, se rompe la estructura de clases tradicional; ante el carácter abierto que esa quiebra impone, la educación pretende satisfacer las aspiraciones de una sociedad caracterizada por poseer una movilidad social más o menos intensa. Cabría suponer en principio que en una sociedad abierta y móvil los niveles de aspiración habrían de manifestarse como proyecciones espontáneas de sus individuos. Sin embargo, como una sociedad móvil no es en modo alguno una sociedad inestructurada, los niveles de aspiración —que son a su vez impulsos de ascenso social— no dejan de estar determinados por condiciones objetivas y por vigencias sociales tradicionales o nuevamente formadas.⁵

³ Dr. Friedrich Fürstenberg, *Das Aufstiegsproblem in der modernen Gesellschaft*, Edit. Ferdinand Enke. Stuttgart 1962.

⁴ Véase por ej. Pierre Jarcard, *Politique de l'emploi et de l'éducation*, Chapitre VIII "L'origine social des étudiants". Payot, Paris, 1957. Howard S. Becker, "Schools and Systems of Stratification" en *Education, Economy and Society*. A. H. Halsey, Jean Floud y C. Arnold Anderson. The Free Press of Glencoe Inc. 1961, y Jean Floud, "Role de la Classe Sociale dans l'accomplissement des études", en A. T. Halsey, *Aptitude Intellectuelle et éducation Organisation de coopération et de Développement économiques*. (OCDE) Paris, Febrero de 1962.

⁵ Fürstenberg —en el libro citado— ofrece un análisis de

Dentro de esta misma perspectiva se suele insistir de igual manera por unos y otros en lo que ha significado la diferencia de los niveles de aspiración educativa en los medios urbano y rural. Pero la urbanización generalizada en los países de mayor desarrollo y las continuas rupturas entre la relación de ambos medios en los países en desarrollo invita, por lo menos, a manejar con cautela una causación supuestamente fija de los niveles de aspiración por la composición de los ambientes urbanos y rurales. Sólo la investigación empírica puede determinar en cada caso la existencia o no de marcadas diferencias.⁶

El problema histórico de mayor magnitud, que suele pasar inadvertido, consiste en explicar el fenómeno de que en ciertos momentos pueda producirse y se produzca una rápida ampliación del horizonte vital y por tanto de los niveles de aspiración de todo un país o de grupos enteros de países. Precisamente ese fenómeno de una súbita y dilatada ampliación del horizonte humano es el que configura la situación de los denominados países subdesarrollados en los momentos actuales.

A la investigación empírica corresponde señalar en cada situación el contenido de la aspiración o demanda educativa en sus dos clases o formas fundamentales; o sea, los niveles de aspiración subjetivos y los niveles de aspiración objetivos existentes de

los distintos componentes de los niveles de aspiración subjetiva y objetivos de acuerdo con los resultados de la investigación más reciente. (págs. 52-63).

Subjetivos: motivaciones alimentadas por la 1) familia 2) grupos religiosos 3) grupos de edad 4) escuela 5) medios de comunicación normales (televisión, aire, radio, prensa).

Objetivos: expectativas impuestas por: 1) normas formales 2) normas de carácter informal 3) criterios de selección imperantes.

También puede verse en B. R. Clark, *Educating the Expert Society*, Chandler Publishing Company, San Francisco 1962, los capítulos 2 y 3.

⁶ Un buen ejemplo es el artículo de Jean Ferrez, *Inégalité Régionales de possibilités d'accès à l'éducation* en A. H. Halsey *op. cit.* También John Vaizey, "Algunos de los principales problemas del desarrollo de la enseñanza" en *El Desarrollo Económico y las inversiones en Educación*, OECD, París, 1962.

hecho en un determinado instante de una sociedad.

Resulta en todo caso que el análisis de la constitución de los niveles de aspiración objetivos es quizá el modo de plantear con mayor rigor científico el problema de la determinación social de la demanda educativa.

Sucede además que no sólo hay una determinación social de la demanda educativa a través de los niveles de aspiración sino que la estructura social se infiltra o influye en lo que se ha llamado "inteligencia nacional" —su magnitud y distribución— y en el éxito que un individuo pueda alcanzar con la educación recibida.

El problema de los influjos sociales en la inteligencia ha sido analizado en estos años con sumo cuidado. Tiene mucha importancia para la sociología y para la planeación educativa, porque lo que entra en acto en un momento dado en un sistema escolar, no es la inteligencia como capacidad básica más general sino un conjunto de disposiciones intelectuales que dependen de definidos medios sociales y familiares.

La investigación empírica debe analizar en cada país el volumen y composición de su inteligencia y precisar los determinantes sociales que en la misma actúan.⁷

Pero lo que ahora más nos importa es señalar los desequilibrios continuamente producidos por la determinación social indicada, que en los más de los

⁷ A título de ejemplo pueden citarse: Jean Stoetzel, *La Psychologie Sociale*, Cap. IX: "Les comportements d'intelligence", parág. 1. "L'intelligence come valeur sociale. 2. Conditions sociales et niveaux d'intelligence", Flammarion, París, 1963; Jean Floud y A. H. Halsey, "Social Class, Intelligence Tests, and Selection for Secondary Schools", en *Education, Economy and Society*, A. H. Halsey, Jean Floud y C. Arnold Anderson, The Free Press of Glencoe, Mc. 1961; Dael Wolfle, "Educational Opportunity, Measured Intelligence, and Social Background", en *Education, Economy and Society*, *op. cit.*; John Nisbet, "Family Environment and Intelligence", en *Education, Economy and Society*, *op. cit.*; Basil Bernstein, *Sozio-kulturelle Determinanten des Lernens. Soziologie der Schule. Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, Editorial: Westdeutscher, Colonia y Opladen, 1959.

casos no son sino una manifestación concreta del posible desequilibrio siempre presente entre los "niveles de aspiración" objetivos y subjetivos. La conciencia de la posibilidad de esos potenciales desequilibrios, nunca quizás enteramente superables, es de suprema importancia en toda planeación educativa. El primer desequilibrio posible es el que puede ofrecerse entre la aspiración manifiesta y la inteligencia realmente existente, sea —caso más frecuente— porque la aspiración supere la potencialidad intelectual, sea porque la aspiración por razones económicas y sociales quede por bajo de las potencialidades intelectuales existentes de hecho. Ambos casos son frecuentes en las transformaciones provocadas por los procesos sociales de nuestro tiempo; pero nos interesa sobre todo destacar el segundo en la medida que puede ser un elemento de frustración de algunas reformas educativas. Como ocurre cuando el interés por los salarios inmediatos ofrecidos por una sociedad "opulenta" o en expansión económica desvía hacia los mismos la inteligencia existente en las capas populares en cuyo favor se hiciera cabalmente la reforma educativa. La investigación empírica puede intentar la captación de este tipo de desequilibrio y medir incluso con precisión sus consecuencias.

Presenta en cambio mayores dificultades la apreciación de otro desequilibrio explicado por las mismas razones y cuyos efectos sociales e individuales son más sutiles o impalpables; se trata en este caso del desequilibrio siempre posible y casi siempre existente entre la aspiración y el éxito. Ese desequilibrio es una fuente permanente de frustración individual y social y su consideración excede de las posibilidades de este instante. Sólo cabe añadir que el éxito en la carrera de la vida no está en proporción directa y unívoca ni con la inteligencia, ni con la aspiración y que sin embargo no es cosa sujeta al capricho o al azar sino determinada también por condiciones objetivas que es posible conocer en un momento dado de una sociedad o sector social.⁸

⁸ Dr. Hans P. Dreitzel. *Elitebegriff, und Sozialstruktur*. Edit.

b) *Las modificaciones de la demanda por la acción misma de la educación*

Supuesta la existencia de una demanda capaz de manifestarse de modo espontáneo y efectivo con respecto a la educación —cosa como se ha visto en modo alguno sencilla— importa conocer que sobre esa demanda actúa continuamente, modificándola, el instrumento de la educación existente. Este es el momento en que se inserta el tema manejado a veces con excesiva ingenuidad u optimismo de la escuela o de la educación como mecanismo de movilidad social o, visto por el lado del individuo, como vehículo de de ascenso social.⁹

Es desde luego innegable que con la ruptura de la estructura clasista tradicional se ha producido por todas partes el fenómeno de que la escuela ya no sea siempre puro reflejo de la estructura social sino posible instrumento de su conformación. Dicho en otra forma, la escuela hoy no pretende tan sólo traducir aspiraciones de clase sino modelarlas a su vez en la medida necesaria para hacer posible una sociedad móvil y abierta.

Es por consiguiente asimismo notorio que sobre la escuela —los sistemas escolares en general— han caído en los tiempos actuales tareas que antes no ejercían y de las que no tenían antes conciencia alguna. Como consecuencia de esas nuevas tareas —una distinta función en suma— la escuela aparece hoy como el máximo canalizador de las aspiraciones y como un mecanismo distribuidor, a la larga, de la posición social.¹⁰

Ahora bien, el hecho de que la escuela —el siste-

Ferdinand Enke, Stuttgart, 1962, y Dr. Friedrich Fürstenberg, *op. cit.*

⁹ Robert J. Havighurst, "Education and Social Mobility in Four Societies"; en *Education, Economy and Society*, *op. cit.*; C. Arnold Anderson, "A skeptical note on education and mobility", en *Education, Economy and Society*, *op. cit.*

¹⁰ En relación a estos temas pueden señalarse el estudio del Dr. Schelsky ya mencionado, y el artículo del Dr. Jean Floud. "Die Schule als selektive Institution", *Soziologie der Schule*, *op. cit.*

ma escolar en su conjunto— cargue con esta función distribuidora y selectiva trae como consecuencia la posibilidad de un grave desequilibrio, que es el que produce entre las funciones tradicionales de la escuela, las específicamente educativas, y estas nuevas funciones sociales de selección y promoción. La escuela puede encontrarse y se encuentra hoy sujeta a la grave tensión de dos funciones que no son fácilmente armonizables.

Por otro lado, esta acción propulsiva de la escuela, este influjo movilizador de la educación, encuentra determinados límites, que a veces se olvidan sin cautela alguna en la bibliografía actual.

El primer límite está dado por lo que se ha denominado la dialéctica del éxito a que antes se hizo alusión. La movilidad social no es un fenómeno uniforme u homogéneo en la totalidad social, sino algo que se ofrece diverso en cada uno de sus sectores. En este sentido, lo que la escuela significa —pretende o busca conscientemente— como mecanismo para impulsar el ascenso social, es sólo una de las manifestaciones posibles de las formas de ese ascenso en una determinada sociedad. Por eso no sólo puede ofrecerse, por la “dialéctica del éxito”, un desequilibrio entre las pretensiones fomentadas por la escuela y los resultados sociales alcanzados, sino asimismo un desequilibrio entre las condiciones del éxito social en el medio académico —único para el que realmente prepara la escuela— y el éxito en otros sectores de la vida social que obedecen a otras determinaciones objetivas del prestigio y de la movilidad.

Pero también cabe olvidar —y quizás sea ésta la tensión que más preocupa a algunos sociólogos— el desequilibrio producido o que puede producirse en la continuidad social y formativa entre la escuela y la familia. Ambas instituciones, con finalidades en modo alguno idénticas, abarcan sin embargo un período de la vida individual que representa una fase muy distinta de la que luego impone la vida social al adulto.¹¹ Hay por tanto una continuidad en las tareas

¹¹ Ver A. K. C. Ottaway, *Education and Society*, Routledge and Kegan Paul, London, 1960, pp. 101, 102.

formativas de la familia y de la escuela —que nunca han pasado inadvertidas— y que las destaca frente a las exigencias funcionales e instrumentales del resto de la sociedad. Hasta qué punto la escuela sea un elemento de transición o un complemento de la tarea familiar, es algo que escapa al análisis de estas páginas.

Lo que venimos persiguiendo en cambio es el fenómeno de que la funcionalidad social de la escuela recientemente adquirida —su importancia en la distribución de las posiciones sociales— lleva a antagonismos con la familia, porque el elemento antes difuso de la selección social parece ahora concentrarse en un mecanismo determinado, conocido ya por todos.

Esa concentración en lo que tiene de real —pues es mucho menor que la supuesta— enfrenta en actitud antagónica la familia a la escuela, porque esta última en su función selectiva y distribuidora no puede menos de frustrar las aspiraciones de la unidad familiar, cuyos componentes subjetivos no coinciden las más de las veces con los niveles de aspiración objetivos o realmente posibles en una sociedad.

2. *Necesidades educativas*

En contraposición a la demanda educativa, supuesta —aunque no ocurra así realmente— como la manifestación espontánea de las aspiraciones individuales y familiares, se encuentra la fijación de las necesidades educativas como expresión de las tareas objetivamente determinables que una sociedad requiere en un momento dado. Conviene en esta dirección subrayar el distinto carácter de esas exigencias objetivas, porque repercute quiérase o no en la diferente naturaleza de las necesidades que el sistema educativo debe cubrir o satisfacer.

a) *Necesidades determinadas por la estructura económica*

La novedad de nuestros días ha consistido en destacar la importancia cada vez mayor de este tipo de

necesidades.¹² A esta toma de conciencia han convergido las preocupaciones hasta ahora separadas del pedagogo y del economista. El educador se ha dado cuenta de que tenía que formar para una sociedad determinada, la que conocemos hoy con el nombre de "sociedad industrial". Por su parte, el economista ha percibido de que en sus planes de expansión o de desarrollo económico tenía que contar con el factor humano, sea como objeto de inversión, sea como sujeto de realización de los programas proyectados. Esta convergencia explica la formación en estos últimos tiempos de disciplinas u orientaciones intelectuales como son la "economía de la educación" y la teoría de los recursos humanos.¹³

Pretende esta última la determinación de las necesidades objetivas exigidas por la estructura económica y los requerimientos de personal concomitantes. Mantiene para eso presente la estructura ocupacional actual o futura y en vista de ella trata de orientar la adecuada planeación educativa. Conviene en este punto no olvidar la diferencia que en este instante se ofrece entre los países en plena madurez industrial y los que se encuentran en grados menores de desarrollo. Para decirlo con las palabras de un ilustre economista francés: en los pueblos industrializados, las necesidades de que se trata se determinan por extrapolaciones que tienen lugar dentro de estructuras claramente constituidas; mientras que en los países subdesarrollados semejantes estructuras se encuentran en un proceso de formación, de suerte que en este caso son igualmente posibles diversos tipos de crecimiento, cada uno de los cuales plantea la necesidad de "recursos humanos" muy diferentes y de calificación distinta.¹⁴ Tampoco convendría olvidar en las tareas de la planeación educativa las diferencias, no

¹² Por ejemplo W. J. Platt, *Toward Strategies of Education*, International Industrial Development Center, Stanford Research Institute, Menlo Park, California, 1961, p. 6.

¹³ Pierre Jaccard, *Politique de l'emploi et de l'éducation*. Payot, París, 1957.

¹⁴ Prof. François Perroux, *L'Economie des Jeunes Nations*, p. 220, Presses Universitaires de France, 1962.

sólo económicas, de los regímenes con economía de mercado y los regímenes con una economía de administración central o de planeación total.

Sin embargo, lo que ahora más nos interesa es explicitar el significado sociológico más amplio de esa determinación objetiva de las necesidades por la estructura económica. Es un hecho que en las sociedades industriales o que tienden a serlo se produce una funcionalización generalizada de las mismas que afecta desde luego a la educación. Esta se funcionaliza en todos sus grados, aunque donde el fenómeno se muestra patente con mayor claridad sea sobretudo en la enseñanza superior, que es la destinada a llenar los cuadros dirigentes de carácter técnico y administrativo de ese tipo de sociedades. El hecho de la funcionalización de la educación da lugar a tensiones internas, que pueden analizarse en todos sus grados, aunque también culminen en las formas de dicha enseñanza superior.

Pero la tensión más decisiva y menos perceptible es la constituida por el desequilibrio que produce la falta de lo que se ha llamado "una armonía preestablecida" entre necesidades y capacidad. Se ha puesto así de manifiesto la gran escasez de los recursos humanos y la penuria de los mismos no sólo se ofrece en los países en trance de desarrollo, sino cabalmente en los que están más avanzados en su estructura industrial, lo mismo en la Unión Soviética, que en Europa o en los Estados Unidos. La carencia de técnicos, de investigación y de administradores de alto nivel, es objeto hoy de idéntica preocupación en todos los países.

b) *Necesidades exigidas por la cohesión social*

Ahora bien, al lado de esas necesidades que hoy día se pretende determinar con todo rigor cuantitativo, se ofrecen otros tipos de necesidades no menos imperiosas que derivan de la tarea tradicional que siempre ha asumido la educación. Los dos momentos de esa tarea tradicional, en que nunca dejó de insistir la sociología de la educación clásica, son como es sabi-

do, por un lado, la transmisión a las generaciones jóvenes por las generaciones adultas de un determinado patrimonio cultural y por otro lado, el papel que esa transmisión juega en el mantenimiento de la cohesión social de una sociedad dada. Este es el punto en que se perfila otra de las tensiones ya antes aludidas y que cabe formular como la del desequilibrio —real o posible— entre la funcionalización del proceso educativo y las actividades unitarias o de homogeneización exigidas por el mantenimiento de la cohesión social. En los países modernos una de las formas en que se concentra esa necesidad es la de la educación política o preparación del ciudadano para las tareas de la cosa pública y que se resuelven de manera distinta según sea la estructura político-social de los diferentes países. Sin que en ninguno de ellos —conviene subrayarlo— sea posible desatender esa urgencia prioritaria de la educación como medio de apoyar el programa vital en que consiste el mantenimiento de toda sociedad.

c) Necesidades derivadas del ideal educativo

El esfuerzo pedagógico que acompaña paso a paso el desarrollo de la civilización, se ha traducido siempre en un cuerpo doctrinal, cuyos grandes momentos todavía perduran hasta hoy, es decir, el pensamiento que desde Grecia llega hasta nosotros pasando por los ideales medioevales y los del renacentismo humanista —o por una u otra forma de su modernización— y que siempre ha tenido y conserva como meta la formación del hombre en cuanto personalidad autónoma y creadora.

Esas tradiciones doctrinales determinan necesidades de la educación concreta, en uno u otro de sus sistemas, que en modo alguno coinciden siempre con las necesidades antes señaladas, dictadas por la estructura económica o por la estructura social en su conjunto.

Depende de las tradiciones peculiares de cada país y de la intensidad mayor o menor con que hayan sido conservadas, que se produzcan fricciones entre las ta-

reas del educador y las del economista o del sociólogo. Por tanto, es posible y existe en grado diverso un desequilibrio latente o expreso entre las necesidades impuestas por las exigencias estructurales de las sociedades modernas y las que derivan de las tradiciones educativas, cuya cristalización constituye la imagen ideal, muchas veces consustanciales, que persigue el magisterio.

3. *Servicios educativos*

Las aspiraciones de la demanda y los requerimientos de las necesidades —en cualquiera de sus tipos— se satisfacen por los sistemas educativos, que adquieren en este caso el carácter de actividades complejas dentro de una sociedad. Resulta por eso, que todo cumplimiento de servicios se traduce por relaciones funcionales dentro de una u otra forma de organización. Se abre aquí un amplio campo de consideraciones sociológicas, que no puede ser olvidado en cualquier intento de planeación educativa. Este sector de la sociología de la educación exigiría partir de una determinación rigurosa del tipo de organización al que los servicios educativos tienen que plegarse. Pero en estos instantes sólo es posible señalar algún momento esencial, sin entrar en los detalles de una teoría sumamente complicada.

a) *Posibilidades de sobre y de infra-organización*

El examen del proceso educativo como “organización” mostraría en algún instante que lo mismo que ocurre en otros tipos de organización, se ofrecen también aquí determinantes sociales —en este caso externas— a las organizaciones mismas que pueden influir sobre ellas de un modo positivo o negativo. El tema propuesto contiene como uno de sus puntos decisivos el fenómeno de que esos determinantes sociales puedan llevar a dos casos extremos de deficiencia de la organización educativa. Cuando la organización excede o se adelanta a lo requerido por las demandas y por las necesidades, se encuentra el hecho de una “sobre-

organización", que trae como consecuencia un grave desequilibrio funcional. Los casos de ese desequilibrio pueden ofrecerse en países en grados muy distintos de desarrollo. Se dan en los países subdesarrollados cuando la política educativa crea situaciones que no pueden ser satisfactoriamente atendidas y que van desde el aspecto material de construcción de escuelas o edificios de enseñanza que quedan luego cáscaras vacías, hasta la esfera de los más diversos planes en el campo de la investigación o de la enseñanza que exceden de las capacidades personales disponibles. Se presentan asimismo cuando existen rigideces de tipo administrativo que hacen inflexible o inadaptable la organización educativa. En cambio en los países más avanzados la "sobre-organización" se manifiesta para expresarlo en frase de un sociólogo contemporáneo ya antes aludido, como el peligro de una excesiva "pedagogización".¹⁵

Es natural, sin embargo, que sean otros los problemas más frecuentes en los países en trance de desarrollo. En la mayoría de ellos hay que hacer frente a una "infra-organización", en donde el desequilibrio es por defecto, es decir, por incapacidad de un sistema de satisfacer cumplidamente las demandas o las necesidades.

Otros de los puntos contenidos en la consideración del carácter organizatorio de los procesos educativos, es el del rendimiento de los mismos. Sería necesario desarrollar a este respecto todo un esquema de la teoría de las sociedades industriales, una de cuyas notas decisivas es la significación que en ellas ocupa el problema del rendimiento.

Se trata de sociedades funcionales, en que la retribución corresponde o debe corresponder a la prestación o al mérito y, en que por tanto el rendimiento constituye la unidad de medida de semejante correlación. No hay ningún sector de ese tipo de sociedades que pueda escapar a la rendición de cuentas que representa la medición del rendimiento, pero es na-

¹⁵ Dr. Helmut Schelsky, *Anpassung oder Widerstand?*, p. 150, Quelle & Meyer, Heidelberg, 1961.

tural que esa tendencia se haya manifestado con máxima intensidad en el campo de la producción económica. El mantenimiento o incremento de la productividad es en este sentido meta general de este tipo de sociedades. Pero dentro de ellas, hay sectores sujetos a viejas tradiciones de *status* que resisten la plena aceptación de esa idea. El sector intelectual, en cualquiera de sus componentes, es a este respecto típico dados sus inevitables ingredientes irracionales y en él se incluyen las tareas del pedagogo. Al educador le repugna en principio atenerse al criterio del incremento de su productividad, primero por ser ajeno, como en otras tareas espirituales, a las convicciones que mantienen su viejísima profesión, y por otra parte por las dificultades que en modo alguno pueden negarse —con que tropiezo, la cuantificación o medición precisa de su labor.

Pero aunque, como en toda tarea intelectual o espiritual, entran en la tarea del educador momentos de contingencia y elementos irracionales que sólo a la larga permiten valorar sus resultados, no puede tampoco negarse que cuando la labor educativa se inserta en una organización, los rendimientos de la misma en cuanto a tal pueden medirse de alguna manera y están sujetos a la vigencia contemporánea del incremento de la productividad.

Un análisis más detenido del completo problema del rendimiento de los sistemas escolares tendría que demarcar dos áreas que ninguna puede pasar sin atención en toda tarea de planeación educativa.

Se trata por un lado, de la consideración del magisterio en su conjunto y de la fijación de los elementos sociales que determinan su estructura, su fisonomía y el mundo de sus ideales. Se trata por otro lado, del área más concreta —cada día mejor conocida y explorada— del análisis de los determinantes sociales del rendimiento de las distintas unidades escolares.

El primer campo constituye o se confunde con el de la “sociología del maestro” que ahora empieza a elaborarse en unos y en otros países; el segundo es el de la “sociología del arriba” para la que ya exis-

ten abundantes materiales sociométricos y algunos ensayos de sistematización.

La importancia del primer campo de la sociología y la psicología social del magisterio es innegable en cualquier intento de planeación educativa porque no es otra cosa que una toma rigurosa de conciencia del *status* del maestro dentro de una determinada sociedad. Se trata, en suma, de que no basta la fijación de metas, la determinación de necesidades y la abstracción de los modernos organogramas, si el elemento de aportación personal que representa el magisterio en todas sus fases es incapaz de cumplir lo que de él se pide. Y puede ocurrir que ese incumplimiento tenga su causa en desajustes y fricciones provenientes de una situación insatisfactoria del *status* socio-económico de ese magisterio. El tema tiene un aspecto económico: el de la retribución o nivel de ingresos del magisterio en relación con lo percibido por otros sectores o servicios. El aspecto sociológico —el de los determinantes sociales antes señalados— se ofrece en forma más compleja, dada la distinta situación de *status* que el Magisterio tiene en cada país. Sólo cabe aludir a dos componentes esenciales 1) el estudio de los orígenes sociales del magisterio con las alternaciones que se dan en un país en sus varias fases histórico-sociales y el análisis consiguiente de su repercusión sobre la composición y funcionamiento de los sistemas escolares; y 2) el estudio, por medio de detalladas investigaciones empíricas, de la configuración que toma en un momento dado la imagen que el magisterio tiene de sí mismo. Es decir, las aspiraciones subjetivas que mantiene uno u otro tipo de maestro o profesor y que pueden llevar a tensiones y frustraciones que repercuten en su rendimiento personal.¹⁶

El segundo campo antes indicado, el de la sociología del aula se encuentra ya como antes se dijo en un estado de mayor madurez y puede ofrecer un con-

¹⁶ George Baron and Asher Tropp, "Teachers in England and America", en *Education, Economy and Society, op. cit.*; J. Kob, "Definition of the Teacher's Role" en *Education, Economy and Society, op. cit.*

junto de hipótesis que sólo exigen ser puestas a prueba por investigaciones empíricas en los distintos medios nacionales.¹⁷ Entre las cuestiones que más interesan al mundo contemporáneo a este respecto se encuentran las siguientes: primero, conocer lo que significa la composición social de la unidad escolar para el rendimiento de la misma y segundo, hacer frente —problema agudo en los países más avanzados y en particular en los de estructura democrática liberal— al hecho de la presencia en una unidad escolar de diversos niveles de capacidad. Es decir, el problema de los alumnos mejor dotados, que son cabalmente los que más importan a las sociedades técnico-científicas actuales y cuyo tratamiento presenta no obstante espinosas dificultades.

III. LA PLANEACIÓN EDUCATIVA Y LOS DISTINTOS DESEQUILIBRIOS

En las páginas anteriores —que quizás debieran de haberse limitado a enumerar los factores sociales que afectan a la educación y a su posible planeamiento—, han ido apareciendo por la lógica misma de su despliegue algunos de los desequilibrios que surgen en la educación por la falta de concordancia o a veces por la contradicción existente entre esos mismos factores. La consideración de esos desequilibrios pudiera llevar a la sospecha de que existen ciertos límites a la planeación educativa, que podrían inducir a una actitud pesimista frente a ella. Desde luego esos desequilibrios suponen efectivamente límites a la planeación educativa, que por la naturaleza misma de la realidad a que se aplica —el ser humano y todos sus momentos irracionales— tienen que presentarse de modo necesario en medida mayor o menor. Pero la conciencia de los límites con que puede tropezar la planeación educativa lejos de negarla o de implicar una actitud pesimista, supone cabalmente por el con-

¹⁷ Talcott Parsons, "The School Class as a Social System: some of its function in American Society", *op. cit.*, C. Wayne Gordon, "Die Schulklasse als ein Soziales System", en *Soziologie der Schule*, *op. cit.*

trario despejar el terreno para una acción lo más decididamente previsora y racional posible.

Pero ocurre además que la inserción de la planeación educativa dentro de un programa general de desarrollo supone todavía otro límite constitutivamente considerable: el de que la planeación no pueda considerarse nunca como un proceso que permita descansar durante largo tiempo. O dicho de otra forma, la planeación educativa tiene que renovarse continuamente por su necesidad de adaptarse a las continuas transformaciones económicas y sociales que el desarrollo económico lleva consigo. Todo desarrollo implica alteraciones de la estructura social y económica que acarrear enriquecimientos rápidos para algunos, empobrecimientos y pérdidas para otros, y mutaciones de importancia en los sectores y en las localizaciones geográficas del proceso económico. Todas esas mudanzas repercuten quiérase o no en la planeación educativa en la medida en que se modifican las aspiraciones y la demanda educativa y dejan rezagadas a su vez o sin uso adecuado a estos u otros servicios educativos. La planeación económica como acto de previsión va adquiriendo cada día más clara conciencia de que se deben prever esas transformaciones inevitablemente producidas y que repercuten de modo necesario en los que hoy se consideran sectores sociales de esa planeación: vivienda, salubridad, equilibrio geográfico, educación, etc. Pero es necesario reconocer que todavía se está lejos de que semejante toma de conciencia haya cristalizado en las técnicas y medidas de previsión imprescindibles.

Suponiendo que algún día aumente esa capacidad de previsión hasta cubrir todo el campo de las repercusiones sociales del desarrollo, lo que importaba subrayar en este parágrafo es el hecho de que a los desequilibrios anteriormente reseñados se añadía el que ahora surge del dinamismo peculiar del desarrollo. O dicho en otra forma que el dinamismo del desarrollo económico lleva la posibilidad de un rezagamiento de los servicios educativos y por tanto la imposibilidad de que la planeación educativa pueda nunca alcanzar un estado relativamente estacionario.

IV. LA FINALIDAD SUPREMA DE TODA PLANEACIÓN EDUCATIVA

En todo lo anterior ha permanecido implícito un supuesto que ahora es necesario explicitar del modo más enérgico. Y ese supuesto es que la planeación educativa es imposible si los planificadores no tienen en claro con alguna precisión para que clase de sociedad emprenden su tarea planificadores o dicho de otra manera, cuál es el tipo de hombre que pretenden formar para una determinada sociedad.

Ha dicho con razón un distinguido economista contemporáneo que de los dos componentes de toda política de planificación: *a)* la determinación del desfase existente entre el orden económico real y el que se afirma conforme a los fines perseguidos y, *b)* la determinación de las medidas necesarias para eliminar ese desfase, es cabalmente el primero, no sólo el más importante, sino el más difícil de realizar.¹⁸

Lo que se llama diagnóstico —al comienzo también de toda planeación educativa—, consiste en determinar en el campo de la educación la fisonomía peculiar que manifiesta ese desfase: la distancia entre la situación educativa real y aquella que correspondería a la sociedad que se persigue como ideal. Quiere esto decir que ni siquiera es posible la fijación de un diagnóstico preciso, como acto primero de toda planeación educativa, si el educador como todo planificador en general no percibe con la mayor nitidez posible cual es la naturaleza de la sociedad para la que planea. Pero además, tampoco es posible intervenir, corrigiéndolos, en la serie de desequilibrios reseñados, sin tomar una decisión frente a las opciones a que cada uno de ellos obliga y que sólo puede realizarse desde la perspectiva de la sociedad a la que se aspira, y se cree más o menos próxima.

Es cierto que en todo instante, como antes se dijo, han existido ideales educativos, pero estos han variado continuamente a lo largo de la historia en re-

¹⁸ Pasquale Saraceno, *Lo Stato e l'Economia*, p. 148, Ed. 5 Lune, Roma, 1963.

lación consciente o inconsciente con una determinada estructura social. Semejante tarea de análisis crítico-ideológico, o si se quiere de sociología de la cultura no es cosa que pueda plantearse ni menos desarrollarse en estos momentos. Sería sin embargo una hipótesis en modo alguno fundada postular sin más que los ideales educativos sólo han tenido una pura función ideológica. Lo más probable, al contrario, es que esos ideales —en la relación dialéctica entre pensamiento y sociedad— hayan tenido también un fuerte componente utópico. Es decir que han estado conformados por la imagen futura de una sociedad no realizada todavía y que sin embargo se esperaba alcanzar en algún momento.

Las tendencias reales del actual tiempo histórico llevan a la realización inmediata o más o menos próxima de una sociedad industrial. Pero los rasgos definitorios de esa sociedad, ineludibles en algunos de sus aspectos, dejan abierta la posibilidad de conformar de distinta manera los demás. Son precisamente esos aspectos —los referidos al hombre y a su horizonte vital— aquellos que más interesan al pedagogo por depender de ellos la figura total de la sociedad para que educa. Sin tener una clara idea de las necesidades tendenciales de nuestro tiempo y del ámbito de creación y de libertad que sin embargo ofrecen, no cabe formarse una imagen bien perfilada de la sociedad futura. Y sin decisiones dictadas por esa imagen —que se traducen en fines o normas ideales— es imposible la planeación educativa, fuera de ciertos aspectos técnicos, y la superación de los distintos desequilibrios que su mismo éxito produce de modo forzoso.

LA REFORMA DE LA UNIVERSIDAD LATINOAMERICANA

La pregunta es ¿por qué son difíciles ciertos cambios en las Universidades latinoamericanas que parecen sin embargo esenciales? Una respuesta inmediata pudiera ser la de que no son más ni menos difíciles que otros cambios igualmente fundamentales. Pero como esta respuesta no sugiere ninguna explicación suele tomar visos de mayor rigor, sin salir de lo obvio, en la socorrida fórmula del círculo vicioso. Los sistemas de enseñanza superior, se postula, requieren una reforma a fondo en los países en vías de desarrollo por ser un instrumento decisivo del mismo, pero por tratarse cabalmente de países de insuficiente desarrollo aquellos sistemas no sólo son deficientes sino muy refractarios a todo cambio. Este descubrimiento se ha hecho muchas veces con la mayor seriedad y con innegable evidencia. Pues los supuestos implícitos en la pregunta quedan al descubierto y hay una aparente interpretación causal.

Ocurre sin embargo, que hoy por todas partes —lo mismo entre avanzados que entre rezagados— se habla y se escribe acerca de la reforma universitaria como una tarea urgente, que nadie considera desde luego como cosa fácil. Y la fórmula ya no es aquí la del círculo vicioso sino la del antagonismo entre continuidad y adaptación, que tampoco declara de por sí nada de su contenido concreto. En estas circunstancias la respuesta a la pregunta inicial es menos fácil pues nos complica necesariamente en una comparación de urgencias y dificultades. ¿Es distinta la necesidad de reforma en unos y otros países? ¿En

qué consiste la naturaleza de sus respectivas dificultades?

Cefiido así el problema se pierde la inocencia feliz de la tautología y se nos obliga a un penoso trabajo de investigación. Ahora bien, sus dimensiones son tales que nadie puede esperar la temeridad de que pueda intentarse en unas pocas páginas. Todo lo más sólido cabe aspirar, y no es poco, al planteamiento de unas cuantas cuestiones fundamentales. Mejor dicho, a trazar el cuadro en que esas cuestiones aparecen.

Pero aún circunscrita de esa suerte la tarea no por eso deja de ser ambiciosa. Dos condiciones, sin embargo, la allanan o facilitan.

La primera consiste en el hecho de que las notas esenciales del problema universitario parecen ser por todos lados las mismas: en Europa y América, en Asia o África, aun allí donde se trate de nuevas fundaciones y no solo de reformas de lo ya instituido.

La segunda es la recortada orientación del punto de vista. Pues no se trata del problema universitario en sí, sino de su más modesta consideración desde la perspectiva sociológica. Sin embargo, no conviene hacerse demasiadas ilusiones a este respecto. El tema de la enseñanza superior —de la universidad—¹ está tan cuajado de cuestiones que induce a unos y a otros a adentrarse por caminos que llevan a grandes lejanías, a consideraciones, por ejemplo de rigurosa metodología científica o a planteamientos de carácter crítico-cultural. Y no le es fácil tampoco al sociólogo, en cuanto tal, abstenerse de rozar algunas de ellas.

¹ Los clásicos del pensamiento universitario son pocos y por fortuna las más de las veces sus escritos son de corta extensión. Pero en estos últimos años se amontona una incesante bibliografía, sobre todo en forma de artículos, conferencias, informes y proyectos, estos últimos tanto individuales como de comisiones y organismos lo mismo nacionales que internacionales. Empieza a ser, por tanto, indomitable. La situación se complica por la ampliación que ha tomado el campo conexo de la planeación u organización de la investigación científica como tarea nacional e internacional. Revistas especializadas y creciente aportación de memoranda se vuelcan sobre este tema, en parte confundido con el de la enseñanza superior.

Al lado de estas facilidades se da al mismo tiempo una dificultad, la que deriva del objeto inmediato: América Latina. En primer término hay que recordar de nuevo que no se trata de una realidad homogénea, sino de un conjunto de países emparentados en sus tradiciones pero en fases muy distintas de su desarrollo económico y con aspectos políticos muy diversos. La sospecha está justificada a este respecto de que también la situación universitaria es muy distinta y en cada uno de los diferentes países con una historia que le es propia. Pero por eso mismo ocurre por añadidura que no es fácil encontrar —si es que existen— estudios de conjunto. Estas páginas aspiran a incitarlos por las razones que en el curso de las mismas se irán viendo.

I

Cuando en los apuros de una exposición concisa se impone señalar los factores más generales que llevan por todas partes a las actuales reformas de los sistemas de la enseñanza superior, no cabe duda alguna de que son estos dos: primero, la creciente “masificación” de la universidad; segundo, la intensiva y generalizada preformación de la vida por la ciencia antes de toda educación científica propiamente tal. Ambos presentes, en forma notoria, en las sociedades industriales más avanzadas.

Huelga en estos momentos la descripción al detalle de lo que el desborde de la masificación significa: insuficiencia del personal docente, grandes aglomeraciones en las aulas, carácter ilusorio del trabajo en seminarios y laboratorios, dificultades de los exámenes y pruebas, etc. Interesa únicamente ahora señalar con rapidez las causas sociales de esta ampliación de la escolaridad universitaria. Por un lado el crecimiento demográfico mismo, por otro la elevación de los niveles de aspiración, con la apertura de la enseñanza superior a nuevas capas sociales. La dosis en que ambos momentos se combinan es distinta de sistema a sistema, de país a país, y no son tampoco si-

milares las soluciones buscadas, dependiendo del rigor mayor o menor de los criterios selectivos.

Dejando aparte un sistema como el soviético que tiene sus orígenes en una revolución total, el ejemplo más significativo y típico en los países occidentales del fenómeno señalado se ofrece en los Estados Unidos. Y no por el simple hecho de la máxima ampliación en ese país de la escolaridad universitaria, sino por la forma en que se ha realizado. Porque desde la perspectiva sociológica, si bien no es desdeñable el factor demográfico, lo que más cuenta e interesa es la generalización, como norma o vigencia social, de la aspiración a la enseñanza universitaria, aunque sea desde luego en el grado "undergraduate". La dilatación de las cohortes de edad universitaria por el solo crecimiento demográfico y la participación en ese tipo de enseñanza de nuevas clases sociales, se dan asimismo en otros países occidentales de industrialización avanzada. Pero en ninguno de ellos se ha realizado, cualquiera que sean las nuevas oportunidades otorgadas, una institucionalización semejante de la demanda universitaria como expresión de una normatividad social. En Estados Unidos se ofrece marcadamente una progresión histórica en la elevación generalizada de los niveles objetivos de aspiración y no simplemente de un estímulo a las aspiraciones subjetivas: primero en la enseñanza primaria, luego en la secundaria y hoy día en la superior.² Lo cual significa que, sin dejar de existir los aspectos utilitarios y de ascenso social, se trata más bien de que la enseñanza universitaria aparece ya como el "standard" o nivel decente o normal de la aspiración humana en materia educativa. Esta afirmación no contiene en consecuencia un simple elogio, persigue únicamente fijar a través de un ejemplo un decisivo concepto sociológico: el del denominado nivel objetivo de as-

² La exposición más convincente de este proceso se encuentra en dos artículos de Martin Trow: "The Democratization of Higher Education in America", *Archives Européennes de Sociologie* III (1962), N^o 2; y "The Second Transformation of American Secondary Education", *The International Journal of Comparative Sociology*, II (1961).

piración. Del que importa ahora mucho tomar nota en vista de lo que luego se dirá.

Mucho antes de que los efectos de la masificación universitaria se hicieran patentes en los países industrializados, otro factor más hondo, y para muchos apenas visible, llevaba a la transformación de las viejas estructuras. Pues hace tiempo que las sociedades de ese tipo se caracterizan por estar sometidas a la presión difusa de lo que se ha denominado la "preformación de la vida por la ciencia". La profundidad del fenómeno se refiere al plano en que se ofrece y su carácter invisible traduce la realidad de una atmósfera en que se respira como un medio habitual. La preformación de la vida por la ciencia consiste en que las más de las actividades cotidianas del hombre contemporáneo se encuentran ya mediatizadas por pautas que provienen de la investigación científica. Se tenga o no conciencia de ese origen, semejantes pautas, aunque no estén transmitidas por una determinada técnica, penetran en los rincones más modestos del hacer humano —en el taller, en el hogar, en la comunicación, etc.— y facilitan así en forma de hábitos o automatismos la adaptación a la compleja civilización actual. Esta preformación de la existencia cotidiana por la ciencia no significa sin más que se viva científicamente o en una época científica, como a veces se interpreta a la ligera, pero tiende a empujar en esa dirección. O sea, a que la mayoría de los problemas prácticos —económicos, políticos, sociales, etc.— queden reducidos a ser cuestiones del saber científico. Y lo que ahora cobra singular interés, tiende a que las profesiones o actividades especializadas se apoyen de manera creciente sobre bases científicas. Como el número de esas profesiones es cada vez mayor en las sociedades industrializadas, el movimiento de su diferenciación marcha paralelo al de la diferenciación científica.

La preformación de la vida por la ciencia ³ viene

³ Esta "Verwissenschaftlichung" de nuestro mundo ha sido señalada, claro está, por diversos pensadores. Una reciente exposición concisa y sistemática es la de Helmut Schelsky, *Der Mensch in der wissenschaftlichen Zivilisation*, 1961.

así a presionar en un doble sentido sobre la enseñanza superior. Las pautas de conducta cotidianas mediatizadas por los resultados de la ciencia pugnan, en general, por explicitar esa mediatización. Es decir, por poner en claro y en plano consciente sus supuestos. La ciencia se destaca como un valor primario y se acepta en principio su cultivo como una necesidad imperiosa. Pero en forma todavía más concreta, las actividades profesionales requieren que alguien se ocupe no sólo de articular en forma sistemática sus principios científicos implícitos, sino en enseñarlos al mismo tiempo con igual rigor. Ese alguien no es otro que la Universidad misma. Especialización profesional, especialización científica y especialización de la enseñanza universitaria son correlativos.

Pues bien, ¿cuál es la situación de los países latinoamericanos desde la perspectiva de las dos características generales antes señaladas? O, mejor dicho, ¿en qué modo y medida se ofrecen dentro de sus sistemas de enseñanza superior los dos factores de transformación que conducen a la reforma universitaria en los países industriales más avanzados?

El continuo aumento de la escolaridad universitaria parece ser también común en todos ellos, aunque con notables diferencias de unos a otros. La medición de esas diferencias y su comparación con las existentes respecto a los países de mayor desarrollo económico, podría obtenerse con mayores o menores dificultades en forma de estimaciones aproximativas. Pero aparte del carácter siempre equívoco de esas comparaciones, en nada contribuyen a aclarar el punto que ahora más interesa.

¿A qué se debe propiamente esa ampliación de la escolaridad universitaria en aquellos países en que parece mayor? La hipótesis es que el aumento de volumen en el estudiantado universitario obedece a una causalidad puramente demográfica. El crecimiento de la población actúa en este caso, en las grandes ciudades sobre todo, a través de las clases o sectores medios, que aportan el mayor porcentaje de los ingresados en la universidad.

Esta hipótesis sólo podría confirmarse, desde luego,

en un estudio detallado, que mostraría además las distintas modalidades —por país o grupo de países— de su validez. La participación de las clases obreras aparecería muy limitada e insignificante la de las campesinas. En cualquier caso las motivaciones se encontrarían distribuidas al azar de niveles de aspiración puramente subjetivos, en familias o individuos con un fuerte impulso de ascenso social. Es decir, el predominio del factor demográfico implica la inexistencia de niveles objetivos de aspiración fijados como vigencia social en el nivel universitario. El hecho es de suyo evidente, porque en los países latinoamericanos la universalización de la educación no ha llegado todavía al nivel de la secundaria y, en más de uno, ni siquiera al de la primaria. En este sentido, los fenómenos de masificación que pueden señalarse en esta o la otra Universidad, no son representativos. Y cuando se analizan las dificultades acarreadas por ese fenómeno resultan imputables a las debilidades de la organización universitaria misma más que a los efectos de la supuesta avalancha. O sea, la fragilidad de los sistemas de enseñanza superior, por escasez de recursos personales y materiales, no les permiten resistir un relativo aumento de la escolaridad, que absorbería sin mayores dificultades organismos más vigorosos. A lo que habría que añadir, la mayoría de las veces, el hecho de las deficiencias de la enseñanza secundaria, cuyos resultados repercuten negativamente en las tareas de la universitaria.

Para el análisis sociológico de la situación universitaria de los países latinoamericanos, el fenómeno de la masificación es menos importante y decisivo que el del grado mayor o menor de la preformación de la vida por la ciencia. Los desniveles respecto a las sociedades más avanzadas son, en este punto, considerables y muy grandes también entre los mismos países latinoamericanos. Por lo común la preformación de la vida por la ciencia avanza con lentitud y sólo se manifiesta en los grandes centros urbanos. Esto quiere decir, que las sociedades latinoamericanas no están todavía impregnadas en conjunto y de manera homogénea por semejante preformación existencial por la

ciencia que es la nota dominante de las sociedades industrializadas. Y que su aparición desigual —a veces en forma de islotes— traduce en sus capas profundas lo que la conocida teoría del dualismo estructural trata de señalar, la distancia entre los medios urbanos y los campesinos. El agro se encuentra, por lo general, en una fase precientífica y muchas ciudades están rodeadas por numerosas poblaciones marginales cuya disposición existencial —por causa del desarraigo— casi supone un retroceso en relación con las campesinas de que provienen.

La escasa densidad general de la preformación de la vida por la ciencia no estimula el prestigio de ésta y el afán de poseerla, ni tampoco la racionalización primaria que aquella preformación lleva consigo. Fuera de los centros industriales no existe la diferenciación profesional y la necesidad, por tanto, de cimentar en forma científica la estructura y enseñanza de esas profesiones.

Ahora bien, se estaría incurriendo de nuevo con todo esto en la escapatoria del círculo vicioso, si no se percibiera en esa situación la urgencia de romperlo por algún lado. Con lo que se perfila una tarea que incumbe muy especialmente a la Universidad aun en los lugares en que parece más débil. Y que consiste en tratar de difundir con plena conciencia por los ámbitos nacionales los efectos de la descrita "preformación" de la vida, que no brota en ellos de manera espontánea y que tampoco parece fomentar una enseñanza secundaria deficiente. En la diferenciación de funciones a que está sometida la Universidad en todos los países y de la que luego se hará mención más detenida, se destaca así en los latinoamericanos la denominada función cultural. Y no por seguir las preferencias de alguna teoría, sino por exigencias de la estructura social y de las formas existenciales que la misma determina. La Universidad no puede menos que acudir con los medios a su alcance, por pobres que sean, a extender por todos lados la capa nutricia de la preformación de la vida por la ciencia. Ni la enseñanza profesional puede desarrollarse sin su apoyo ni menos el puro cultivo de la investigación científica.

Esta último no puede darse sin la existencia de una comunidad científica —no bastan figuras excepcionales— que sólo vive del crédito. Es decir, de la confianza que le otorga el hombre corriente, que ya vive sin saberlo en todo lo que hace de pautas derivadas de la ciencia misma.

II

La consideración de la Universidad en su propio mundo, o sea como institución singular al lado de otras instituciones, exige atender ante todo a los problemas internos de su organización, pero estos nos llevan, quiérase o no, al examen de dos relaciones externas fundamentales: las que la Universidad mantiene con la sociedad en su conjunto y con el Estado. Con el mismo riguroso esquematismo que en el párrafo anterior se trataría aquí de tomar nota de las tendencias generales que se ofrecen por doquier en el momento actual, para luego examinar su proyección en el ámbito más reducido de América Latina. Conviene destacar, por eso, de antemano que las dos cuestiones más importantes y de mayor interés para la perspectiva sociológica son estas dos: las de la apertura mayor o menor de la Universidad a las demandas de la sociedad en que se encuentra ⁴ y la de las conexiones de la misma con el Estado contemporáneo siempre intervencionista y “benefactor” en uno u otro grado. Dicho con mayor precisión: el problema de la funcionalización creciente de la Universidad y el problema de la preservación de su autonomía.

En el plano de las relaciones de la Universidad con la sociedad en su conjunto —en el de su mayor o menor adaptación a las exigencias que ésta le plantea— el hecho que hoy no puede ser esquivado en lugar alguno es el de la progresiva diferenciación de funciones a que la Universidad se encuentra sometida. Esa di-

⁴ Un interesante análisis sociológico de estas formas de apertura de la Universidad a las exigencias sociales se encuentra en el escrito de J. Ben David y A. Zloczonver “Universities and Academic Systems” en *Archives Européennes de Sociologie*, III (1962).

ferenciación producida como una situación de hecho —forzosa por lo tanto— es la que por todas partes ha roto las estructuras tradicionales de uno y otro tipo y ha puesto sobre el tapete el debate de la reforma como resultado de la tensión entre adaptación y continuidad. (Ashby).

Para el sociólogo lo ocurrido a este respecto no es cosa en modo alguno sorprendente, pues repite en la institución universidad el mismo proceso ocurrido en otras instituciones. La única peculiaridad —como ya ha sido observada con razón— es que en la Universidad la diferenciación se ha producido sin expulsión alguna, en contraste con la contracción sufrida por otras instituciones en virtud de su continuo abandono de las nuevas funciones que no podían cumplir. Sin este fenómeno de “conservación” no se hubiera producido la necesidad de confrontar una y otra vez la Idea y la nueva realidad.

Algunas de las razones del proceso de diferenciación funcional de la Universidad comenzaron a insinuarse desde las primeras páginas de este escrito. No son suficientes ni completas. Pero su examen detenido no corresponde a este lugar, aparte de que sólo expusiera hechos ya conocidos: la especialización continua del saber científico y las alteraciones ocurridas en el sistema de las ciencias, la institucionalización de la investigación científica y la consiguiente “expropiación de sus medios de producción”; la crisis de los principios y creencias de la cultura contemporánea que no es posible dejar sin examen; la permanente expansión de nuevas profesiones que lo mismo que las mas viejas, demandan una enseñanza científicamente fundamentada; la educación política del ciudadano allí donde se conserva la democracia liberal, etc.

Toda la copiosa bibliografía a que antes se aludió no es otra cosa en definitiva que un comentario de semejante proceso de diferenciación funcional y una toma de posiciones frente a él. Pero lo interesante es que casi siempre se da una aceptación tácita o expresa del mismo. De suerte que, fuera de algunos casos de severa y conservadora persistencia en la Idea, en la mayoría habría que anotar como dominante la fórmu-

la orteguiana: la Universidad *es* esto, pero *además* aquello o lo otro.

¿Por qué no poner en claro simplemente cuáles son las funciones diversas que hoy comparten la labor de la Universidad, unitaria a pesar de todo? O sea, explicitar lo que en todas partes se hace, aunque sea en forma tácita y subrepticia.

La tarea no es nueva, se ha llevado a cabo con mayor o menor fortuna en lo que va de siglo diversas veces y sólo cabe recordar, por su influjo en los medios hispánicos, el famoso análisis de Max Scheler allá por la vigorosa década de los veinte.

Pero de Scheler a acá el proceso no ha parado y hoy conviene tener en cuenta otras funciones no señaladas por él. Quizá el esfuerzo sociológico más considerable por encarar ese problema desde nuestra actualidad sea el de Helmut Schelsky,⁵ que agrupa del modo siguiente las diversas actividades universitarias: 1) funciones de investigación; 2) funciones de enseñanza; 3) funciones corporativas; 4) funciones de la práctica social y 5) funciones indirectas. Cada uno de estos epígrafes alberga a su vez diversas tareas, de las que un buen número son de reciente aparición, sobre todo en el campo de los tres últimos. Por todas partes y muy en particular en las Universidades más destacadas, el cumplimiento de tan distintas actividades impone a profesores y administradores una carga de trabajo que llega al límite de su capacidad de resistencia. De ahí que la necesidad de poner un orden en ese complejo amontonamiento sea también general.

Una vez que se ha tomado nota de estos hechos, conviene sin embargo volver a la simplificación. Es decir, a tener en cuenta únicamente en este momento, las funciones más tradicionales y de mayor volumen: las que se refieren a la ciencia y su investigación, a la preparación profesional y a la formación cultural. Las

⁵ Helmut Schelsky, *Einsamkeit und Freiheit*, Rowhlt, 1963. En el ascetismo de referencias bibliográficas que imponen el carácter y extensión de estas páginas, queda una vez por todas remitido el lector a este libro que representa la última *mise au point* sociológica del problema de la reforma universitaria. Ni que decir tiene, desde una determinada tradición nacional.

distintas posiciones doctrinales equivalen a la preferencia por una de ellas. Y su tensión interna persiste, imponiendo siempre determinadas opciones u obligando a esfuerzos de coordinación, que nunca se aceptan como plenamente satisfactorios. Lo importante, sin embargo, es el hecho de que todos los sistemas universitarios con vitalidad consiguen de alguna manera satisfacer las exigencias de esas tres tareas, partiendo de tradiciones o Ideas diferentes. Y esto, por distintos organismos dentro del sistema o incluso dentro de cada uno de ellos. El panorama de la situación contemporánea de la Universidad —en Inglaterra, en Estados Unidos, en Alemania, en Francia y en la Unión Soviética— ofrece reiteradas pruebas de la afirmación anterior.

La más alta entre las “peculiares” creaciones de occidente, la universidad, nació en cuanto “institucionalización de la inteligencia” como corporación autónoma y ha conservado ese carácter en los países de su tradición —exceptuados lamentables paréntesis— hasta el día de hoy, aunque sólo fuera en la forma desde luego deficiente del profesor soberano de su cátedra en el sistema francés. Lo incorrecto de esta afirmación al dilatar el concepto estricto de autonomía —capacidad propia de regulación y administración— indica que estamos en realidad ante otra cosa. Se trata de algo que precede y fundamenta la autonomía misma. Sociológicamente consiste en una peculiar relación entre el poder político y un poder social, entre el Estado y una institución espiritual. Y esa relación ha sido siempre como en otras típicas de occidente, de equilibrio o, si se quiere, de compromiso. Por eso no se reduce a ser meramente una cuestión estatutaria o que pueda resolverse de una vez por todas por un precepto jurídico. Esa relación sólo existe, antes e independiente de toda declaración legal, cuando se ofrece entre sus dos elementos respeto mutuo y reconocimiento recíproco de su autoridad. La verdadera autonomía deriva del ámbito de libertad reconocida a la Universidad por el Estado por razón de que acepta la autoridad que ésta posee ya por sí misma. En este sentido perdura la autonomía espiritual de la Universidad

aun allí donde se ha convertido en miembro uniforme de la actividad administrativa del Estado. Exige, por tanto, esa relación, por una parte que la Universidad posea ya de por sí, gracias a su prestigio social, la autoridad que opone a otras autoridades, incluida la suprema del Estado, y por otra que la política cultural del Estado tenga como principio fundamental de su doctrina y de su ejercicio la aceptación de la autoridad universitaria. La fascinante historia de la Universidad en los distintos países es sólo la historia de las distintas formas que ha tomado esa relación y de los delicados mecanismos de equilibrio que la han mantenido. Las puras fórmulas "funcionalistas" acerca de las condiciones de la actividad científica, aparecen por eso inoperantes cuando se trata de hacer sociología concreta de la ciencia y explicar las razones aquí o allá de algunos de sus momentos culminantes. Sólo el análisis histórico-sociológico descubre en cada caso las condiciones de compromiso siempre inestable entre las distintas fuerzas y estructuras sociales que hicieron posible la aparición y persistencia de un medio favorable a los afanes científicos. ¿Cómo explicar si no el esplendor de la Universidad alemana bajo el dominio de monarquías autocráticas?

La interpretación anterior nada declara, claro es, en contra de la autonomía en estricto sentido, que permanece intacta en algunos sitios y más o menos aproximada en otros. Señala, por el contrario, los caminos que hay que seguir para explicarla allí donde se manifieste su presencia, es decir, para encontrar las conexiones de estructura social que la hacen viable.

Tampoco contradice este planteamiento de análisis sociológicos concretos a la interpretación del sentido histórico de la Universidad como creencia en el valor supremo de la Razón, que llevó a Ortega y Gasset en algún momento a declarar sus inquietudes ante el porvenir de la misma. Las predicciones no se han cumplido por fortuna, por lo general, y en estas últimas décadas se han dado, por el contrario, continuados esfuerzos para conseguir la reafirmación de la Idea universitaria. Pero sería una ceguera negarse a la evidencia de que la amenaza subsiste.

Un mínimo de familiaridad con la historia de los sistemas de enseñanza superior ofrece, en todo caso, una doble lección. La primera se refiere a la copia o imitación de determinados sistemas, la segunda a los últimos límites de toda planeación racional. Aunque siempre se haya ofrecido un sistema como el "modelo" por excelencia —el alemán por mucho tiempo, el norteamericano acaso hoy— todo intento de copia o importación resulta fallido si no se dan al mismo tiempo las peculiares condiciones sociales que lo hicieron posible. Sería innecesario repetir la advertencia —válida para toda institución—, si, de pura sabida, no fuera otras tantas veces conculcada. Pero, además, esa historia muestra, asimismo, el peso considerable de elementos irracionales o, por lo menos, imprevisibles, que, sin embargo, fueron a la postre favorables al despliegue de la Universidad y de la ciencia. La presencia de ese elemento de irracionalidad o de imprevisible espontaneidad creadora en los delicados mecanismos de mantenimiento en las tareas del saber, impone cautelas y el imperativo de mantener la conciencia de los límites en los esfuerzos contemporáneos por alcanzar una planeación racional —justificada, desde luego— en estas materias.

Ahora bien, el Estado con que ahora se encuentra la Universidad no es el mismo que el que existía hace unos cincuenta años y plantea en condiciones distintas el problema de sus relaciones recíprocas. El Estado contemporáneo social o benefactor, que amplía sin cesar su competencia en todos los ámbitos sociales por medio de las actividades de compensación, de distribución, de organización y de iniciativa que se le piden, no tiene por qué detenerse ante el campo de la educación. Al contrario, todo lo que en él se encierra —enseñanza, investigación, ciencia—, es para el Estado un elemento esencial de supervivencia, o, mejor dicho, del mantenimiento y renovación de la complejísima sociedad de que es órgano tutelar. Ante esa expansión de las actividades estatales, la Universidad se enfrenta con la necesidad de buscar nuevos acomodos en la defensa de su independencia, de su mayor o menor autonomía. Dentro de la tradición occiden-

tal sólo una cosa aparece claramente ilegítima: toda pretensión del Estado de imponer una doctrina. Pero fuera de esto la aceptación o negación de sus posibles demandas no es cuestión de legitimidad sino de conveniencia y, por tanto, de compromiso. Sin embargo, este solo criterio pragmático no defiende, ni mucho menos, de tentaciones y del peligro de supeditar en demasía la política universitaria a la política estatal.

Por lo pronto, es un hecho la dependencia financiera cada vez mayor de la Universidad respecto del Estado y de la que acaso sólo se exime hoy un solo país importante. Los costos de la enseñanza superior son tan elevados que toda expansión de su actividad exige acudir al Estado en demanda de la correspondiente ampliación presupuestaria o de subvenciones especiales. Por otro lado, el Estado empieza a ejercitar enérgicamente una nueva tarea que afecta de modo directo a la Universidad, la de la organización desde un punto de vista nacional de la investigación científica. Esta última forma de planeación, que quizá acabe siendo la primera en el orden de importancia, nació impulsada, desde luego, por razones de potencia y prestigio a que no todos los estados se sienten obligados en igual medida. Pero no menos encuentra su justificación en otras necesidades prácticas de la producción económica y del bienestar y conservación sociales que interesan por igual a cualquier Estado. Por eso el porcentaje del ingreso nacional dedicado a la investigación científica crece de continuo en los países más avanzados. La posición de la Universidad actual no puede menos de ser ambigua a este respecto; por un lado se siente invadida en su más tradicional reducto de autonomía, por otro, se encuentra estimulada y compensada por ofertas de participación en tareas que aunque no provengan de ella necesitan de sus mejores recursos intelectuales. Sería impertinente sugerir aquí todas las implicaciones y complicaciones del asunto. Sólo importaba en sus trazos más gruesos para entender un sola cosa, el carácter de la reforma contemporánea de la Universidad como un proceso permanente en que es necesario contar de una u otra

manera con el Estado, es decir, con las tendencias de su política cultural.

A este respecto la tipología de las reformas universitarias formulada por Schelsky sobre la base de experiencias alemanas tiene una validez general con unos pocos retoques más de forma que de fondo. Existe una *reforma política* cuando en situaciones de transformación social profunda la Universidad se organiza por el Estado y de él recibe el contenido de sus orientaciones culturales o incluso de una doctrina. Existe una *reforma corporativa* cuando por un proceso interno la Universidad como institución propone por sí misma las medidas necesarias para adaptarla a las nuevas circunstancias. Existe una *reforma de compromiso político-cultural* cuando la renovación de la Universidad es el resultado de una elaborada convergencia de las iniciativas corporativas y de los estímulos e intereses generales del Estado. Ese último tipo tiende a quedar como el único dentro de los países en que se conserva la democracia liberal.

De nuevo ¿cuál es la situación de la Universidad latinoamericana desde la perspectiva de los tres aspectos antes esbozados? El peligro de toda generalización sobrecoge en este momento en que no hay más remedio que aceptarlo. Ni siquiera cabe curarse en salud formulando previamente la lista completa de reservas. La fundamental, sin embargo, es la de que todo lo que pueda decirse no pretende aparecer como un conjunto de resultados sino únicamente como una serie de planteamientos.

¿En qué forma ha ocurrido la diferenciación funcional de las Universidades latinoamericanas? Dicho en su otra forma, ¿cómo han respondido éstas a la presión de las demandas sociales? La hipótesis sería que, a diferencia de lo sucedido en los países más avanzados, la Universidad latinoamericana no ha sido la que ha tenido que abrirse a las exigencias de su sociedad sino, al contrario, que, en buena medida, ha tenido que adelantarse a ellas y suscitarlas. De suerte que, si tal cosa ha ocurrido en las últimas décadas, el futuro inmediato exigirá la continuidad de esa tendencia en la forma de una política clara y definida.

¿Razones? Si los sistemas de enseñanza, de la superior por tanto, reflejan una estructura social, no hay que olvidar que la estructura social de América Latina permaneció casi intacta desde la Independencia hasta las primeras décadas de este siglo. Y que sólo a partir de los ramalazos de la primera Guerra Mundial, empiezan a mostrarse conatos de variación estructural, que sólo en la actualidad toman la forma de un estado de transformación profunda. La historia de la Universidad latinoamericana tendría que hacerse, paso a paso, a lo largo de esa línea esquemática fundamental. Sin grandes variaciones durante un siglo, entra a toda prisa en las últimas décadas en un periodo acucioso de reforma permanente. Esa es su situación actual.

Los antecedentes importan desde luego: la Universidad originaria, entre escolástica y renacentista, el momento luego de la Ilustración, secular o jesuita. Es posible, sin embargo, en esta marcha apresurada prescindir de ellos. Porque, en efecto, la Universidad que ahora se reforma es la que deriva de la transformación política de la Independencia y que sólo se consolida muy entrada la mitad del siglo XIX. Esa Universidad, de predominante influjo francés amalgamado con la tradición de las viejas facultades, representa un sistema de enseñanza profesional, que se declara incluso terminológicamente cuando el nombre de Escuela sustituye al de Facultad. Al lado de la Facultad de Filosofía, allí donde subsistió, las dos otras Facultades de Derecho y de Medicina constituyen el núcleo fundamental. Luego, y poco a poco, vendrán las Escuelas de Ingeniería más o menos diferenciadas. La Universidad de este tipo pretendía "enseñar" las profesiones que ese tiempo consideraba más importantes o esenciales y que estudiaba, por otra parte, una pequeña minoría. Mejor o peor, el sistema cumplió su papel, estrechamente acoplado a la estructura social dominante. Dentro de ese núcleo fundamental la Facultad de Derecho constituía —como en los países latinos de Europa y no sólo en ellos— el vivero de la clase dirigente. Por una paradoja, en modo alguno inexplicable funcionalmente, una determinada escuela "profe-

sional" adquiriría, sin embargo, el carácter más amplio de ser centro de formación cultural. Gracias a cierto número de disciplinas, difícilmente eliminables del estudio del derecho —Historia, Filosofía, Economía y Hacienda, Psicología y Antropología— no sólo se formaban juristas en estricto sentido sino las disposiciones generales en esas fechas necesarias a la clase social dirigente: políticos, administradores y empresarios. Y lo cierto es que ninguna otra escuela profesional —sea dicho de paso— ha podido sustituir desde entonces en ese papel a la Escuela de Derecho. Conviene tan sólo recordar dos cosas. Primero, que este sistema de escuelas profesionales al estilo francés nunca pretendió encarnar la idea alemana de la enseñanza por la investigación o, dicho de otra forma, el cultivo desinteresado de la ciencia por la ciencia —que por influjos germánicos realizarían más tarde también ingleses y norteamericanos. Segundo, que a diferencia del sistema francés —como luego lo fue, en el soviético— no se crearon las grandes Academias complementarias que, desde los planes napoleónicos, tenían por misión la investigación científica más elevada. En consecuencia, la Universidad latinoamericana —como la del mundo hispánico en general— quedó siempre manca por el lado de las ciencias puras y de la investigación. Por otro lado, como la enseñanza secundaria nunca fue plenamente satisfactoria —aun en los mejores casos— la universitaria tenía que partir siempre de una base deficiente.

Sólo un estudio minucioso país por país podría mostrarnos cómo se las arregló la Universidad latinoamericana para adentrarse con algunos resultados no desdenables en la época en que ya no podía funcionar sobre esas bases. El relato se hará —empieza a hacerse— el día en que la llana prosa narrativa de cómo las cosas fueron y no pudieron quizá ser de otro modo, sustituya, sin residuos, a los vaivenes entre el ditirambo complaciente y la elegía plañidera a que siempre ha estado sometida la historia de nuestra cultura.

El hecho es que esa nueva época está ya en marcha desde hace unas décadas y que los sistemas de enseñanza superior comienzan a adaptarse a las modifi-

caciones de la estructura social que trae consigo la mayor riqueza, la industrialización incipiente y la rápida urbanización. Se añaden otras Escuelas a las ya existentes —nuevas de Ingeniería en sus distintas ramas, de Ciencias naturales, de Arquitectura, de Economía, de Administración Pública, de Antropología, de Servicio Social, etc.—; se erigen de planta diversas ciudades universitarias diversamente orientadas y comienzan a fundarse centros de investigación. Ni siquiera una enumeración selectiva puede realizarse aquí por miedo a incurrir en injustificadas omisiones, pero en esa renovación se distinguen México y Chile, Argentina y Colombia, Costa Rica, Puerto Rico y Brasil, por último, en reciente avance precipitado. Ahora bien, lo dudoso es que todo este proceso se deba a una adaptación de la Universidad a una previa diferencia funcional en la sociedad misma, es decir, a un ajuste a las presiones rigurosamente articuladas de determinados grupos sociales, pues sólo en nuestros días toma conciencia de sí misma la transformación social de América Latina. Un examen atento nos mostraría la mayoría de estas reformas y creaciones como un resultado de impulsos corporativos o de propuestas de hombres públicos de amplia visión que se adelantaron en sus previsiones a la marcha misma de las mudanzas estructurales. La prueba consistiría —posible en ocasiones por el análisis estadístico de algunos datos censales— en mostrar que la que se adaptó en este caso fue la sociedad misma, ocupando, no sin movimientos vacilantes muchas veces, los nuevos cuadros de las oportunidades profesionales ofrecidas. La situación en nuestros días comienza a ser muy distinta por dos razones: primero, por la toma de conciencia colectiva a que ya se aludió; segundo, por la formación de una voluntad generalizada —más o menos precisa— de planeación puesta al frente del desarrollo económico. La percepción de lo que el desarrollo económico significa y la urgencia de intervenir en él de modo consciente, empuja cada vez más a la planeación a campos distintos del estrictamente económico y en primer término al de la educación. Y aunque la atención se ha volcado en particular a

los sistemas de enseñanza primaria y secundaria, no tardará el día en que la superior ocupe quizá el primer plano. El día en que se sienta en forma urgente la necesidad de llenar los cuadros profesionales —técnicos y administrativos— sin los que no puede avanzar el desarrollo económico y en que se perciban como problemas nacionales todos los que tienen que ver con la investigación científica.

La situación actual de la enseñanza superior en los países latinoamericanos lleva por su complejidad a una planeación muy meditada. Pues se está en peligro de que caigan de un solo golpe demasiadas cosas sobre los hombros no muy robustos de la Universidad. Como todas las de occidente tiene hoy que aceptar la diversidad de sus funciones e intensificar sus esfuerzos en cada una de ellas. Necesita:

- 1) Ampliar y perfeccionar la función de la enseñanza profesional y esto en vista de las necesidades previstas por los planes de desarrollo económico.
- 2) Suplir y complementar las deficiencias de la enseñanza secundaria y reforzar así, más por necesidad que por influencias de una doctrina, el papel de la función cultural. Tanto más cuanto se trata del instrumento necesario para llevar a su plenitud integraciones nacionales aún no conseguidas por algunas partes.
- 3) Emprender el cultivo de la ciencia pura y un amplio programa de investigaciones científicas. Investigaciones no sólo dictadas por lagunas reconocidas en el sistema de las ciencias, sino más bien y sobre todo por los problemas de más urgente solución.

Las reformas impuestas por estas exigencias —y sólo se señalan las más gruesas —exigen opciones y renunciaciones que sólo cabe señalar de caso en caso. Requieren la formación de una escala de preferencias, un claro esquematismo de alternativas y la decisión, temporal quizá, por una u otra. Pues no todo se puede llevar a cabo y tampoco existe fórmula o receta

aplicable en cualquier caso. La única y verdadera fórmula general es que la Universidad sólo emprenda lo que pueda hacer, es decir lo que pueda hacer bien. Este viejo imperativo de autenticidad es el único que puede poner un poco de orden y calma en el ímpetu novísimo de la investigación científica. Pues no se trata de construir, con perfectos organogramas en el papel, un artefacto completo de "ilusiones" investigadoras que nunca alcance sustancia y efectividad. La creación de centros de investigación ha de realizarse en forma modesta y de ensayo, acudiendo a llenar los huecos más graves, renunciando incluso a poseer nacionalmente buen número de ellos. Este es el punto en que el instrumento de las "federaciones para un propósito limitado", debe utilizarse para la creación de Institutos y Centros supranacionales, que aparte de ser lo único que puede mantenerlos en pie es al mismo tiempo un medio de integración de incalculables alcances.

Las relaciones entre el poder político y el poder espiritual de la Universidad no han sido siempre lo que hubiera sido de desear. El principio de la independencia y autonomía universitarias no sólo ha estado latente sino que figura en preceptos estatutarios y aun hasta en el título —para subrayarlo— de algunas universidades. Ha habido algunos casos de ejemplar continuidad de las instituciones universitarias, con absoluto respeto de su autonomía por parte del Estado. Pero, por desgracia, la historia de la Universidad latinoamericana ofrece casos de irrupciones repetidas del "intervencionismo" político del Estado, esté o no amparado por algún artículo constitucional.

A primera vista pudiera ser fácil imputar siempre la culpa al Estado y achacar hechos tan lamentables a razones de inestabilidad política. Pero el severo ceño de la verdad obliga a no tomar siempre alegremente tan fácil camino. La hipótesis sociológica es cabalmente la contraria, la de que semejante intervencionismo se ha debido en muchas ocasiones más que a la robustez de las ambiciones políticas a la debilidad de las pretensiones universitarias. Sólo una detenida investigación histórica en cada país nos daría la clave

del problema, confirmando o rechazando la hipótesis. Ésta se funda en las relaciones de mutualidad entre la Universidad y el Estado antes formuladas. La Universidad necesita para encarar al Estado la legitimidad social de una autoridad reconocida por todos. Y esa autoridad no la tiene si su prestigio como institución es deficiente. Se va así más allá del caso —no infrecuente— de una “politización” de la Universidad de tal naturaleza que invoque por si sola, por confusión de límites, la interferencia estatal. No, se trata más bien muchas veces de debilidades congénitas de la corporación universitaria como tal corporación. La institución no es vigorosa y no puede ofrecer por tanto la debida resistencia. Cuando no posee el suficiente volumen de prestigio social no puede obtener del Estado reconocimiento y respeto. Este ha sido siempre el punto más sensible y doloroso en todos los conatos latinoamericanos de reforma universitaria, pues ninguna corporación accede fácilmente al reconocimiento público de su propia flaqueza. Y aparte de esto porque aunque se reconocieran las raíces del problema no era siempre fácil señalar una pronta solución. En efecto todo el mundo conocía que lo que otorga autoridad a la institución universitaria, es el hecho de que funcione rigurosamente como tal, en completa y exclusiva dedicación a su tarea. Para ello sus jerarquías han de encontrarse fijadas con rigor, el criterio de selección de sus profesores claramente conocido y ejercitado, y el tenor de vida de todos sus miembros asegurado con la debida decencia. Pero esas condiciones no se consiguen donde el profesor no sigue una carrera y donde su nombramiento es arbitrario. Con ser importante el *status* socio-económico del profesor, casi más cuenta para su prestigio social saber que a su cátedra llega por un reconocimiento serio de su capacidad científica y pedagógica. No hay desde luego sistema alguno de selección sin fallas y exento de cualquier sombra de duda acerca de su imparcialidad, pero lo peor es que no exista ninguno y que esté abierta la puerta de par en par a las influencias personales: familiares, amistosas o políticas.

Las Universidades latinoamericanas se han esforza-

do en estas últimas décadas por ganar pleno prestigio atacando estos puntos vitales de su organización: dignidad de la cátedra y decoro socio-económico de su personal. A partir de aquí tampoco hay receta segura para cada caso y lugar, como no sean los principios generales de toda organización, que la sociología contemporánea conoce a fondo. Hay que partir de lo que hay y que es producto de tradiciones resistentes y muchas veces justificadas, sin la ilusión de que todo se arregla por una variación de los esquemas organizativos. La Universidad funciona bien por muchas partes sujetas a las más diversas organizaciones; no es cuestión de facultades o departamentos, de decanos o directores, de institutos fuera o dentro de las facultades, etc., tampoco de seguir la moda del momento y arremeter contra el profesor carismático en defensa del investigador o de tales o cuales tipos de docente, porque unos y otros son igualmente necesarios. La suprema orientación es, sin embargo, siempre la misma: disfrute de prestigio gracias a la autenticidad.

La Universidad latinoamericana ha conocido, desde luego, en su gama completa la tipología de reformas antes señaladas. Ha habido y se han dado recientemente reformas de tipo político que han puesto a la Universidad sobre cimientos completamente nuevos o renovados. Los conatos, aunque no siempre logros, de las reformas corporativas son legión. Las reformas en que convergen los esfuerzos paralelos de la Institución y del Estado sólo ahora comienzan a mostrarse como imprescindibles. Lo novedoso de América Latina —mejor, de su fracción de lengua castellana— ha sido la modalidad que tomó la reforma corporativa. O sea, la reforma corporativa inspirada y sostenida por el sector estudiantil. El famoso movimiento iniciado en Córdoba en 1918 se corrió como un reguero de pólvora por todos los países de lengua castellana y sus efectos llegan hasta hoy. Quiso la renovación de la Universidad y la espera con fe de la participación de los estudiantes en su gobierno. La importancia histórica del movimiento de reforma es considerable. Pero también aquí la verdad obliga a no dejarse arrastrar por la corriente. Pues esa su declarada importancia

es decisiva desde la perspectiva de la historia social de hispanoamérica en su conjunto, pero decididamente problemática desde el punto de vista de la Universidad misma. Fue el primer síntoma público de la crisis en que entraba la estructura social de América Latina y por eso sus protagonistas aparecen una y otra vez en la historia política de la región. Pero su eficacia "reconstructora" en la Universidad misma fue escasa y en más de algún aspecto negativa. Echó por tierra viejos petrefactos pero sin poner en su lugar nada orgánicamente perdurable. La mera insistencia en la "representación indirecta" de la juventud en el gobierno de los organismos científicos, no sustituye si no más bien perjudica su "representación directa" en el diálogo socrático de la cátedra o en la labor paciente —ni poco ni mucho democrática— en el laboratorio y en el taller. Inició por otra parte la politización excesiva de algunas universidades que constituye por hoy su mayor peligro.

III

Todo lo examinado hasta aquí concierne a la Universidad vista desde dentro en su propio mundo, y sometida a los influjos políticos y sociales del más amplio en que está o se encuentra. Interesaba sobre todo subrayar el proceso de diferenciación funcional a que se ha visto por todas partes forzada en virtud de las exigencias ineludibles requeridas para la formación y mantenimiento de las sociedades industriales. La Universidad ha tenido que aceptar esa diferenciación y adaptándose a su medio reformar de una u otra forma su tradicional estructura. Importa ahora invertir la relación y examinar el papel activo de la Universidad ante el mundo, su reacción frente a él. En línea histórica se destaca así la continuidad por bajo y en resistencia a la pasiva adaptación. Cualquiera que sea la dimensión que pueda alcanzar esa diferenciación funcional, una y sólo una función le sigue adscrita como su última tarea intransferible, la de ser el lugar en que debe darse "la más elevada conciencia

de la época", constituyéndola en consecuencia en su más vigoroso poder espiritual.

El ejercicio de ese poder tiene su asiento en la "incesante busca de la verdad por la comunidad de maestros y discípulos". Esa verdad nunca completa, siempre abierta, que es, sin embargo, en cada uno de sus momentos plenamente universal. Las consecuencias sociológicas de que la Universidad aparezca como el lugar en que se busca la verdad, como el centro en que se crea y se trasmite la ciencia son por lo pronto dos. De la primera sólo se tratará de pasada para atender con mayor cuidado a la segunda.

Esa primera consiste, por la identificación de ciencia y Universidad, en que la actividad universitaria tenga que ser por esencia universal, necesariamente desligada de todo localismo. No existen Universidades nacionales como no existen ciencias, al menos es su intención de ese tipo. La comunidad científica abarca propiamente al mundo entero. Sin embargo, la tensión histórica de la Universidad ha consistido hasta hoy en el hecho de que a pesar de su aspiración universal tenga que arraigarse en diversos medios nacionales frente a lo que se siente obligada de alguna manera. La contracción actual del mundo agrava y atenúa al mismo tiempo esa tensión; la agrava al hacerla más vivaz y más intolerable por lo tanto, la atenúa por las mayores facilidades —potenciales desde luego— de contacto y comunicación. Puede, sin embargo, superarse en cierta medida sólo cuando se acepta lo particular inmediato como el ámbito de trascendencia hacia la Universal.

La segunda consecuencia es que la busca de la verdad como dedicación —el cultivo de la ciencia— exige un mínimo de apartamiento y retiro. La preocupación por el saber lleva a la despreocupación por otros afanes vitales. Pero también aquí otra tensión histórica ha dominado siempre a la Universidad. Pues cualquiera que haya sido su afán de apartamiento no pudo nunca permanecer indiferente ante su aquí y ahora, ante los problemas del mundo concreto que la rodeaba.

Acaso en algún momento pudo resolverse esa ten-

sión por completo, pero sólo claro en la Idea. Es decir cuando en el idealismo alemán la soledad del científico (*Einsamkeit*), su retiro de la realidad cotidiana, tenía la garantía de la verdadera realidad que sacaba de sí misma la Razón en su destilar de conceptos. Con el ocaso de esa teoría filosófica la tensión no ha podido resolverse y sólo cabe aminorarla por su aceptación y la busca de un equilibrio inestable. Una y otra vez, sin embargo, se manifiesta la nostalgia del intelectual por la vida recoleta, su aspiración a la soledad, al "ocio" y al "ensimismamiento". Surgen aquí y allá distintos proyectos para realizarla o aproximarse a ella y todavía algunos definen a la Universidad desde esa persistente tradición.⁶

De hecho nunca fue el desinterés de la Universidad por las cuestiones más urgentes del día. Pero tampoco le conviene. Y no sólo porque perdería así buena parte de los estímulos de su tarea científica, sino porque abdicaría de antemano el cumplimiento pleno de su poder espiritual, que no agota la investigación dictada por la elaboración sistemática de la ciencia.

Para que la Universidad sea el lugar en que se ofrece "la más clara conciencia de la época" tiene también que ser el lugar que representa "la serenidad frente al frenesí" en la consideración de las más espinosas y graves cuestiones de esa época. Lo que quiere decir que nada de su tiempo puede serle ajeno, pero sólo en la medida en que pueda situarlo a la distancia que exige su busca permanente de la verdad.

Si la "Universidad enclaustrada" ha sido siempre excepcional y hoy casi imposible —"torre de marfil" tan sólo en el denuesto— su contraposición radical

⁶ "To be an undergraduate is to enjoy the "leisure" which is denoted by thinking without having to think in the pragmatic terms of action and talking without having to speak in terms of prescription or practical advice —the "leisure", in short which distinguishes the peculiar academic engagement of explanation". M. Oakeshott, "The Study of Politics in a University" en *Rationalism in Politics*, Londres, 1962, p. 315.

no lo es menos, porque acaba precisamente con la Universidad misma. Frente a la "Universidad enclaustrada", la "Universidad militante" es la que se deja invadir sin tamiz alguno por los ruidos de la calle y reproduce en su seno, en exacto microcosmos, todos los conflictos y pasiones de su mundo. La tarea científica desaparece y sólo quedan los gritos sustituyendo a las razones.

La apertura al mundo de la actividad universitaria —su única manera de influir sobre él— sólo cabe, en consecuencia, en la forma de la "Universidad partícipe" es decir no militante ni enclaustrada. "Universidad partícipe" es aquella que enfrenta los problemas del día aceptándolos como tema riguroso de su consideración científica, para afirmar únicamente lo que desde esa perspectiva se puede decir. Hace tiempo que se formuló el criterio de la neutralidad valorativa de la ciencia. Y aunque la sociología del conocimiento crea descubrir hoy los secretos de génesis —que para nada afectan al contenido de su validez— y pueda discutirse por mucho tiempo la amplitud de los límites en que parece aceptable, no cabe duda de que seguirá siendo mientras subsista la ciencia, el principio inexpugnable del diálogo universitario.

¿Constituye la Universidad en los días que corren el "principio promotor de la historia" en la América Latina? ¿Es el lugar en que se despliega "la más alta conciencia" en nuestra época? ¿Ofrece, en suma, con toda plenitud su poder espiritual? Contrariando los mejores deseos, la respuesta está muy lejos de ser rotunda e impone inquietantes reservas.

La Universidad latinoamericana ha realizado intensos esfuerzos en estas últimas décadas por mejorar su condición y lo ha conseguido, en su conjunto, en buena medida en muchos aspectos técnicos y materiales. Algunas ciudades universitarias elevan sus trazados arquitectónicos con justificado orgullo. La presencia de sus miembros —profesores e investigadores— en calidad de expertos en muchas tareas públicas es cada vez mayor. En algunos países las actividades de extensión universitaria se realizan desde

hace bastantes años en forma sostenida. Y sin embargo asalta la duda de si acaso la vieja universidad latinoamericana, con todas sus limitaciones y tan pobremente instalada por lo general, no irradiaba sobre su sociedad una autoridad mayor. ¿Se trataba tan sólo de la presencia aquí o allá de algunos grandes "maestros de la nación"? ¿Del fervor de pequeños cenáculos? Las irracionalidades de la historia deslizan de nuevo su gesto enigmático incitando nuestro afán de comprensión. ¿No estará justificada la sospecha de que la Universidad no actúa con el suficiente vigor en muchos sitios, enfrentando como partícipe, es decir sólo la Universidad, los problemas más graves del día? Las cuestiones que inquietan a la vida latinoamericana en la actualidad son en buena proporción rigurosamente técnicas, o sea sujetas al análisis racional del saber científico. Si la Universidad no los acoge científicamente en su seno, quedan abandonados con enorme carga efectiva al decisionismo miope de los intereses. Extraña, por ejemplo, que la Universidad no haya recogido por todas partes con esfuerzo sostenido el tema dominante del desarrollo económico y lo haya examinado en todas sus implicaciones y complicaciones, que van más allá, mucho más lejos, del campo económico en estricto sentido. La Universidad no puede renunciar a su misión orientadora ante semejante problema clave, oponiendo la serenidad y la firme razón a todo tipo de improvisaciones irracionales.

¿Por qué no siempre ha sucedido de esa forma? Sería lastimoso no tener el coraje de señalar a este respecto el mayor peligro que amenaza hoy al destino de la Universidad latinoamericana, aunque por fortuna no por todas partes con igual magnitud. Ese grave peligro es el de la excesiva "politización" de la Universidad, su tendencia a convertirse en "Universidad militante". No es lícito cegarse a la realidad de que hoy en más de algún sitio es imposible ejercer la libre actividad de la cátedra. Una fuerte proporción de la juventud no quiere atenerse a razones y rechaza de antemano toda duda metódica, mejor dicho no quiere tener dudas. El por qué de esa si-

tuación juvenil no ha sido estudiado en serio en parte alguna. Sólo queda como único apoyo la vaga referencia a una situación ambiental, sin las imágenes precisas y diferenciadas de su percepción concreta.

Es evidente que América Latina atraviesa en estos días por un estado de anegadora efervescencia —expresión incontenida de las profundas transformaciones de estructura social que ocurren en su seno— que penetra como no podía ser menos en la propia Universidad. Pero la simple correlación inquietud social Universidad militante, es ciega como toda correlación. ¿Cómo opera de hecho la conexión causal?

La afirmación no parece, por el contrario, arriesgada de que el porvenir depende en buena parte —sólo en buena parte claro es— de que la Universidad sea o no capaz de actuar científicamente sobre su medio social, poniéndose al frente de las transformaciones inevitables para canalizarlas lo más racionalmente posible por medio de la ciencia, la experiencia histórica y el saber acumulado. En una palabra, de que la Universidad no renuncie por incompetencia o apatía a su poder espiritual.

LA UNIVERSIDAD ANTE EL DESARROLLO ECONÓMICO

I. EL DESARROLLO Y LA SOCIEDAD DETERMINADA POR ÉL

Puede considerarse el desarrollo económico como un proceso mediante el cual una determinada unidad productiva dilata en forma constante su propia capacidad en la medida en que para ese fin invierte todos o la mayor cantidad posible de los excedentes conseguidos en el curso de su actividad anterior. El resultado es un aumento de su potencialidad futura y de los rendimientos con ella conseguidos. El desarrollo es, en este sentido, un mecanismo que mantiene de modo continuado la autorreproducción expansiva de una unidad social de producción. En términos corrientes, la meta del desarrollo es el aumento continuado de la riqueza; en términos económicos, el incremento constante del producto nacional bruto de acuerdo con una tasa de crecimiento mayor o menor.

La conciencia plena de lo que el desarrollo significa es reciente. Pero en forma implícita o confusa su formación coincide en el devenir histórico con la aparición de los "sistemas económicos" propiamente tales, es decir, de aquellas formas de sociedad que en persecución de fines rigurosamente económicos fueron las primeras en orientar la inversión de los excedentes por la ampliación de la capacidad productiva. Precizando más, la aparición histórica del desarrollo económico coincide con la génesis del capitalismo occidental, aunque hoy día, ya muy lejanos de aquella fecha, se persiga ese desarrollo dentro de estructuras económicas de muy distinta naturaleza.

La significación mayor del desarrollo económico no ha consistido tan sólo en la ampliación de la riqueza, sino en la eliminación, gracias a ella, del doloroso tributo que el hombre hubo de pagar en su larga historia a la miseria, la enfermedad, la muerte prematura y la violencia. El triunfo histórico del desarrollo económico en sus distintas formas, pero siempre como sistema social rigurosamente orientado por la adecuada inversión de los excedentes, es un hecho patente e innegable.

Por consiguiente, la respuesta a la pregunta de por qué se generaliza hoy en el mundo entero la conciencia de su necesidad, es en principio bien sencilla. En efecto, no se trata en el fondo sino de la decisión que uno tras otro han ido tomando los distintos pueblos de la tierra —sus minorías dirigentes, si así se prefiere— de no quedar al margen de los enormes beneficios humanos que aporta el bienestar económico, pese a los dolores y conflictos que su persecución haya podido producir. Este simple despertar a la percepción de un hecho patente basta para justificar desde un punto de vista humano la amplitud que tiene en nuestros días la aspiración al desarrollo. Sin embargo, como esta primaria situación de conciencia no siempre se ofrece en primer plano, unos y otros tratan de explicar el generalizado deseo de crecimiento económico por distintos caminos, vinculados a la filosofía de la historia, a la sociología o al análisis de la situación política contemporánea. Aunque ninguna de esas interpretaciones es incorrecta y todas deberían ser tenidas en cuenta en otra ocasión, ahora basta con percatarse de que no hay hombre ni pueblo que renuncie sin más a las posibilidades de mejorar su salud, aumentar sus años de vida, aminorar innecesarias penurias materiales y defenderse de enfermedades dominables, una vez percatado de que tal cosa no sólo es posible sino que se ha realizado con éxito en otros puntos de la tierra.

La distinción siempre imprecisa entre países desarrollados y subdesarrollados que obliga al empleo de diversos "indicadores" más o menos satisfactorios, se expresa en la vida concreta en la forma de un es-

tado anímico de conciencia y de voluntad. La conciencia de la urgencia del desarrollo, en efecto, aunque tienda a generalizarse, puede ser más o menos clara y rigurosa, y la voluntad de llevarlo a cabo puede ser más o menos fuerte y hasta quedarse a veces en mero deseo. El desarrollo económico y la sociedad necesariamente determinada por él exigen metas muy claras a la par que ciertas capacidades de sacrificio y de esfuerzo sostenido, mucho más difíciles de poseer que el mero deseo de un futuro mejor o la angustia ante una injusticia histórica. De aquí que la fundamental distinción entre países desarrollados y subdesarrollados, antes de todo tecnicismo económico o sociológico, estriba más que nada en la presencia o ausencia —y su respectiva dimensión— de personas capaces de formular ideas precisas y de ejercer enérgicamente su propia voluntad. No cabe duda que ciertas situaciones culturales son más propicias que otras para la formación de ese tipo humano. Dicho en otra forma, el desarrollo como mecanismo de autorreproducción expansiva de una determinada sociedad exige una determinada actitud vital, en la que entra como componente decisivo una capacidad mayor o menor de racionalidad científica. Antes de seguir analizando este punto conviene dar un rodeo por la estructura social.

Dado su carácter meramente cuantitativo, la definición del desarrollo desde el punto de vista económico parece incompleta. En efecto, sólo destaca el aumento incesante del rendimiento económico como resultado de la adecuada inversión, no menos reiterada, del excedente. Las distintas fórmulas y modelos económicos traducen con precisión semejante relación cuantitativa. Resulta, sin embargo, que es el desarrollo, tanto en sus consecuencias como en la perspectiva histórica, es algo más que una mera relación de magnitudes entre excedente e inversión, expresada en una determinada tasa. Se trata de un proceso cualitativo, que en el momento actual representa el comienzo de un nuevo tipo de civilización, de la que todavía se ignoran las dimensiones.

Quiere esto decir que el proceso del desarrollo

como mecanismo que no tiene en sí mismo su propio término no se da en el vacío sino dentro de una sociedad cuya estructura se modifica como resultado y motor, a un tiempo, de ese mecanismo. En nuestros días no tiene sentido hablar del desarrollo en términos abstractos —fuera de algunos momentos técnicos en la labor del economista—, sin considerar el tipo de sociedad que en los países más avanzados ya se ofrece como su producto histórico. Semejante sociedad tiene un nombre, y su empleo es preferible al de otros términos más vagos. Nada tiene así de extraño que el tema de la sociedad industrial concentre hoy el interés de una intensa actividad intelectual. Ese interés está sostenido por distintos motivos: primero, porque el estudio de la sociedad industrial equivale para algunos al análisis de la sociedad “contemporánea” de la que son partícipes; segundo, porque se sospecha que puedan existir ciertas notas estructurales de semejante sociedad que son comunes a todos los países de mayor desarrollo económico, con independencia de las formas concretas en que éste se realice; tercero, porque el estudio de la sociedad industrial implica analizar un horizonte abierto, comienzo de una nueva fase de la vida humana, que importa escrutar tanto más cuanto que la idea de progreso ha dejado de ser una creencia general; cuarto, porque para los países en desarrollo el conocimiento de la sociedad industrial no es cosa diferente de la provisión del futuro a que aspiran.

Se comprende que no sea unitaria la “teoría” de la sociedad industrial resultado de todos esos afanes y que no puedan considerarse incorrectas las interpretaciones de esa sociedad que sólo destacan aspectos parciales de ella. Es un hecho que lo más importante de la sociología contemporánea puede reducirse al análisis de la sociedad industrial de nuestro tiempo. No cabe en este lugar la consideración detenida de esas interpretaciones ni siquiera su mera ordenación enumerativa, tanto más cuanto que en este análisis participan puntos de vista de gran amplitud como son los de la filosofía de la historia o de la cultura. Se forjan así, para la interpretación

de nuestro tiempo, categorías muy generales, como las ofrecidas recientemente por H. Freyer desde el campo de la sociología de la cultura. Las categorías de la cultura industrial tendrían una significación medial o instrumental y así lo muestra su mero enunciado: la producción, el consumo, la serie, lo social, el ajuste y la seguridad.

Desde la perspectiva de estas páginas es inexcusable seleccionar algunas de las notas destacadas por las diversas teorías de la sociedad industrial. Una sociedad que se apoya en un mecanismo de crecimiento expansivo no puede tener —como de hecho ha ocurrido— sino un solo criterio general de valoración. Sólo existirá realmente el desarrollo cuando las inversiones orientadas por la ampliación productiva muestren el rendimiento esperado. Pero la categoría económica del rendimiento, sin cuya presencia no puede funcionar un sistema económico riguroso, tiende a generalizarse convirtiéndose en una categoría de la sociedad en su conjunto. Todas las actividades sociales pueden y deben medirse por su rendimiento, sea en función de la actividad misma de que se trate, sea en función de las necesidades de mantenimiento del conjunto social. Ahora bien, una sociedad que adopta el rendimiento como unidad de medida de todos sus afanes está reconociendo su carácter funcional, el hecho de encontrarse constituida por unidades de comportamiento cuyo ejercicio se rige por principios objetivos, determinados por la naturaleza de las cosas y por la organización de la tarea emprendida. El rendimiento, desde luego, sólo puede comprobarse de acuerdo con principios o normas de absoluta validez general que eliminen todo elemento de juicio no exigido por la estructura objetiva de la realidad. Dicho en otra forma, en cuanto principio social, el rendimiento sólo es posible sobre la base de criterios universales.

Ahora bien, ¿qué efectos produce necesariamente en una determinada sociedad la aceptación del principio de rendimiento? Por lo pronto dos cosas: 1) Una percatación generalizada, más o menos explícita, de que la sociedad se integra por distintas unidades

—independientes en apariencia en el cumplimiento de sus tareas, pero estrechamente entrelazadas dentro del conjunto a que pertenecen— y de que cualquiera falla o irregularidad en el rendimiento previsto de las mismas —sean las que fueren: económicas, políticas, educativas, científicas, etc.—, pone en peligro la persistencia del todo social. 2) Que la vigencia del principio de rendimiento en todo tipo de actividades distribuye por sí misma a los hombres que en ellas intervienen —quíerese o no— en un cuadro jerárquico de mayor o menor valor según sean sus exigencias; que en cada una de esas unidades, por lo tanto, se ofrecen posiciones decisivas para su propia y específica tarea en virtud del rendimiento máximo cumplido, y, en consecuencia, que el conjunto de esas posiciones en el vértice de las unidades funcionales de que el todo social se compone e integra, constituye un grupo de personas destacadas por el mérito y acreedoras de la mayor autoridad, aunque no se les reconozca otros privilegios. Pues bien, ¿cómo denominar a ese conjunto constituido por las posiciones vértices de los grupos funcionales? En la historia del pensamiento existen diversos términos cuya aceptación se discute todavía a causa de sus resonancias ideológicas. Uno de ellos es el de *élite*, acusado de evocar tendencias aristocratizantes; aunque así fuese en la obra de algunos de los grandes “maquiavélicos” que lanzaron el término, bien puede ser depurado hoy de esas adhesiones. Cosa semejante sucede con la expresión “clases dirigentes” y algo menos con la muy vaga de “cuadros”. Ahora bien, no se trata de una cuestión puramente terminológica, sino de la realidad designada con esos términos. De ahí que sea comprensible y parezca aceptable el intento actual de restaurar el valor de algunos de esos vocablos, una vez sometidos a una rigurosa asepsia intelectual, es decir, científica.

No puede extrañar, en consecuencia, que algunos consideren a las sociedades industriales como necesariamente “elitarias”, llegando a sostener que la significación de sus “*élites* funcionales” —cualquiera que sea la base económica sobre la que la sociedad

en cuestión se levante— alcanza ahora la importancia interpretativa que mantuvieron hasta hace poco otras categorías como “estamento” y posteriormente “clase”.

Ahora bien, se acepte o no semejante posición, el hecho decisivo para los fines de este escrito es que los criterios para la valoración de todas las tareas funcionales exigen formas de conducta para las que se requiere una preparación que contenga tales criterios desde el comienzo. En otras palabras, exige una preparación profesional articulada por una sistematización científica en su aprendizaje y ejercicio.

II. CUADROS OCUPACIONALES Y RACIONALIZACIÓN GENERAL

Cualquier consideración sobre las sociedades industriales subraya dos elementos esenciales: la significación que en las mismas poseen los cuadros ocupacionales y el principio de racionalización general. Desde el comienzo de estas líneas fue imposible soslayar el significado que la ciencia ha tenido en el proceso del desarrollo. La ciencia moderna, que es en su mismo método una forma de interferencia en los procesos naturales, llevó aparejado desde sus primeros éxitos el avance paralelo de la técnica, fabuloso en los últimos decenios, produciendo de esta suerte una de las interdependencias más características de la actualidad y en sí no poco problemática: la ineludible interconexión de la ciencia como teoría y la técnica como aplicación de esa teoría. Sin la existencia de este complejo no hubiera sido posible el desarrollo económico tal como, iniciado en cierto momento europeo, se continúa hoy por todo el mundo. Aunque las diversas interpretaciones de los orígenes del capitalismo, como primer “sistema económico” moderno, no silenciaron la contribución decisiva del saber científico comenzado en el Renacimiento, tampoco solían ponerla en primer plano. En la definición del desarrollo como mecanismo de expansión de la capacidad productiva no se incluye el significado de la ciencia-técnica en la posibilidad de su realiza-

ción. Los distintos sistemas económicos no hubieran sido posibles sin la aceptación —expresa o tácita— de la idea del desarrollo, pero tampoco sin la apoyatura que encontraron en la ciencia y en la técnica modernas. Todo ello permite decir, en suma, que el conocimiento científico es un supuesto esencial de las actuales sociedades industriales. Y esto en diversos significados o elementos que, aunque sólo sea en términos analíticos, conviene separar así:

1. Como antes se indicó, sin la aplicación del conocimiento científico y de la técnica que del mismo deriva, el juego mecánico del engranaje entre excedentes e inversiones no hubiera podido alcanzar el ritmo acelerado que hoy manifiesta. La ciencia ha sido en definitiva el verdadero multiplicador, quizá más que el flujo económico en sí mismo. La situación se complica mucho más si a la interdependencia de ciencia y desarrollo —sistema económico— se une la interdependencia no menos creciente de ciencia y Estado, de ciencia y Administración. Surge de esta suerte un complejo de conexiones recíprocas que afectan muy gravemente el destino de cada uno de sus componentes. Algo se dirá más tarde acerca de las relaciones que la actividad técnico-científica mantiene con la puramente política y la administrativa. Por el momento, basta con destacar al esencial conexión histórica entre la invención científica y la creación económica.

2. Para percatarse cabalmente de lo que significa el saber científico como uno de los supuestos de las sociedades industriales basta reflexionar —lo que también se insinuó— sobre el valor y sentido de la profesión como integrante fundamental de esas mismas sociedades. En efecto, en ese tipo de sociedades nadie puede hoy vivir sino ejerciendo una profesión, es decir,* una actividad prevista de antemano en su transcurso, cuyos fundamentos son susceptibles de enseñanza teórica —o sea de transmisión objetiva— por estar científicamente sistematizados. La división social del trabajo en las sociedades industriales se efectúa a través de un sistema de ocupaciones que guarda estrecha relación con la división y

diferenciación del conocimiento científico. No significa esto, que todas las ocupaciones exijan para su ejercicio una preparación científica en estricto sentido. Hay, en efecto, múltiples ocupaciones que se ejercen como mero *job*, dicho sea al estilo norteamericano, pero incluso esos *jobs* u ocupaciones intercambiables se encuentran socialmente predeterminados con arreglo a pautas científicas o casi científicas. Coexistiendo con ellas se dan otras ocupaciones —las actividades profesionales en su pleno rigor— que sólo pueden ejercerse tras una larga preparación previa asimilación de una cantidad mayor o menor de conocimientos científicos. Hay también muchas “posiciones clave” que exigen capacidades de otro tipo de las requeridas en actividades profesionales, aptitudes de síntesis ajenas a los métodos analíticos que constituyen la base de toda preparación profesional. El problema de semejantes posiciones clave no hace sino reflejar la situación paralela de la ciencia, que en medio de su rica especialización parece carecer hoy de puntos de vista unitarios y abarcantes.

Dado el carácter fundamental de la profesión como unidad integradora de la vida de las sociedades industriales, se comprende sin dificultad que la escuela en todos sus grados —el sistema educativo en su conjunto— se vea obligada a llenar una función que no había cumplido hasta hoy en forma deliberada. La sociedad como sistema de profesiones impone a la escuela la penosa tarea de convertirse en instrumento de selección social. En principio la escala de semejante selección no es otra que la de la mayor o menor dificultad en la enseñanza y preparación científica para las diferentes profesiones. Como es natural, corresponde a la enseñanza superior la parte más decisiva de ese instrumento selectivo. No puede extrañar por ello que en las sociedades industriales de hoy tienda a imponerse la idea de que para seguir funcionando necesitan asegurar la eficacia del mecanismo formador de sus cuadros dirigentes. Esa idea es expresada a veces en forma tan aguda que rompe las tradiciones más constantes del ideal educativo. Hay, por otro lado, la conciencia de que semejante meca-

nismo o instrumento es ideológicamente neutral y por ello serviría de igual modo cualesquiera que sean las bases económicas e ideológicas de la sociedad industrial de que se trate. De ahí que sea posible encontrar muy a menudo afirmaciones semejantes a las siguientes de Alexander King.¹ “Un sistema educativo debe ser juzgado, en cierta medida al menos, por su contribución al cumplimiento de las tareas de una sociedad, o si se quiere de las emprendidas por su *élite*.” Ahora bien, en toda sociedad industrial avanzada “el entrenamiento y la enseñanza superior para ciertas profesiones es algo sometido a sus propias exigencias, que las ideologías no pueden perturbar poco ni mucho”.

3. Sucede, por último, que el conocimiento científico como supuesto de la sociedad industrial llega en los momentos actuales a estratos más profundos que los educativos. Para captar ese hecho, que sólo es plenamente apreciable luego de una descripción minuciosa, se ha forjado el concepto de la denominada “preformación científica de la vida” (Schelsky). Con él se trata de expresar que en las sociedades industriales más avanzadas no hay apenas tarea —urbana o rural—, por insignificante que parezca, que no esté penetrada en su ejercicio, impregnada por decirlo así, por algunos supuestos de carácter científico. Tal cosa no significa que “vivamos” plenamente una fase científica de la historia o que todos los hombres posean la actitud científica en estricto sentido; tan sólo pretende indicar que las sociedades industriales no podrían funcionar si no se diera una apertura generalizada del hombre corriente a cierto mínimo de racionalización, que se acepta como propio, aunque sea inconscientemente, en la vida cotidiana por el continuado empleo de aparatos y prescripciones de origen científico. Desde esta perspectiva, la distancia verdaderamente decisiva en los niveles de desarrollo de los distintos países podría medirse —aunque constituya una unidad de medida dema-

¹ Alexander King, “Higher Education, Professional Manpower and the State”, *Minerva*, Vol. I, N^o 2.

siado sutil— por el grado mayor o menor de la “pre-formación científica de la vida” manifiesta en ellos.

III. LAS METAS EXTRAECONÓMICAS DEL DESARROLLO Y EL PROBLEMA DE LAS SOCIEDADES “OPULENTAS”

El desarrollo económico, es decir, la ampliación continuada de la capacidad productiva gracias a la aplicación incesante de los excedentes en inversiones de ese carácter, se ofrece como un mecanismo de repetición indefinida que no tiene en sí mismo término, ni culminación. El “sistema económico” en el sentido de E. Heimann es de esta suerte un proceso que ha eliminado —en su forma pura, típico-ideal se entiende— cualquier aplicación del excedente, cualquier otra inversión cuyo objeto no sea la ampliación de su propia capacidad, la acumulación incesante del capital. Nadie niega ni podría negar los efectivos logros alcanzados por la relativa aproximación del actuar económico a esa concepción. Mas semejantes éxitos no impiden percatarse del precio pagado por el ser humano en esa marcha triunfal. De ahí que la tarea que se ofrece al hombre en las sociedades avanzadas consista en recuperar el dominio del sistema económico que él mismo erigió en fuerza autónoma. Más concretamente: la tarea del hombre en las sociedades industriales estriba en la persecución de ciertos valores extraeconómicos con los cuales encauzar, completar y dirigir los valores económicos estrictos. Esto equivale a esforzarse para que el sistema económico deje de darse en forma relativamente pura y se convierta en un sector más de los que forman un sistema social integrado. Una situación paralela a la que ofrece la relación entre valores económicos y extraeconómicos en el proceso de desarrollo se manifiesta en el campo científico a medida que el progreso de la ciencia se traduce en una continuada especialización. Hemos aludido así a un problema quizá más delicado y difícil que el anterior y al que luego volveremos aunque sea en forma concisa.

El hecho es que el destino de las denominadas sociedades “opulentas” depende de la respuesta que se

dé a la pregunta formulada por uno de los más perspicaces sociólogos contemporáneos. ¿Para qué esta abundancia? Pensadores de la más diversa filiación coinciden en la misma inquietud desde una perspectiva histórica de conjunto y perciben el carácter profundamente cualitativo que tiene en nuestros días la situación del desarrollo. Sostienen, con unos u otros términos, que no importa tanto la magnitud cuantitativa de las tasas mayores o menores de crecimiento como las cualidades que se crean, anulan o modifican en la vida del hombre, que es en definitiva quien produce esas tasas. Se percibe, en efecto, que el desarrollo representa la apertura de un horizonte hacia un nuevo tipo de civilización, tan cargado de peligros como de espléndidas expectativas. Se impone vivir el momento actual de acuerdo con el filósofo inglés E. Gellner con la conciencia de que pasamos por una "metamorfosis" que, como la famosa de Kafka, no permite al hombre expresarse en un tipo claro de lenguaje, ni en el del pasado ya inválido ni en el del futuro todavía impreciso. La tesis que encierra la idea o metáfora de la metamorfosis traduce la conciencia filosófica de nuestros días ante la pérdida de la fe en el progreso y la esperanza visible en lo que hay de progresivo en nuestro tiempo, que se acepta y debe aceptarse sin la promesa escatológica de una solución definitiva. Desde esta perspectiva, hay que encarar la situación de desarrollo con una actitud crítica y reflexiva, "ilustrada", en definitiva. La tarea —preservar, a través del desarrollo, el mayor número posible de valores humanos, uno de los cuales y quizá el más importante es el de libertad— no es fácil para quienes todavía se sienten herederos de la tradición liberal. Se dibuja de esta suerte, rizando el rizo de los pensamientos iniciales, la exigencia de una toma de conciencia de que, si bien es cierto que no hay desarrollo sin un saber científico que lo soporte, no lo es menos que ambos encubren peligros para la dignidad humana si a ésta le falta una permanente crítica intelectual alerta en todo instante a la amenaza. Ahora bien, si la Universidad es hoy fundamental en las tareas del desarrollo, lo es en un

doble sentido: en cuanto le proporciona sus bases científicas y técnicas y en la medida en que puede ofrecerle también su crítica rigurosa y su orientación humanista.

IV. LA TRANSFORMACIÓN FUNCIONAL DE LA UNIVERSIDAD

La Universidad está sometida en estos días a modificaciones mayores y menores de su estructura tanto en los países más avanzados industrialmente como en otros en menor grado de desarrollo. Todas esas modificaciones o alteraciones responden a las mismas razones, que pueden formularse diciendo que la Universidad aparece a la vez como el centro, el resultado y la conciencia de la "metamorfosis", transición o como quiera llamarse al momento de cambio profundo en que se encuentra la vida histórica del hombre.

Es centro en la medida en que semejantes mudanzas, tanto en su dimensión más profunda como en sus aspectos más espectaculares, se deben al avance científico que la misma Universidad procura. Es resultado o producto en la medida en que las transformaciones por ella operadas no pueden menos de repercutir sobre la organización de sus actividades. Y es asimismo conciencia, en la medida en que la Universidad constituye todavía el último resguardo del pensamiento reflexivo sobre el sentido posible del torbellino de cambios en que nos encontramos.

El grado de intensidad en que tales aspectos se ofrecen varía no sólo con la intensidad mayor o menor de la actividad universitaria, sino con el carácter de las condiciones políticosociales que la rodean, estimulándola o coartándola en sus propias tendencias. Sin embargo, los tres aspectos señalados exigirían ciertas atenuaciones, muy en particular en lo que respecta al primero y al último.

El primer aspecto implica una conexión entre investigación y Universidad que no siempre se ha dado en igual forma, no ya en todos los países sino en las distintas épocas de la historia universitaria. Aunque la Universidad europea preparara enérgicamente el

progreso ulterior de la ciencia moderna, no es menos cierto que apenas contribuyó a él de modo efectivo durante cerca de dos siglos de la historia occidental. La investigación científica se desarrolla al margen de la Universidad en sus aportaciones más importantes del siglo xvii y buena parte del xviii. Lo mismo cabe decir de Europa, en general, y de un modo extremo con respecto a España y los países de lengua española. El estado desastroso de la Universidad española en los comienzos del siglo xviii puede captarse sin grandes esfuerzos de erudición mediante la simple lectura de una de las últimas, más divertidas y amargas expresiones de la veta picaresca española (Torres Villarroel). El enlace de la actividad universitaria y de la investigación científica se realiza plenamente en el siglo xix gracias a la renovación de la Universidad alemana, y no tanto por la aspiración—esencial en ella desde Humboldt— a lograr la educación por la ciencia misma en acto creador, sino quizá, como lo pone de relieve la investigación sociológica contemporánea, por el camino más complicado de situaciones especiales de competencia determinadas por la estructura social del país y de la organización universitaria. Cualquiera que sea la explicación, es un hecho decisivo que los éxitos que logró la ciencia alemana en ese momento y sus influjos en el progreso económico y en la política de esa nación estimularon distintos movimientos de reforma en Inglaterra, los Estados Unidos y otros países, todos los cuales obedecían a la idea directiva del valor de la investigación científica como contenido esencial de la Universidad.

Aunque actualmente persiste la conexión entre ciencia y enseñanza, entre investigación científica y Universidad, sucede que ésta ya no es el único centro de investigación reconocido. La investigación se lleva a cabo también no sólo en institutos autónomos, dentro de la organización universitaria, sino en laboratorios sostenidos por las empresas industriales o por el Estado en función de sus fines particulares, económicos o de potencia. Esta situación, manifiesta en algunos países en que persistía como modelo la

idea clásica de la Universidad alemana, se ofrece con mayor razón en aquellos otros que, de acuerdo con su propia tradición, mantenían separadas la enseñanza y la investigación, encargando la primera a las universidades y la segunda a las academias de ciencias, como ocurre, por ejemplo, en la Unión Soviética. También respecto al tercer aspecto antes señalado, que reconoce a la Universidad como el lugar en que radica la conciencia más viva de las actuales transformaciones, convendría formular algunas atenuaciones o reservas. Aquella afirmación implica cierta homogeneidad de la vida intelectual y la inexistencia de tensiones o de separación entre los universitarios o académicos y la intelectualidad libre. Se trata de una materia vidriosa que no por serlo puede ni debe ser soslayada. Para que la Universidad pueda continuar siendo uno de los sismógrafos más sensibles de la libertad (Dahrendorf), ha de mantener o recuperar buena parte de la actividad crítica que con frecuencia es ejercida "extramuros" por la intelectualidad libre o disidente.

No hay novedad alguna en recordar que la transformación que experimenta la Universidad contemporánea es de carácter funcional y proviene de su adaptación a las demandas del mundo exterior por un lado y a las exigencias del propio desarrollo de la actividad científica por otro.

El fenómeno de la funcionalización de la Universidad como respuesta a los requerimientos de la estructura social y económica de que forma parte, es un hecho patente y general. Se dijo antes que las sociedades industriales pueden concebirse en su forma típico-ideal como un conjunto de unidades profesionales, siendo cada una de ellas igualmente necesaria para el mantenimiento del todo social. Dentro de esa concepción, la enseñanza superior aparece como la responsable de formar adecuadamente la complicada articulación ocupacional que requieren las sociedades modernas. Dicho en otra forma, lo que hoy aparece en el primer plano del interés público por la Universidad es su capacidad para formar los cuadros profesionales que el actual aparato eco-

nómico y administrativo necesita. La presión de esa tendencia es tan fuerte y tan inobjetable en el aspecto legítimo de su pretensión, que en los países industrializados la paulatina adaptación de la enseñanza superior ha convertido de hecho a las universidades en un mero agregado de escuelas profesionales. Así ha sucedido aun allí donde se conservaba todavía con algún vigor la actitud antiprofesional de las viejas facultades tradicionales y su ojeriza frente a los asuntos prácticos de la vida cotidiana. Poco a poco y a regañadientes, esas facultades han tenido que ceder a la enseñanza profesional parte de su tiempo y energías.

Esta presión de las circunstancias económicasociales externas a la vida universitaria alcanza su expresión más aguda en todas las fórmulas al uso que disponen de la enseñanza superior como una función del desarrollo económico. Poco puede extrañar esto cuando asimismo se consideran desde este punto de vista los sistemas educativos en su conjunto. De aceptarse sin más el concepto de los "recursos humanos" como criterio predominante, es innegable que aquellos que parecen de mayor importancia dependen para su formación y canalización de la enseñanza superior. En este sentido, la organización universitaria ha de orientarse —parcialmente al menos— hacia la preparación de los cuadros —científicos, técnicos y administrativos— que demanda un país en un momento determinado de su estructura económica. Esto lleva consigo la exigencia previa de que exista una previsión relativamente precisa de la demanda presente y futura de las diversas ocupaciones necesarias para el mantenimiento y expansión de la referida estructura. Esa exigencia la han percibido en estos años como cuestión de vida o muerte los países de mayor industrialización y al menos como problema teórico los de menor desarrollo. La planeación de semejante tarea es naturalmente distinta en unos y otros países. Los primeros pueden proyectar con relativa facilidad tendencias bien conocidas o someterlas a una programación rigurosa allí donde existe una economía centralizada. Para los países

que se encuentran en grados menores de desarrollo la tarea no es tan sencilla, bien porque se desconozcan los movimientos tendenciales o sean ellos cabalmente los que deban modificarse, bien porque no exista una planeación general lo suficientemente avanzada para programar una distribución responsable de los recursos humanos. Lo que más importa en estos momentos es destacar dos hechos: 1) la aspiración cada vez mayor a beneficiarse de la enseñanza universitaria como medio de preparación profesional por un lado y como mecanismo de ascenso social por otro, aspiración alimentada por la mayor movilidad social y la mejora de los niveles de vida y en la que hallamos la contrapartida de la misión asignada a la enseñanza superior de mantener los cuadros dirigentes y profesionales en la proporción; 2) la imposibilidad de que la Universidad pueda resistir más allá de ciertos límites a ese conjunto de aspiraciones.

El segundo aspecto antes mencionado en las mudanzas de la Universidad contemporánea, deriva de su necesidad de adaptarse también a las demandas internas del crecimiento científico mismo. Como el progreso científico y la especialización marchan unidas la fragmentación que esta última impone es cada vez mayor. Su resignado reconocimiento como una necesidad insoslayable lo formuló ya Max Weber en su conferencia sobre "La ciencia como vocación", aunque en ese mismo escrito persistiera el afán de rebeldía que induce a los afanes de síntesis y que se expresa con tonos más o menos amargos en la crítica cultural de nuestro tiempo. La ciencia no tiene más guía en el camino de sus avances que la validez del método científico mismo, unitario en principio y que prevalece aun allí donde se pretende orientar la tarea científica conforme a una determinada concepción del mundo. Dicho a la inversa, esto significa que el crecimiento científico no está en sí mismo previsto ni organizado, sobre lo cual se volverá más adelante. Lo que ahora interesa es que la Universidad, al mismo tiempo que se funcionaliza por razones profesionales, tiene que hacerlo en méritos de las especializaciones que continuamente apa-

recen en su seno. Si en el primer campo se atiende a la formación del profesional, en el segundo tiene que atenderse a la formación del especialista, cuando no se trata en ocasiones del mero "experto". Esta funcionalización se complica con las exigencias financieras y de organización que imponen los laboratorios y centros en donde se realiza la especialización científica. En ambos casos es imposible eludir el tópico señalado por el recorte de horizontes que en los mismos se produce. El profesional sólo está preparado para el campo específico de sus delimitadas tareas y el especialista no es un hombre de ciencia en general, sino el conocedor de un trozo más o menos pequeño de la realidad. El problema de la Universidad, en consecuencia, es idéntico en los dos casos: por un lado, la posibilidad de formar profesionales para ciertos puestos clave, precisamente los más elevados en la sociedad contemporánea, con determinada capacidad de síntesis y de orientación integradora —los "generalistas" de la terminología norteamericana—; por otro lado, la posibilidad de romper en algunos puntos el especialismo riguroso y de formar algunos hombres de ciencia, si no enciclopédicos —cosa irrealizable por hoy—, capaces al menos de integrar campos mayores o menores del saber científico y de aproximarse a interpretaciones relativamente unitarias.

Las demandas reseñadas derivan de exigencias externas o del despliegue interno de la ciencia y a veces se combinan en formas singulares que dan lugar a relaciones concretas y complejas a las que también la Universidad debe responder en alguna medida. El caso más típico es el que ofrece la urgencia de satisfacer las necesidades de niveles distintos de formación profesional condicionados a su vez por las particularidades de la especialización científica. Otras veces hay que elegir directamente entre el cultivo posible de diversas ciencias, o entre ciencia pura y aplicada, etc. Se trata de opciones que han de resolverse por criterios externos, y que ahora interesan de modo especial desde la perspectiva del desarrollo económico. ¿Qué es preferible en un momento dado,

la formación de especialistas o la preparación de cuadros intermedios? Esta pregunta puede plantearse en el ámbito de una serie de profesiones contemporáneas. Valga como ejemplo el más reiterado hoy, el de los ingenieros. ¿Qué tipo de ingeniero conviene formar en este momento o en otro, y cuántos en cada uno de ellos en vista de lo que ofrece el horizonte económico? La terminología varía mucho de país a país, pero siempre se trata de distinguir entre el ingeniero usual, el técnico de ingeniería o perito y el "ingeniero superior", en quien la formación tecnológica se enlaza con una preparación profunda en determinados campos científicos. Lo mismo ocurre en muchas otras profesiones. Valga esta vez como ilustración un campo en apariencia muy distante del anterior, el de la sociología. Tampoco aquí es lo mismo el sociólogo que ha pasado por una rigurosa formación en diversas disciplinas, que el "experto" preparado para valerse de un repertorio más o menos completo de técnicas de investigación, o el simple perito social, muy útil sin embargo tanto en la acción práctica y en los trabajos de campo, como en las tareas secundarias y de rutina de la investigación científica.²

V. LA CRISIS DE LA IDEA CLÁSICA DE UNIVERSIDAD

El resultado de la transformación operada en la vida universitaria de nuestros días por exigencias estructurales de la sociedad o de la ciencia misma constituye lo que se ha denominado crisis de la idea clásica de la Universidad. Esa idea se encuentra lo mismo en el plano teórico estricto de su formulación sistemática dentro del idealismo alemán que en la vida efectiva de las instituciones con un denso pasado histórico, de los que Inglaterra es ejemplo ilustre. La crisis afecta a una serie de principios y tradiciones, entre los que el primero, pero no el único, es

² Excelente análisis en Filippo Barbano, *Progetto di Sviluppo del Piano di Studi per la Facoltà di Sociologia* (Universidad de Trento, 1964).

sin duda el de la relación entre investigación científica y enseñanza, permanente *leitmotiv* de toda meditación sobre el hacer universitario. Entre la variedad de los demás se impone una selección. La que ahora sigue se refiere a los principios de autenticidad y educativo general —la formación de la personalidad— que muchos, no sólo conservadores, siguen considerando de valor fundamental. Ambos serán tratados sólo en forma sumaria.

La apertura de la Universidad a las aspiraciones generalizadas que estimula una nueva estructura social ha dado lugar a lo que se designa con el término poco afortunado de “masificación”. El estudio de las causas del crecimiento en volumen del alumnado universitario pone de relieve su gran variedad. Se trata en algunas partes de una vigencia social que eleva hasta el grado universitario el nivel de aspiración del individuo; en otras se muestran en primer plano las presiones demográficas o la fuerza de cambios estructurales que espolean el ritmo de la movilidad social; en muchas aparece una combinación de todas ellas imprecisamente expresada cuando se habla de la “apertura de nuevos horizontes de trabajo y de vida”. Cualesquiera que sean esas causas, el fenómeno de la masificación tiende a provocar un descenso del nivel universitario. Por eso algunos países europeos resisten enérgicamente todavía la inundación de la enseñanza superior. Se trata de una inundación que desborda cuantitativamente las aulas y que hace irrisoria la pretensión de los seminarios a una labor so-crática. La existencia de una enérgica ideología igualitaria hace muy difícil encarar abiertamente algunos de los problemas planteados por esos hechos y obliga en ocasiones a presentarlos en forma encubierta como cuando se trata de la situación de los que se denominan estudiantes superdotados —en realidad, más o menos excepcionales—, cuya potencialidad se frustra manteniendo su formación al nivel y al ritmo de la que se ofrece para el término medio. Ni siquiera en este campo más limitado parece fácil la solución.

Quizá el punto más grave del aumento de volumen

del alumnado universitario consista en reducir considerablemente la posibilidad de conservar lo que técnicamente se denomina "espacio educativo juvenil", que los pedagogos consideraron y siguen considerando un componente esencial de la tarea universitaria. Recuérdesse que la situación planteada por las sociedades industriales a la edad juvenil es la de si conviene o no acelerar el tránsito desde el mundo protegido de la familia y la escuela al mundo de la sociedad adulta, dominado tanto por la complejidad y el carácter abstracto de sus instituciones como por la presencia de tensiones conflictivas de toda clase. Algunos sociólogos no sólo han puesto de relieve la solución que la vida misma da a ese problema, sino que han mantenido su carácter valioso. La comprobada capacidad de ajuste que muestra la juventud de las sociedades industriales ante las demandas de su estructura es la prueba de una mejor experiencia educativa. Los pedagogos mantienen sus reservas sobre los resultados de esa rápida adaptación, de ese paso brusco de la vida juvenil a la adulta, e insisten en el valor de un campo resguardado y de un tiempo exento para la formación de la personalidad, tal como lo mantenía el ideal universitario y una práctica más o menos cercana.

No es la ocasión de entrar en la liza.³ Importaba tan sólo consignar un hecho, el de la contracción del "espacio educativo juvenil" por obra de la masa escolar —aparte de las otras causas— y señalar uno de los campos problemáticos de la vida moderna dentro del ámbito universitario, tan problemático que en sí mismo encierra otras muchas cuestiones. Una de ellas se expone a continuación.

El otro punto crítico en el dilema de la Universidad entre adaptarse o resistir a las exigencias de su mundo exterior se ofrece en la difícil situación en que está para dar a su alumnado una auténtica orientación vital, es decir, una visión coherente y de conjunto acerca del mundo en que va a encontrarse sin

³ Por su posición polémica (contra Schelsky), interesa la obra de Andreas Flitner, *Soziologische Jugendforschung* (1963).

remedio. Parte de esa orientación es la formación política que exige la democracia actual en cualquiera de sus posibilidades.

Las dificultades en que se encuentra la Universidad contemporánea para ofrecer a sus estudiantes una orientación vital a tono con los tiempos constituyen, en sus expresiones más deficientes, una grave crisis de la educación en el sentido de la *paideia clásica*. Ahora bien, esos tropiezos en la función formativa tradicional tienen su origen en los dos momentos antes señalados: la fragmentación del saber en especialidades cada vez más rígidas y la urgencia de una preparación profesional que permita incorporarse lo más rápidamente posible a las tareas que mantienen a la sociedad. La especialización no sólo impide un relativo dominio del supuesto sistema de las ciencias sino ciertos tipos de concepción filosófica que se basaban en una o varias de ellas. Sólo cabe hoy la filosofía de la ciencia como análisis de su método o de su gramática. Ahora bien, la ausencia de concepciones filosóficas de alguna vigencia general expresa el problema de la formación educativa y lo agrava. Por otro lado, la tendencia cada vez más acentuada a no vivir más que en el presente, cortando las amarras de la tradición, determina el predominio de criaturas adánicas para quienes el pasado apenas existe, lo mismo en la actitud vital que en el cultivo de las disciplinas científicas. Con ello parece también en ocaso la capacidad formativa de la Historia. Estas fallas universitarias se atenúan considerablemente en los países que han podido conservar una sólida educación secundaria. Donde ésta es deficiente la situación empeora, pues se exige a la Universidad que colme las lagunas y se le plantea —ahora como cuestión vital y concretísima— lo que antes se enunciara en términos generales: la necesidad de ofrecer, a través del saber científico, una visión de conjunto del mundo y de la vida actual. También parece hallarse en entredicho la pretensión formativa del hombre en virtud de su participación en la creación científica en la medida en que se ha hecho problemática la relación generalizada entre en-

señanza e investigación. Dicha pretensión aspiraba a la formación de la personalidad por virtud de la capacidad reflexiva adquirida en el aprendizaje de una ciencia, que llevaba paulatinamente el dominio de sí mismo y a imponer frente a las cosas la distancia adecuada como actitud distinguida.

Las deficiencias en la formación de la conciencia política que exige la vida democrática no son sino una particularización de lo que antecede. En los regímenes llamados totalitarios la solución parece ofrecerse con la unidad de doctrina, aunque la formación ideológica no suele llevarse a cabo con instrumentos estrictamente universitarios. En las democracias liberales que tal cosa pretenden las dificultades en la formación política residen en la interpretación puramente formal de la participación política, que permite la enseñanza de instituciones y técnicas pero apenas si estimula la adopción de posturas políticas sustantivas como resultado de una confrontación entre la realidad y la discusión crítica de los idearios concurrentes. No puede extrañar en consecuencia, que las universidades vacilen entre extremos: máxima neutralización o indiferencias políticas, por un lado, y radicales "politizaciones", por el otro, que perturban la autoridad espiritual de la Universidad, que constituye su verdadero peso político. De esta suerte, en las sociedades industrializadas sujetas a un Estado "benefactor" y de predominante control tecnológico suele darse entre la juventud la tendencia apática; por el contrario, en los países en vías de desarrollo, las tensiones generacionales y las aspiraciones insatisfechas favorecen la inundación de los medios universitarios por las tensiones políticas generales en su mayor virulencia.

Entre ambos extremos igualmente amenazadores, la Universidad no tiene más camino que emprender seriamente, en medida mayor o menor, sus funciones de formación política en su triple contenido de información, objetivación de los problemas —aun los más candentes— y motivación o estímulo de los deberes políticos del ciudadano. Esa función puede y debe cumplirse dentro del marco de distanciamiento

científico que es esencial en toda tarea universitaria. ¿Cómo enfrentar de otra manera cuestiones como las del desarrollo económico, que no son en ningún momento puramente técnicas? Cualesquiera que sean las dudas y atenuaciones que evoque el principio de la neutralidad valorativa de la ciencia —y no es cosa de entrar en semejante tema—, sigue valiendo al menos como un postulado que exige mantenerlo hasta donde se pueda so pena de hacer imposible la objetividad de lo real.

Los aspectos de la supuesta crisis en la idea clásica de la Universidad antes examinados se calificaron alguna vez de graves para subrayar su importancia. Sin embargo, ninguno parece merecer tanto ese adjetivo como el que ahora se pasa a examinar. Se trata, en efecto, de que el problema de la síntesis teórica siempre presente en los afanes universitarios viene a confundirse ahora ni más ni menos que con el problema mismo de la ciencia como actividad humana, o si se quiere con la conciencia de una crisis en el "sentido" de la ciencia que hoy se ventila acuciosamente en diversos planos. Por un lado importan, en primer lugar, los efectos de la fragmentación científica que resulta de su especialización. Al lado de los ya reseñados y casi banales por su carácter tópico, hay otro mucho más radical. El de si será posible en lo sucesivo abandonar el progreso de la ciencia a la sola orientación de su método, o si se quiere, a su valor de verdad. La positividad de las ciencias ¿llevaría en su seno ciertas amenazas no sólo para ellas mismas sino para el futuro humano? ¿Dónde, sin embargo, encontrar el principio de orientación o guía que hoy parece faltar? ¿Puede entregarse a pretensiones externas como el afán de dominio o la voluntad económica de desarrollo, por ejemplo? La meditación filosófica tiene el mérito de coincidir al menos en el planteamiento del problema, tal como lo han formulado pensadores del más diverso origen. ¿No habrá que entregar la solución a la conciencia científica misma y a la reflexión continuada sobre su propia tarea? Unos y otros insisten, por otro lado, en un hecho fundamental: el extrañamiento creciente

de la ciencia respecto de la primaria realidad vital. Esto en la medida en que la ciencia —la empírico-natural se sobreentiende— es siempre una abstracción que termina seccionando a la existencia al situarla en dos planos diferentes. Abstracción y corte que derivan de la separación inicial de las cualidades primarias y secundarias. De esta suerte, la experiencia de la revolución coperniquiana se ha reiterado después de modo continuo. Sus resultados están a la vista: la existencia del mundo artificial de la técnica desconectado de toda raíz en la naturaleza directamente percibida y que, sin embargo, todos nos vemos forzados a aceptar si es que no a disfrutar en buena medida. Ahora bien, el problema que más vivamente se percibe como actual es que esa abstracción y distanciamiento de la ciencia no la hace plenamente autónoma sino, paradójicamente, dependiente de potencias extrañas, políticas, económicas y administrativas.

Tal dependencia, sin embargo, no es unilateral, sino de esencial reciprocidad, pues a su vez el Estado, las empresas económicas y las organizaciones burocráticas dependen cada vez más de la ciencia para su mantenimiento. Ahora bien, vista la cuestión desde el lado de la ciencia semejantes relaciones de interdependencia se traducen, como antes se insinuó, en la posible y efectiva interferencia en la labor propia y peculiar de la ciencia de factores extraños, que conllevan el peligro de pervertir en los usos prácticos el valor inicial de sus resultados y descubrimientos. No hace muchos años y no sólo a través de algunos casos tan famosos como dramáticos, se planteó desde la ciencia física el problema de la responsabilidad moral del hombre de ciencia en la aplicación práctica de los resultados de su labor, problema que no vale tan sólo para la física. Se formuló con ese motivo el deber del hombre de ciencia y de ésta en su conjunto, como "cuerpo" social, de hacer frente con plena conciencia a esa situación, haciendo valer la propia fuerza de la ciencia frente a las demás concurrentes. La cuestión sigue en pie, acuciosamente debatida como tema central de la reflexión de la

ciencia sobre sí misma. En la universidad repercute gravemente, porque de su solución depende que en las actuales circunstancias sea o no viable el permanente ideal educativo de la formación del hombre a través de la investigación y la experiencia científicas y en la medida en que la Universidad pretenda continuar siendo el lugar donde se realiza la libre investigación científica, donde se persigue el cultivo de la verdad desinteresada.

Adentrarse en los puntos señalados nos aproximaría cada vez más a la meditación filosófica. Conviene, pues, abandonando el tema, reducirse a reseñar brevemente las soluciones que se esfuerza por encontrar la Universidad contemporánea al insoslayable problema de la síntesis o visión unitaria de la ciencia y, a través de ella, del mundo y la vida. Semejante esfuerzo de síntesis se ha propuesto como tarea en los escalones extremos de la organización universitaria y en ellos se ha ensayado ya en buena parte. Se pensó que la Universidad debía proporcionar en el comienzo de sus enseñanzas, para todas las facultades y departamentos, una visión de lo que en sus rasgos fundamentales representa el saber acumulado por la ciencia. Contra esa iniciativa se ha objetado una y otra vez que todo ensayo en ese sentido ofrece el peligro de la superficialidad o el de las dificultades casi insuperables de su articulación concreta, si es que no se le considera sencillamente imposible dada la situación actual de la ciencia. Sin embargo, estas objeciones pedagógicas y científicas no rozan la médula del problema planteado tal como lo formulara Ortega y Gasset, por ejemplo, en su concepción de una Facultad de Cultura ("la necesidad de toda vida de justificarse ante sus propios ojos").⁴

Ni siquiera quienes rechazan esa posibilidad desde la perspectiva de la ciencia empírica abandonan la idea de la síntesis como tarea universitaria, sino que sitúan el lugar de su realización en el ámbito de la comunicación teórica de las disciplinas en un grado elevado de madurez. La síntesis se busca aho-

⁴ *Misión de la Universidad* (1ª ed., 1930).

ra en la interpretación teórica de lo que ofrecen diversas teorías particulares tenidas como válidas, es decir, reconociendo desde el comienzo el dinamismo incesante de los cambios en los centros de gravedad del proceso científico. De ahí que ese esfuerzo sólo sea posible como propuesta Universidad teórica,⁵ si ésta representa —en figura arquitectónica— el nuevo piso que es necesario añadir al edificio universitario; nunca, desde luego, su planta baja.

Una solución intermedia y menos ambiciosa podría obtenerse propiciando una formación del científico y del profesional que tratara de colmar las dos mayores fallas que hoy ofrece: el especialismo riguroso y la desconexión con la vida. Para resolver la primera podría bastar la exigencia de que toda formación en una disciplina debiera equilibrarse con el dominio de otra, en relación “contrapuntística”, a ser posible, más que complementaria. La segunda exige ofrecer a todo científico un mínimo de conocimientos sobre la realidad contemporánea, tal como se depuran y cristalizan en las ciencias sociales de la actualidad. Se persigue de esa suerte que todo profesional y hombre de ciencia mantenga viva la conciencia del lugar que ocupan sus tareas científicas en el conjunto de todas las demás y de cuál es la posición que le corresponde en el todo social, en el conjunto de sus estructuras y funciones. Sólo de esa manera se sentiría en todo momento responsable tanto frente a su específico trabajo, profesional o de investigación, como frente a las consecuencias sociales que del mismo derivan.⁶

No es posible silenciar, por último, cuál ha sido en los últimos tiempos la fisura más honda en el cuerpo del saber. Se trata de la escisión entre dos tipos de conocimiento, cuya distinta naturaleza se ha expresado con diversos nombres. La separación, para decirlo a la alemana, entre ciencias naturales y ciencias del espíritu. Semejante fisura representa para algunos el síntoma más decisivo de la “metamorfosis”

⁵ H. Schelsky, *Eisamkeit und Freiheit* (1963).

⁶ E. Heimendahl, *Fortschritt ohne Vernunft?* (1965).

que está atravesando la civilización del mundo a través de la occidental. En este sentido, el famoso opúsculo de C. P. Snow —novelista y hombre de ciencia—, nada nuevo por el tema, sí lo era por la forma en que supo presentarlo al discurrir sobre la tajante separación entre “las dos culturas”.⁷ Debemos limitarnos a enunciar el tema, a pesar de su fuerte trabazón con el de estas páginas. Añadamos tan sólo que los supuestos de la pervivencia del humanismo en las circunstancias de hoy dependen de cómo pueda recompensarse la fisura señalada. Pensadores de filiación muy diversa no lo consideran imposible, siempre y cuando se acierte a partir de las realidades últimas, que son la naturaleza y la vida humana.

VI. LA INVESTIGACIÓN INTRA Y EXTRAMUROS

Todo examen de la situación universitaria en los momentos actuales obliga a reconsiderar el tema del enlace entre investigación y enseñanza. En el siglo XIX se ofrecen dos modelos que con cierta simplificación pueden reconocerse como el alemán y el francés. El modelo alemán, desde la fundación de la universidad de Berlín y por obra de las concepciones de los grandes filósofos idealistas, declara característica esencial de la Universidad que su enseñanza sea el resultado de la participación activa del estudiante en las tareas de la investigación encomendadas al profesor. El seminario constituye desde entonces el lugar clásico en que esa pretensión se realiza o tiende a realizarse. La tradición francesa, por el contrario, mantiene la separación entre las funciones docentes asignadas a las distintas facultades universitarias y las de investigación a cargo de las academias o colegios superiores. El esquema alemán influyó decisivamente en la segunda mitad del siglo XIX en muchos centros universitarios del mundo, particularmente en Inglaterra y los Estados Unidos, mientras que el esquema francés se impuso en los países latinos y en el sistema de enseñanza ruso. El papel de la Acade-

⁷ C. P. Snow, *The two cultures* (1ª ed., 1959).

mia de las Ciencias en Rusia, cuya importancia antecede a su revaloración soviética, vale a este respecto como el ejemplo más importante.

Ahora bien, en las últimas décadas sucedió dentro de una y otra tradición que las exigencias cada vez más amplias y complejas de la investigación científica han producido inevitables modificaciones, más o menos profundas, en las relaciones generales entre enseñanza e investigación. El hecho más significativo de ello es la importancia cada día mayor del instituto relativamente autónomo, aunque siga adscrito a las facultades tradicionales.

El instituto correspondió en sus orígenes y durante mucho tiempo —por eso es siempre “casi personal”— a las tareas de investigación de una determinada cátedra, cuyo titular era a su vez el director del mismo. De ahí que las tendencias de reforma se hayan propuesto en la actualidad nuevos objetivos, tanto científicos como de organización administrativa. Prescindiendo de estos últimos por el momento, lo que ahora interesa es el hecho de la utilización del instituto para conseguir que se establezcan —sin graves trastornos en la organización universitaria vigente— nuevos centros de investigación que al mismo tiempo permitan enlazarla, en forma actualizada, con la enseñanza. Han surgido por eso diversas clases de institutos que por lo común responden a alguno de los siguientes tipos:

1) El instituto dedicado al cultivo de una ciencia fundamental, que antes se ofrecía en forma dispersa y fragmentaria en las distintas facultades tradicionales. Son ejemplos paradigmáticos los institutos de historia y de matemáticas. La Historia se ofrecía en todas partes de manera tan fragmentada que difícilmente permitía la formación de la nueva actitud metodológica exigida por esta disciplina. Por un lado marchaban los estudios tradicionales en la Facultad de Filosofía y por otro las enseñanzas especiales de historia de la ciencia, historia económica, historia literaria y artística, etc. El instituto permite unificar todas esas enseñanzas e investigaciones separadas del devenir histórico, situándolas bajo un mismo foco.

2) El instituto cuya misión es estudiar determinados problemas que importan a distintas ciencias por alguna de sus diversas facetas y que, en consecuencia, se propone atacarlo desde el principio con riguroso esfuerzo "interdisciplinario". Abundan los ejemplos ya en marcha o en proyecto. Valga en este instante el caso del desarrollo económico mismo, como típico problema de esa naturaleza.

3) El instituto que se propone como objeto no tanto un problema como un determinado sector de la vida, por lo común una determinada área geográfica y cultural (por ejemplo, el Oriente medio, el bloque socialista, etc.). Cualesquiera que sean los motivos que llevan a su fundación —intereses políticos (conocimiento del antagonista), deseos altruistas de cooperación o simple curiosidad teórica—, la estructura científica que determina es siempre la misma: se trata de comprender en su entrelazamiento causal y funcional los problemas o factores más importantes del área en cuestión, con el fin de obtener interpretaciones de conjunto o al menos una serie de hipótesis explicativas. La tarea exige la participación de diversas ciencias y su metódica articulación interdisciplinaria, suponiendo que se sepa con claridad lo que tal cosa significa.

Los institutos dedicados a América Latina existen ya en diversos lugares. Los más recientemente fundados en Europa corresponden al interés no menos reciente del viejo mundo por los problemas de nuestra región. Pues bien, el modelo de este tipo de instituto impulsa no sólo a la reciprocidad —frente a Europa en este caso—, sino también a su ampliación en lo posible hacia otras áreas. (Campo virgen para nosotros en que sólo el "Colegio de México" ha ofrecido hasta ahora conatos exploratorios.) ¿Por qué no empezar por lo más próximo y no por eso menos necesitado de averiguación, por la misma América Latina? Nos hallaríamos ante el primer caso de una de las tareas que exigen una cooperación internacional bien organizada si se trata de cumplirlas seriamente.

Sucede que en los actuales momentos la investiga-

ción científica no es patrimonio exclusivo de la Universidad y que desde hace algún tiempo participan en ella lo mismo las empresas industriales que los organismos del Estado. No por eso ha renunciado la Universidad a su empeño de unir la investigación a la enseñanza ni tampoco ha perdido todo el prestigio que aquella ganó durante el siglo XIX. De todos modos, la investigación extrauniversitaria es un fenómeno tan nuevo como de extraordinarias proporciones. Transcurre por dos rutas, a veces tangenciales, abiertas con prioridades todavía imprecisas por la economía y la política. El parentesco entre ambas rutas es de tal naturaleza que muchas de las cuestiones planteadas a la Universidad por la investigación industrial se ofrecen en igual forma en relación con la patrocinada por el Estado. La investigación fomentada por la industria en sus propios laboratorios persigue, naturalmente, el impulso de las metas productivas de la firma de que se trate y es por principio investigación de ciencia aplicada. Pero el carácter flúido de la relación entre ciencia pura y ciencia aplicada, así como las tendencias espontáneas de los científicos empleados por las empresas hacia las cuestiones teóricas o de ciencia pura, han obligado a las organizaciones industriales a tolerar en medida mayor o menor, como válvulas de escape, investigaciones de este último carácter al lado de las rigurosamente prácticas que interesan a sus particulares propósitos. Es un hecho que, quiérase o no, la investigación industrial no puede llevarse a cabo sino por hombres universitarios, cuando no la hace la propia Universidad por encargo y en virtud de contrato. De esa situación y del enfrentamiento que implica de los intereses económicos y los valores científicos han derivado en todos los países industriales complejas tensiones internas entre sus principales protagonistas. Como los Estados Unidos constituyen el país que primero se lanzara hace bastantes años por la vía de las investigaciones industriales a cargo de sus empresas privadas, es natural que también haya sido el primero en donde se hayan sometido a estudio científico las experiencias acumuladas. De ello resul-

ta la posibilidad de generalizar para estructuras semejantes los resultados válidos de esos estudios. W. Kornhauser⁸ ha podido delimitar el campo de las relaciones antes enunciadas, es decir, la serie de conflictos y compromisos surgidos entre la investigación industrial y la universitaria, formulando como sigue sus principales problemas: 1) el relativo a la fijación de los fines de la investigación industrial; 2) el constituido por las posibles formas de su control; 3) el de los estímulos de que necesitan valerse las diferentes organizaciones económicas; y 4) el de la imputación de responsabilidades por la utilización efectiva de los resultados de la investigación. A propósito de este último se vuelve a presentar —con menor dramatismo desde luego— la interrogante anteriormente planeada en el campo de la ciencia física ante la utilización política de sus resultados. Como confirmación y ejemplo del tipo de diferenciación profesional producida por la combinación singular de factores distintos, científicos y prácticos, interesa destacar la génesis de un nuevo tipo de profesional y la concreta circunstancia a que se debe. Se trata del científico— administrador (*Scientist-administrator*) cuyo papel puede ser decisivo en las tareas de la investigación industrial. Se trata de un mediador casi en el sentido hegeliano, pues es a quien incumbe la delicada misión de conseguir el acomodo, en cada caso cambiante, entre las exigencias de la idiosincracia científica y los legítimos requerimientos de las metas empresariales.

La generalización de la investigación industrial como ciencia aplicada repercute sobre la Universidad en múltiples formas que sería prolijo exponer aquí. La de mayor interés en este contexto se refiere a la responsabilidad de la Universidad como defensora y guardadora de los principios fundamentales de la ciencia, entre ellos el de su libre espontaneidad y el de la exigencia de su comunicación, coartados casi inevitablemente o suprimidos por la interferencia de

⁸ W. Kornhauser, "Strains and Accommodation in Industrial Research Organization in the United States", *Minerva*, Vol. I, Nº 1, y su libro *Scientist in Industry* (1962).

las finalidades industriales. Semejante responsabilidad "constituye un desafío a la comunidad científica obligada a afirmar al poder de la ciencia en las tareas de la práctica, al tiempo que conserva intacta la fe en el valor fundamental de la misma como interpretación científica de la naturaleza" (Kornhauser).

La investigación científica patrocinada por el Estado, iniciada casi exclusivamente con afanes de poderío y prestigio, ha ido ampliando con rapidez sus motivos hasta convertirse en un instrumento estatal puesto al servicio del bienestar económico y humano de su pueblo. La tendencia culmina cuando el Estado benefactor formula y persigue —como hoy sucede— su propia "política científica" y surgen organismos diversos para su preparación y ejecución. En los países de estructura industrial más compleja, la acción del Estado en materia de investigación científica no sólo tiende a llenar las lagunas que dejan la industrial y la universitaria, sino a constituirse en el exclusivo soporte de lo que los norteamericanos llaman *big science*, es decir, de aquella que exige para sus investigaciones costos tan tremendos —en aparatos, personal y organización— que únicamente puede sufragar el erario público, afrontando el riesgo de sus horizontes inciertos.

La investigación científica patrocinada por la política estatal puede realizarse y se realiza en institutos o centros especiales, más o menos autónomos en los diversos aspectos de su organización, pero también la lleva a cabo la Universidad misma, como es frecuente en los Estados Unidos. Las relaciones que aquí se plantean —de ajuste o conflicto— son semejantes a las reseñadas en el campo industrial. Por otra parte, el tema más amplio del papel del intelectual en la burocracia es bien conocido desde que a través de Weber o de Mannheim lo volvió a plantear Merton en nuestros días en un famoso artículo. La presencia del Estado en las tareas de la ciencia subraya de nuevo algunos de los problemas teóricos antes planteados y la necesidad vital de la actuación consciente y reflexiva de la ciencia frente a él como

una fuerza social independiente. Lo que lleva, cuando se trata de concretar un poco más la idea, a que de nuevo aparezca como por escotillón la Universidad misma y su proclamado *pouvoir spirituel*.

VII. LA INVESTIGACIÓN PARA EL DESARROLLO

¿Cómo concebir la investigación para el desarrollo y su correspondiente enseñanza? Dentro de la historia de las ideas económicas, la preocupación por el desarrollo es en extremo reciente y se sitúa en la fase post-Keynesiana.⁹ Tanto es así que los economistas han tardado algunos años en elaborar la teoría correspondiente, la cual se ha ido completando con las nuevas perspectivas que añadían otras disciplinas sociales. Sin embargo, en la historia real, el desarrollo no es algo enteramente nuevo sino más bien cosa vieja que coincide con la aparición de las primeras formas concretas del "sistema económico". Esa historia real se percibe hoy por otro lado, confundida con la marcha efectiva de los descubrimientos de la ciencia.

No puede extrañar, pues, que cuando se plantea ahora el tema de la investigación para el desarrollo, no aparezca como tal, en el tenor literal de esos términos, en los países de mayor industrialización, incluida desde luego la Unión Soviética. No es difícil percibir que en el grado de madurez alcanzado por esas sociedades, el cuidado por la investigación científica en general sea por sí mismo suficiente, pues ésta, tarde o temprano, se traduce en nuevas posibilidades de desarrollo económico y social, aunque no sean directamente previsibles ni buscadas. Basta recordar, a este propósito, lo que significa, por ejemplo, la reconversión civil de los inventos e industrias militares. No puede olvidarse, sin embargo, que en esos mismos países, por una acción indirecta o de reflejo —el interés por los llamados países subdesarrollados—, la investigación específica para el des-

⁹ Véase el delicioso libro de Joan Robinson, *Economic Philosophy* (1962).

arrollo toma cuerpo de diversas maneras, muy en particular gracias al tipo de institutos antes mencionados.

Parecía evidente, por el contrario, que la organización de la investigación para el desarrollo fuera preocupación esencial en los países que se esfuerzan por conseguirlo, concentrando en ese campo vital las mayores o menores potencialidades científicas de que se dispone y que no deben dispersarse en políticas de investigación demasiado ambiciosas.

Volviendo a la perspectiva general, en los últimos años se nos han ofrecido tablas que ordenan a los distintos países de acuerdo con el porcentaje de su producto bruto representativo de sus inversiones en los campos científicos y tecnológicos. En esas listas hay gran distancia entre los Estados Unidos con un 2.8 del producto nacional bruto, Inglaterra con un 2.7 y la Unión Soviética con un 2.3 y los países en desarrollo, de los cuales Filipinas, India, Pakistán, etc., sólo alcanzan con algún esfuerzo una inversión del 0.1 (cifras para 1960). Se ha dicho que una tabla semejante expresa con dramatismo el hecho de que los países económicamente subdesarrollados sean al mismo tiempo países de ciencia subdesarrollada o carentes de ella.

Se ha hecho observar, en consecuencia, que de los 120 países del mundo, con menos de un tercio de su población, la ciencia resulta ser un monopolio de 15 ó 20 de entre ellos. Éstos y otros datos semejantes presentan la situación simplificada en exceso y llena de equívocos. Su valor probatorio no llega hasta la predicción o interpretación de algunas condiciones concretas. No por ello deja de ser cierto, en términos generales, que los países más ricos tienden a ser también los más fecundos científicamente hablando. Semejante tipo de correlaciones generales parecen insatisfactorias, banales y peligrosas incluso cuando, como en el caso de los sistemas educativos, inducen a considerarlos sin más como apéndices del desarrollo económico. Algo parecido ocurre en el campo más concreto del crecimiento industrial, cuando se sostiene que el futuro económico de un país

depende de la magnitud de sus inversiones en la investigación científica y tecnológica. Sin embargo, un buen conocedor del problema sostiene que "no hay un paso lógico evidente de los efectos sobre el crecimiento de la ciencia aplicada observados en el pasado a la conclusión de que la clave del desarrollo nacional futuro reside en las inversiones para la investigación y la adaptación tecnológica". B. R. Williams¹⁰ parece convencernos con su riguroso análisis del valor probatorio de algunas investigaciones hechas a base de porcentajes. En sus conclusiones llama la atención sobre el hecho —sociológicamente evidente— de que la investigación científica y tecnológica en cada país depende, como condición previa, de cuál sea su efectiva estructura industrial, que por sí misma determina una distribución del potencial científico existente en cada caso diverso. Resulta así que algunas veces es más rentable la compra directa de patentes y prescripciones tecnológicas que el mantenimiento de un aparato científico propio.

Si en el caso de la investigación industrial, campo muy preciso, las condiciones reales de la estructura económica y de la organización científica, sin contar otros factores, invalidan la capacidad de proyección concreta para el futuro de los estudios aludidos —los realizados incluso con técnicas de covariación—, no puede esperarse cosa distinta de investigaciones que abarcan campos más complejos. Así, por ejemplo, las construcciones econométricas más elegantes en la planeación educativa no pueden trasladarse sin más, en su cristalina precisión abstracta, a situaciones humanas de extrema complejidad regidas por factores de todo tipo. Como la vida es una realidad imprecisa, el tecnócrata inocente puede ser funesto cuando incurre en la falacia de "la concreción fuera de lugar". No se tome ahora, incurriendo en igual pecado, el rábano por las hojas. Las reservas aducidas respecto a la fuerza probatoria de estas o las otras investigaciones y construcciones teóricas no invalidan su valor

¹⁰ "Research and Economic Growth — What should we Expect?", *Minerva*, Vol. III, N^o 1.

general de orientación, heurístico, ni menos eximen de la necesidad de intentarlas una y otra vez, aun sabiendo sus insuficiencias y límites. Al contrario, la conciencia de ese límite es lo que les otorga su auténtico valor científico.

Ahora bien, como la investigación para el desarrollo interesa vitalmente a los países en él empeñados y en ella deberían invertir las mayores sumas posibles, parecería urgente esbozar con alguna precisión todo el campo que la misma comprende o debiera comprender. Aunque no sea posible hacerlo ahora, algo puede decirse en forma simplificada acerca de su contorno general. Está en primer lugar la delimitación de su área geográfica. En segundo lugar se encuentra la determinación de las distintas disciplinas o ciencias cuya cooperación interdisciplinaria es imprescindible. Dicha cooperación, reclamada en cada caso por la diversa naturaleza de los problemas, comprende desde las ciencias físicas y biológicas —puras y aplicadas: las ciencias agrícolas en particular— hasta la extensa gama de las ciencias sociales y humanas. (No basta con la economía y la sociología, sino que se requiere la cooperación de otros especialistas, algunos de los cuales —como los historiadores, los juristas y los filósofos— apenas si han sido tomados en cuenta hasta ahora.) El tercer paso consiste en fijar el ámbito temporal, no sólo distinguiendo, como hacen los economistas, entre perspectivas de largo y de corto plazo, sino respondiendo también a la demanda de los futuribles, que exigen la más vigorosa capacidad imaginativa para la previsión a tiempo lejano de la relación recíproca entre las estructuras socioeconómicas y la situación de la ciencia, incluidas sus potencialidades en personal.

En el caso de que la tarea pareciera excesiva y se pretendiese reducir su ámbito al de la planeación, el intento sería vano porque volverían a aparecer uno tras otro los elementos señalados. La planeación no es una mera combinación de técnicas económicas, sino una actitud primero y una capacidad después de racionalización efectiva que se ofrece como posibilidad en los más diversos campos de la activi-

dad humana de nuestros días. Un Instituto de Planificación que se ciñera a las técnicas de programación económica dejaría de responder a los requerimientos de la investigación contemporánea, los cuales imponen la reflexión continuada sobre todas las formas de organización, comenzando por las de la educación misma. En efecto, la planeación es ante todo una nueva actitud espiritual del hombre, una disposición abierta a la continua rectificación de los proyectos en marcha e inmune, por lo tanto, al hechizo de todo plan que aparezca como algo definitivamente concluso y acabado.

Casi ninguno de los países latinoamericanos tiene por sí solo la capacidad financiera y el potencial científico necesarios para llevar a cabo la idea de una universidad o instituto consagrados por entero a la investigación y enseñanza del desarrollo en las múltiples facetas reseñadas. Se trata, por consiguiente, de una tarea que quizá sólo podría realizarse —con espíritu supranacional— contacto con la cooperación de los distintos Estados de América Latina.

Algunos de los análisis esbozados inducen a conceder unos momentos a la relación entre la denominada política científica nacional y la investigación universitaria autónoma, para señalar algunas de las cuestiones que esa relación plantea. No hay duda de que, aun en los países en que mejor dotada se encuentra la Universidad, ésta no puede hacer frente por sí sola a la diversidad de investigaciones que exige el estado actual de la ciencia, ni cubrir todo el campo de la investigación científica. Ahora bien, no se trata tan sólo de un problema de costos o de dificultades en la obtención del personal necesario —ambos serios, sin duda—, sino de tendencias tradicionales de la organización universitaria que dejan abandonado el contenido concreto de lo que se enseña e investiga al influjo de una serie de contingencias: imposición de “personalidades carismáticas”, presiones locales, emulación interuniversitaria, persecución de prestigio, etc. De ello resulta, incluso para los que no insisten demasiado en esta crítica, cierto azaroso desorden que no evita duplicaciones ni colma

los vacíos más patentes. Se piensa entonces que el remedio ha de ponerse en manos del gobierno a través de sus planes nacionales. No fue éste el único motivo que condujo a la idea de la planificación de la ciencia. En los mismos años en que esa idea fue tomando cuerpo, una vivísima discusión —en la Inglaterra de la tercera década sobre todo y con protagonistas muy destacados— puso sobre el tapete todos los peligros que la planificación lleva consigo para la “república” de la ciencia y para el principio de la espontaneidad creadora. Sin embargo, la planificación se ha ido imponiendo por necesidades apremiantes, sin anular por eso las razones que esgrimen sus antagonistas. Nos encontramos ante un caso privilegiado que muestra claramente la exigencia conciliatoria y de permanente compromiso entre planeación y libertad. Por lo pronto, toda planeación es un sistema de opciones, y las que presenta la investigación científica están muy lejos de la sencillez. Toda ciencia suele permitir tipos distintos de investigación, empezando por los muy diferentes que encierra la distinción entre ciencia pura y aplicada. Para evitar hasta donde sea posible errores excesivos, cuando se trata de discurrir en este punto conviene ceñirse a un campo familiar, invocando algún ejemplo. El de la sociología tiene además el interés que ofrecen las actuales aportaciones de esta disciplina al desarrollo económico, en torno del cual giran estas páginas. Pues bien, suelen distinguirse hoy tres campos diferentes de la investigación sociológica, que también son válidos para otras disciplinas: 1) la investigación fundamental o básica, que se esfuerza¹¹ en formular teorías e hipótesis sin ninguna preocupación “inicial” por sus consecuencias prácticas; 2) la investigación de la realidad social contemporánea, que se esfuerza por interpretar y comprender sectores más o menos amplios de la misma y en donde predomina, por lo tanto, el carácter estructural, y 3) la investigación aplicada, que se esfuerza por encontrar las medidas aconsejables para la solución o atenuación de problemas

11 M. R. Lepsius, *Soziologie/Politische Wissenschaft* (1961).

concretos de relativa importancia actual, investigaciones que corresponden a las tareas específicas del "experto". Concretando esa distinción al desarrollo económico, se obtienen de inmediato aquellos aspectos del mismo en que es decisiva la colaboración del sociólogo. La investigación fundamental puede ofrecer hipótesis y generalizaciones más o menos amplias sobre formas de comportamiento que constituyen la base de determinadas actividades y procesos socioeconómicos (fenómenos de anomia, de "disonancia cognoscitiva", de asimilación de innovaciones, etc.).¹² La investigación estructural puede señalar oportunamente los orígenes institucionales de algunos hechos económicos, mostrar en otros los movimientos tendenciales debidos a causas sociales (de las estructuras y sus conflictos), etc. Este tipo de investigaciones, que satisfacen ante todo el afán por conocer la realidad que nos rodea —la vida contemporánea—, ofrecen a los países en desarrollo el espejo inexorable donde contemplar sin tapujos su propia faz. Por último, la investigación aplicada, lo que los norteamericanos denominan "sociología clínica",¹³ permite al sociólogo participar en tareas de campo: movilización de minorías activas, formación de dirigentes, ayuda en la asimilación tecnológica, etc. Es decir, buena parte de las tareas que hoy se incluyen en el llamado "desarrollo de la comunidad".

Ahora bien, si toda acción económica supone una opción, en la mayoría de las opciones vitales se esconde una cuestión económica. Como los recursos de todo orden son siempre limitados, ¿cómo decidir en un momento dado entre las superabundantes posibilidades de la investigación científica? ¿Quién elige y por qué razones el cultivo de una u otra ciencia y la posible orientación investigadora dentro de cada una de ellas?

En manos del Estado, la planeación científica ha seguido un camino paralelo al que trazara la planifi-

¹² Para una precisa formulación en otros términos, véase A. Malewski, "Two Models of Sociology", *The Polish Sociological Bulletin*, N^o 1-2 (1962).

¹³ A. W. Gouldner y S. M. Miller, *Applied Sociology* (1965).

cación económica. Dejando aparte la complejidad de sus motivaciones, sobre la que no es necesario insistir, la marcha en los países que la emprendieron pudo sujetarse en sus comienzos al principio del ensayo y error, pero hoy no puede continuar sin la guía de un cuadro bien precisado de criterios de selección. Tampoco los poderes en cuyas manos se pone la decisión pueden tomarla si alguien no le prepara las alternativas con el más responsable cuidado. Ambas cosas se ofrecen ya con mayor o menor éxito tanto en las consideraciones teóricas como en la práctica de la organización y tendrán que depurarse cada vez más en los años venideros.

Aunque no escaseen los recursos, que de todos modos son limitados, ¿qué deberíamos preferir: el apoyo de la biología molecular, el sostén de la física de alta energía, las investigaciones de la física nuclear, la exploración espacial o las *behavioral sciences*? De tal forma planteó en los Estados Unidos el problema de los criterios de selección un hombre de la experiencia de Alvin M. Weinberg¹⁴ en un artículo que ha provocado otros muchos dedicados al mismo tema. No se trata de otra cosa, a la postre, que de las posibilidades objetivas de las políticas científicas nacionales. Según esa opinión tan autorizada, los criterios son de dos clases: internos y externos. Los primeros tratan de responder a esta cuestión: ¿cuál es el grado de la calidad efectiva de la ciencia de que se trate? Los segundos tratan de contestar esta otra pregunta: ¿por qué razones se cultiva precisamente esa ciencia? En el punto en que nos encontramos, es significativa la inclinación de este científico en favor de los criterios externos y dentro de ellos —según su terminología— en pro del “mérito” social frente a los méritos tecnológicos y científicos. Se subraya así enérgicamente el punto de vista de los valores humanos a través de las repercusiones de la investigación científica. No pocos coincidirán en esta acentuación de las necesidades hu-

¹⁴ “Criteria for Scientific Choice”, *Minerva*, Vol. II, Nº 2. Algunos de los trabajos aludidos se recogen en diversos números de *Minerva* (1963 a 1966).

manas, del progreso social en otras palabras. Y quizás lleguen con él —en modo alguno se encuentra solo— a prevenir a la ciencia de su caída en *hibris* fatal. Pensar que la ciencia es “la tarea fundamental de la humanidad en estos momentos es algo en extremo peligroso incluso para la propia ciencia”, es decir, desde el punto de vista científico. Asoma así de nuevo el tema de la responsabilidad social del científico y de los insoslayables deberes morales de la Universidad.

Lo cierto es que en los países más avanzados —resuelto o no el problema de los criterios— existen ahora distintos organismos estatales dedicados a preparar y formular el contenido y tendencias de sus políticas científicas nacionales. A este propósito, no deja de ser significativo el paralelismo que ofrecen dos países como los Estados Unidos y la Unión Soviética, el primero con el “Comité Consultivo Científico del Presidente” y el “Consejo Federal para la Ciencia y la Tecnología” y el segundo con el “Alto Consejo de la Academia de las Ciencias” y el “Comité Estatal del Consejo de Ministros de la URSS para la Coordinación de las Investigaciones”.

Los países europeos más industrializados también cuentan con organizaciones semejantes que no es cosa de considerar en forma detallada. En Francia, junto a la “Delegación General para la Investigación Científica”, adscrita al Primer Ministro, existe un “Comité Interministerial para la Investigación”, y en los últimos años se ha creado el “Fondo Nacional para la Investigación Científica”; en Alemania funcionan un “Consejo de las Ciencias” y un “Comité Interministerial”, aparte del organismo autónomo denominado “Comunidad Alemana para la Investigación”; en Inglaterra hay ahora un Ministerio de la Investigación y, desde hace tiempo, otra serie de organismos entre los cuales destaca el “Department of Scientific and Industrial Research” (D.S.I.R.). Dentro de este campo, más o menos semejante por todos lados, sobresalen las posiciones de Suecia y Yugoslavia.¹⁵

¹⁵ Con respecto al caso italiano, véase *Una politica per la ricerca scientifica* (Edizione Cinquelune, 1962).

No sería propio de este lugar intentar un análisis detallado de este ámbito relativamente nuevo. Conviene, sin embargo, subrayar lo más importante que se desprende de todas esas experiencias: la percepción, cada día más clara, de que la planeación económica y la planeación científica son cosas que se exigen recíprocamente, y de que la prioridad debe corresponder a esta última. Algo se insinuó antes sobre la significación de lo futurible en el horizonte temporal. Cuando se trata de planear, comenta A. H. Halsey,¹⁶ para cuatro o cinco años, el economista tiene que suponer estático el acopio del saber científico fundamental y distribuir la aplicación del esfuerzo dedicado a la investigación técnica aplicada en vista de necesidades a plazo limitado; cuando se trata de un periodo más largo, tiene que depender del científico para la previsión de las innovaciones fundamentales en los métodos de producción.

VIII. LA REFORMA EN CONTINUIDAD DE LA UNIVERSIDAD LATINOAMERICANA

Las aspiraciones utópicas, señuelo permanente del ser humano, pudieran hacer creer que la situación ideal en materia de reformas de la enseñanza superior es aquella que permite el establecimiento por entero, desde los cimientos, de sistemas y planteles. Sin embargo, la realidad latinoamericana ofrece un pasado lo suficientemente rico para que sus tradiciones o sus inercias malogren todo intento de creación *ex novo*. Por otra parte, no todo son ventajas en las circunstancias que exigen o hacen posible las fundaciones radicalmente nuevas. Basta reflexionar sobre lo que ahora ocurre con la creación de universidades en el África actual, para frenar envidias e impacencias. El establecimiento de las nuevas universidades africanas —lo mismo que algunas asiáticas— muestra los inconvenientes de partir de la *tabula rasa* en cuanto a tradiciones y competencia de personas se refiere. Existe,

¹⁶ "Science and Government in Sweden", *Minerva*, Vol. II, N^o 1 (1963).

además, el pavoroso problema lingüístico que obliga a las novísimas nacionalidades a forjar una lengua común capaz de transmitir el acopio científico de Occidente o a utilizar, en calidad de "lengua franca", el idioma de una u otra de las antiguas metrópolis.

En otros ámbitos, la pretensión de elevar las vías más modestas de la denominada reforma universitaria. Algunas notas sobre ese tema se ofrecieron en otro breve escrito¹⁷ glosando una tipología de H. Schelsky. De acuerdo con ella, cabe distinguir los tres tipos siguientes: la reforma política, la reforma corporativa y la reforma que resulta de un compromiso-cultural. La primera se caracteriza por ser la consecuencia de transformaciones profundas de carácter social, que tienen su máxima expresión en revoluciones de tipo político. La segunda supone una transformación de las instituciones universitarias originadas en el proceso interno de una elaboración corporativa de las nuevas medidas y concepciones. La tercera se ofrece cuando la renovación de la Universidad es el resultado de un compromiso entre los estímulos de la política científica del Estado y de las iniciativas derivadas del propio medio universitario.

La reforma de la enseñanza superior latinoamericana, orientada hoy por las exigencias que impone el "tema dominante" del desarrollo económico, no puede orientarse si no hacía el último tipo, buscando en la meta propuesta algunos de los criterios necesarios para elegir los caminos más eficaces. Lo mismo que en otros países occidentales que han evitado en estos años la sacudida a fondo de una revolución violenta, semejante reforma ha de hacerse de modo necesario como una remodelación de lo que ya está ahí, sin perturbar gravemente el funcionamiento de las instituciones en marcha. Dicho de otra manera, la remodelación de la enseñanza superior constituye la tarea de una reforma en continuidad. Muchas veces parece más aconsejable apoyarse en lo que ya existe, fortificán-

¹⁷ *Reforma de la Universidad latinoamericana*, ponencia para una reunión del International Institute for Educational Planning (París, 1964).

dolo y corrigiéndolo en sus fallas más agudas, que lanzarse a modificaciones completas, quizá prematuras, de acuerdo con planes abstractos e ideales. En los países en vías de desarrollo, el mayor peligro que ofrecen los intentos de reforma consiste en confundir lo posible, a tenor de los recursos humanos y financieros existentes, y lo que se traza con facilidad en el papel, por la pendiente del juego intelectual de armónicos organigramas. En algunas de nuestras universidades apenas se peca por defecto en este sentido, ya que sus planes de estudios abarcan, con ambición irrealizable, desde la enseñanza de las lenguas semíticas a los últimos rincones de las nuevas ciencias más especializadas. En los países de escasa densidad científica o científicamente subdesarrollados, el pecado de la propensión a construir modelos completos se agrava con las peculiaridades personales de los no muy abundantes hombres de ciencia que en los mismos existen. El estudio sociológico en que se apoya esta última proposición consiste en el análisis del funcionamiento, deficiente desde luego, de la comunidad científica de esos países. Ese análisis descubre en qué medida constituyen un estorbo, más que una ayuda, algunos tipos de sedicentes científicos.¹⁸

La sombra del fracaso acompaña desde el comienzo a toda reforma universitaria que no se guie por la única convicción en definitiva importante, la de que la Universidad sólo existe sin engaños como tal cuando funciona en forma auténtica y no deficiente. No se trata, por lo tanto, de un problema de magnitud sino de calidad, aun a costa de reducir las tareas a unos pocos campos o incluso a fragmentos de ellos. Poderosos obstáculos se oponen, sin embargo, al reconocimiento de este principio esencial. A veces se trata de condiciones objetivas difíciles de modificar: la gravitación, por ejemplo, de determinadas unidades políticas que no tienen, a pesar de los mejores deseos, los requisitos de viabilidad necesarios para mantener

¹⁸ Stevan Dedijer ofrece un esquema incompleto en "Underdeveloped Science in Underdeveloped Countries", *Minerva*, Vol. II, Nº 1.

un verdadero nivel universitario. Se trata otras veces de condiciones subjetivas, susceptibles de modificación: prejuicios sobre todo, alimentados por nacionalismos enfermizos o por la pequeña vanagloria personal satisfecha con la exhibición de títulos encubridores de una dolorosa simulación. Dejando aparte todo esto, no es inútil recordar que quienes han participado en la reforma de la enseñanza superior en los países de mayor desarrollo científico, saben de buena tinta que el éxito de cualquiera empresa —trátese de fundaciones o de modestas mejoras— depende en fin de cuentas de las calidades de los hombres que las llevan a cabo.

Hace bastante tiempo que América Latina está puesta, casi por todas partes, a la tarea de una reforma en continuidad de su enseñanza superior, aguijoneada en los últimos años por la conciencia, cada vez mayor en sus dirigentes, de las demandas que impone el desarrollo económico y social. No es del caso ofrecer ahora, aunque fuera someramente, el proceso histórico de la formación de la enseñanza superior latinoamericana o el examen de su presente condición —en conjunto o en sus partes de mayor interés— ni detenerse a examinar algunos de los ensayos más afortunados de reforma emprendidos en los últimos tiempos.¹⁹ (Esta última renuncia no deja de ser algo penosa, porque los materiales son lo suficientemente abundantes para integrar una mediana monografía.)

Se impone, sin embargo, recordar tres cosas del sistema universitario latinoamericano que, como características históricas, sociológicas y políticas, ha conservado casi intactas hasta nuestros días:

¹⁹ Datos más o menos completos se encuentran en el libro de Harold R. W. Benjamín, *La educación superior en las Repúblicas Americanas* (1965). Los problemas en profundidad sólo han sido bosquejados hasta ahora en el libro editado por Hanns-Albert Steger, *Grundzüge des lateinamerikanischen Hochschulwesens* (1965), producto de una interesante cooperación entre alemanes e hispanoamericanos. Para el Brasil, véase R. J. Havighurst y J. R. Moreira, *Society and Education in Brasil* (1965), quienes sitúan su análisis dentro de un amplio contexto.

1. La Universidad latinoamericana, esqueje de la vida hispánica, se orienta desde la Independencia por el modelo francés, pero conserva mayores o menores residuos de las tradiciones peninsulares. Lo decisivo en este punto es la acentuación casi exclusiva de la enseñanza y la ausencia de las instituciones complementarias de investigación, que ofrecía el modelo seguido. Las universidades latinoamericanas reflejaron naturalmente —se trata de un lugar común sociológico— la estructura social de sus países y sirvieron mejor o peor durante bastante tiempo a las necesidades de formación de las *élites* dirigentes, trasunto de sus oligarquías históricas. La falla mayor en este desarrollo no estuvo tanto en las universidades principales, de carácter nacional y situadas en las capitales, como en la profusión, por motivos políticos, de las universidades provinciales que solían tener un nivel muy inferior al de las primeras. Todavía hoy, prejuicios de todo tipo y la presión de los intereses adquiridos impiden encarar con acierto el problema del número quizá excesivo de planteles universitarios, que en algunos países ofrece aspectos manifiestamente patológicos.

2. Las características sociológicas decisivas del sistema hasta hace poco vigente traducían sin quererlo la textura social y la condición financiera no muy brillante de la mayoría de los países. Como nota esencial destaca el hecho de que su funcionamiento se realizara a base de “notables”, dicho sea en términos weberianos, es decir, de personas con medios suficientes para cumplir como actividad honorífica —por razones de prestigio o de auténtica devoción a deberes nacionales y científicos— sus tareas docentes, muy en particular en las facultades donde se formaban las futuras capas dirigentes. Contrapartida de ese predominio de la posición honorífica del profesorado fue, en general, la gratuidad del acceso a los estudios universitarios, naturalmente limitado por el nivel real de las clases no privilegiadas. Este principio constituye una herencia valiosa en la tradición universitaria latinoamericana, cuya conservación, unida a peculiaridades del estilo cultural, facilitan el ingreso a la ense-

ñanza superior de las capas sociales hasta ahora apenas favorecidas. En algunos países europeos dificultan ese ingreso la distancia cultural de sus distintos estratos, que las reformas mejor intencionadas de la enseñanza secundaria no pueden vencer —como se vio en Inglaterra— de la noche a la mañana. Francia constituye el caso más extremo y representativo. En cambio, como observaba con justeza José Luis L. Aranguren²⁰ en sus comentarios a un libro francés,²¹ esa distancia entre los “idiomas culturales” de las distintas clases sociales es por fortuna menos acusada lo mismo en España que en los países latinoamericanos. Por otra parte, el reflejo de una situación financiera deficiente o angustiosa en la Universidad tendía a acentuar su dependencia efectiva del Estado, a pesar del constante celo por mantener la figura jurídica de la autonomía universitaria. En consecuencia, la transformación iniciada en las últimas décadas se cifra en los esfuerzos por disolver la Universidad de “notables” para convertirla en una verdadera Universidad de profesionales. Por lo que, dada la situación económica todavía existente, se reitera una y otra vez el conocido argumento de que si bien es cierto que el desarrollo económico necesita una Universidad bien equipada, no lo es menos que ésta no puede existir sin el previo incremento del ingreso nacional.

3. Las características políticas son singularmente típicas de América Latina en general, en grados distintos según los momentos y las circunstancias. Alcanzan su expresión rotunda en el ideal de autonomía —siempre mantenido en su fórmula constitucional— y tuvieron su más tensa manifestación en el llamado movimiento de reforma, originado en la Universidad de Córdoba, que repercutió con mayor o menor fuerza por toda Hispanoamérica. Dicho de otra manera, una característica casi general de la Universidad latinoamericana es hasta ahora su intensa politización.

²⁰ “Sociología de la Educación”, *Revista de Occidente* (julio de 1965).

²¹ P. Bourdieu y J. C. Passeron, *Les Héritiers. Les Étudiants et la Culture* (1964).

El mencionado movimiento de reforma se justificó históricamente como el primer intento enérgico de terminar con la vieja Universidad de "notables" y en sus declaraciones ofrece generosos propósitos de mejoramiento todavía válidos. Ahora bien, cualquiera que fuese la significación de semejante movimiento como síntoma de un despertar de la conciencia social latinoamericana en los años más decisivos de su historia moderna, la devoción a la verdad obliga a reconocer que, a pesar de convertirse en un mito, fue funesto para la auténtica organización de la enseñanza superior. No puede hablarse de politización cuando la Universidad participa de las preocupaciones del mundo por medio de la reflexión constante, de la crítica rigurosa y de la información objetiva; tampoco, aunque ya sea un paso hacia su degradación, cuando la Universidad refleja en sus espontáneas agrupaciones internas las tensiones políticas generales. La politización, en cambio, se ofrece en sus peores aspectos cuando la defensa de sedicentes posiciones políticas se infiltra por motivos inconfesables en la solución de sus específicos problemas interiores. La pudibundez que impera todavía en esta materia no permite enfrentar con serenidad, pero con el debido rigor, la cuestión de los límites de la democracia, válida sin duda como hecho de participación en muchos terrenos, pero que carece de sentido en cuestiones científicas y de organización. Nos agrade poco o mucho, el principio de la ciencia es el de autoridad —diferente del seniorato— y el diálogo socrático en el seminario y las aulas es cosa muy distinta de la discusión en el ágora.

Desde un punto de vista histórico, tomando en cuenta la multiplicidad de funciones que hoy recaen sobre toda Universidad y el *handicap* que para las latinoamericanas suele suponer la insuficiencia de la enseñanza secundaria, se sostenía en otro escrito que éstas no pueden menos de aceptar hoy la diversidad de tales funciones e intensificar sus esfuerzos en cada una de ellas.²² Necesitan en consecuencia:

²² *Reforma de la Universidad latinoamericana, op. cit.*

- 1) Ampliar y perfeccionar la función de la enseñanza profesional en vista de las necesidades previstas por los planes de desarrollo económico.
- 2) Suplir y complementar las deficiencias de la enseñanza secundaria y reforzar así, más por necesidad que por influencia de una doctrina, el papel de la función cultural, tanto más cuanto que esa función es el instrumento necesario para llevar a su plenitud integraciones nacionales no conseguidas aún en ciertas partes.
- 3) Empezar el cultivo de la ciencia pura y un amplio programa de investigaciones científicas, investigaciones no sólo dictadas por lagunas reconocidas en el sistema de las ciencias, sino más bien y sobre todo por los problemas de urgente solución.

De ahí que convenga ofrecer ahora, como complemento de este punto de vista histórico, una perspectiva de carácter funcional, en el sentido riguroso que el término tiene en una de las direcciones predominantes en la sociología contemporánea. El sociólogo H. Hartmann, en su contribución a la obra colectiva antes citada,²³ analiza el papel que desempeñan las universidades en los países en vías de desarrollo, refiriéndose especialmente a la situación latinoamericana. De acuerdo con sus bases teóricas, trata de determinar los tres requisitos siguientes de las tareas universitarias en relación con la sociedad total en que se insertan: 1) el constituido por la enseñanza o formación profesional; 2) el que implica la toma de una posición política, y 3) el que se realiza por la investigación. Suponiendo como problema fundamental el de la capacidad que pueda ejercitar la Universidad en el mantenimiento de su auténtica autonomía, se pregunta por la distinta importancia que puedan tener para ese fin cada una de las funciones indicadas. Responde que la enseñanza no constituye de por sí el instrumento más eficaz porque la Universidad tiene que compartir sus tareas educativas con otras instituciones extrauniversitarias.

²³ Hanns-Albert Steger, *op. cit.*, p. 253.

O sea, por la existencia, en términos técnicos, de una alternativa funcional.

Semejante "alternativa" es mucho mayor y de suyo evidente en la segunda función, porque las actividades políticas tienen sus soportes reconocidos en otras fuerzas y organizaciones (no sólo los partidos, cuando existen). La Universidad busca a menudo amparar la garantía de su función política tras el muro de su proclamada autonomía. Sin embargo, como resultado del uso mal entendido de esa idea, la Universidad se encuentra con frecuencia incapacitada para defenderse justificadamente de las intervenciones políticas externas. "Es de esta suerte muy problemático que las universidades de los países en desarrollo puedan hacerse valer como instituciones relativamente independientes cuando no le es posible guarecerse tras la autonomía conseguida." Las mayores probabilidades que posee la Universidad en los países en desarrollo para aumentar su prestigio y defender verdaderamente su independencia se encuentran por el contrario, en su función investigadora. Efectivamente, en este caso las "alternativas funcionales" apenas existen en los referidos países. Importa, en consecuencia, reforzar todo lo posible la tarea de la investigación.

IX. UNIVERSIDADES EXPERIMENTALES

Aun donde impera como criterio la remodelación en continuidad de la enseñanza superior, no por eso se rehusa la posibilidad de ensayar nuevos tipos de organización universitaria. Se trata en este caso de universidades de carácter experimental que no se establecen como antagonistas de las del sistema vigente ni con pretensiones de perfección acabada. Valen más bien como instrumentos modificables sobre la marcha que permiten hacer frente a determinadas exigencias actuales, o que tratan de encarnar viejas aspiraciones tradiciones en situaciones muy distintas de aquellas en que tuvieron su origen. Sería de sumo interés perfilar el panorama completo de las universidades de nuevo tipo surgidas hoy en diversos países. El parentesco de las tradiciones relativamente rígidas de los

sistemas latinoamericanos y europeos, prestaría singular importancia, a lo que viene ocurriendo en aquel continente, sin negar el valor de otras experiencias. Las inglesas, por ejemplo, merecerían especial atención. En efecto, las universidades de York, Coventry, Norwich y Sussex representan ensayos originales, sin olvidar el "Manchester College of Science and Technology", situado en un medio densamente industrial, que se esfuerza, en contacto con sus representantes, por poner en marcha una formación de los ingenieros no sólo tecnológica, sino también a base de la más rigurosa ciencia pura.

Como ejemplos de estos nuevos tipos de Universidad, podemos limitarnos ahora a la más reciente experiencia alemana no sólo por la razón antes indicada—mayor rigidez de sus tradiciones—, sino porque los proyectos de nueva fundación en curso se ofrecen, con el sistematismo típico del país, en fórmulas abreviadas que exigen pocas palabras. He aquí una rápida referencia a la pretensión y el significado de los proyectos ya iniciados en Bochum, Bremen y Konstanz.

El proyecto de Bochum responde a la idea de la cooperación entre diversas disciplinas y trata de ampliar la base científica en la formación del ingeniero. Se compone de dieciocho departamentos entre los cuales se procura trazar los enlaces que reclaman las conveniencias interdisciplinarias de ciertos problemas o áreas de temas. Los institutos anexos a los departamentos no están dirigidos de modo vitalicio por el profesor titular de la cátedra respectiva, sino sometidos temporalmente a una elección. Pero sobre todo se persigue la integración de las disciplinas formativas del ingeniero a las ciencias naturales y culturales. Se espera de esa suerte no sólo conceder a la técnica el reconocimiento que merece, sino también enriquecer al ingeniero "con los impulsos provenientes de otras disciplinas hasta ahora no cultivadas" en las escuelas de ingeniería.

El proyecto de Bremen pretende vigorizar de nuevo la idea de la Universidad como centro educativo (*Bildungsuniversität*) por medio de una adaptación a las

circunstancias alemanas de la experiencia del *campus* norteamericano.

El proyecto de Konstanz representa nada menos que el ensayo de realizar la idea clásica de la Universidad como centro formativo a través de la investigación en circunstancias tan poco favorables como las actuales. Debe contener, por consiguiente, una población escolar relativamente pequeña (3 000 alumnos), y sólo se compone de tres facultades: Filosofía, Ciencias Naturales y Ciencias Sociales. Respondiendo a una tendencia bastante generalizada, pone determinada "acentuación" en algunas de ellas. Así, en la Facultad de Ciencias Sociales el mayor acento o cultivo preferente recae en la Sociología y en Ciencia Política; en la Facultad de Ciencias Naturales es destacada la Biología. La aparente pretensión "elitaria" de esta Universidad no ha dejado de plantear delicados problemas en sus relaciones con las universidades tradicionales, en modo alguno insalvables, pero cuyo análisis sería impropio de este lugar.²⁴

La mayoría de los países latinoamericanos no pueden darse el lujo de emprender experimentos tan costosos, que suponen además la existencia efectiva y disponible de un potencial científico de elevado nivel, pero podría intentarse algo semejante mediante la cooperación parcial o total de diversos países latinoamericanos.

América Latina tropieza con obstáculos muy serios en sus esfuerzos para reformar la enseñanza superior. No es cosa de reseñarlos todos y alguno que otro ha sido ya indicado. Interesa ahora destacar los dos que parecen principales, aun a riesgo de repetirnos.

Sucede, en primer lugar, que la enseñanza universitaria, la superior, no es sino el último eslabón de una cadena. Presupone, por lo tanto, el sistema escolar entero. De ahí que no quepa mejorar definitiva-

²⁴ Entre los numerosos informes y artículos críticos a que han dado lugar estos proyectos, la exposición más breve y clara es la de Hans Wenke, quien ha participado en todos ellos, especialmente en el de Bochum: "Die Neuen Universitäten", en *Der Griff Nach Der Zukunft*, (ed. por R. Jungk y H. J. Mundt, 1964).

mente el nivel más alto de semejante sistema sin entrar a fondo en los niveles que le anteceden. Este hecho, en apariencia trivial, constituye un serio impedimento en la reorganización universitaria latinoamericana, dada la casi general deficiencia de la enseñanza secundaria.

En segundo lugar está el hecho, quizá más grave, de la dimensión de algunas de las unidades políticas latinoamericanas. El problema del tamaño de las agrupaciones sociales y de las consecuencias que conlleva su alteración —en definitiva, la famosa conversión de la cantidad en calidad— es un viejo tema que ha revivido con razón en los últimos casos. Dentro del campo económico se ofrece con toda claridad y sin lesiones de carácter sentimental: la pequeñez del mercado parece incompatible con las exigencias de la gran producción masiva de la industria contemporánea. Su consecuencia es la escasa viabilidad económica de algunas unidades políticas. Lo mismo ocurre en el campo de la ciencia y de la vida intelectual. La autonomía —regulación independiente y propia— científico-cultural de ciertas unidades políticas es casi imposible dada la combinación de su escasa densidad científica y la estrechez de sus mercados profesionales. La situación se traduce paradójicamente en un hecho en apariencia incomprensible: en la emigración de sus recursos personales científicos y profesionales. No existe todavía un balance satisfactorio de lo que esa sangría significa ni se han estudiado aún los medios para atenuarla si es que no es posible impedirla por completo.

Las cuestiones señaladas se implican mutuamente. Ellas hacen resaltar de nuevo la ineludible necesidad de la cooperación latinoamericana con el fin de lograr los espacios y las densidades de nivel científico que permitan el ejercicio de la relativa autonomía creadora de la ciencia.

X. SOBRE LOS POLOS DEL CRECIMIENTO CIENTÍFICO

Volvamos en este momento a la tesis de un filósofo antes citado. Para un inglés²⁵ de la nueva generación, deseoso de romper las amarras de la dirección "analítica" imperante, "el nuevo contrato social" de nuestros días exige esta doble condición: el éxito en el mantenimiento o logro de la sociedad industrial "opulenta" y que pertenezcan a la misma cultura dirigentes y seguidores en el despliegue de ese esfuerzo. Se trata, dicho sin más ambages, de que el hecho "decisivo de nuestro tiempo consiste en la difusión del industrialismo a través de unidades nacionales". La intensificación de las aspiraciones de tipo nacionalista es algo tan patente en la fase poscolonial de nuestro mundo, que nadie se atrevería a negarlo si atiende sobre todo a lo que sucede en los continentes asiático y africano. No menos manifiesta parece la tendencia contraria a superar las separaciones nacionales más recalcitrantes y a formar áreas de convivencia, de decisiones políticas y económicas más amplias. El espectador se encuentra en apuros porque la rapidez de los acontecimientos en los últimos años ofrece alimento para todos los gustos. Sin embargo, una observación cuidadosa permitiría señalar, que por detrás de la confusión existe una alternativa entre la acentuación de los nacionalismos —en sus viejas y nuevas formas— y los conatos de una conciencia esforzada que trata de superarlos por medio de organizaciones supranacionales que faciliten el acceso final al gobierno pacífico del mundo. Las variaciones en la intensidad de ambas tendencias pueden seguirse paso a paso en la cambiante política europea de nuestros días.

La tesis acerca de la difusión del industrialismo por medio de unidades nacionales no es fruto de una experiencia imaginaria. Y su exigencia implícita de que el ámbito político coincida con un campo de homogeneidad cultural y por tanto lingüística no es mero arrastre del pasado, sino la vivencia contemporánea de las dificultades de entendimiento existentes en am-

²⁵ E. Gellner, *Thought and Change* (1964).

plias zonas del mundo por causa de su heterogeneidad cultural y lingüística. Si la experiencia europea de unificación triunfa a la larga, mostrando cómo un proyecto de vida en común puede vencer esos obstáculos reales y el peso de viejas teorías, ofrecerá sin duda el modelo futuro de un contrato social "efectivamente nuevo". No importa en este instante hacer las mayores concesiones al argumento primero si lo que interesa es recordar que, junto a las zonas de evidente heterogeneidad cultural, no dejan de darse otras de homogeneidad no menos palmaria. América Latina es un privilegiado ejemplo de estas últimas, sin que para reconocerlo haya de incurrirse en la ingenuidad sociológica de confundir la pura comunidad lingüística con todo lo que exige una completa comunidad de convivencia.

América Latina, cuya fragmentación es producto del segundo gran momento de su constelación histórica originaria, se encuentra hoy en el trance difícil de abrazar un proyecto de vida en común cuando apenas, en muchos casos, si han concluido sus integraciones nacionales. Por una contingencia histórica o quizá como resultado de la "astucia de la razón", llega ahora, por la vía de sus experiencias materiales y económicas, a una recuperación de sus más viejas aspiraciones ideales. Las enseñanzas de su desarrollo económico han puesto de manifiesto una contradicción objetiva entre sus espacios políticos tradicionales y los espacios económicos exigidos no para mañana, sino en el mismo día de hoy. Ahora bien, por muy "objetivamente" fundada que parezca, la tarea no es nada sencilla y exige los esfuerzos y tropiezos de toda una generación.

Las experiencias económicas de América Latina, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, se orientan por la conciencia cada vez más clara de lo que significan las relaciones de intercambio entre las denominadas economías periféricas y los centros mundiales del poder económico. Como resultado de la empeñosa labor realizada en estos años, en buena parte inspirada por los trabajos de la CEPAL, parecen hoy definitivamente adquiridos dos estados de

conciencia que representan de hecho dos momentos sucesivos. El primero se expresa en la voluntad de "crecimiento hacia adentro" y originariamente está apoyado en el mecanismo de la sustitución de importaciones. El segundo se traduce en la idea de la programación o planeación, a lo que pocos se oponen cuando se la entiende —en su sentido más general pero no por eso menos exacto— como una racionalización del proceso económico que no permite su total abandono a los supuestos automatismos del mercado.

Ambos momentos conservaban implícita la persistencia de las unidades políticas existentes, o sea la continuidad, como soporte de la vida económica, de los Estados nacionales heredados de un pasado inmediato. La percepción posterior, más o menos clara, de que podía agravarse —a causa de las políticas nacionales propuestas— el conflicto entre las unidades efectivas de decisión económica y los mayores espacios posibles y al mismo tiempo requeridos, no pudo menos de llevar a la idea de la integración como un tercer momento del proceso. Cualesquiera que fuesen sus orígenes y primeros tratos, la integración representa una poderosa dilatación del horizonte.

Quizá pueda sostenerse también que en los últimos años se inicia una nueva fase importante, lo mismo en el pensamiento que en la política económica. Obligados a buscar una formulación rápida, cabría destacar como elemento esencial una revaloración del concepto de infraestructura tanto en su estricto sentido material como en su sentido social o humano. En el aspecto práctico de la política económica, esa revaloración se traduce en la creciente importancia que se concede al "proyecto" concreto; en el aspecto teórico se expresa en una conciencia, más o menos confusa, de la significación "sociológica" del sector público. Los años más próximos ofrecerán una intensa dedicación en ambas direcciones. Tanto es así que algunos pudieran oponer importantes reservas a la acentuación, ya iniciada, del valor instrumental de los proyectos de infraestructura material o social. En efecto, la pululación de proyectos que afloran por

todos lados podría evocar justamente los amargos recuerdos de la fase arbitrista del mercantilismo, epidemia fatal, sobre todo en las angustias económicas del imperio español. Esos peligros existirían de hecho si los proyectos hubieran de realizarse fuera del marco de la planeación.

Los próximos años tendrán que dedicarse a la elaboración y conjugación teórica de esas diversas tendencias. Desde la perspectiva de la integración, la articulación vigorosa de sus puntos de apoyo en una red bien concebida de infraestructuras materiales no será posible sin la colaboración de los planes nacionales y de un mínimo de planeación latinoamericana supranacional o multinacional. Bueno será también que semejante pensamiento económico supere la atadura de algunas inercias y se sitúe con capacidad imaginativa en la fase de "energía nuclear" que nos ha tocado vivir (E. Salin).

Esta breve digresión retrospectiva era indispensable en el despliegue de nuestro tema particular: el papel de las actividades universitarias y científicas en el momento actual de América Latina. En efecto, no se trata tan sólo de reformar las caducas organizaciones de la enseñanza superior para ponerlas a tono con las exigencias científicas, tecnológicas y espirituales de estos momentos. Se trata, más allá de todo eso, de meditar seriamente sobre las posibilidades efectivas de colaborar en la integración latinoamericana comenzando por la creación de una comunidad científica propia, o de iniciar los distintos proyectos de infraestructura social, que deben marchar paralelos, por lo menos, con los que economistas e ingenieros imaginan en su propio campo.

Durante los años esperanzados de la posguerra, puesta la imaginación de unos y otros en la meta de una paz estable —no ya perpetua—, circuló una teoría bautizada con el complejo nombre de "federaciones para un propósito limitado". Alimentada por un impulso antiutópico, esa teoría surgió de la conciencia de las dificultades que ofrecía el ideal de las federaciones completas. Sostenía que muchos obstáculos de naturaleza política —recelos nacionales, idea de sobe-

ranía, tradiciones de política internacional, etc.— parecerían menos si sólo se perseguían ciertos propósitos precisos, de naturaleza objetiva. Cuando ya había dejado de hablarse de semejante doctrina, un buen día surgió la Comunidad Europea del Carbón y del Acero. Desde entonces todo lo realizado con alguna eficacia perdurable encierra en sus supuestos, sin nombrarla, aquella modesta proposición académica. En la difícil tarea de la integración latinoamericana, la creación de centros comunes de investigación y enseñanza constituiría un caso más —de perdurable significación— de la sencilla propuesta de una federación para un propósito limitado. Quede así, por el momento, esa rápida alusión al campo de lo jurídico.

Si se considera más atractiva la terminología económica, tenemos a la mano la ofrecida por Perroux y su grupo francés. Estamos aludiendo a la teoría de los polos de crecimiento económico, concebida precisamente como instrumento teórico de superación de las tensiones actuales entre los espacios políticos y los espacios económicos. No se trata ahora de incurrir en el vicio, tan frecuente como inútil, de la pura invención terminológica, pero tampoco de aplicar sin más la conocida a campos distintos para el que fue pensada. Si no se olvida el sentido de su extensión analógica, podría sostenerse que buena parte de la tarea inmediata de América Latina consiste en la creación de los polos de su crecimiento científico. De aquí que sus primeros efectos tiendan inevitablemente a producir ondas de desequilibrio más o menos amplias en la densidad y potencialidad de nuestras actuales “repúblicas” científicas.

XI. UNIVERSIDADES E INSTITUTOS SUPRANACIONALES

El establecimiento en América Latina de una red —seriamente estudiada— de centros científicos supranacionales, regionales, multinacionales o como quiera llamársele, constituirá en un plazo no muy largo el instrumento más eficaz para mejorar en su conjunto el nivel de la enseñanza superior y para dar a la integración latinoamericana algunas de las bases de

la infraestructura social que necesita. Para esa tarea no cuenta, sin embargo, con modelos directamente aplicables y sólo puede recurrir a su propia imaginación creadora. La facilita el "sobrentendido" que liga a todos los latinoamericanos y que los hace partícipes de supuestos comunes de vida, tácitos en su mayoría, por mucho que a algunos repugne la idea de reconocerlos expresamente. Las mayores trabas las encuentra, forzoso es decirlo con todo respeto, en la necesidad de actuar en este campo a través de una acción de las Cancillerías, que no siempre suelen encontrarse a la vanguardia de lo moderno entre las instituciones latinoamericanas.

En el cumplimiento de semejante labor sería pura insensatez pensar que nada de lo que existe es valioso y que sólo merece arrojarlo por la borda. Debemos esforzarnos, por el contrario, en encontrar sus puntos de apoyo en todo lo que ya funciona con un mínimo de eficacia. Pensamos en algunas facultades e institutos, por ejemplo, que en unos u otros sitios ofrecen un nivel más o menos próximo al exigido. Debe tenerse en cuenta además que el solo comienzo de una política científica supranacional de algún vigor bastaría para retener buena parte del potencial científico humano que, no por capricho o por mezquinas consideraciones económicas, emigra ahora a países más avanzados.

No es éste el momento de trazar en sus particularidades el contenido de la propuesta federación para el propósito limitado de mantener en común algunos polos de irradiación de nuestro desarrollo científico. La tarea exige alguna pausa y la colaboración de muchas de las mejores cabezas. Sin embargo, sus grandes líneas no son difíciles de dibujar. Los campos de acción de esa federación serían los tres siguientes:

1) Sostener y utilizar con carácter multinacional determinadas facultades, departamentos o institutos de universidades nacionales que constituyen ya el núcleo inicial de un esfuerzo científico de importancia. La tendencia general de la reforma universitaria —dada la limitación de recursos— a concentrarse en algunos puntos considerados estratégicos facilitará en

los próximos años la aparición o el refuerzo de los mencionados núcleos.

2) Establecer un corto número de universidades supranacionales de tipo experimental que persigan con todo vigor propósitos bien definidos y a tenor de los cuales se articule su organización y se busquen las mejores condiciones ecológicas.

3) Fundar y sostener institutos de investigación, asimismo multinacionales, de uno u otro de los tipos mencionados, según exijan razones de importancia científica y social o de costo financiero. También habría que poner el mayor cuidado en las condiciones ecológicas de su localización.

Pudiera pensarse con cierta razón que no faltan en estos momentos ejemplos de tareas semejantes iniciadas ya en otras partes del mundo. La cooperación científica internacional desplegada en Europa constituye una posible fuente de inspiración. Sin embargo, como las situaciones no son completamente análogas, invitan por lo pronto a una rápida consideración del sentido y las características de lo que en nuestros días se denomina cooperación científica internacional. La mencionada cooperación data de los primeros años de la posguerra, exactamente de 1945. En tan breve transcurso de tiempo, sus realizaciones son considerables, y ofrecen ese pequeño bosque de siglas cuya pululante aparición por todos lados constituye una de las torturas del hombre contemporáneo. Cada una de ellas ampara la intensa actividad de complejos laboratorios, donde tiene su máxima expresión la investigación de equipo, que es por añadidura de naturaleza internacional. Representan empresas científicas enormemente costosas que en general están fuera del alcance de la capacidad científica y financiera de los distintos países y cuyos posibles resultados interesan a todos por igual. Su enlace en una acción común no deja de crear una situación complicada. En efecto, la significación, el costo y las ventajas de la acción común "no se miden tan sólo a la luz de los intereses generales de la ciencia, sino en conexión con los objetivos que persiguen los distintos países en sus propios programas de expansión científica, económica o mili-

tar. En ese sentido, la participación de un país en las actividades científicas internacionales puede considerarse como una de sus inversiones nacionales: como el instrumento de una política dirigida a reforzar o completar su potencial científico o a fomentar de otro modo algunos fines de gran amplitud".²⁶ Los detalles de esa pequeña historia no pueden exponerse aquí. Se resumen en dos grandes momentos. Durante el primero, la escasa cooperación científica internacional existente fue el resultado de la acción de asociaciones científicas o de algunos distinguidos hombres de ciencia afanosos de comunicación y de contactos personales. En el segundo momento, el carácter público sustituye definitivamente al privado por virtud de la intervención política de los distintos gobiernos. Las categorías en que en estos momentos se incluyen las actividades de la cooperación científica internacional de nuevo estilo, según los estudiosos de ese campo parecen ordenarse del modo siguiente 1) instituciones, asociaciones y contactos de carácter privado o no gubernamental; 2) instituciones de carácter interestatal, y 3) organizaciones e instituciones de carácter regional o mundial, que funcionan de modo diverso a tenor de sus competencias, limitadas a tareas de administración y coordinación o asumiendo la dirección y responsabilidad efectivas en el manejo de determinados laboratorios y empresas científicas. Ha podido sostenerse con acierto que en los últimos años ha aparecido "una nueva especie en la fauna de las organizaciones internacionales".²⁷ En ella sobresalen los grandes laboratorios antes aludidos, donde el avance de la ciencia y de la técnica es el resultado de una cuidadosa combinación de recursos humanos y medios financieros elaborada por diplomáticos y hombres de ciencia sobre la mesa de una conferencia internacional. Baste citar como ejemplo uno de los más conocidos, el CERN, la organización europea para la investigación nuclear. La existencia de esta "nueva

²⁶ Jean Jacques Salomon, "International Scientific Policy". *Minerva*, Vol. II, Nº 4.

²⁷ Pierre Auger, "Scientific Cooperation in Western Europe". *Minerva*, Vol. I, Nº 4.

especie" plantea a la cooperación emprendida problemas o cuestiones de distinta naturaleza poco nuevos en sí mismos. Como en el caso de las instituciones nacionales semejantes, tales problemas son a veces de estricta naturaleza científica y en la mayoría de los casos de carácter administrativo.

En este ámbito, el problema de las opciones de naturaleza científica es de menor cuantía en comparación con el ofrecido en los planes de las políticas científicas nacionales, pues los posibles campos de acción están en sí mismos limitados por el objeto de la investigación —de indiscutible interés general— o por los criterios rigurosos en la distribución de las cargas financieras. Ambas cosas son de tal magnitud que las pequeñas y medianas potencias encuentran delicados problemas para hacer efectiva su voluntad de cooperación. No se trata sólo de los problemas que se refieren a la formación de los científicos destinados a participar en la empresa común, "rareza" que a veces pudiera emplearse mejor en otras tareas nacionales. Ante una situación que repercute en la estructura científica interna de los distintos países, éstos deben tomar posiciones para encontrar un compromiso entre las exigencias de la actividad científica interna —presente y futura— y las conveniencias de distinto orden de la participación en las empresas científicas internacionales. Las cuestiones administrativas sólo tienen interés naturalmente, para el caso concreto o para estudios minuciosos.

La moderada incursión anterior por el campo de la cooperación científica internacional —particularmente la europea, se ha hecho con propósitos comparativos. La situación de América Latina, en el umbral de una posible política común en la marcha de su integración, es distinta de la de Europa enriquecida de las últimas décadas. La situación efectiva de nuestro desarrollo científico, escaso en volumen y pobre en tradiciones —la mayor o menor frecuencia de "escuelas" científicas constituye la prueba de toque—, nada permite esperar por la vía privada de las agrupaciones espontáneas, como no sea el hecho inauténtico de las creaciones *ad hoc*. La intervención del Estado,

es decir, su deliberada participación en el establecimiento de organismos intergubernamentales —sea con funciones de simple administración y coordinación o con tareas específicas— se presenta por ello como el supuesto fundamental y originario en lo que ahora más nos interesa, en los campos de la investigación y de la enseñanza.

Es cierto que la tenuidad o inexistencia de organismos adscritos a la planeación científica, donde siempre colaboran políticos y hombres de ciencia, dificulta no poco la realización de las propuestas enunciadas. No deja de constituir una pequeña ventaja el hecho de que América Latina no necesite entregarse por ahora a las empresas más dispendiosas de la *big science*. Sin excluir *a priori* algún aspecto de ellas que así convenga, la cooperación se circunscribe al campo menos costoso de las ciencias fundamentales y de las investigaciones que plantea el “tema dominante” del desarrollo económico. En ningún caso puede ponerse en marcha la común empresa sin fijar de antemano y con rigor los criterios que han de guiar la selección de las materias y la distribución de los recursos humanos. Esos criterios deben hallarse inexorablemente exentos desde el comienzo de toda veleidad de prestigio nacional y de cualquier prejuicio de naturaleza extracientífica.

XII. FUNCIÓN CRÍTICA DE LA UNIVERSIDAD EN LA POLÍTICA DEL DESARROLLO

En el momento en que el discurso de estas páginas llega a su fin parece más que oportuno reiterar la idea de que la Universidad frente al desarrollo no sólo tiene una función instrumental —su estricta preparación técnica—, sino otra quizá más decisiva de orientación y crítica.

Si la Universidad se abandonara por la pendiente de su funcionalidad instrumental, constituiría frente al desarrollo un centro de formación de “expertos”, en el que se transmitiría el dominio de las diversas técnicas —naturales, económicas, etc.— que el desarrollo requiere. Vendría a confundirse así con el instru-

mental de la técnica. Sin embargo, en la medida en que ésta deriva de la ciencia, su inserción en la vida exige la presencia de una continuada reflexión científica. Como recuerda J. Habermas,²⁸ la orientación científica de la conducta que pretendió instaurar el neohumanismo idealista del pasado siglo, institucionalizándolo en la Universidad, que era entonces una pretensión legítima, "hoy día es del todo insoslayable porque no existe cuestión práctica alguna que no esté movilizadora por las ciencias en sus mismos motivos". Pero no basta con esa permanente actuación de la autoconciencia científica. En el grado y medida en que el desarrollo, más allá del funcionamiento de su mecanismo, pretenda estar al servicio del hombre y no de una simple tasa cuantitativa, necesita ser orientado según otros valores que quizá no pueda ofrecer tampoco por sí misma la más serena reflexión científica. Se trata, en definitiva, de hacer valer a la Universidad como una fuerza activa al lado de otras potencias sociales, capaz de defender —no sólo con energía sino con alguna agresividad cuando así convenga— el sentido espiritual de su propia e intransferible legitimidad.

En los países en vías de desarrollo la incorporación de la Universidad a las tareas nacionales, si se ejerce con la más insobornable voluntad crítica, traería consigo la paulatina eliminación de la posición marginal de los intelectuales, que en los medios arcaicos o regresivos en que se debaten, se ven obligados a aceptar la secular postura de *narodniki* que por unos y otros lados desempeñaron y siguen desempeñando. La crítica severa de la Universidad es tanto más necesaria cuanto que las sociedades industriales —meta y realización del desarrollo económico— tienden, aun sin proponérselo, a sofocar la oposición, grave peligro para la libertad del hombre que puede y debe señalar de inmediato el "delicado sismógrafo" que es toda auténtica Universidad.

²⁸ "Vom Sozialen Wandel Akademischer Bildung", *Universität und Universitätsliteratur* (1963).

LA JUVENTUD LATINOAMERICANA COMO CAMPO DE INVESTIGACIÓN SOCIAL

La prédica en favor de un sostenido esfuerzo por conocer la realidad latinoamericana —sin cuyo apoyo es imposible todo propósito de acción política— tiene un dejo académico que no siempre se acepta con beneplácito. Quiere esto decir que los avances en el conocimiento de esa realidad, tarea lenta y a veces premiosa, si bien ha tenido avances innegables en estos últimos años, no han dejado de tropezar con fuertes obstáculos. Entre éstos, sólo quiero destacar dos. El primero proviene de la prisa “operativa” que sienten los afanosos por actuar con urgencia dentro de un mundo en rápida transformación. La necesidad de decidir día a día, sin aguardar el soporte de una investigación suficientemente “verificada” de las circunstancias, no exige mayores disculpas y justificaciones. Pero una cosa es hacer de la necesidad virtud, y otra muy distinta convertir ese comprensible escape en una postura dogmática que sólo considera y respeta lo eficaz. Con ello se la trasmuta involuntariamente en lo que más teme, en una figura platónica. El segundo de los obstáculos consiste, a la inversa del anterior, en pecar por exceso, imitando prematuramente los temas, métodos y técnicas de investigación existentes en otras partes. En las ciencias sociales el afán por estar al día fuerza a emprender estudios en que luzcan las más refinadas técnicas del momento, sin percibir no sólo que muchas de ellas arrastran las estructuras sociales a que se aplican y en vista de las cuales se idearon, sino la simple dificultad o la completa imposibilidad de su empleo adecuado por falta de los imprescindibles instrumentos personales y financieros. Lo malo es que en esos esfuerzos bal-

díos se malgastan energías aprovechables para investigaciones más modestas y mucho más al nivel de nuestras sociedades. La preocupación por no quedar a la zaga en la realización de "investigaciones de campo" —con toda la pesada y costosa "batería" que demandan—, unida al excesivo desdén por los estudios de gabinete, hace que carezcamos de algunas imprescindibles monografías de base que no sería muy difícil obtener. Así, por ejemplo, la naturaleza predominantemente agrícola de la economía latinoamericana justifica la aspiración a contar con el mayor número posible de estudios bien preparados sobre los distintos tipos y peculiaridades locales y técnicas de la actividad agrícola, incluyendo las formas de su empresa como efectiva unidad social. Sin embargo, no se suele advertir que, aunque con ciertas lagunas, existe un valioso conjunto de estudios, ya realizados, que para salir de su dispersa inconexión sólo aguardan que alguien se tome el trabajo de presentarlos sistemáticamente y en forma manejable. He aquí una investigación moderadamente fácil y en modo alguno dispendiosa que, por ser de gabinete, nadie propone ni financia.

Lo que acaba de decirse se ofrece en forma patente por no decir aguda cuando se trata de abordar el tema de la edad juvenil en América Latina. En este punto, la última moda científica brinda algunos pequeños modelos, con todo su montaje formal de bien construidas hipótesis que ocultarían el conjunto. Debe advertirse que es necesario conocer el terreno en toda su amplitud antes de empezar a roturarlo. Quizá haya quienes, por modestia o pereza, prefieran esperar la iniciativa ajena. Esta confianza encierra no pocos peligros. En efecto, si bien los puntos de vista del extraño son decisivos en más de una ocasión por la posibilidad de captar desde fuera aspectos que —de puro habituales y como natural evidencia— escapan al que debiera verlos desde dentro, esa visión del "puro testigo", aun acertada, arrastra la sombra de sus propias posiciones existenciales y hasta los fragmentos de una realidad que puede ser muy diferente. De

ahí que, sin desdeñar la investigación foránea, importe completarla y enriquecerla con la propia, pues cualquiera que sean sus defectos, ésta posee la singular ventaja de estar alimentada por la radical identificación con los problemas de quien los vive de modo forzoso como preocupación personal.

En más de una ocasión he tenido que expresarme sobre algunas cuestiones en el preciso momento en que comenzaba tan sólo a dominarlas. De nuevo me veo ahora en la necesidad de decir algo sobre un tema que casi en estos instantes empiezo a enfocar. Fiel a ese destino y al afán de búsqueda de una generación siempre empeñada en saber —sin lograrlo del todo— lo que nos estaba pasando, debo ahora manifestar que lo que me pasa frente a las generaciones más jóvenes que la mía es puro problematismo. Las escasas investigaciones que han pasado por mis manos sobre algunos aspectos de la juventud latinoamericana son al menos insatisfactorias. Gocemos al menos de la claridad de la docta ignorancia; saber que nada sabemos con cierta precisión de lo que pasa no ya por la generación más joven, sino tampoco por las intermedias que nos son más próximas.

De ahí que las siguientes páginas no pretenden decir nada sustantivo sobre la juventud latinoamericana, ni mucho menos fingir ilusiones de originalidad. Las circunstancias en que se escriben sólo permiten lo que otras veces se ha ensayado en campos distintos: ofrecer un mínimo de claridad en la ordenación de las cuestiones fundamentales respecto de un objeto sobre el que algo más deberíamos conocer de lo que hoy realmente sabemos. No van más allá, en consecuencia, del intento de perfilar en reducido esquema algunas investigaciones posibles. Su realización se brinda a las generaciones más jóvenes, cuya incógnita vital pudiera no coincidir en más de algún punto con el ya desvanecido interrogante de la generación más vieja. Se ofrecen en el momento favorable en que el impulso vigoroso del UNICEF, incansable en la dilatada ampliación de sus reconocidos servicios, abre la posibilidad de que tales investigaciones se lleven a cabo.

I

Tarde o temprano, aun sin el acicate del generoso esfuerzo del UNICEF, nos hubiéramos visto abocados a enfrentar el tema de la juventud latinoamericana, y por tanto de la fase juvenil en general. Esa compulsión viene a privarnos del jubiloso papel del profeta que anuncia todo lo que ese tema habrá de preocupar en años venideros.

¿Cuál es la razón del interés actual por la edad juvenil? Cabe sospechar que son dos las raíces de ese interés. Por un lado la experiencia de la juventud contemporánea, cuyas formas de conducta en el "presente", más o menos excéntricas, despiertan general preocupación. Tal preocupación puede ser simple y justificada curiosidad intelectual por entender semejantes formas de comportamiento o puede depender también de la buena voluntad del adulto que —por motivos prácticos, pedagógicos o de política social— pretende ayudar, si no conformar, el crecimiento de las generaciones más jóvenes. Pero al lado de ese interés por interpretar la experiencia de la juventud en su inmediato presente, destaca no menos el afán por prever el "futuro" encerrado y oculto en esa su actualidad, aunque no pueda vivirlo quien lo examina. Sea como sea, todos aceptan sin mayores sondeos la predicción banal de que el cariz que la sociedad y la historia vayan a tomar en el mañana dependen en buena medida de las reacciones, ya en marcha hoy, de la mocedad ante las condiciones de vida, favorables o adversas, que han encontrado entre nosotros.

En el aluvión bibliográfico de estos años sobre la juventud contemporánea perduran todos y cada uno de los interrogantes que siempre se han tenido respecto de ese período de edad. No puede negarse, sin embargo, que en las publicaciones recientes apunta un predominio del matiz sociológico que es cabalmente el que en este momento tiene para nosotros mayor interés.

La aparente incitación a este acucioso examen más reciente de la edad juvenil, patente en nuestros días,

se encuentra en la serie de las llamativas manifestaciones de su conducta ofrecidas al mismo tiempo en buen número de países y culturas. Era natural que el cálculo publicitario se volcase sobre estos fenómenos pintorescos y que no pocos candidatos al *best seller* sociológico enfocaran a la juventud contemporánea por el lado más provocativo de los mismos. La veta más grave de la delincuencia juvenil, sobre todo donde no era de esperar en esa forma, justifica asimismo la sostenida atención de los especialistas y de la opinión pública más o menos espontáneamente conmovida. Es probable, sin embargo, que se haya concedido desmedida importancia a los datos excéntricos o morbosos y ello muchas veces por motivos más o menos inconfesables.

Dicho en una palabra, el punto de partida de buen número de los trabajos publicados en estos años sobre la juventud fue la conducta excéntrica de los *teddy boys* ingleses o la de sus equivalentes en otros países (*zazous, halbstarcken, stilyagi, gamberros, vitteloni*, etc.), conocidos siempre con nombres que en su extravagancia semántica son estrechamente paralelos a la conducta que denotan. Lo sucedido de inmediato es que, aun partiendo de semejantes hechos pintorescos, equívocos o delictivos, su análisis tenía que llevar a reconocer el carácter relativamente uniforme de los mismos en todas partes y, por consiguiente, a plantear el problema en un plano más profundo y fundante. De ahí que lo más serio de la actual producción bibliográfica no se ocupe tanto de la juventud-problema como del problema de la juventud. Nos encontramos aquí con un juego de palabras ofrecido por la realidad más que por el gusto intelectual de quien esto escribe. En efecto, cuando se habla del problema de la juventud se destaca el carácter problemático de un período de edad, con no poca injusticia, sea dicho de paso, ante la posible situación semejante de otras edades. Quiere esto decir que se considera a la juventud como sujeta íntimamente a mayores problemas o como constituyendo a su vez un problema dentro de una determinada estructura social, mientras que el adulto cargado de problemas no se ve a sí mismo como un

problema social. Ambas cosas, en cambio, son notorias en la senectud. Como es sabido o debiera serlo, la ancianidad constituye hoy, dentro de las sociedades modernas, un campo problemático quizá mucho más grave que el de la juventud.¹ De todas suertes, nos amarguemos o no con la palabra problema, sólo se trata de reiterar la cuestión nada nueva, del significado del sector juvenil en nuestras sociedades y de la conciencia que sus protagonistas tienen de tal significación.

El tema teórico, válido para toda circunstancia determinada, es en consecuencia el de la juventud como configuración social peculiar. No es de extrañar, por eso, que absorba una gran proporción de los escritos contemporáneos, visto ahora desde la situación de las sociedades modernas, lo que es tanto como referirse a las sociedades industriales. Cuando se considera a la juventud desde esa perspectiva surgen no pocas dificultades que es necesario reseñar de antemano. En primer lugar, saber cómo se compone el conglomerado demográfico llamado juventud. Parece ser, y éste es el único punto en donde no hay disenso apreciable, que en los momentos actuales se ofrece en todas partes una dilatación de sus límites, señalados por lo general entre los 14 y los 25 años. No es tan fácil, en cambio, ponerse de acuerdo sobre el tipo de unidad que significa la juventud. ¿Es un mero agregado estadístico? ¿Un grupo social? ¿Una dimensión permanente de la estructura de la vida? En cualquier caso, no deja de presentarse unida al campo más amplio del proceso histórico y entonces, se emplee o no el término generación, la juventud subraya todavía más su singular importancia.

El hecho de mayor significado que se desprende de la abundante bibliografía sobre el tema es, como se ha dicho, el de la relativa situación de uniformidad de

1 Acaso más que la ciencia, la novelística moderna confirma tan singular parcialidad. Recuérdense las innumerables mocedades comprendidas entre el *Adolescente* de Dostoiewski y los *Ventianni* de Corrado Alvaro. Pocos son, en cambio, los escritores que han tratado la senectud con la misma profundidad de análisis y en la forma despiadada que Italo Svevo.

la juventud en las sociedades industriales. De esto se desprende que en la estructura de dichas sociedades es decisivo el momento singular que supone la situación juvenil entre dos horizontes sociales de muy distinta contextura: el horizonte cerrado y protegido de la unidad familiar y el horizonte abierto, amenazador y enigmático, de la sociedad total. A este respecto el problema esencial de las sociedades industriales es hoy conocer cómo y con qué efectos se realiza semejante paso de uno u otro tipo de relaciones sociales. Nada tiene de particular, por lo tanto, que el problema parezca reducirse a la alternativa entre adaptación e insubordinación, ni que las posiciones teóricas fundamentales que se nos ofrecen giren en torno de la tensión polar que encierra tal alternativa. Una primera tesis adelanta lo que fue hasta este momento una interpretación insólita: el hecho de la aceleración del mencionado tránsito y su resultado. La existencia de una juventud adaptada a la estructura de las sociedades industriales en virtud de su realismo y de sus tendencias conformistas, favorable por ello a la aceptación de las exigencias de su tipo de estructura social. Según esta interpretación existe una nivelación de generaciones que equivaldría a la nivelación social general de las clases o de los sexos. Frente a ella, otra interpretación acentúa, por el contrario, la distancia entre los dos momentos sociales de la mocedad y de la vida adulta, creyendo ver en una denominada "cultura juvenil" el puente entre ambos momentos. La formación de grupos coetáneos con específicas homogeneidades de comportamiento significaría, dentro de esta tesis, que el llamado "proceso de socialización" se realiza cabalmente en su mayor medida a través de tales grupos. Advierte, en consecuencia, sobre las posibilidades de inadaptación que llevan consigo las deficiencias formativas de la "personalidad" cuando predomina el medio de los grupos juveniles y su peculiar cultura. Una tercera tesis, sin negar la singular adaptación de las juventudes a las sociedades industriales, tampoco trata de ocultar las penosas frustraciones de ese generalizado "ajuste". Sus representantes concuerdan en que la absorción conformista

de la juventud en la estructura social no significa en modo alguno la eliminación de sus contradicciones esenciales, las cuales se viven con una conciencia más o menos punzante de frustración. Aparte de otras más generales, la contradicción de mayor peso en la génesis de las tensiones juveniles de hoy es la que se ofrece entre las exigencias de ajuste a una sociedad de control secundario y tecnológico y las aspiraciones y estímulos para hacerla compatible con la autonomía de la personalidad.

De poder intervenir en la discusión teórica de la cuestión, el tema estaría orientado por fundadas dudas respecto a la existencia de esa supuesta cultura juvenil y de la postulada socialización por los grupos de edad. Es problemático, aun en su puro análisis empírico, que se ofrezca la denominada cultura o subcultura juvenil, que aportó al análisis de las sociedades industriales la perspectiva predominante en un momento —inclusive en la terminología— de la antropología social. Y no es menos dudoso que esa pretendida formación cultural autónoma pueda encontrarse aún precisamente allí donde todavía constituye el ideal pedagógico de las generaciones más viejas.

Parece asimismo en extremo problemático toda consideración de la juventud como "grupo" social, a que lleva un sistematismo exagerado en el empleo de ciertas categorías sociológicas. La presencia de puntos de vista tan diversos en la discusión del tema podría hacerla en extremo vivaz, pero encubriría los supuestos fundamentales de toda consideración sobre la juventud, que —dados en la estructura misma de la vida— son previos a sus manifestaciones científicas, sociológicas, psicológicas o pedagógicas.

Sin embargo, la necesidad de enfrentar el hecho de la semejanza de la juventud actual en los países industriales y de explicar los fenómenos de conducta, extravagantes o delictivos, manifiestos lo mismo en ellos que en otros menos avanzados económicamente, justifica el esfuerzo por formular una hipótesis lo más general posible, capaz de interceptar desde su raíz común fenómenos al parecer muy diferentes. Esa hipótesis mantiene que la autonomía de los grupos ju-

veniles no es más que el resultado de las discrepancias de los diversos sectores sociales y culturales en un momento dado, en especial del sector familiar frente a los demás. Del carácter de esas discrepancias dependerá a su vez la naturaleza de la supuesta autonomía de los grupos juveniles. La hipótesis abarca de esta suerte sin dificultad, en el estudio de nuestro tema, el paso de los países industriales a los menos desarrollados. En efecto, se encuentra implícitamente contenido en el siguiente esquema del significado de los grupos juveniles y de su diverso peso tanto en el "proceso de socialización" como en las actividades políticas y sociales en general: 1) los grupos juveniles como instrumento de socialización. Esta idea supone, en general, una aceptación de dichos grupos por la sociedad como mecanismos de control y un mínimo de armonía entre los distintos sectores sociales. 2) Los grupos juveniles como núcleos de actividades en rebeldía y, por consiguiente, como sostén de movimientos políticos o de actividades más o menos violentas. Esto supone una situación de la máxima discrepancia entre los sectores sociales y de la mayor agudeza en el conflicto clásico entre las generaciones. Interesa este caso porque los países en vías de desarrollo suelen encontrarse en esta situación, particularmente en las fases iniciales de su crecimiento. 3) Los grupos juveniles como soporte de excentricidades temporales. Semejante situación tiene por supuesto la existencia de frustraciones en el medio cultural y hasta de tensiones derivadas de específicas condiciones del mercado. Parece ser ésta la condición predominante, con uno u otros matices e incluidas las manifestaciones delictuosas, en los países de mayor desarrollo industrial. En suma, la hipótesis formulada se funda en el reconocimiento de que el fenómeno juventud no puede entenderse sin tener en cuenta la estructura social total, y en la sospecha de que las incidencias en las formas de conducta juvenil constituyen, según su naturaleza y grado, excelentes indicadores de una mayor o menor integración social.²

² Véase J. E. Ellemers, "Allgemeine Ursachen der Ausdrucks-

Lo que acaba de decirse constituye concretamente el eslabón en la cadena de consideraciones que de las sociedades denominadas modernas lleva a los países en vías de desarrollo, y se extiende a la situación de las juventudes en estos países. Si la rica bibliografía acerca de la juventud en las sociedades modernas no deja de contener, dentro de la manifiesta coincidencia de sus orientaciones generales, algunas contradicciones polémicas en los detalles, con el tránsito al mundo del subdesarrollo se penetra en la región de las grandes vaguedades, dominada por esas palabras cúbrelo todo, el uso reiterado de las cuales nos tiene en cierto modo insensibilizados. Desarrollo, subdesarrollo, modernidad, secularización, urbanización, transición, etc., constituyen esa variedad de vocablos vacíos al que ahora se agrega la expresión "mocedad". De ahí que no sea infrecuente encontrar bosquejado acá o allá el tema de la juventud en las sociedades subdesarrolladas. En estos escritos, como era de esperar, se atribuye en general y sin más a semejante fase de edad un papel decisivo en las tareas del desarrollo. En la expresión vigente e imprecisa de la "movilización" para el desarrollo, la juventud aparece como uno de los resortes esenciales. Se espera que pueda interesarle la mayor riqueza asequible, el incremento en la movilidad social, la apertura a mejores horizontes educativos, etc., en una palabra, toda la serie de motivaciones dinámicas —valga la redundancia— que constituyen el soporte tanto del arranque como del mantenimiento del desarrollo. Se atiende muy especialmente a la participación juvenil en los movimientos subversivos, nacionalistas o popularistas, típicos de algunos países en situaciones de transición económica y política, y se hace singular hincapié en el factor del "conflicto generacional", que es al mismo tiempo expresión de esos nuevos impulsos. Como tales impulsos, por añadidura, obedecen las más de las veces a influjos exógenos, permiten confirmar las hipótesis más divulgadas de la teoría de la "transculturación", fenómeno al

formen moderner Jugend", en L. v. Friedeburg (ed.) *Jugend in der modernen Gesellschaft* (Köln-Berlin: Kiepenheuer, 1965).

que la mocedad parece más sensible o favorablemente abierta. Todas estas proposiciones de carácter general, reconocida la buena voluntad de sus autores y lo que contengan de cierto, no resisten, dada su vaguedad, ante el análisis concreto. Así lo muestra el hecho de que la participación juvenil en los esfuerzos por el desarrollo lo mismo puede traducirse en simples algaradas emocionales —las cuales, luego de desvanecidas, apenas desarrollan nada— que en la entrega, como auténtico compromiso vital, al aprendizaje en serio de tareas objetivas de las que va a depender el efectivo crecimiento de un país. Se ha llegado, pues, a un punto en el que ya no puede hablarse en general de países subdesarrollados o en desarrollo, haciendo así que todos los gatos sean pardos y poniendo en el mismo nivel histórico el subdesarrollo bonaerense o santiaguino y el subdesarrollo bantú. Semejante preocupación generalizada por los países en vías de desarrollo, comprendidos por igual en una generosa actitud englobante, ha jugado un papel histórico de importancia, pero la seriedad del pensamiento exige su pronto abandono. Lo mismo piden su despedida no pocas de las categorías heredadas de otros tiempos, en demanda de nuevos conceptos cortados a la medida de los nuevos hechos. En todo lo anterior está implícito que la raíz de la imprecisión denunciada deriva de la extensa gama de variedades en el subdesarrollo, las cuales dependen a su vez de distintos niveles culturales e históricos. Por consiguiente, aparte de “suponer” que la juventud ofrece en principio una disposición más favorable al cambio que las viejas generaciones —cosa que debería probarse en su grado y especificidad—, sólo cabe postular como hipótesis muy amplia que las discrepancias generacionales en los países en desarrollo, serán diversas a tenor de sus orígenes, es decir, según que provengan de tensiones culturales o de rigideces y fricciones en el mercado. En el mismo sentido y con más concreción cabe predecir un mayor predominio e importancia de las frustraciones causadas por las situaciones de mercado a medida que los países en menor o mayor grado de subdesarrollo entren en las fases más avanzadas de su

crecimiento. Un caso tan significativo como el del Japón, de indudable "modernidad" puede mostrarnos hasta qué punto pueden seguir gravitando en las tensiones de la juventud los conflictos dimanados de la continuidad cultural. En suma, las distintas formas de inadaptación juvenil, como antes se indicó, pueden aceptarse como indicadores de los diversos grados de cohesión social, condición que importa sobremanera a todos los preocupados por el subdesarrollo económico.

Cuando en el despliegue del tema nos encontramos ahora cara a cara con la situación juvenil en América Latina, todo lo insinuado anteriormente cobra singular confirmación. En efecto, si para ciertos fines cabe bosquejar un cuadro de cuestiones generales válido para América Latina en su conjunto, en ningún caso es posible hablar de la juventud latinoamericana en general. Así lo confirmaría de inmediato la investigación empírica llevada a cabo o por realizar. Es notorio que la situación de la juventud argentina no puede parecerse en nada a la que enfrenta la juventud de Haití, y ello, con mutación de términos, vale para otras comparaciones, dentro de una gama relativamente amplia de diversificaciones. Se impone, por consiguiente, limitar la preocupación por la juventud en nuestra América a ciertos ámbitos nacionales o todo lo más a los relativamente homogéneos que señalan las actuales tipologías, fluyentes y mudables como son. No cabe duda que algunas de las cuestiones examinadas y de los puntos discutidos en relación con las sociedades industriales pueden valer y aceptarse sin más en sus orientaciones para algunos de nuestros países; otros, en cambio, muy lejos todavía de esa situación, presentan un panorama juvenil completamente diverso. El estudio de la juventud latinoamericana plantea en forma visible y dramática lo que se ofrece asimismo en otros problemas: la exigencia de superar los lugares comunes y de entregarse de lleno a la busca de la realidad, una realidad cuya peculiar contextura induce a sospechar que no puede ser captada por las categorías heredadas ni éstas ser tomadas sin modificación de otros medios más avanzados o —lo que sería peor— más atrasados todavía.

II

Bosquejado el marco más general de las cuestiones teóricas que se refieren a la juventud, conviene recordar además que esta fase de edad constituye un campo privilegiado para la moderna investigación empírica. Nada tiene de extraño que las técnicas de investigación elaboradas en los últimos años encuentren amplias posibilidades de aplicación a tenor de los intereses peculiares del estudioso: desde las técnicas cuantitativas más refinadas hasta los análisis psicológicos de comprensión que aspiran a la profundidad y a lo singular. De ahí que baste un mínimo contacto con las publicaciones actuales sobre el tema de la juventud para reconocer que todas esas posibilidades de la investigación ya se están llevando a cabo seriamente en los países que tienen a su disposición los adecuados medios institucionales. Es de esperar, por eso mismo, que tales investigaciones aparezcan impulsadas por intereses de conocimiento no siempre fácilmente unificables. Los pedagogos, como es natural, tienen en la edad juvenil el ámbito típico de sus mayores preocupaciones. Los psicólogos por su parte, antes y después de la corriente psicoanalítica, se han esforzado por comprender sistemáticamente las manifestaciones psíquicas peculiares de esa edad. Por eso siguen siendo clásicos a este respecto los libros universalmente conocidos de Spranger³ y de Erikson.⁴ Como antes se indicó, la aportación más reciente a ese esfuerzo diversificado de la investigación empírica es la que proviene de los sociólogos. Estos se interesan sobre todo por entender los problemas de la unidad temporal y social de la edad juvenil desde la perspectiva de las condiciones sociales, generales y concretas, de su crecimiento. Cabe suponer que las dificultades de entendimiento recíproco tanto de las mencionadas disciplinas como de sus representantes personales, no puedan menos de ofrecerse de nuevo en forma aguda en el campo de estudio de la juventud. El tema polémico común es el

³ E. Spranger, *Psychologie der Jugendalters* (Leipzig, 1924).

⁴ E. H. Erikson, *Childhood and society* (Nueva York).

de la formación de la personalidad dentro de las actuales condiciones históricas. La investigación empírica tiene por eso como objeto principal el análisis pormenorizado de cómo ocurre aquí o allí esa formación, es decir, en términos técnicos, cómo se realiza en cada caso el denominado "proceso de socialización". ¿Cómo transcurre efectivamente este proceso en las sociedades preindustriales, de estructura menos compleja? La pérdida de la capacidad socializadora de la familia y de las comunidades locales o de destino frente a las exigencias de la sociedad total, exige averiguar qué otros mecanismos las sustituyen hoy o pueden remplazarlas en lo sucesivo con eficacia. Se explica así la atención concedida a la supuesta socialización autónoma en los denominados grupos de edad y la duda de que los mismos puedan contribuir suficientemente a la realización del ideal de personalidad recibido de otros tiempos. Se comprende asimismo el interés creciente por estudiar en todos sus efectos los instrumentos de socialización de que disponen las sociedades actuales junto y en inevitable juego con los tradicionales —medios masivos de comunicación, organización pública y privada de las actividades juveniles, etc.— que se presume mejor conocidos. En tal situación se plantea de inmediato el problema de las armonías o desarmonías que puedan existir en el conjunto de todos esos instrumentos socializadores, pues si se pudiera demostrar una permanente disonancia entre ellos —lo que no siempre ocurre— serían fácilmente comprensibles las distorsiones en el proceso de socialización de la actual juventud y el predominio de sus efectos negativos en la formación de la personalidad. De todos esos temas, el que por su importancia merece una discusión detenida es la supuesta necesidad de que la juventud cuente en esa fase de transición con un ámbito suyo, con un campo propio, dentro del cual pueda desplegar espontáneamente todas las potenciales de su crecimiento. Ya se subentiende que ese ámbito o "campo educativo" de la juventud, sólo podría existir en la medida en que estuviere defendido de alguna manera de todo contacto con los problemas y exigencias del medio general de

la sociedad adulta. Semejante espacio vital, recoleto y relativamente hermético, destinado a amparar la formación espontánea del desarrollo juvenil como preparación para la edad adulta fue una realidad, con todos sus contenidos afectivos e intelectuales y para un sector de la juventud, en otros momentos de la historia occidental, pero a muchos les parece dudosa su posible subsistencia en las actuales sociedades industrializadas. Toda la problemática de la universidad contemporánea no es sino un reflejo concreto de esa gran cuestión, en la que se contraponen naturalmente la perspectiva pedagógica y el punto de vista de los sociólogos. Frente a los argumentos en nada desdeñables de los pedagogos en defensa del "campo educativo" juvenil, el diagnóstico sociológico sostiene no sólo su dificultad fáctica en los momentos presentes, sino la desconfianza en su valor, incluso para la formación de la personalidad, dados los requerimientos funcionales y tecnológicos de las sociedades de hoy.

La investigación empírica en nuestros países no puede prescindir de los temas aludidos. Así, reconoce como uno de sus objetivos más importantes la averiguación de cómo transcurre *de facto* la socialización de la juventud en cada país, de qué instrumentos se dispone y cómo repercute el denominado dualismo estructural en las discontinuidades de los diversos "campos educativos" y en la adaptación retardada o rápida de la juventud a las exigencias de las sociedades globales.

Desde la perspectiva a que nos obliga la conciencia de pertenecer a países que están en grados diversos de desarrollo económico, debe admitirse que el mayor interés se encuentra por hoy en las investigaciones sociológicas sin que tal afirmación implique desdén alguno para las de otra naturaleza. También aquí, como en otras cuestiones conexas, conviene despejar de antemano los efectos de un malentendido. Las investigaciones sociológicas están mantenidas por un afán de conocimiento, en este caso el de la realidad estructural y funcional de la situación juvenil en nuestros países, y no tienen por qué coincidir en su orientación con las dictadas por los afanes prácticos de la política

social, aguijoneada desde determinada visión de adultos al cuidado, protección y "conformación" de la juventud. Toda insistencia en este punto está muy lejos de ser superflua. Aunque las investigaciones denominadas teóricas carecen aparentemente de toda significación "operativa", son el supuesto que asegura la máxima eficacia de la acción práctica posterior. Tienen el valor de "infraestructuras", cuyos rendimientos constantes a la larga justifican las mayores inversiones intelectuales y financieras.

Ahora bien, dentro de la preocupación sociológica y salvado todo malentendido entre el afán de conocimiento y el deseo de acción inmediata, el ámbito de la investigación referida a la juventud aparece claramente dividido en dos regiones en las cuales el distinto interés de conocimiento tiene a su disposición la separación no menos clara de su instrumental metodológico, al menos en el nivel teórico. En efecto, se trata de conocer, por un lado las condiciones "objetivas" en que transcurre la vida juvenil, y por otro, sus efectivas reacciones "subjetivas", es decir las imágenes, como hoy se dice, de la juventud. De ahí que la dimensión de ese ámbito de investigaciones sea de gran amplitud. Su dominio interesa hoy por igual a las sociedades avanzadas y a las más rezagadas. Algunos países cuentan con una cobertura casi completa —aunque no siempre de igual valor científico— de los distintos aspectos incluidos en el espacio vital de la juventud y cuya reseña se intenta a continuación. Sin embargo, es forzoso reconocer que en los países latinoamericanos sólo parcialmente y en algunos sectores están dadas las bases para un análisis empírico del tipo científico internacional.

Los distintos campos de investigación demarcados por la división del trabajo científico toman aspecto clásico por la unanimidad de su reconocimiento. Destacan como fundamentales los cuatro siguientes: 1) el que se refiere al medio familiar; 2) el que abarca el medio educativo, en su amplio sentido; 3) el relativo al medio del trabajo, y 4) el relativo al ocio o empleo del tiempo libre. A estos campos fundamentales se han ido agregando en los últimos años algunos

otros que dependen de manera específica de la estructura de las sociedades industriales, como el relativo al consumo juvenil, de extraordinaria importancia socioeconómica.

Respecto a la familia importa conocer su evolución y su distinta estructura, el diverso papel del padre y de la madre, su diferente apertura o hermetismo frente a la sociedad en general, el proceso de tránsito a la independización del hijo, los efectos de la desintegración familiar etc. De mayor trascendencia aún es la significación de la familia dentro del "campo educativo", en los diversos sectores sociales, por su repercusión duradera en las motivaciones tan esenciales para el desarrollo.

La investigación del medio educativo es la que cuenta con mayores avances entre nosotros. Los datos se han acumulado rápidamente en los últimos años. Sin embargo, aún siendo un campo en extremo propicio a la cooperación interdisciplinaria, faltan todavía en él visiones de conjunto guiadas por un principio teórico, como sería, por ejemplo, el antes indicado acerca del proceso de socialización y sus formas efectivas. Tampoco existen estudios de los sistemas escolares orientados por el tipo de sociedad a que lleva nuestro desarrollo. No obstante, un balance completo en estos momentos, aunque pareciera relativamente satisfactorio en la presentación de las "condiciones objetivas" de nuestro medio educativo, se mostraría muy pobre en el análisis de sus aspectos "subjetivos", en la extensa gama que va desde las aptitudes e imágenes de maestros y alumnos —niveles de aspiración, conciencia de tensiones y conflictos, etc.— hasta la interpretación de la diversidad de rendimiento en los diferentes niveles y sectores educativos.

No cabe la menor duda que desde la perspectiva del desarrollo destaca con singular interés el estudio del medio de trabajo en la fase de edad juvenil. Las aportaciones de la OIT y la preocupación de los economistas por la estructura ocupacional han sido decisivas en estos últimos años. Sin embargo, aunque la planeación de los "recursos humanos" es quizá la nota más novedosa y prometedora, debe reconocerse que

todavía no ha cristalizado en este campo una cooperación bien organizada entre pedagogos y sociólogos, economistas y psicólogos. Interesa no olvidar que si importa conocer las condiciones de la demanda, presente y futura, también debe saberse con suficiente claridad lo que ocurre respecto de las oportunidades efectivas y de las capacidades realmente existentes. La posibilidad de desequilibrio entre ambos factores, grave en los países industrializados, puede serlo mucho más entre los que aspiran a industrializarse. Como es sabido, el momento esencial en la estructura y funcionamiento del medio de trabajo en relación con la juventud se encuentra en el problema de la vocación y la selección profesionales. En él convergen los intereses de los distintos especialistas antes reseñados y en él es mayor el desafío a la capacidad creadora de los pedagogos. La conciencia del subdesarrollo no debe impedir en este punto el vuelo de una imaginación que sepa adelantarse hacia el futuro superando la presión de etapas históricas conocidas. He aquí un tema —el de la selección profesional y sus motivos— que importa dominar cuanto antes en todos sus aspectos: cómo se realiza realmente esa selección y cómo llevarla a cabo en lo sucesivo. Sin embargo, ¿sabemos lo que en verdad piensa la juventud trabajadora ni cuáles son en estos momentos sus aspiraciones y la imagen de su horizonte vital? ¿Conocemos las vivencias de esa juventud en sus campos, talleres, aulas y oficinas?

Sólo dentro de determinados marcos nacionales y en particular para las grandes ciudades cabe proponer hoy para América Latina, la iniciación de estudios relativos al empleo del ocio por parte de sus juventudes. Los modelos ajenos en modo alguno pueden adaptarse con facilidad, pues están teñidos necesariamente de color local, son contradictorios en sus resultados y no pocos han pecado de ligereza o de prejuicios moralizantes.⁵ En todo caso, importa comenzar la tarea de una u otra forma, porque el cine, la televisión, la radio, las revistas ilustradas, las tirillas cómicas,

⁵ No son frecuentes investigaciones tan severas como la de Hilde T. Himmelweit, *Television and the child* (Londres, 1958).

etc. constituyen hoy —nos guste poco o mucho— un ingrediente decisivo de las fuerzas actuantes en el proceso de socialización. Las posibilidades abiertas al manejo adecuado de esos instrumentos son ilimitadas y el hecho de que en ese terreno sean todavía deficientes las experiencias de las sociedades más ricas no nos exime de planear con enérgica imaginación todo lo que debiera hacerse. Conviene advertir en este punto que sin la base de estudios empíricos rigurosos, las medidas de la política social están expuestas a la amenaza de las más vulgares beaterías culturales.

En este campo se echan de menos asimismo investigaciones sobre las formas peculiares de “sociabilidad” juvenil, pues cabe sospechar que han experimentado grandes cambios en las últimas décadas. No puede cerrarse esta reseña —de la que han sido excluidos otro tipo de estudios, como los relativos a la juventud inadaptada y delincuente— sin aludir a otros serios problemas de la vida “normal” de la juventud, los que derivan de su propia posición frente a los grandes poderes sociales de nuestro tiempo —el Estado, la religión, la ciencia y el arte— y frente a lo que puedan pensar y sentir las generaciones más viejas.

Sería ideal contar con una expresión rigurosamente comprobada de las interpretaciones que de sí misma y de su futuro pueda tener la juventud en sus diversos sectores, obrera, agrícola y profesional. Desde la perspectiva del desarrollo interesa muy en particular a los países lanzados por ese camino poseer un conocimiento relativamente preciso de las actitudes de la futura mano de obra y de los previsibles cuadros intermedios. Sin embargo, es innegable que la juventud académica representa en un momento dado la reserva más considerable de los futuros cuadros dirigentes. Dicho de otro modo, la juventud académica constituye en forma potencial el núcleo decisivo de la futura *élite* de un país, entendiendo esta palabra con el estricto carácter neutral que hoy tiene en el análisis sociológico. En consecuencia, las formas de comportamiento de la juventud académica no sólo interesan en sus manifestaciones más “efervescentes”, a las que dedican atención preferente algunos autores que en sus

estudios sobre países en vías de desarrollo manifiestan excesiva preocupación por los movimientos políticos juveniles, sobre todo cuando tienen carácter de protesta o decididamente revolucionario. Existan o no tales manifestaciones de insatisfacción y rebeldía, el dato fundamental del que interesa partir es el hecho de que el destino futuro de un país está prefigurado en la interpretación que la juventud tenga de sus propias circunstancias, la cual incluye ineludiblemente una imagen de la sociedad. En el juego de las distintas generaciones que determina todo momento histórico, la juventud como fase vital y no por privilegio alguno, tiene que enfrentarse con las condiciones dentro de las cuales comienza su vida, entre las que está lo que los adultos piensan y esperan de ella. El simple hecho de "nacer" determina que se entre siempre en un mundo ya viejo, aunque éste sea el resultado de la revolución más reciente. Esa confrontación a que se encuentra forzada toda juventud, decisiva en la mudanza mayor o menor de los procesos histórico-sociales, no siempre ni necesariamente ha de tener consecuencias de protesta o rebeldía. Y aunque la imagen del futuro histórico no esté plenamente perfilada en la etapa académica, algo encierra ya para los que sepan interpretarla de manera objetiva. Por eso, en los mismos países que hoy parecen haber llegado a un cierto grado de estabilidad de sus sistemas económico-sociales —de cualquier tipo que sean— se da un marcado interés en poner de relieve —con todo su problematismo— las imágenes soterradas que acerca del porvenir tienen sus "futuros" cuadros dirigentes. Nada puede extrañar, en consecuencia, que las "sociedades industrializadas" ofrezcan sondeos relativamente numerosos de su juventud académica y que esos trabajos tengan amplia resonancia en la opinión pública. Conviene recordar la sorprendente similitud de las actitudes y disposiciones vitales de la juventud en los mencionados países más avanzados. Esa uniformidad se manifiesta, como antes se indicó, en una disposición general a aceptar las estructuras existentes —sean las que fueren— que no llega al ahogo total de expresiones críticas y de manifestaciones momentáneas de re-

beldía. El resultado común de la investigación internacional destaca así la existencia de una generación "no comprometida", es decir, apenas interesada, dentro de complejas estructuras tecnológicas, por tipo alguno de transformación radical. Algunos lamentan tal actitud como expresión de apatía política y de insensibilidad ante el futuro, pero otros la juzgan el inevitable resultado de una insobornable capacidad realista frente a las condiciones de una sociedad demasiado complicada para ser comprendida en su conjunto. Ante ese mundo creado por los adultos parece imponerse, antes de cualquier rechazo, tan sólo la duda inicial acerca de su capacidad para manejarlo, duda que quizá comparten no pocos de los mismos adultos. Cabe sospechar *a priori* que la facultad de adaptación o de resignada aceptación ante "un mundo sin alternativas" no vale sin más para la juventud de los países en fases rezagadas de crecimiento y desarrollo, pero ello no deja de ser una sospecha. Sólo su comprobación efectiva podría eliminar la posibilidad de que se trate no de lo que los jóvenes piensan, sino de lo que los adultos consideran que esa juventud debe pensar. Es decir, algunos intelectuales de las generaciones más viejas pueden postular para la juventud misiones que ésta no acepta como auténticamente suyas. De ahí que sólo la más precisa y rigurosa investigación empírica de la juventud académica en los países todavía no industrializados o en vías de industrialización pueda ofrecer una respuesta precisa a la incógnita antes formulada.

Conviene recordar asimismo, volviendo al aspecto metodológico, que las investigaciones empíricas sobre las imágenes de la juventud académica son técnicamente más fáciles de realizar que las encuestas de otros sectores juveniles. Ocurre así no porque el estudiante sea el objeto de conocimiento más cercano al investigador académico, sino porque la muestra utilizada suele ser relativamente pequeña y porque la confección del cuestionario —por no hablar de la entrevista— permite sondear actitudes y disposiciones que exigen de los sujetos un mínimo de coherencia lógica y de capacidad expresiva. Tales ventajas hacen reco-

mendable emprender cuanto antes en América Latina estudios acerca de su juventud académica —es decir, universitaria o partícipe de otros tipos de enseñanza superior— siempre que se lleven a cabo con estricta sujeción a las normas conocidas de la investigación internacional. Si se emplearan los mismos métodos, una investigación de las “imágenes” dominantes en el alumnado de sus cuatro o cinco universidades mejores, no sólo permitiría utilísimas comparaciones, sino posibilidades de generalización para la región en su conjunto como indudable unidad cultural.

De las numerosas investigaciones sobre la juventud académica emprendidas en los últimos años, quizá no hay modelo mejor que la realizada en la Universidad de Frankfurt bajo la dirección de J. Habermas y sus colaboradores.⁶ Destaca por el vigor de su depurado aparato conceptual, paso previo y necesario en la busca de un objeto tan banal, tan vago o tan evanescente como es la “conciencia política” de los estudiantes. Una investigación de ese tipo sólo puede llevarse a cabo si su marco de referencia, una determinada estructura política, ha sido antes cuidadosamente analizado. De ahí que las diferencias en esa estructura real determinarán las modalidades ineludibles en el bosquejo de la investigación. A título de ejemplo y de meditación —¿por qué negarlo?— detengámonos un instante todavía en la composición y resultados de esa pesquisa. Aceptada la estructura política de la República Federal de Alemania como democrática importaba averiguar la futura capacidad de participación en ella de su actual juventud más ilustrada. Para lograr determinar el “hábito” político era necesario ir más allá, poniéndolo en relación con el estrato más profundo de las “imágenes sociales” dominantes. Sólo después de conocer estas “imágenes”, el “hábito” político y las “tendencias políticas” manifiestas, podía aventurarse el “potencial democrático” encerrado en ese cuadro de disposiciones. Los resultados quizá sean válidos por otras sociedades democráticas occidenta-

⁶ J. Habermas, L. von Friedeburg, Chr. Oehler y F. Weltz, *Student und Politik* (Neuwied A. R. Berlin Hermann Luchterhand, 1961).

les, e incluso —*mutatis mutandis* y reconociendo las diferencias estructurales en el punto de partida— para las mismas socialistas. Ahora bien, esos resultados llevan a creer que la aceptación generalizada de la estructura social y política de hoy no implica la eliminación de una tensión latente entre el mantenimiento de una “democracia social” y el sostén de una “democracia totalitaria”. Es evidente que el futuro de una u otra posibilidad depende de condiciones objetivas, pero no menos de contingencias imprevisibles. En efecto, es un hecho que la tendencia conformista frente a la democracia formal actual no lleva directamente a otra de mayor participación social ni anula la disposición soterrada a aceptar con igual conformidad el funcionamiento de una democracia totalitaria, es decir, de una estructura política donde la participación quede reducida a la aprobación plebiscitaria de las grandes directivas.

Una investigación seria de la juventud académica de nuestros países hecha a tenor de las pautas sugeridas y que tratara de poner al descubierto los estratos profundos de sus distintas imágenes sociales y de sus diversos “hábitos” políticos sería de supremo interés en estos instantes de nuestra historia. Las filia-ciones adventicias, las inquietudes momentáneas carecen de importancia. Frente a unas generaciones que están en el mismo mundo que las antes mencionadas y a cuyas condiciones estructurales no pueden escapar, importa saber si la tensión bosquejada se manifiesta también entre nosotros de alguna manera. Conformismo e inconformismo son, en definitiva, términos huecos. En el conformismo que impone la tendencia estructural del desarrollo —¿quién lo rechaza?— cabe, sin embargo, la tensión de una alternativa como la descrita. Ante ella queda de manifiesto la superficialidad de quienes sostienen que en todo país subdesarrollado la juventud se inclina por naturaleza al cambio y a la transformación. ¿Qué tipo de cambio? ¿Qué clase de transformación?

III

Dentro de un excelente grupo de trabajos dedicados a la juventud, hizo bien un estudioso de la japonesa⁷ al recordar en qué medida entra toda la historia en la situación juvenil aunque no siempre de modo consciente y explícito. Los temas antes señalados, que son los predominantes gracias al influjo metodológico de la investigación empírica contemporánea, tienen tinte estático cuando no exageradamente funcional. Olvidan a este respecto el esencial carácter "difuncional" de la edad juvenil, que permite a la historia proseguir su camino. Prescindiendo por el momento de la temida metafísica, semejante carácter está implícitamente contenido en el estado de transición que sociólogos y psicólogos asignan a la juventud. Esta proposición obliga a precisar dónde ocurre y cuál es la naturaleza de la transición de que se trata. Por importante que sea el tránsito vivido en el crecimiento individual, el pasar de la adolescencia a la edad adulta, el más profundo significado del carácter transicional de la juventud es el de su naturaleza colectiva. Es, en fin de cuentas, la transición realizada por una determinada "unidad generacional". La insistencia en presentar como "conflicto" el enfrentamiento entre las generaciones deja reducido el tema a la supuesta tensión permanente —no siempre cierta— entre padres e hijos o a subrayar unilateralmente determinadas situaciones de antagonismo cultural, resultado del cambio acelerado de algunos momentos de la historia. Desde esa perspectiva, la interpretación psicoanalítica sostiene que lo que ocurre hoy en las sociedades de más intensa modernización no es otra cosa que una ruptura del "ahora" juvenil frente a todo el "pasado", es decir, frente a una tradición que simboliza la figura del padre. La pérdida de la tradición traduce de esta suerte el ocaso del padre y permite hablar hoy de una "civilización sin paternidad". Esa interpreta-

⁷ R. J. Lifton, *Youth and history: Individual change in post-war Japan* (Cambridge, Mass.: Daedalus, 1962), recogido en E. H. Erikson (ed.), *The challenge of youth* (Garden City, New York: Doubleday & Co., 1965).

ción, muy rica en incitaciones teóricas —que interesan sobre todo al latinoamericano en la crisis actual de su cultura paternalista—, como teoría científica es algo superpuesto al hecho que la fundamenta y que por tanto no explica. Se niegue o no con dolorosos desgarras la figura paterna —el análisis existencial mostraría la fidelidad amorosa que perdura más allá de toda ruptura—, fidelidades y desgarras sólo son posibles en el enfrentamiento ineludible que impone la estructura de la vida. El diálogo paterno-filial —conflictivo o amoroso— es la forma interpersonal del diálogo más amplio que une y separa al mismo tiempo a los distintos grupos de edad que conviven en un momento dado del largo transcurrir de la Historia. Entrar en ella por haber nacido en cierta fecha es encontrarse en un mundo hecho por los mayores, pero del que no se es responsable. La generación nueva quizá lo acepte o lo rechace, pero no sin antes haberse enfrentado con las generaciones viejas, artífices de una realidad con la que se tropieza sin haberlo pedido. Las modificaciones que en ella introduzca —superficiales o profundas— serán consecuencia de ese enfrentamiento vitalmente forzoso, que no tiene por qué ser necesariamente patético.

Pues bien, la idea de generación asoma de nuevo en las publicaciones más recientes sobre el tema de la juventud, algunas veces en vigorosa pero alusiva mención, consciente en otras de su valor teórico y de su necesaria vinculación al proceso histórico. El libro más famoso de los últimos años⁸ sobre la juventud —un clásico a pesar de las polémicas por él suscitadas o en virtud precisamente de ellas— tuvo que montar su original y heterodoxa perspectiva en una articulación generacional, es decir, al hilo o mejor sobre la textura de tres generaciones fundamentales: la generación del “movimiento juvenil” (*Jugendbewegung*), la generación política de los años veinte y la generación escéptica de la segunda posguerra, la última de las cuales es el objeto de su investigación.

⁸ Helmut Schelsky, *Die skeptische Generation. Eine Soziologie der deutschen Jugend* (Düsseldorf-Köln: Eugen Diederichs, 1957).

Desconozco si esa articulación es o no enteramente correcta; no se trata de examinar ahora la obra de este sociólogo, ni de entrar en las frondosidades de la *jugendkunde* alemana, que sólo ahora tiene su agobiador paralelo en la copiosa producción norteamericana relativa al tema. Basta reseñarla como ejemplo significativo de la reaparición de la teoría de las generaciones, ahora por la vía de la investigación sociológica de la edad juvenil. El retorno de la teoría de las generaciones por el camino de la sociología —empírica por añadidura— responde a una doble preocupación: la acuciada por los temores y esperanzas de la continuidad sociocultural de un determinado cuerpo histórico, tema permanente de toda política pedagógica, y la que alimenta el afán por prever el inmediato futuro —el más lejano se deja en el regazo de los dioses— a través del talante vital que se cree descubrir en la generación más joven. Sin embargo, esos afanes existenciales pasan demasiado rápidamente por alto la pretensión fundamental de la teoría: ser aceptada como un método de conocimiento histórico-social.

Esta última pretensión supone convertir a las generaciones en sujeto de la historia, porque cada una de ellas aporta una transformación mayor o menor a la estructura del mundo humano. Y como método, sólo puede fundarse penetrando por bajo de los supuestos que se limita a aceptar, es decir, por una teoría filosófica. Pocos dejarán de reconocer que la formulación más lograda de la teoría —escorzo sin embargo— es la de Ortega y Gasset.⁹ La perspectiva sociológica de Mannheim o el trabajo posterior de Plesner¹⁰ no añaden, a mi entender, nada nuevo ni decisivo.

⁹ J. Ortega y Gasset, principalmente "La idea de las generaciones", en *El tema de nuestro tiempo* (1923), de que existen numerosas ediciones, y "Sobre la época de Galileo, ideas en torno a las generaciones decisivas del pensamiento europeo" (1933), recogido en su obra *En torno a Galileo* (Madrid: Revista de Occidente, 1945).

¹⁰ K. Mannheim, "Das Problem der Generationen", en *Kölner Vierteljahresheften für Soziologie*, VII (1928/29), recogido en sus *Essays on the sociology of knowledge* (Londres, 1952) de

No es cosa de exponer ahora en forma apresurada cosas relativamente conocidas. El núcleo de la teoría parte de una interpretación filosófica de la vida, pero basta para entenderla y exprimir algo de su jugo la simple descripción de un solo hecho: el que en todo momento de la historia —de la vida social— convivan en distintas alturas de edad diversas generaciones. En esa contemporaneidad de los no coetáneos reside el último resorte del dinamismo histórico, pues cada generación es, quieranlo o no, una distinta perspectiva vital y la polémica entre las generaciones no es más que el enfrentamiento de esos distintos horizontes. El paso inmediato en la teoría consiste en la articulación interna de esas generaciones. La juventud, en la dimensión histórica, no deja de ser tan marginal como la ancianidad, pues la importancia decisoria corresponde a la generación que ejerce el dominio y a la que se dispone a ejercerlo sucediéndola. A pesar de eso, la edad juvenil —fase preparatoria— es la más cargada de posibilidad por ser pura posibilidad. Decía Simmel que en la juventud el proceso de la vida predomina sobre sus contenidos, mientras que en la vejez son los contenidos los que predominan sobre el proceso. Pues bien, Ortega aspiraba a que la teoría de las generaciones pudiera ofrecer el método rigurosamente preciso de que la historia ha carecido en sus interpretaciones e incluso en su propia y peculiar construcción.

Es muy posible, sin embargo, que esa pretensión metodológica sea también utópica, dadas las dificultades que presenta la aplicación de la teoría. La primera dificultad está en el problema de la imputación, clave en toda manifestación de la sociología del saber. La generación, como la clase en la teoría de las ideologías, invita a la hipostasis. La cuestión no parecería insoluble si no hace de la generación —como

que hay traducción española (Madrid: Aguilar, 1957), y recientemente en L. v. Friedeburg (ed.), *Jugend in der modernen Gesellschaft* (Köln-Berlin: Kiepenheuer & Witsch, 1965).

H. Plesner, "Het problem der generaties", en Groenman, Heere y Vercruijse (eds.), *Het sociale leven in al zijin facetten*, parte I (Assen, 1958).

no lo hacía Ortega— una entidad sustante, sino un campo unificado de “vivencias comunes”, dicho sea en la terminología de Mannheim. Sin embargo, como esas vivencias derivan de situaciones objetivas, de acontecimientos externos, desde los más universales a los puramente domésticos, la segunda dificultad surge con la presencia de esos elementos epocales que pueden parecer más fundamentales y determinantes que los estrictamente generacionales. En cualquier caso, ensamblaje de unos y otros es ineludible y enturbia la pureza metódica. La tercera y más grave dificultad se encuentra en la fijación temporal o cronológica de las series generacionales. La propuesta orteguiana de tomar como punto de partida la denominada “generación decisiva” se vincula a su concepción de las grandes transformaciones del mundo y continúa en una orientación *geistesgeschichtliche*. En suma, la aceptación sociológica de la teoría de las generaciones, más allá o más acá de la sucesión de ideas y estilos, en modo alguno facilita el problema de la fijación temporal.

La inevitable arbitrariedad que arrastra consigo el momento de la determinación sociológica se delata en los diversos intentos de tipo literario en que unos y otros se adscriben a una determinada generación, desde luego en la convicción incommovible de su importancia, es decir, de que se encuentra cargada de destino.

Sin embargo, aunque la aspiración orteguiana no se cumpla o no se pueda cumplir y a pesar de todas las dificultades señaladas, es indudable el valor heurístico de la teoría de las generaciones. Si renunciando a lo rigurosamente preciso, se acepta lo meramente “plausible” o relativamente aceptable, resultan inagotables las sugerencias que ofrece esta teoría para la interpretación histórico-sociológica. Ningún estudio de la juventud puede prescindir de ella cuando, por encima de todo estrecho funcionalismo, recuerda y trata de apresar la dimensión histórica de la vida. Como ocurre con toda técnica, con todo método, el valor heurístico de la teoría dependerá de quien se arriesgue a manejarla. Como ya ha mostrado, contribuirá a la

gran interpretación brillante, pero no podemos ni debemos hacerla responsable de la gran majadería.

Reconocido el carácter arbitrario que amenaza cualquier fijación de la fecha originaria de una serie generacional, no sería disparatado conceder a las exigencias de la investigación empírica que fijasen desde su punto final y casi de modo automático —con el riesgo de incurrir en los pecados de la calificada interpretación cronológica— la articulación de fechas de las generaciones hoy contemporáneas. Esta arbitrariedad, no mayor que otras, vale la pena intentarla y se impone por sí misma si partimos simplemente de lo que ofrece nuestro “ahora”. La investigación empírica de la juventud tiene por objeto “la última generación” la formada por los muchachos que hoy se encuentran entre los quince y los veinticinco años, es decir, los que nacieron hacia 1940. Retrocediendo, llegaríamos hasta la primera generación hoy viviente, la de los sexagenarios nacidos alrededor de 1903. La fecha de nacimiento de la generación dominante —a partir de los cuarenta que cuentan cuarenta años— se fijaría hacia el año 1920. ¿Qué acontecimientos epocales —nacionales, americanos y universales— cabe presumir decisivos por esas fechas en la precipitación de las vivencias comunes?

La investigación tan ambiciosamente demarcada vendría a ser así una interpretación de la historia latinoamericana a través del prisma de las generaciones vivientes. La historia social de este siglo latinoamericano está aún por hacerse. ¿Por qué no intentarla como la historia de sus generaciones?

Se emprenda o no de esta suerte, la validez de la investigación empírica de la última generación, tal como ha sido aludida en distintos momentos, queda por completo intacta. Las técnicas empíricas de que hoy se dispone serían las únicas aplicables en toda su variedad. Pero al salir de ella para remontarnos a las anteriores, esas técnicas ya no podrían ser las mismas. En efecto, las “investigaciones repetidas” sólo son po-

sibles respecto a las generaciones posteriores. Sin embargo, aunque en la investigación propuesta predominaran los métodos clásicos de la hermenéutica histórica, no sería imposible, dada la proximidad en el tiempo, innovar en ciertos aspectos con los métodos de la ciencia social contemporánea: “análisis de contenido”, correlaciones estadísticas, etc.

Dicha investigación, sugerida sin la menor solemnidad por un miembro de la que acabamos de denominar “primera generación”, no puede realizarse sino con el esfuerzo mancomunado de las generaciones más jóvenes. Sospecho que esta incitante sugestión —bien poco egoísta— no ha de caer en saco roto.

TERCERA PARTE

Teoría e investigación

LAS RELACIONES ENTRE LAS INSTITUCIONES SOCIALES Y ECONÓMICAS

I. CUESTIONES TEÓRICAS GENERALES

Las cuestiones metodológicas y de principio suelen parecer digresión enojosa que no hacen sino retardar el instante de encarar de modo directo los problemas que realmente importan. Tienen por eso un público escaso y siempre conviene manejarlas con mesura. Son, sin embargo, indispensables, cuando se quiere obtener la máxima claridad en los planteamientos. Es decir, para saber, por una parte, qué es lo que puede preguntarse con sentido y, por otra, qué es lo que puede esperarse de la respuesta. Tal como se enuncia en su título, el tema de este trabajo lleva implícitas dos cuestiones, dos supuestos inexpresos, que es necesario considerar previamente. Alude, en efecto, por un lado a las posibilidades de construcción de un modelo del desarrollo económico y social de los países latinoamericanos, modelo en que se muestren además, o se tengan en cuenta, las conexiones recíprocas entre las distintas instituciones. Y, por otro, parece atribuir la tarea de semejante construcción a la especialidad o peculiar punto de vista que supone la sociología. Esas dos cuestiones pueden en consecuencia formularse en la forma de las siguientes preguntas: ¿Qué es lo que cabe esperar del análisis sociológico en las tareas del desarrollo? ¿Qué significa propiamente la palabra "modelo"?

En otro lugar se examinaron con algún detenimiento las cuestiones más generales que se refieren al papel del sociólogo en las tareas del desarrollo; huelga por eso su reiteración en estos momentos. Conviene, sin

embargo, recordar que el alcance de ese papel varía según la amplitud que se asigne a la responsabilidad intelectual de la sociología. Puede considerarse al sociólogo como simple colaborador, entre ciertos límites, en las labores más esenciales del economista; puede concedérsele un campo específico en determinados sectores de la investigación y de la doctrina; o cabe, por último, admitir que en su tarea puede llegar hasta las últimas posiciones crítico culturales y ser por tanto partícipe en las orientaciones generales —incluso políticas— del desarrollo económico.

Pero aquí interesa enfocar la cuestión del valor de la sociología en las tareas del desarrollo en forma distinta. Se exige examinar, por una parte, las relaciones de la sociología con la acción práctica y, por otra, las conexiones de la construcción teórica con la investigación empírica. Se entiende dentro estrictamente de nuestro tema.

No habría razón alguna para plantear la primera de las cuestiones indicadas si la labor sociológica quedase meramente reducida al ámbito académico del análisis teórico. Pero sucede hoy —no siempre sin peligros— que un vasto público más o menos lego demanda de la tarea sociológica aplicaciones inmediatas de carácter práctico análogas a las que se exigen a otras disciplinas sociales, y a la ciencia económica muy en particular. Demandas de las que participan además organismos de toda índole, públicos y privados. Conviene por eso despejar rigurosamente el terreno, y señalar las distintas pretensiones ofrecidas hasta hoy por la sociología en sus relaciones con la praxis. Claro es que sólo se hace aquí en rápido esbozo.

Para una primera concepción de las mencionadas relaciones —todavía hoy vigente— la actividad del sociólogo significa una postura crítica de carácter total de la sociedad en que vive y con que se enfrenta; crítica que se apoya por eso de modo necesario en un momento ideológico o de concepción del mundo y que ofrece como resultado la propuesta de una remodelación completa de esa sociedad, en una u otra dirección, de izquierda o derecha.

Para una segunda posición, la pretensión no es tan

amplia, pero no por eso menos ambiciosa. Al momento ideológico de la postura anterior sustituye ahora uno de riguroso carácter científico. La sociología se proyecta como una disciplina de naturaleza funcional capaz de desprender, al igual que otras de esa misma clase, orientaciones precisas para la conducta práctica. La praxis derivada del análisis sociológico no pretende la reforma o transformación completa de la estructura social, sino la eficaz actuación sobre uno u otro de los componentes de la misma, quizá de acuerdo con metas que le han sido fijadas de antemano. La sociología acentúa en este sentido su significación "operativa" y aspira a ofrecer como otras ciencias un repertorio de afinados instrumentos. Hasta qué punto haya alcanzado la sociología semejante grado de madurez es cosa que no corresponde examinar aquí y ha de quedar por lo menos como cuestión problemática.

En una tercera posición, por último, las relaciones entre teoría y praxis se presentan menos comprometidas, pues no se trata en ella de formular predicciones de estricta precisión científica —aunque sean limitadas— análogas a las del conocimiento de las disciplinas naturales, sino de "comprender" una situación social de carácter histórico. Aspira, por consiguiente, a un tipo de análisis en que se muestre la estructura y las tendencias dinámicas de esa situación, proyectando hasta donde sea posible las diversas probabilidades en ella contenidas. La sociología destaca aquí su valor de "diagnóstico". Y éste, una vez realizado, deja a las responsabilidades de la acción y al influjo de otros puntos de vista de elección entre las alternativas posibles. Ésta es la postura, importa declararlo, aceptada en este trabajo.

También interesa fijar con igual claridad, y aunque parezca de pasada, el otro punto referente a las relaciones actuales entre la teoría y la investigación empírica. Es muy posible que nos encontremos con una situación —y pudiera quizá probarse con calma— en que existe ya un relativo consenso respecto a los planteamientos generales teóricos en la sociología del desarrollo económico. Al menos puede contarse con cierto número de hipótesis de trabajo que mantienen su

validez hasta ahora. No se afirma con ello en modo alguno que hayan perdido todo su interés e importancia tanto la elaboración cuidadosa de la teoría general, como la busca y afinamiento de las categorías e instrumentos conceptuales que se consideren más adecuados.

Con respecto a América Latina parece evidente que las mayores lagunas y fallas no tanto se encuentran en los planteamientos teóricos en la carencia de las aportaciones concretas de la investigación empírica. Esas investigaciones, aparte el saber que puedan significar por sí mismas, sirven para confirmar o desechar hipótesis generalmente admitidas pero que provienen de otros medios sociales. Podría sostenerse por eso que, en la fase actual del esfuerzo por conocer los aspectos sociales del desarrollo económico, el centro de atención se desplaza y debe desplazarse al acopio de esas investigaciones empíricas de base. En efecto, es necesario reconocer que respecto de un número considerable de problemas carecemos todavía de las descripciones empíricas más elementales.

Ahora bien, reconocida esa necesidad, deben asimismo encararse de frente algunas de sus dificultades y peligros. Sólo cabe esbozarlos en forma apresurada. Como es de todos sabido, las dificultades mayores radican en la escasez —y a veces total ausencia— de personal competente, en la pobreza de los medios instrumentales y financieros, y en la exigüidad de los centros u organizaciones capaces de coordinar unos y otros.

De otro lado, los peligros provienen en parte del entusiasmo con que se acoge hoy la denominada "investigación científica". Y consisten más que nada en lo que podría llamarse un afán imitativo, innecesariamente perfeccionista, que puede malograr no ya los resultados, sino el simple planteamiento de muchas investigaciones. Es urgente desde luego poseer un cuadro que ponga en orden preciso y sistemático las que son más indispensables, pero no menos importa una conciencia clara de los límites en que deben realizarse. Dada la situación de América Latina se requiere plantear investigaciones que no pretendan llenar el máxi-

mo de la aspiración científica, sino que en forma modesta en determinadas ocasiones ofrezcan los primeros pasos en el conocimiento de la realidad.

Siempre y en todas partes el avance de la ciencia social —y de la sociología muy en particular— se ha realizado en torno de algunos temas que, distintos según los momentos, polarizaban la atención no sólo de científicos y políticos, sino del público en general. El "tema del desarrollo económico" en América Latina tiene esa significación capital en estos momentos. Conviene por eso hacerlo explícito, para que desde su perspectiva —como centro de convergencia y orientación teóricas— se analicen no sólo las cuestiones estrictamente económicas, sino todas las relacionadas con ellas en forma muy estrecha, como son las sociales, políticas, educativas, etc.

II. EL "TIPO IDEAL" DEL DESARROLLO EN LA HISTORIA OCCIDENTAL

1. *Weber y las condiciones sociales de la economía liberal*

Cuando se trata de construir un modelo del desarrollo económico suelen seguirse dos caminos: o se acude al historiador o se invoca al economista. Quizá lo más fecundo sería no separar en momento alguno ambas perspectivas, pero son escasas las figuras y los libros en que se da semejante compenetración. Por eso nada tiene de extraño la frecuencia con que se acude en nuestros días a la obra de Max Weber en busca de inspiración y enseñanza. En efecto, cuando desde una perspectiva histórica se quiere entender lo ocurrido en el desarrollo económico de occidente —de elaborar por tanto el tipo ideal de su trayectoria— no puede eludirse un primer contacto a fondo con la interpretación del sociólogo alemán. Sin embargo, a pesar de la reiterada apelación a sus teorías en el momento actual, no siempre se muestra con claridad la doble contribución que su obra representa, pues si, por un lado, es el intento hasta ahora más plausible de interpretar el origen y la formación de la moderna economía occidental, por otro, ofrece quizá también la construcción

más acabada del “modelo” o paradigma de la estructura liberal-capitalista de una sociedad. Conviene recordar sucesivamente y en forma sumaria estos dos momentos.

Sabido es que el esquema weberiano del origen histórico del capitalismo —del moderno sistema industrial— trata de responder a una pregunta incisiva sobre cual sea la peculiaridad más significativa de la cultura occidental. Es decir, intenta encontrar las razones de este hecho: que el capitalismo sólo se haya producido en Europa con las notas que hoy se aceptan como típicas de su forma industrial, aunque antes y en otras partes del mundo se diera con diversas características. A tenor de la aguada versión de los manuales, la ética religiosa del protestantismo —del calvinismo en particular— vendría a ser algo así como la causa del capitalismo moderno. Sería impertinente ahora ni siquiera insinuar el carácter simplista de semejante y vulgarizada versión; como tampoco es cosa de considerar, ni aun en forma alusiva, la polémica desencadenada por la auténtica tesis weberiana. Es de suyo evidente, y bastaba para comprobarlo en caso de duda con una rápida ojeada a su *Historia Económica General*, que Weber conocía toda la complejidad del problema y que en modo alguno se desentendió de los factores externos que favorecieron la formación del capitalismo europeo.

Peró para lo que ahora importa —los fines que presiden este trabajo es posible prescindir de todo lo que no sean dos elementos esenciales. El primero se refiere a la formación de lo que más tarde denominaremos disposición económica general; el segundo guarda relación con las condiciones que hicieron posible el despliegue efectivo de la mencionada disposición. En palabras de Weber, se trataba en primer lugar de explicar la aparición de un determinado *ethos* profesional, o si se quiere en términos psicológicos y más actuales, de los hábitos de trabajo de la sociedad industrial. ¿Cómo se ha formado la actitud racional, sobria y disciplinada que había de ser el sostén psicológico de la vida económica moderna? ¿Cómo surge la “racionalidad económica” y qué relación mantiene

con el proceso general de racionalización de la cultura entera de occidente? La respuesta es bien conocida. Pero no debe olvidarse que la influencia en este punto del protestantismo —a través de la ética religiosa alimentada por peculiares soluciones al problema de la salvación— no hacía sino acentuar o llevar a plena forma en todo caso, tendencias permanentes de la cultura occidental, manifiestas al mismo tiempo en campos distintos, y muy en particular, el de la ciencia que tuvo su origen precisamente en países católicos.

Ahora bien, a la consideración parcial de la obra weberiana se debe que no se haya prestado la debida atención al segundo elemento antes indicado, pues su puesta la formación del *ethos* profesional moderno, y de los hábitos de trabajo que lleva consigo —de determinados *economic commitments* como se dice ahora— ¿cómo pudo desplegarse y funcionar de modo efectivo semejante racionalidad económica? La respuesta —menos reiterada o vulgarizada que la anterior— se encuentra en la historia del derecho y de la administración de los países occidentales, que tienen orígenes —políticos, profesionales e ideológicos— en buena parte independientes de toda condicionalidad económica. Sin la seguridad otorgada por los sistemas jurídicos continentales o del "*common law*", sin la previsibilidad del futuro garantizada por la "burocra-cia" profesional, hubiera sido imposible el cálculo y la estabilidad en las expectativas que exige la racionalidad económica, hubiera sido irrealizable la maduración social de las más sobrias actitudes de trabajo y disciplina. A la luz de esa singular experiencia histórica, lo ocurrido en sistemas económicos muy distintos o a través de procesos históricos muy diferentes, lleva sin embargo a la misma pregunta: ¿cómo ha surgido y se ha mantenido en ellos la necesaria "racionalidad económica"? ¿En el Japón por ejemplo, o la Unión Soviética? ¿Cómo puede conformarse en los países poco desarrollados?

Pero, como antes se dijo, el significado de la aportación weberiana no sólo radica en ser una interpretación inteligible —pues no pretende otra cosa— de la configuración originaria del industrialismo moder-

no, sino de haber formulado con análoga brillantez el paradigma —como hoy se diría— de las “condiciones sociales” de la “economía liberal”. De suerte que cuando se examina la bibliografía contemporánea sobre el tema nos topamos una y otra vez con los elementos conceptuales de aquel paradigma. Dado que la idea básica en que se apoya es la de la “racionalidad formal”, su fórmula más concentrada pudiera ser ésta: los supuestos sociales de la “economía liberal” son los que hacen posible y fundamentan el ejercicio de semejante racionalidad. En principio, esos supuestos pueden reducirse a los que gobiernan estos tres campos: el mercado, las relaciones de propiedad y de trabajo, y la organización política económica.

Un sistema económico funciona con arreglo a las exigencias de la idea de racionalidad formal: primero, cuando, sobre el supuesto de una determinada demanda efectiva, existe competencia plena entre entidades autónomas y riguroso cálculo de capital; segundo, cuando en las relaciones de la propiedad se da además la completa apropiación por parte de la empresa de los medios materiales de producción, y en la relación de trabajo domina el contrato formalmente libre; lo que va acompañado, en tercer lugar, por un estado que se limita a mantener un sistema monetario racional, un derecho y una administración del mismo tipo, y en todo lo demás abandona a su propio juego el funcionamiento de la vida económica. Dicho de otra forma, la racionalidad formal de la economía tiene su más exacta traducción en el cálculo de capital, lo que a su vez requiere —y volvemos a encontrarnos algunas de las condiciones señaladas— libertad rigurosa de mercado, estabilidad disciplinaria de la empresa y relaciones estables de apropiación. Ahora bien, los mencionados elementos del paradigma weberiano son los que se encuentran implícitos o explícitos, articulados de una u otra manera y con meras diferencias terminológicas, en la bibliografía reciente (Parsons, Lewis) dedicada a examinar el tema de los aspectos sociales del desarrollo. Y de ese esquema se derivan y suelen derivarse, por añadidura, orientaciones de política económica y social.

2. *La invalidación histórica del paradigma weberiano*

Sucede, sin embargo, lo siguiente: ese paradigma constituye, a no dudarlo, la expresión más acabada de una interpretación sociológica de las condiciones sociales de la economía liberal, o sea, sigue valiendo en ese sentido en su papel teórico, pero en cambio parece incuestionable que hoy no encarna por completo la situación actual de las sociedades industriales más maduras. Dicho en otra forma todo lo ocurrido hasta aquí en el proceso real de las economías occidentales durante las últimas décadas supone en definitiva la invalidación, al menos parcial, del referido paradigma. Ello llevaría a examinar lo que esa invalidación significa tanto por sí misma como por lo que representa para los países en vías de desarrollo. Las alteraciones ocurridas en el conjunto de las condiciones sociales del capitalismo liberal son de muy varia índole, y se exigiría examinarlas una a una, al hilo de su enumeración anterior. Pero quizá baste decir, por lo pronto, que esa invalidación ha consistido en su esencia en el mayor o menor abandono del principio de la racionalidad formal y su sustitución en todo o en parte por principios de racionalidad material o funcional.

Como es bien sabido, las transformaciones económicas han consistido primero en el deterioro de las relaciones de libertad rigurosa de mercado o, como se formula hoy, de las situaciones de competencia perfecta. Segundo, en la mutación de las relaciones de trabajo, establecidas en teoría aun por libre contrato pero que de hecho escapan a la situación disciplinaria típica de la empresa de los primeros tiempos, sea por la acción de las organizaciones colectivas o por el influjo de las tendencias inexpresas a la estabilización o apropiación de los puestos de trabajo. Y tercero, muy en particular, por el abandono en todas partes de la posición rigurosamente neutral del estado frente a los asuntos económicos, y su intervención mayor o menor en su regulación o en la actitud económica misma.

En los países de mayor madurez económica esos

cambios se han visto acompañados por transformaciones de gran alcance en la estructura social que no es posible examinar en debate, pero que se traducen en su último extremo en una mayor equiparación del nivel de ingresos y de vida, y en una atenuación —no eliminación, naturalmente— de los conflictos entre las clases. Lo reseñado de esta suerte, y que se ha resumido de acuerdo con la terminología weberiana en la frase —crítica al parecer—, de la sustitución de la racionalidad material por la formal antes vigente, es cosa que describen hoy con la más varia terminología y desde diferentes puntos de vista tanto los sociólogos como los economistas y los teóricos de la política. Unos desde la perspectiva del mercado: el paso del mercado de competencia perfecta hasta los mercados de competencia imperfecta en sus varias formas. Otros, esforzándose por encontrar la nota definitoria de la distinta estructura social: el predominio de la “organización”, por ejemplo. Otros más, en fin, describiendo o formulando la teoría del *welfare state* y los problemas que trae consigo, constitucionales y administrativos.

Ahora bien, desde el ángulo de nuestra actual preocupación —la de los países en vías de desarrollo— el hecho decisivo que importa fijar es que la imagen real, el modelo efectivo que tienen hoy ante sí esos países y que atrae ante todo su atención —manifestación del famoso *demonstration effect*—, no es la condensada en el histórico paradigma, sino la que es producto vivo de su transformación. Por tanto, las orientaciones derivadas del clásico esquema, y que una y otra vez se proponen para esos países, contradicen su auténtica experiencia del mundo contemporáneo. En este sentido la tarea del pensamiento actual —y existen algunas manifestaciones— no es tanto reiterar con insistencia académica —inocente si no fuera a veces peligrosa— las notas del paradigma weberiano, como si todavía fueran aplicables a las condiciones del mundo económico contemporáneo, sino la de construir el nuevo “modelo” de las condiciones sociales que hacen realmente posible la continuación del capitalismo en su forma actual.

La contradicción entre la imagen teórica y la imagen realmente vivida viene a complicarse más todavía en los países en vías de desarrollo por la presencia del "modelo" soviético que, claro está, tiene supuestos distintos de los tradicionales, tanto en lo que se refiere al tipo de las "vigencias" racionales de sus agentes, como a lo relativo a las condiciones sociales y políticas de su organización.

III. EL CONCEPTO DE MODELO EN EL PENSAMIENTO ACTUAL

1. *Historia y teoría del modelo*

En la sección anterior se ha cometido una infidelidad que es necesario salvar ahora como punto de partida de la que aquí se inicia, pues en la aceptación de la interpretación weberiana de los orígenes del capitalismo se han empleado para designarla, con evidente flotación terminológica, denominaciones que no hubiera aceptado su propio autor. Se ha estado hablando de modelo y paradigma para designar lo que en la propia teoría metodológica de Max Weber se define con precisión como "tipo ideal". De esta manera nos encontramos de lleno frente a un problema aparentemente menor, pero que no deja de ser grave en el estado actual de las ciencias sociales: la continuada creación de nuevos términos, el empleo de los ya conocidos con nuevo significado y, en general, el deterioro sufrido en las distintas rachas de la moda intelectual por conceptos que siempre deberían tener un empleo muy riguroso.

Tal es lo que ahora ocurre con el término "modelo", empleado con los más diversos significados en todas y cada una de las varias disciplinas de la ciencia social: economía, sociología, psicología, ciencia política, etc. La narración de lo ocurrido con este término en nuestros días está por escribir, y en estos instantes sólo parece oportuno señalar sus líneas más generales. Las cuales se tienden entre los dos extremos de una interpretación de ese modelo históricamente saturada y una concepción rigurosamente matemática del mismo.

Sin que sea ahora posible llegar a mayores precisiones, cabe imputar el origen del uso del "modelo" al concepto de tipo ideal en la metodología de Max Weber, que a su vez tiene sus propias fuentes de inspiración. Ahora bien, el tipo ideal como construcción interpretativa tiene en Weber el significado riguroso de ser una elaboración acentuada de ciertos rasgos existentes en un determinado fenómeno real; acentuación o exageración necesarias para facilitar su mejor comprensión. El tipo ideal así construido es sólo un instrumento heurístico para constatar si lo ofrecido por la realidad se acerca o distancia de lo articulado con la mayor plenitud lógica en el concepto. Es esencial, sin embargo, que su elaboración se apoye en los datos empíricamente ofrecidos por los hechos históricos mismos. Pero sin abandonar ese su contenido histórico, una posición posterior ha tratado de eliminar todo lo que puede considerarse artificioso en la metodología weberiana relativa al "tipo ideal", proponiendo la construcción de "tipos reales". Esa posición está representada en su forma más cabal por los modelos que formularon Eucken y el grupo de economistas franceses contemporáneos que siguen la teoría de los sistemas y de las estructuras económicas.

Una significación muy distinta tiene el modelo en otras direcciones de la teoría económica contemporánea. Aquéllos más conocidos, y sobre todo los que se ofrecen en la teoría del desarrollo económico, son, por su naturaleza o contextura lógica, verdaderas teorías cuantificadas o —para expresarlo con mayor rigor— series de hipótesis cuantificadas. Por último, el modelo aparece algunas veces en la ciencia social con el carácter que posee en las disciplinas físico-matemáticas, es decir, con la pretensión de ser una formalización de relaciones isomórficas. Basta esta rápida referencia a los principales tipos de modelos ofrecidos por la ciencia social actual para plantear con algún rigor la relación del modelo económico y del modelo social en la teoría del desarrollo económico.

Dado que el modelo más frecuente de la teoría económica constituye, según acaba de señalarse, una teoría cuantificada o un conjunto cuantificado de hipó-

tesis, se destaca como supuesto esencial de esa cuantificación la posibilidad de medida, exigiéndose —como siempre ocurre en toda teoría económica— que la cuantificación se traduzca en relaciones causales. No corresponde a este instante la crítica del modelo económico así concebido, sea por la naturaleza de su validez o por su alcance metodológico, ni tampoco determinar si puede aceptarse por completo en lo que tiene de pretensión teórica o si sólo cabe hacerlo por su valor instrumental, y cuáles son los límites en la construcción del mismo. El punto de vista crítico de la perspectiva del sociólogo sólo aparece propiamente cuando se trata del funcionamiento de modelo.

Lo que importa ahora es examinar hasta qué punto es o no posible ampliar el contenido de este modelo económico, tratando de insertar en él determinadas variables de carácter social. La aplicación de ese modelo a las cuestiones sociológicas puede tener en algunos casos, y por lo pronto lo tiene, un simple valor metafórico, como ocurre con la tendencia reciente de manejar, tanto en la sociología como en ciencia política, la terminología y el esquema del análisis económico del insumo-producto. Mas semejante uso, como sucede por lo general en estas transposiciones analógicas, no deja de ser peligroso si induce a la confusión de que se está ante proposiciones de idéntica precisión en unas y otras disciplinas. Ahora bien, este uso o empleo metafórico —es decir, la transferencia del modelo económico como teoría cuantificada del campo mensurable de los fenómenos económicos a los más complicados y menos sujetos a medida de otras ciencias sociales— permite descubrir cabalmente los puntos débiles de éste y otros ensayos semejantes. En la producción intelectual acuciada por los problemas del desarrollo económico, la teoría de Rostow ha sido, como se sabe, un intento de incluir en el modelo económico variables de carácter social; pero las “propensiones” con que trata de apresar esas variables sociales —por ejemplo, la denominada propensión a la procreación, o la propensión a la innovación o la que tiende a la mejora material— no pueden equipararse en su precisión cuantitativa a las variables estrictamente econó-

micas. Por eso se ha dicho con razón que si desde el punto de vista económico es escasa su utilidad, tampoco es satisfactoria desde el punto de vista sociológico.

En el ensayo de Rostow se ha puesto claramente de manifiesto dónde está la falla de la aplicación del modelo económico, en estricto sentido, a factores sociales; su carácter problemático reside en el doble hecho de la complejidad y multiplicidad de esos factores o variables y en las resistencias que los mismos ofrecen a la requerida cuantificación. Quizá pueda llevarse a cabo algún día, pero no parece viable por ahora la construcción de hipótesis cuantificadas con variables de muy distinta naturaleza, ni existe la posibilidad de actuar operativamente por el encadenamiento causal de una y otras.

Es más, aun en el caso de modelos de distinta naturaleza como son los construidos por el análisis histórico-estadístico, es decir, estrictamente inductivos, no puede precisarse con todo rigor el grado de interdependencia de los fenómenos puestos en correlación, reconociéndose que varía y depende de factores no económicos: por ejemplo, la estructura social, el cuadro político o el medio cultural. Así lo declara Kuznets.

Esta referencia basta para plantear la cuestión de hasta qué punto sea posible para el sociólogo la construcción de modelos equiparables a los económicos en estricto sentido por lo que respecta a su rigurosa significación causal. Pues bien, no cabe duda de que el sociólogo podría construir un modelo semejante si contase con una completa teoría funcional de la sociedad, plenamente comprobada.

Como es sabido, en los últimos años predominó en sociología el intento de formular esa teoría; y existen, a no dudarlo, resultados valiosos aunque sólo tengan, precisa reconocerlo, una significación instrumental o heurística.

Más la teoría funcional, como tal teoría —es decir, como el intento de formular el sistema de los componentes institucionales de una sociedad— falla en lo que ahora más importa, en el conocimiento exacto

—predicible de las relaciones tanto de interdependencia como de equilibrio entre tales elementos. El sociólogo podría construir el modelo buscado, análogo en su naturaleza al económico, si dispusiera de un sistema de hipótesis precisas sobre los mecanismos que hacen posibles las mencionadas relaciones de interdependencia y sobre los mecanismos que tienden —según se afirma— a producir asimismo relaciones de equilibrio. En tales circunstancias las variables conjugadas en el modelo podrían manejarse en auténticas “funciones”, haciendo viable, junto con la predicción rigurosa, la posibilidad de operar prácticamente partiendo de cualquiera de ellas.

Sin embargo, y sin ánimo alguno de polémica, se impone confesar que no se posee por el momento un saber semejante y que la precisión conceptual que a veces presentan las teorías sociológicas de carácter funcional se debe a una tautología subyacente.

La plena validez del “modelo” sólo se ofrece en sus puras formas matemáticas allí donde es posible traducir con exactitud en un determinado lenguaje lo formulado en otro diferente, y de que es ejemplo ilustre la geometría analítica. Pero esa equivalencia punto por punto de los elementos de dos ámbitos distintos —el completo isomorfismo— difícilmente puede encontrarse entre distintas instituciones sociales. Sin embargo, la atracción metodológica de ese ideal científico puede a veces manifestarse inexpresa, como ocurre en los rigurosos paralelismos categoriales de algunos esquemas de Parsons. Claro que entonces en puro juego conceptual funcionan, a no dudarlo, las equivalencias de los componentes institucionales y por tanto su acción e influencia recíprocas.

Todo lo anterior, que no va más allá de lo meramente alusivo, no pretende criticar el denominado funcionalismo —crítica que mejor se haría desde otros puntos de vista— sin tan sólo señalar lo problemático de la pretensión de que el sociólogo pueda ofrecer en el campo del desarrollo económico modelos “funcionales” equivalentes a los manejados por el economista, es decir, de análoga seguridad operativa. Para evitar equívocos, se impone advertir que no sólo los mayores

sociólogos sino todos los cultivadores de la ciencia social han sido y son funcionalistas en su amplio sentido, pues siempre han concebido a la sociedad como una totalidad dinámica de diversas partes entrelazadas—instituciones, fuerzas sociales, grupos, tendencias, etc.—, cada una de las cuales influye con sus alteraciones en la contextura de las demás y del conjunto. Esa concepción es el punto de partida de todo intento de comprender históricamente la realidad social y el supuesto de cualquier tipo o modelo. Sólo varía la pretensión de exactitud.

2. *Los componentes sociales del modelo económico*

En esa aspiración a entender la sociedad como complejo de instituciones y estructura, las distinciones fundamentales que hoy día se reiteran cuando se analizan los aspectos sociales del desarrollo económico tienen asimismo una inmediata filiación weberiana, es decir, la distinción de base entre instituciones económicas e instituciones “económicamente relevantes”. Es cierto que las páginas de su *Economía y Sociedad* en que aparece esa distinción no tratan de las instituciones, sino de las comunidades económicas, pero desde luego valen para unas u otras. Las comunidades económicas en estricto sentido son las que despliegan una actividad de ese tipo—para el logro de un beneficio o para la cobertura de sus necesidades— como finalidad propia o primaria. En cambio, las comunidades “económicamente relevantes” son aquéllas en que su actividad peculiar, sin ser económica, puede representar un “momento causal” en el proceso de una actividad económica. Entre ellas destacan las comunidades reguladoras de la economía. Distinciones que valen, como antes se dijo, si en vez de comunidades se utiliza el concepto de instituciones. Weber, en esas mismas páginas, ataca precisamente como prejuicio histórico la “conexión funcional” de la economía con otras estructuras sociales, si por tal se entiende una “inequívoca” condicionalidad recíproca. Pero es significativo al mismo tiempo que se postule en ellas el valor de ese funcionalismo en forma más moderada. En efecto, es

posible afirmar en principio que existe una "afinidad electiva" entre determinadas estructuras económicas y ciertas estructuras sociales, o sea, que es posible decir en qué medida son "adecuadas o inadecuadas" entre sí, cómo y en qué grado se favorecen, impiden o excluyen recíprocamente. Esta posición, que en definitiva es la clásica en la tradición sociológica, puede parecer insuficiente a algunos. Sin embargo, dentro de sus límites, permite diagnosticar con alguna eficacia en la complejidad de las situaciones históricas, entre los dos extremos de la fe exagerada en el valor de la absoluta predicción científica —cuantificable— y el desaliento que provoca el abandono a la marcha ciega.

Las referidas distinciones, aunque no siempre aparezcan articuladas de igual manera, constituyen el esquema fundamental de todo tipo o modelo del desarrollo económico desde la perspectiva del sociólogo. Las encontramos por eso necesariamente de una u otra forma en el pensamiento posterior, y así ha sido en una de las más finas y adecuadas presentaciones recientes, la de W. E. Moore. Conviene por eso recordar muy rápidamente su distinción entre los requisitos primarios (*first-order requirements*) y los secundarios (*second-order requirements*), paralelos a la separación entre instituciones económicas e instituciones económicamente relevantes cuando se trata del cuadro institucional. Es cierto que al lado de éste sitúa Moore el cuadro constituido por la organización y el cuadro —en su primera formulación— de las motivaciones y actitudes. Sin embargo, lo que interesa observar ahora es que en el cuadro institucional señala entre los requisitos de primer orden a la propiedad, a la mano de obra y a las relaciones de cambio o de mercado, y entre los de segundo orden al régimen político, a la ciencia y la técnica y a las formas de estratificación. Es decir, la fidelidad del autor al esquema tradicional se muestra en el carácter secundario —regulador— que otorga al orden político, lo que permite plantear una cuestión respecto a la universalidad del esquema, si se atiende a la posibilidad —históricamente realizada— de que ese orden

político tenga un papel y significación diferente. Con todo, el esquema es válido dentro de la tradición occidental aun dentro de sus posibles variantes.

En este momento —y sólo a título ilustrativo, pues en modo alguno se pretende agotar el tema— conviene señalar la presencia en la bibliografía más reciente de otros esquemas en los que sin embargo siempre juegan los mismos elementos. Así ocurre con el grupo de economistas franceses que destaca la significación de los conceptos de estructura y de sistemas sociales para la teoría económica. En este sentido, A. Marchal concede considerable atención, entre las estructuras que integran los regímenes económicos —aparte las demográficas, físicas y económicas en estricto sentido— a las que denominan estructuras de encuadramiento, o sea las de carácter social y psicológico. Semejantes estructuras comprenden las “instituciones” (sean instituciones-cosa o instituciones grupo), las estructuras sociales y las estructuras mentales o psicológicas. Basta su enumeración para subrayar el consenso existente hoy sobre este punto. Con el nombre de instituciones-cosa (nombre poco feliz derivado de las tradiciones del institucionalismo francés), considera al derecho de propiedad y al contrato, y entre las instituciones-grupo, al estado y a los sindicatos. Entre las estructuras sociales señala la morfología social, las relaciones entre los diversos grupos y la movilidad. Y entre las estructuras mentales trata, entre otras, de la actitud respecto del trabajo, del espíritu de riesgo y de competencia y del culto al progreso.

El elemento dinámico que en la elaboración de Moore tienen los motivos está representado en la teoría de Marchal por lo que califica de “fuerzas autónomas”, y que son el progreso técnico, la población y el movimiento de las ideas. Sin embargo, estas proposiciones de A. Marchal sólo adquieren su pleno significado dentro de la teoría más amplia de los sistemas económicos y de su peculiar plasticidad y dinamismo, lo que abre ya desde su punto de partida horizontes muy amplios al análisis sociológico.

Con la declarada intención de formular un modelo

del desarrollo económico, cabe citar por último la articulación contenida en el libro reciente de S. Klatt, de considerables pretensiones teóricas. En el modelo de Klatt se distinguen con este nombre los elementos reguladores y dinámicos del proceso industrial, destacándose entre los elementos reguladores activos las agrupaciones sociales —el estado muy en particular— y las denominadas fuerzas sociales, que son la religión, el derecho y la educación. Entre los elementos activos o impulsos se cuentan el crecimiento demográfico, el progreso técnico y la actividad del empresario, sea éste público o privado.

El esquema de Klatt representa uno de los más acusados intentos actuales de integrar en el modelo de crecimiento económico —para ser más precisos, del desarrollo industrial— los aspectos o factores sociales más importantes. Pero como ocurre en otros modelos estrictamente económicos, semejantes factores dejan de figurar pronto de manera decisiva en los análisis del libro.

No sobra recordar que, las más de las veces, en algunos modelos histórico-económicos del desarrollo se encuentra implícito un contenido social. Tal ocurre con las grandes líneas de las teorías de Clark o Forastié, que suponen en sus etapas principales una diversa estructura social. Y lo mismo con las categorías históricas de las cinco fases del desarrollo económico, de Rostow, en cada una de las cuales —se presume— existen condiciones político-sociales de diversa naturaleza.

IV. ESQUEMA DE LOS FACTORES SOCIALES ESTRATÉGICOS EN EL DESARROLLO ECONÓMICO

Con holgura de espacio y tiempo por delante, la tarea inmediata hubiera consistido en aplicar el esquema fundamental antes bosquejado —y en cualquiera de sus posibles articulaciones— a la realidad social latinoamericana, de manera que el “modelo” de las condiciones de su desarrollo bajara del plano abstracto a la situación concreta en que ha de funcionar aquí y ahora. La extensión que tomaría aun el en-

sayo menos ambicioso aconseja renunciar a él en este momento. Por otra parte, sustituir ese tema por el examen en el plano teórico, en forma concentrada, de las principales cuestiones contenidas en el de los aspectos sociales del desarrollo, parece asimismo inconveniente por haberse realizado ya en diversas ocasiones.

Por fortuna, la perspectiva en que está situado este escrito y el impulso intelectual que lo sostiene permiten ceñir la tarea a unos cuantos puntos centrales, pues lo que interesa en estos momentos es la posibilidad de señalar algunos factores o elementos de valor estratégico sobre los que sea posible actuar de alguna forma para acelerar el proceso del desarrollo. Ahora bien, esos elementos o factores son los destacados por unos y otros autores, como se vio en la sección anterior, por su carácter dinámico.

Por otro lado, cabría sostener con abundantes razones que la sociología económica —esa disciplina todavía por hacer de manera sistemática— tiene en definitiva que construirse sobre tres elementos fundamentales: la propiedad, el trabajo y la empresa. En lo que sigue, sin embargo, se prescinde del elemento de propiedad por dos razones. Primero, porque sus características deben admitirse como un supuesto conocido dentro de las economías de tipo occidental y su examen exigiría además considerar todo el cuadro del sistema jurídico actual. Y segundo, porque desde el punto de vista sociológico únicamente importa en realidad una sola cosa: la claridad y estabilidad en los poderes de disposición cualesquiera que sean las formas de esa propiedad. Claro es que tratándose de los países latinoamericanos existe el hecho de la organización defectuosa en muchos de ellos de la propiedad agraria como obstáculo mayor al dinamismo de su desarrollo. Pero se trata de un tema especial que no incumbe examinar ahora. El problema de las modificaciones estructurales requeridas se reconoce por todos, aunque difieran las medidas propuestas para solucionarlo.

1. *La disposición económica general*

Hay además un componente fundamental en la sociología económica de una decisiva significación estratégica, que ya fue aludido sin mayores perfiles en anteriores páginas: el que pudiera denominarse, a falta de otros términos, disposición económica general. Toda la historia económica de Occidente puede trazarse al hilo de la formación trabajosa y lenta de esa disposición o actitud económica; y los problemas más urgentes que ha planteado el desarrollo de los países más atrasados derivan, o han derivado, de la necesidad de crear, conformar o estimular esa disposición económica general. Sin embargo, lo que con este término se indica comprende en realidad dos cosas distintas: las aspiraciones económicas y el sentido de la responsabilidad personal y colectiva.

Es muy posible que la más penosa dificultad de nuestro tiempo estribe en el hecho de que las creencias económicas fundamentales están muy lejos de ser homogéneas. Hay por todas partes una dilatación de las aspiraciones económicas que se confunde con esa ampliación de los horizontes de vida que preside toda gran transformación histórica; hay en todos sitios la misma aspiración a elevar el nivel de vida, e idéntico afán por mejorar la capacidad de consumo, que muchos juzgan simple resultado del tan citado fenómeno del *demonstration effect*. Pero esa dilatación del horizonte vital y económico y ese deseo de satisfacer mayores necesidades no se apoyan en modo alguno en una "creencia económica" igualmente compartida por todos, letrados e iletrados. En cambio, en la historia del desarrollo económico europeo, la creencia económica del hombre de la calle venía a coincidir, supiéralo o no, con las ideas científicas del economista. Ese estado de "efervescencia" o de desorientación en las creencias económicas del momento actual podría conocerse con toda exactitud si dispusiéramos de investigaciones sobre la situación de la juventud contemporánea —como ha visto el economista Raúl Prebisch—, o sobre la posición de los intelectuales, que la traducen en forma dramática.

La contradicción más notoria en el seno de esas creencias consiste, por una parte, en que la aspiración a la mejora del nivel de vida o de la capacidad de consumo puede no estar acompañada del impulso paralelo a realizar el esfuerzo necesario para conseguirlo; y en segundo lugar —simple faceta quizá de la anterior— en que la aspiración individual a esa acentuación en el goce no esté frenada por el necesario sentido de responsabilidad individual y colectiva. En esencia, como debiera saberse, el desarrollo económico, en cualquier circunstancia, es posible únicamente a costa de sacrificios de parte considerable de la población, que sólo hay dos medios de canalizar: el indirecto del beneficio en un sistema, o el directo de la carga impositiva del estado en el sistema opuesto. Pero en ambos casos, ese sacrificio no deja de ser humana y socialmente semejante, cualquiera que sea el criterio con que se le mida. Ahora bien, las vacilaciones en las creencias de nuestro tiempo tienen su origen en la ocultación de ese hecho fundamental, y en la dificultad, por tanto, de que se llegue a una decisión por motivos racionales en favor de una u otra fórmula posibles. ¿Cuál es el estado de esas creencias en nuestros países? ¿Qué es lo que cabe hacer para impulsar y generalizar en ellos la formación que resulte más adecuada de la requerida disposición económica?

Supuesta, desde luego, la persistencia de los regímenes democráticos, no deja de darse en ellos la posibilidad de una acción enérgica en este campo. Por lo pronto —y no será ésta la última vez que aparezca en estas páginas— el sistema educativo ofrece el instrumento más flexible para actuar con continuidad y eficacia. Pero además la acción pública del estado puede utilizar los denominados “medios de comunicación de masa”, siempre que se salven con tacto los escollos de las reacciones negativas que provoca la insistencia prolongada de toda propaganda. Y junto con el estado pueden actuar en el mismo sentido otras fuerzas sociales como la prensa, los partidos políticos y los sindicatos.

Sin embargo, toda esa acción quedaría trunca a la larga si la sociedad no ofrece en la conducta de sus

grupos dirigentes el modelo real de lo que debe ser imitado. Es problemático que una sociedad industrial avanzada —estimulada por el aumento constante del consumo— pueda ser compatible con principios de ascetismo. Pero no cabe duda que todas las sociedades industriales han exigido en las primeras fases de su expansión —cualquiera que haya sido el modo como ésta se haya realizado— una fuerte dosis de capacidad ascética en sus *élites* dirigentes, económicas o políticas. En los momentos actuales ocurre en más de algún lugar que la atonía o desorientación de las masas está producida por la ausencia de las necesarias conductas ejemplares en la minoría dirigente. La presencia de esa conducta ejemplar puede ser decisiva ante el dilema que supone la elección entre una u otra forma de aceptar el inevitable sacrificio: por el camino indirecto del beneficio de la gestión privada o por el directo del sistema impositivo del estado controlado por un grupo político. La capacidad de atracción de la primera fórmula sólo reside en que la minoría dirigente, beneficiaria temporal del esfuerzo de los demás, sea la primera en actuar con la debida responsabilidad; dicho en términos económicos: que el beneficio sea el instrumento visible de una rápida capitalización y no el medio inmoral del gasto ostentoso.

Sobre el suelo de una disposición económica general favorable —ya exista enérgica o más o menos atenuada— no sólo el crecimiento, sino la simple continuidad y persistencia de la actividad económica depende —cualquiera que sea el sistema en que se inserte— de dos capacidades no siempre fáciles de adjetivar: la capacidad de ejecución o de realización, es decir, la capacidad de trabajo en su más amplio sentido, y la capacidad directiva o de gestión, denominada hasta hoy con el término equívoco de empresa.

2. *La capacidad ejecutiva*

Los problemas sociológicos del trabajo, mano de obra o —dicho en su forma más abstracta— capacidad ejecutiva son, como es sabido, estos tres: a) el de la dili-

gencia o impulso al esfuerzo con los atributos que lo conforman y que permiten hablar de la moral o *ethos* del trabajo; *b*) el de la adaptación técnica en el trabajo, y *c*) el de la responsabilidad social del trabajo como expresión de la conciencia de su propia función en el conjunto de la sociedad. En estas rapidísimas notas alusivas a que obliga la contextura de este escrito sólo cabe decir lo siguiente como simple recordatorio: nada ha habido más lento y más difícil que la formación del impulso al trabajo de las que hoy parecen laboriosas masas en los países económicamente más avanzados. Historia morosa en Occidente, volcánica en el mundo soviético, ha consistido en la imposición de una disciplina contraria siempre a las tendencias instintivas; pero en los países más maduros el triunfo de esa historia se expresa en el cambio fundamental de los estímulos, desde el inhumano y fisiológico del hambre al ya socializado de la aspiración a la mejora gradual en los niveles de vida.

Más breve, aunque a veces no menos dramática, ha sido en cambio la historia de la adaptación del trabajador a su medio laboral que comprende no sólo el ajuste del hombre a la máquina —cosa en la que primero se piensa—, sino en la adaptación mucho más complicada del obrero industrial a las condiciones sociales y psicológicas impuestas por la moderna industria en sus tres peculiares dimensiones del espacio, el tiempo y la jerarquía. En los países más avanzados esa adaptación no ofrece hoy en principio dificultades insuperables, aunque subsistan conflictos y se ofrezcan nuevos problemas —el de ocio por ejemplo— que no viene al caso examinar.

Por último, en lo relativo a la participación del trabajo en el todo social y a la conciencia de responsabilidad que de ella se deriva, cabe decir en apretada expresión que su historia se confunde con la de la organización obrera. En todas las sociedades industriales maduras el obrero participa de una u otra forma, a través de sus propios cuadros, en la organización económica y en el destino político de las mismas.

¿Cuál es en este punto la situación de América La-

tina? ¿Cómo manejar adecuadamente dentro de ella este factor estratégico? La ausencia en general de algunas investigaciones que son indispensables y que fueron formuladas en otras ocasiones, quizá no permitan contestar estas preguntas con el rigor debido. Pero los conocimientos parciales de que se dispone y la visión impresionista —si así quiere llamarse— del problema, hacen posible formular las siguientes aseveraciones: *a)* la propia historia económica de América Latina es la mejor prueba de la existencia en ella del impulso al trabajo, sin la que no hubiera sido posible; *b)* la marcha de su formación —aún incompleta— ha sido también paralela en su lentitud y dificultades a la ofrecida en los distintos países europeos; *c)* es problemático que las incrustaciones de arcaísmo que todavía contiene su región —los grupos indígenas más atrasados— sean un factor absolutamente negativo en la formación de los impulsos al trabajo y mucho induce a pensar en su rápido despliegue cuando se ofrezcan los estímulos económicos y educativos a la par necesarios; *d)* no parece ofrecer la mano de obra ningún impedimento congénito y esencial en la adaptación del hombre a la técnica ni en la aceptación de las disciplinas de la organización industrial, aunque sea evidente que el mayor problema latinoamericano a este respecto es la pobreza o escasez en capacidades calificadas; *e)* en cambio, y en oposición a los puntos anteriores, es muy posible que la falla mayor en el campo del trabajo se encuentre por el momento en el hecho de la escasa participación del mismo en el ámbito nacional, debido a influencias de carácter político que han impedido la adecuada formación de las organizaciones obreras. Nada tiene de extraño que la organización sindical se ofrezca las más de las veces con una marcada acentuación de sus tendencias reivindicatorias frente a las que inclinan a la participación y a la corresponsabilidad. En todos los aspectos señalados es posible actuar con resultados positivos en la aceleración del desarrollo, aparte de otros fines puramente humanos y de justicia social. Cómo llevarlo a efecto es precisamente el tema de otro trabajo especial.

3. *La capacidad directiva*

Con la afirmación de que por todas partes el desarrollo económico ha sido obra de la empresa no se incurre en forma alguna de determinismo, ni supone cántico o apología, ni menos implica la adscripción sin restricciones a la escuela shumpeteriana. Como la palabra empresa es equívoca, la frase anterior o apenas dice nada o sólo enuncia un principio de la sociología formal de la cultura. En un sentido equivale a decir que el progreso económico es resultado de la innovación o creación económica, pero por otro indica el papel que en el ámbito cultural de la economía desempeña un tipo humano semejante por su naturaleza al que se ofrece asimismo en otras regiones culturales, el profeta o el gran científico por ejemplo. Tampoco es posible en este momento sino recordar ciertos elementos esenciales. El primero y fundamental, ya aludido, es el de la significación histórica del empresario, si por tal se entiende, sin otras especificaciones, que se trata del gestor e innovador económico. No menos conocida es la evolución histórica de la empresa, es decir, la transformación de los distintos tipos sucesivo de la gestión económica y de las diferentes ideologías que la han mantenido, prestándole la necesaria legitimidad. Por último, apenas cabe sino señalar que en los últimos decenios comienza a destacar un nuevo tipo de gestor económico —tanto en las economías planificadas como en las más maduras de carácter mixto— que a falta de término reconocido denominaremos por el momento “gerente público”.

Pues bien, a pesar de la insistencia con que desde hace algunos años se ha señalado la necesidad de iniciar investigaciones sobre la empresa latinoamericana, no contamos todavía con las monografías —históricas y contemporáneas— necesarias para hablar con rigurosa competencia, tanto de sus formas de actividad como de sus justificaciones ideológicas y sociales. Pero al igual que en el caso del factor trabajo, parece posible hacer aquí una pequeña serie de afirmaciones, que al menos cabe formular como hipótesis:

a) El siglo XIX ofrece en la mayoría de los países de América Latina la prueba de la existencia de hombres de empresa eficaces y de amplia visión; en las últimas décadas y entre sus países más avanzados no puede negarse la presencia de la capacidad empresarial en constelaciones de gran empuje;

b) Sin embargo, ha predominado en la mayoría de sus países la empresa comercial frente a la industrial en estricto sentido y, sobre todo, el tipo de empresario político o de coyuntura, al amparo de las alternativas del poder;

c) Podría señalarse en unos y otros países la aparición del tipo de empresario que hemos denominado "gerente público", sin que sus perfiles estén todavía bien definidos.

Para resumir, desde cualquier aspecto que se considere parece incuestionable que una de las claves del porvenir económico de América Latina esté en la posibilidad de que se ofrezca a tiempo la adecuada constelación de gestores económicos públicos y privados capaces de crear los polos de desarrollo —para emplear terminología francesa— de que depende su destino. ¿Cómo manejar este factor estratégico? ¿Cómo estimular la capacidad de empresa, es decir, de innovación y de organización? Los dos únicos caminos —señalados con acierto por un psicólogo contemporáneo cuya teoría del *achievement motive* no es cosa de examinar aquí— consisten o en la rígida imposición en toda la sociedad de orientaciones mantenidas por los supuestos psicológicos de la empresa, como ha ocurrido en el mundo soviético, o por la "profesionalización" de la gestión económica, de la gerencia, como ya se inicia dentro del mundo occidental. En este caso incumbe al espíritu universitario el llevar a cabo esta tarea, con la colaboración desde luego de la experiencia adquirida por el medio empresarial. Y lo mismo si se trata del empresario privado como del gerente público en formación.

Con relación a este último no puede olvidarse, sin embargo, el problema que presentan los países menos avanzados —tan escasos en sus clases medias— de equilibrar sus limitados recursos humanos, de suerte

que la absorción por las tareas públicas no malogre el caudal de las energías necesarias en el campo de la empresa privada.

4. *La movilidad social*

Suele ocurrir con frecuencia en consideraciones semejantes a las de este escrito que, después de señalar en una u otra forma los elementos estratégicos de que se ha hecho mención —disposiciones económicas y capacidades ejecutivas y de gestión—, se trate de la denominada movilidad social. Pero es dudoso que pueda situarse este elemento en el mismo plano que los anteriores, es decir, con una significación equivalente como factor estratégico. Los estudios sobre movilidad han estado de moda en estos últimos años y se han publicado y realizado numerosas investigaciones. Sin embargo, dejando aparte el valor intrínseco de semejantes trabajos, el examen de conjunto de los mismos no deja de mostrar el carácter problemático de aseveraciones repetidas sobre las relaciones entre desarrollo económico y movilidad social. Se afirmaba, en efecto, que la movilidad social —como confirma la historia de los países industriales— es “condición” indispensable del desarrollo económico. Y, en consecuencia, que una de las maneras eficaces de acelerarlo era provocar de alguna manera la mayor rapidez de esa “movilidad”. Ahora bien, los estudios antes referidos permiten formular una serie de dudas frente a las ideas habituales. Primero, surge la sospecha de que los estudios de movilidad al uso —como asimismo los denominados de estratificación— no hacen sino describir por medio de sus índices el fenómeno mismo del desarrollo ya realizado. O sea, movilidad social y desarrollo económico son las dos caras de una misma realidad, lo que encierra teóricamente —no en su valor empírico-descriptivo— un elemento tautológico. Segundo, como ha visto acertadamente Aron, se duda de que los resultados de esos análisis de movilidad puedan descubrir por sí mismos la existencia de un factor sociológico independiente. Los análisis intergeneracionales, el paso del hijo a una posición supe-

rior a la del padre —de trabajos manuales a otros no manuales en particular— sólo traducen los cambios ocurridos en la nueva distribución de la mano de obra como resultado del desarrollo. Frente a esta movilidad bruta sería necesario obtener el concepto operativo de la movilidad neta para descubrir la existencia de factores independientes de los económicos. Tercero, se vuelve hoy a pensar que la movilidad social se ha dado siempre en todo tipo de sociedad y con configuraciones semejantes en todas ellas. Cuarto, se ha puesto en duda la creencia existente acerca de la mayor movilidad social de los Estados Unidos frente a otros países europeos. Y, quinto, algunas investigaciones han puesto en duda la convicción de que podía actuarse con la eficacia deseada sobre la movilidad por medio del sistema educativo. Otras investigaciones contradicen, es necesario advertirlo, los resultados de las anteriores.

Parece, en definitiva, que no puede hablarse de la movilidad social como un factor estratégico por sí mismo, y que hay que buscar por debajo de ella los verdaderos elementos dinámicos. Asimismo, desde el punto de vista del desarrollo económico, los estudios *ex-post* —descriptivos nada más de lo ocurrido— ofrecen menor interés que los de carácter proyectivo respecto de las nuevas funciones, ocupaciones y papeles sociales que han de ser previstas dadas ciertas metas económicas.

Sin embargo, a pesar de las dudas indicadas, sigue en pie el valor instrumental del sistema educativo como estimulante de una mayor movilidad, pues de la educación depende en definitiva el grado mayor o menor en que se ofrezcan dos elementos dinámicos indiscutibles constituidos por el nivel de aspiración y por la existencia de las capacidades requeridas para el ascenso social.

Las reiteradas veces en que se ha presentado en esta sección del trabajo el valor de la educación —en sus diferentes formas— como instrumento indispensable en la actuación sobre los distintos factores sociales estratégicos del desarrollo, confirman la decisiva importancia que tiene para América Latina —y para to-

dos los países en cualquier grado de desarrollo— el enfrentarse enérgicamente con el problema de las nuevas tareas de la educación en las sociedades industriales.

V. EL ELEMENTO EXTERNO FUNDAMENTAL DEL MODELO ECONÓMICO

Ninguna de las posibles actuaciones antes consignadas sobre algunos de los factores estratégicos de naturaleza social en el proceso del desarrollo económico, puede llevarse a cabo si no tienen como base un programa claramente definido de expansión. Y casi huelga decir que semejante programa y aquellas actividades reclaman la presencia de un agente determinado. Es decir, carece evidentemente de sentido plantearse el problema de cuáles son los elementos sociales de carácter dinámico sobre los que convenga o se imponga operar, si al mismo tiempo no se considera quién va a actuar sobre ellos y cuál sea la forma de hacerlo.

Frente a las cuestiones planteadas no hay pues manera de eludir otra que es de suyo básica o fundante: la de la naturaleza del poder político portador necesario de todas las mencionadas actividades. En el tipo de desarrollo asignado por la coyuntura histórica a los países latinoamericanos, es imposible omitir en consecuencia el papel decisivo de la acción del estado y de los procesos políticos que lo constituyen. Se trate tanto de un modelo económico en estricto sentido como de un modelo más amplio en que intervengan estos o los otros componentes del cuadro social, el soporte externo de los mismos, las condiciones de la posibilidad de su realización se encuentran en la estructura del poder político y en la naturaleza de sus relaciones con la organización económica. Por consiguiente, destacar el papel del estado en las tareas del desarrollo económico en América Latina no es preferencia temperamental alguna, ni disquisición académica, ni fugaz manifestación del contagio ideológico.

1. *Racionalidad económica y política*

En el plano teórico —que no sólo tolera sino que parece ineludible en un trabajo de este tipo— el punto de partida de toda consideración se formula, y necesariamente en términos abstractos, como el de las relaciones entre la racionalidad económica y la racionalidad política; es decir, en qué forma y medida se exigen o repelen mutuamente sistemas económicos y sistemas políticos por virtud de la naturaleza y grado de su racionalidad. Este planteamiento tiene dos supuestos quizá problemáticos: *a)* que la actividad económica encarna siempre un máximo de racionalidad, y *b)* que en todo caso la actividad política puede acercarse en su grado de racionalidad al que exige la economía.

Ahora bien, este problematismo se atenúa si se tienen en cuenta dos cosas. Primero, que en la realidad histórica no se encuentran ni cabe buscar sistemas puros, sino que siempre se trata de regímenes concretos, saturados de imperfecciones y distendidos por tendencias contradictorias, que sólo encarnan por tanto más o menos las líneas ideales de un sistema. Segundo, que el paralelismo entre los regímenes políticos y los económicos no supone una equivalencia permanente y siempre constante entre los elementos de unos y otros, de tal manera que sea posible declarar en todo momento que a una determinada forma política “corresponda” por necesidad otra determinada forma económica. Se trata más bien de “afinidades electivas”, como antes se deslizó en la frase weberiana. Afinidades o parentescos compatibles con las experiencias más patentes de estos últimos años, que confirman el carácter plástico de las estructuras políticas y sociales y el hecho de que un mismo sistema se ofrezca con variantes considerables tanto en el tiempo como en el espacio.

Solventadas las anteriores reservas, se exige volver al punto de partida. De suerte que al hilo de la relación postulada en su planteamiento sea posible formular algunas hipótesis confirmadas, según se cree, por la evolución histórica misma. En este sentido, parece

por lo menos plausible afirmar que al momento de la economía liberal, caracterizada por el predominio de la racionalidad formal, correspondió en la política el imperio de la típica "democracia representativa" que pudo funcionar en muchas partes con eficacia y sin tropiezos a lo largo del siglo XIX. En esta fase la economía queda abandonada a su propio juego y el estado sólo interviene para mantener los mecanismos formales que la misma necesita, muy en particular el cuadro jurídico y administrativo de que depende la seguridad y carácter previsible de su funcionamiento. Sería inoportuno entrar en mayores detalles —conocidos por lo demás—, pero no puede menos de aludirse a lo que representó entonces el parlamento en el proceso político de ese tipo de estado. En efecto, su estricto carácter representativo, su naturaleza como foro de "discusión" nacional y órgano supremo de defensa de las garantías jurídico-políticas constitucionalmente otorgadas, correspondían a una sociedad en que predominaba la acción individual en todos los aspectos de la vida, incluyendo ante todo los económicos. Se ha dicho con acierto a este respecto que la estructura social y la estructura del mercado venían a ser una y la misma cosa. Por lo tanto, la conexión entre las dos clases de racionalidad pudo realizarse de una manera relativamente sencilla: por la subordinación de la razón política a la razón económica, que sólo obedecía al mecanismo de sus principios formales.

Pero coincidiendo con el nuevo siglo empieza a manifestarse la alteración profunda ocurrida en todas esas condiciones. En los países industriales más avanzados el estado abandona su tradicional posición de neutralidad y comienza a intervenir en la vida económica y social, impulsado por tres exigencias fundamentales: *a)* la necesidad de hacer frente a los problemas ofrecidos por la coyuntura internacional, día a día más graves y complicados; *b)* la necesidad de tener en cuenta las transformaciones ocurridas en la estructura interna de las diversas economías y *c)* la necesidad de realizar una política social, dentro de una sociedad modificada también en su contextura tradicional. No es cosa desde luego de trazar aquí con detalle cada

una de esas tendencias, pero sí parece conveniente reseñar algunas de sus más características manifestaciones. En lo económico, la aparición de las diversas formas de mercado de competencia imperfecta, que tienen su soporte en la gran organización en vez de la pequeña empresa individual. En lo social, la formación de poderosos grupos de intereses —empezando por las organizaciones obreras— que se oponen entre sí. En lo político, la mayor importancia del ejecutivo frente a una sustancial modificación interna de la vida parlamentaria. Claro está que no es fácil caracterizar en una sola frase toda esa transformación. Para algunos se trata del paso de la democracia liberal-representativa a la democracia radical-igualitaria del estado de partidos. Para otros es la historia de la formación del moderno *welfare state*. Se expresa también con la fórmula de la denominada democracia pluralista, que quizá sea la más expresiva para la perspectiva sociológica de este trabajo, pues la estructura social en los países industriales más avanzados es, en efecto, un complejo de grupos y “organizaciones” que cubren casi todo el campo de las actividades humanas. En ese tipo de sociedad el estado toma necesariamente un papel de árbitro entre los intereses en conflicto y procura equilibrar las pretensiones de unos y otros. A la fase mixta de la economía corresponden así en lo político la democracia de grupos o pluralistas, de manera que la conexión entre las dos formas de racionalidad —la política y la economía— tiene que ser el resultado del perseverante esfuerzo por encontrar en cada caso un compromiso temporal. La racionalidad más que formal toma en este uso un carácter “funcional”.

Si abandonamos por un momento el ámbito de la tradición occidental, en la planeación totalitaria se ofrece una nueva manera, muy distinta como es natural, de realizar la conexión entre la racionalidad política y la económica y que indudablemente ha podido operar con eficacia. Es una paradoja histórica que el sistema que declara como supuesto doctrinal el imperio decisivo del factor económico como motor de cambio, represente en la práctica el predominio del factor

político. De suerte que así como en la economía liberal representativa, el predominio de la racionalidad formal económica garantizaba su ejercicio paralelo en el campo político, en los sistemas totalitarios rigurosos, al contrario, es el imperio de la racionalidad política la que asegura las posibilidades de su realización en la esfera económica.

Todo lo que se ha tratado antes de exponer en concentradas fórmulas no tiene más que esta finalidad: desprender la tesis de que el óptimo o máximo en la necesaria conexión entre la racionalidad política y la económica sólo se ha realizado en la historia de una u otra de las maneras indicadas. Ahora bien, reconocida la dificultad —si no imposibilidad— de encarnar en las actuales circunstancias la economía liberal en su forma pura, resulta que en el plano teórico sólo existen dos formas que permiten en nuestros días aproximarse al equilibrio entre racionalidad política y económica: la democracia pluralista o el estado totalitario.

A semejante conclusión puede llegarse también por un camino inverso, mostrando cuáles son las formas de actividad política que hacen difícil o imposible el necesario paralelismo entre las dos racionalidades, o dicho de otra manera, que son irracionales desde la perspectiva del desarrollo económico. Tales son, por un lado, el autoritarismo tradicional y, por otro, las “dictaduras populistas” o “cesarismos democráticos” —la terminología es imprecisa—, que se caracterizan por la ausencia en ellas de ideologías rigurosamente racionalizadas y de un aparato político del mismo carácter. En el autoritarismo tradicional parece ser lo típico la desatención a los problemas del desarrollo, o en el caso más favorable el hecho de que ese desarrollo quede frenado en una u otra forma cuando las consecuencias político-sociales del mismo amagan peligrosamente la duración del régimen autoritario. En los “cesarismos democráticos” puede existir, y se da las más de las veces, un interés por el crecimiento económico, pero se traduce por lo común en impulsos irracionales y de carácter explosivo. Como semejantes regímenes carecen de la rigurosa disciplina existente

en los de carácter totalitario, están expuestos no sólo a la confusión ideológica, sino a la corrupción permanente de sus engranajes administrativos. Allí donde se ofrecen tendencias políticas de ese tipo el desarrollo económico pierde continuidad y se realiza en el caso mejor con enormes e irregulares altibajos.

Lo que se ha dicho hasta aquí de manera demasiado abstracta y poco atractiva en consecuencia, cabría quizá formularlo en lenguaje más plástico y expresivo; pero la busca de un apoyo en ese sentido en la bibliografía científico-política de nuestros días pudiera ser decepcionante. Basten algunos ejemplos entre los más recientes. Un grupo de estudiosos de los sistemas políticos en los países poco desarrollados —más que nada asiáticos y africanos propone estos tres modelos fundamentales: el sistema de movilización, el sistema *consociational* y el sistema de la autocracia modernizadora, términos ya de suyo difíciles de traducir adecuadamente. Y no menor complicación expresiva se ofrece para otro equipo que trata de aplicar al análisis de los procesos políticos las categorías de la teoría sociológica de la acción social, y con ellas examinar la situación de los países, nuevos y viejos, en vías de desarrollo. Queda, sin embargo, para el momento oportuno el examen de las ventajas e inconvenientes de tanta innovación terminológica.

A pesar de todo, sea cual fuere la que se emplee —innovada o tradicional—, el núcleo del problema es siempre el mismo: lograr la necesaria coherencia entre la actividad económica y el proceso político. No es posible querer —y menos llevar a cabo— propósitos incompatibles ni utilizar instrumentos en desacuerdo con los fines propuestos. Y siempre son también los mismos al alcance y los límites del análisis científico puesto al servicio de la acción práctica: mostrar la armonía entre las metas, la adecuación de los medios elegidos para alcanzarlas y la repercusión previsible de los objetivos propuestos, en la medida en que pudiera ser adversa o negativa por una u otra razón.

Por lo que al desarrollo económico respecta, todo ello se resume en la afirmación, no menos cierta por más reiterada, de que en las circunstancias actuales

ramente formulado, y, por otra parte, exige el propósito de mantener una relación equilibrada entre la voluntad enérgica del estado y la espontaneidad social. Pero esta es la tarea que viene impuesta por la confluencia de la historia entera de América Latina con la coyuntura internacional de nuestros días. Toda consideración sociológica culmina —cuando no lo precede— en el estudio de la constelación universal desde el centro de una historia singular, y de él depende en definitiva el sentido que pueda tener cualquier análisis particular por importante que parezca en sí mismo. Pero excede de lo discreto pretender encarar en estas páginas semejante tema y sólo parece aconsejable bosquejar unas rápidas notas de interpretación histórica que sirvan para prestar algún significado de conjunto a todo lo dicho anteriormente.

La historia económica-social de América Latina está todavía por hacerse de manera completa y satisfactoria. Y esto se debe a razones por lo demás conocidas; primero, a causa del tardío interés que esa historia despierta frente a la tradicional puramente política; segundo, por el carácter fragmentario que adquiere en las diversas historias nacionales, y que malogra la visión de conjunto de los grandes movimientos semejantes en toda la región. Pero sin tener bien en cuenta esa historia común no pueden entenderse cabalmente los problemas del desarrollo en la hora actual, lo mismo por propios que por extraños.

El hecho fundamental que se olvida o no se tiene en cuenta por unos y otros —no siempre más por los otros— es que América Latina, si así se la quiere llamar, es un fragmento por derecho propio de la civilización y del cuerpo de Occidente, aunque dentro de ellos haya mantenido más o menos hasta hoy la misma fisonomía en cierto sentido marginal de los viejos países metropolitanos. Cuáles sean las notas de esa peculiaridad no es cosa que interesa en este punto; importa por el contrario subrayar con alguna fuerza que frente a aquellos viejos países la historia cultural y política de América Latina se destaca acusadamente por dos características esenciales de su constelación originaria: a) por haber sido “tierra nueva” y haber

vivido, en consecuencia, una "cultura colonial", y b) por haber forjado su independencia con la bandera del ideario liberal más exaltado y puro.

No se sabe cuál de esas notas ha sido más decisiva en la historia posterior y son de por sí y por sus consecuencias demasiado complejas para que ahora se intente su examen. Mas la segunda interesa de un modo singular, pues de ella deriva la primera gran paradoja fundamental de la historia latinoamericana. El hecho de que por un largo número de décadas la persistencia de esa mentalidad liberal se mantuviera en contradicción patente con la estructura social real —de naturaleza agraria— heredada del virreinato. Desde la perspectiva de hoy la perduración de esa aspiración liberal, siempre intacta, convierte casi en anécdota el hecho desventurado de las dictaduras y los cuartelazos.

A la historia del XIX, enfocada sobre todo —en vago conjunto— por sus lados deprimentes, se debe el injusto olvido en que se tiene al enorme esfuerzo realizado en la mayoría de los países a partir de la segunda mitad de ese siglo. En los momentos actuales la impregnación atmosférica por la idea del subdesarrollo, que tiende a hacer gatos pardos de todos los pueblos comprendidos en el denominado "tercer mundo" ha producido —en la sabrosa fórmula popular derivada del *demonstration effect* de la ciencia— un complejo de timidez e inferioridad, que por su interés va más allá de ser un tema académico de la sociología cultural. Por un lado, ciega para apreciar con exactitud el considerable esfuerzo realizado en todos los terrenos durante los últimos cincuenta años. Por otro, deprime más de lo necesario el estado de ánimo de las nuevas generaciones, destinadas a llevar a cabo en circunstancias distintas lo que en buena parte hicieron las anteriores.

Dos cosas sobre todo quedan opacadas en esa injusta apreciación del pasado inmediato. En primer lugar suele olvidarse que en la mayoría de los países existieron elementos de las minorías dirigentes que tuvieron en su día visiones adecuadas —políticas y económicas— de la realidad, y que supieron crear en condiciones adversas, y a pesar de todo, la "infraestructura eco-

nómica" de que hoy se goza y de la que hay que partir con mayores ventajas. El hecho de que esas minorías dirigentes no hayan tenido por lo común el sentido de la renovación oportuna, justificando el ataque posterior a su "denominación oligárquica", no debiera impedir el reconocimiento de sus realizaciones económicas y de su, en ocasiones innegable, capacidad política.

Pero, en segundo lugar, no se concede tampoco la debida importancia al hecho de la profunda transformación social ocurrida en esos años y a la aparición, en el grupo más importante de los países latinoamericanos, de nuevas capas sociales con fuerte impulso ascensional, que se extienden —con diferencias claras, entre unas y otras— desde las clases medias al proletariado organizado, y que algunas veces sólo esperan los cuadros políticos necesarios para su completa incorporación a la vida nacional. Por lo demás, es un lugar común —correcto en este caso— que todas las dificultades de los últimos años no son sino expresión del choque de esas nuevas capas con las "oligarquías" establecidas.

Ahora bien, la segunda gran paradoja de la historia latinoamericana —secuela sin duda de la anterior— es que la coyuntura histórica e internacional es hoy el mayor impedimento para la plena realización de la "estructura liberal" que fue la meta de su más tenaz aspiración centenaria. Supuesta la continuación de su vida en un vacío histórico, y tiempo largo por delante, América Latina podría "ahora" madurar la sociedad liberal del viejo tipo. Pero en la era de lo "colectivo", y ante la urgencia de adaptación que exigen los rápidos procesos del mundo, las recetas de los viejos manuales suenan a cantinelas inoperantes. El desafío presentado por las circunstancias actuales a la capacidad creadora de Hispanoamérica —mantener con vigor en la era de la organización, incorporándolos eficazmente, los impulsos de su "añeja" tradición liberal— es más que considerable, pero no deja de estar en definitiva a la altura de su propia historia.

La tercera gran paradoja en la historia de América Latina es el hecho de la necesidad en que se encuen-

tra de realizar urgentes integraciones supranacionales cuando la integración nacional de muchos de sus países sólo ahora comienza a estar completa y acabada.

En realidad la historia de los países desunidos de América está asimismo por hacer desde esta perspectiva. A partir de la Independencia y sobre el fondo homogéneo de su constelación originaria —es decir de sus notas esenciales— todos y cada uno de los países han tenido que llevar a cabo su integración nacional en procesos de extraordinaria lentitud, cuyos últimos actos —revolucionarios a veces y paradójicos otros— vienen tardíamente a producirse en nuestro siglo. Y no cabe duda de que existen marcados desniveles entre unos y otros. No es cosa de entrar en pormenores. Lo importante es destacar que es en este mismo siglo cuando viene a abrirse paso por el camino de la economía y de la técnica y ante las exigencias de la coyuntura internacional una nueva integración de otro tipo —de carácter supranacional— más acá de las herencias históricas comunes y de los ideales bolivarianos siempre vivos y en el momento en que apenas acaban de cuajar las integraciones nacionales. De cómo se plantea y comienza a realizarse en nuestros días la integración supranacional de nacionalidades apenas recién nacidas, es ya una muestra la tarea en marcha en Centroamérica y la aceptación por unos y por otros de las metas inmediatas del mercado común, de que es primera manifestación la creación reciente de la Zona de Libre Comercio por el Tratado de Montevideo.

El cuadro constituido por estas pocas notas esenciales y generales de la historia de América Latina, aunque ofrezca su último sentido unitario a todas las tareas parciales de su desarrollo económico —y de las que se ha tratado en estas líneas apresuradas— no puede manejarse con alcance práctico si no se tiene presente toda la gama de las diferencias. Por ello es necesario contar con una tipología bien elaborada de la realidad socio-económica de los distintos países latinoamericanos, que será necesario renovar de cuando en cuando —es de esperar— de acuerdo con las modificaciones de sus índices.

PLANTEAMIENTO DE UNA INVESTIGACIÓN

El desarrollo económico de América Latina en las últimas décadas ha sido una realidad positiva y al mismo tiempo insatisfactoria. Positiva en la medida en que no puede afirmarse que el impulso de crecimiento haya cesado por completo en ningún momento. Pero no menos insatisfactoria por la relativa magnitud de su tasa, por las variaciones de su ritmo, por las desigualdades manifiestas entre sus diversos países y por la presencia inquietante en los últimos años de una tendencia al estancamiento, notoria al menos en algunas de sus partes.

La explicación de esa situación insatisfactoria —dejando de lado sus repercusiones políticas y sus demandas a la acción inmediata— constituye por sí un incitante problema de análisis intelectual. Su solución no es fácil porque en ningún momento puede ser parcial. Un fenómeno histórico de semejante dimensión debe ser explorado en todas sus manifestaciones. Y éstas se extienden desde la constelación internacional y sus cambiantes mudanzas, pasando por las cuestiones económicas más estrictas de inversión y productividad, por ejemplo, a las aparentemente ya muy lejanas de las ideas, sentimientos y hábitos cristalizados en la región por obra de un largo pasado. Los economistas han sido tal vez los primeros en abordar el problema y no faltan explicaciones diversas según sea el instrumento de análisis empleado. Aunque no es éste el momento de discutir las, sí debe señalarse que, cualquiera que sea su validez, son necesariamente parciales, es decir, limitadas por imposición de su peculiar perspectiva.

En las páginas que siguen se trata de añadir un complemento no menos parcial: el de la interpretación sociológica. En este caso su parcialidad o limitación es todavía mayor. En efecto, además de constituir también una perspectiva entre las otras, en modo alguno se ha pretendido encarar la sociedad latinoamericana en toda su complejidad presente —y necesariamente histórica—, sino que se ha efectuado en ella un corte seccional desde el ángulo de un problema muy restringido. En esa situación insatisfactoria del desarrollo económico latinoamericano parece haber un estrangulamiento quizá decisivo: el hecho de que el 50 por ciento de la población genera el 20 por ciento del producto bruto. Se trata, en una palabra, del estrangulamiento de la productividad agrícola en una región todavía predominantemente agraria.

¿No sería posible concentrar el análisis sociológico sobre ese simple dato para extraer de él su más completo significado social? El resultado de ese intento constituye una interpretación por modesta que sea. Y es forzoso que esa interpretación tome la forma de un análisis estructural, el del enfrentamiento de los medios urbanos y rurales. Las relaciones sociales entre la ciudad y el campo constituyen a primera vista un horizonte limitado. Sin embargo, pudiera suceder que, lejos de ser así, nos diera en sus ampliaciones sucesivas, si no *la* clave, al menos una de las claves para entender el problema propuesto. Tal vez resulte, en efecto, que el referido estrangulamiento económico no sea sino un mero aspecto de un “estrangulamiento” social y cultural de mayores dimensiones. El estrangulamiento derivado de una deformación del proceso general de modernización —de racionalización, si se quiere— puesto en marcha por todos lados en América Latina como consecuencia de las condiciones objetivas de su estructura social. Tienta desde este instante, para ganar tiempo, aludir a la teoría, hoy en boga, del dualismo estructural. No es incorrecta ni imprecisa la alusión. Pero quizá convendría poner entre paréntesis todo título y atenerse modestamente al examen de los hechos.

Recuérdese desde el principio, sin embargo, que como en toda interpretación sociológica de carácter macroscópico, la *prueba* no puede ser en modo alguno concluyente. Sólo cabe pretender que sea más o menos plausible, y esperar que la serie de hipótesis en que se apoya permita más tarde comprobaciones de detalle en investigaciones más concretas y pormenorizadas. Ahora bien, sin un esquema general de interpretación, plenamente válido o no, la realidad que interesa es totalmente opaca y nuestra acción en ella carece de sentido.

Por otro lado, las dimensiones de esa realidad —y de su interpretación por tanto— imponen las simplificaciones que la teoría conoce con el nombre de tipos o modelos que en todo caso, lejos de describir la realidad entera, se limitan a demarcar las configuraciones predominantes sin las cuales es imposible entender esa misma realidad en lo que se le separa o distancia. América Latina es en extremo compleja y muy diverso el nivel histórico —socio-económico y cultural— en que sus países se encuentran. No obstante, al mismo tiempo ofrece la homogeneidad suficiente para que ciertos “tipos” de estructura —los más decisivos o fundamentales— valgan dentro de límites bastante amplios. Para perfilar bien esos tipos o configuraciones y sin perjuicio del rigor metodológico no siempre será posible eludir la exageración de algunos trazos.

Lo más notable en la estructura social de la mayoría de nuestros países es su rápida urbanización, hecho que podría aparecer cuajado de esperanzas y en aparente contradicción con el estrangulamiento agrario antes señalado. ¿No es la gran ciudad precisamente el vehículo por antonomasia de la modernidad? Un proceso acelerado de urbanización debería implicar la presencia de condiciones similares a las ofrecidas en otros lugares. En otras palabras, cabría esperar la aparición de ese *continuo* entre ciudad y campo, típico de los grandes países industriales contemporáneos. Sin embargo, no es ese continuo, sino una pura discontinuidad la que se ofrece entre nosotros, no existe una línea de transmisión sin solu-

ciones —que atenúa naturalmente la distancia— sino una línea quebrada de brusquedades, de saltos y de grandes vacíos.

¿No existirá una falla en la teoría predominante acerca del proceso de urbanización? ¿Cómo explicar la expansión continuada de las grandes ciudades junto a una productividad agrícola estacionaria?

Los datos son inequívocos para la adecuada descripción del fenómeno. En efecto, la tendencia a la concentración en las grandes ciudades durante las últimas décadas en buen número de los países latinoamericanos, el escaso crecimiento de las ciudades medianas y pequeñas y los complejos de desequilibrio en la distribución de la población que tales hechos llevan consigo, son ya una realidad ecológica que importa examinar en todas sus conexiones. ¿Por qué razón? ¿Cuál es la causa del crecimiento desmesurado de las ciudades? ¿Se ha debido a su creciente y paralela expansión industrial?

De ser así, no se hubiera dado el extraño fenómeno concomitante de la marginalidad campesina —término con el que se pretende exponer sociológicamente el estado social del agro, todavía al *margen* de la modernidad urbana— ni el salto en la conformación estructural de ambas formas de vida. Importa por eso señalar las notas constitutivas de ese tipo de marginalidad, aun incurriendo en el peligro de acentuar sus rasgos en demasía. Esos rasgos se obtienen sin gran dificultad con sólo destacar tres aspectos fundamentales: la estratificación social en el campo, el nivel de vida que predomina en él y la integración del campesino en los respectivos ámbitos nacionales, es decir, su participación política, la protección social de que goza y la educación que puede obtener. Todos esos rasgos en conjunto y en detalle muestran la enorme distancia que separa los modos de vida urbanos y rurales. Al estancamiento de la economía agraria corresponde, pues, un estancamiento *histórico* de las relaciones humanas en el campo. ¿Hay alguna hipótesis que permita explicar al mismo tiempo una y otra clase de estancamiento? Cabe sospechar que exista un mecanismo *intermedio* que frene más

que facilite el influjo modernizador de la ciudad. El economista hablaría aquí de la insuficiencia y del mal funcionamiento del sistema económico. El sociólogo traduce esa expresión como una insuficiencia y un mal funcionamiento del ámbito de las relaciones personales y culturales. La hipótesis de ésta sería, por tanto, que el tope que impide esa fluidez radica en la "constitución social de la empresa agrícola". La vieja hacienda se resiste, tanto en lo económico como en lo social, a la racionalización y modernización hoy requeridas. Es todavía un residuo que impide la adaptación rápida y fácil a las exigencias de la modernidad industrial. Por desgracia la hipótesis no puede ser probada en toda su amplitud porque falta una respuesta clara y precisa a esta pregunta: ¿Cuál es la constitución social de la empresa agrícola? ¿Cuáles son las condiciones sociales de la actividad empresarial en el campo? Ahora bien, pueda o no ser "verificada" esta hipótesis, nadie dudaría que destaca de inmediato uno de los puntos de más urgente investigación.

Ahora bien, ¿se trata de un fenómeno explicable por sí solo dentro del agro latinoamericano? ¿No dependerá más bien de una causalidad mucho más amplia? Importa por eso analizar cómo se ha producido realmente el proceso de urbanización en América Latina y cuál ha sido la verdadera función de la ciudad en la marcha histórica de los últimos tiempos.

Es frecuente aceptar con carácter dogmático una supuesta correlación entre urbanización y desarrollo económico. Supuesto ese correlato, habría que sospechar sin más que allí donde se ofrece una expansión —más o menos acelerada— de las grandes ciudades es porque en su seno se implantan al mismo tiempo vigorosas actividades industriales. La correlación era sin embargo tan frágil —sin entrar para nada en su última conexión causal— que pronto fue puesta en entredicho. La historia y la observación de la vida contemporánea, confirman lo justificado de la duda. Sin negar que dicha correlación se ha dado y puede darse en determinadas circunstancias históricas, tampoco cabe dudar de que ha

existido y existe la posibilidad de una fuerte expansión urbana sin industrialización o un desarrollo económico intenso sin la formación de grandes centros urbanos. El primer caso, por lo menos no ha sido en modo alguno excepcional.

Ésta parece ser la situación de América Latina. El origen fundacional —político-administrativo— de la mayor parte de sus ciudades, su conversión posterior en poderosos centros mercantiles y su peso cultural hizo de buena parte de ellas lugares de intensa capacidad de atracción, aun antes de que comenzara a desarrollarse en ellas una actividad industrial en estricto sentido. No se trata de negar que también en ellas haya pesado, sobre todo en los últimos años, la fuerza absorbente de sus complejos industriales más o menos grandes. En todo caso parece muy probable que ese desarrollo industrial no baste para explicar por sí mismo la expansión —teratológica a veces— de sus conglomerados. La atracción de la ciudad como tal —es decir, como conjunto de mayores comodidades y facilidades— unida a la "expulsión" de gente del agro, constituyen las verdaderas causas de los numerosos movimientos migratorios del campo a la ciudad. El hecho de que su nueva capacidad industrial no pudiera absorber la mano de obra que abarrotaba de esa suerte sus arrabales confirma la hipótesis anterior y explica la formación de las diversas capas marginales urbanas, con la secuela de problemas que las mismas presentan.

Ahora bien, que la historia urbana de América Latina obligue a rechazar, como en otras partes, la validez de la mencionada correlación, no significa que no haya existido industrialización ni que las ciudades latinoamericanas hayan dejado de cumplir su papel en cuanto a focos de irradiación de la modernidad. Insistir en esto lleva al corazón del problema, pues lo que se viene insinuando en los párrafos anteriores no es que no haya existido un esfuerzo generalizado de modernización —el proceso de racionalización no ha dejado de actuar como en todas partes—, sino que esa modernización no ha sido "suficiente". ¿Cuál es la razón de tal insuficiencia? La

hipótesis que se formula en este trabajo es que la estructura "tradicional" ha sido relativamente permeable y que esa porosidad ha permitido absorber los elementos de "modernidad" que necesitaba sin quebrar por eso su estructura misma. En las preocupaciones actuales sobre la situación de las denominadas sociedades tradicionales —todo el tercer mundo en definitiva— ha predominado una interpretación demasiado rápida. Quizá por resonancia difusa de una teoría weberiana —la disolución de las sociedades tradicionales ante el ataque de revoluciones racionales o carismáticas—, se ha imaginado a las sociedades tradicionales como cáscaras, más o menos endurecidas, capaces sólo de resistir o de quebrarse en añicos. Lo cierto es que las sociedades tradicionales han resultado ser más o menos flexibles y capaces muchas veces de asimilar elementos en extremo racionales en algunos de sus puntos, sin perder por ello su fisonomía. Según sea su concepción filosófica de la historia, lamentarán algunos esta posibilidad y otros se alegrarán si es que piensan que no todos los valores de una tradición deben arrojarse por la borda de un solo golpe. No es ésta la ocasión de abordar un tema semejante. Lo que interesa al análisis sociológico, luego de constatar un hecho, es la posibilidad de mostrar los mecanismos o procesos sociales gracias a los cuales ocurre. Y esto es lo que ahora importa con relación a América Latina. Su "estructura tradicional", lejos de haber sido rígida e impenetrable, ha tenido la porosidad suficiente para modernizar buena parte de sus elementos, sin alcanzar por eso una "modernización" rápida y radical. Su avance social existe, de igual manera que su desarrollo económico, pero la *tasa* de ese avance —vista por ojos extraños o justificadamente impacientes— ha estado muy lejos de ser apresurada. La sociedad tradicional ha sabido adaptarse, ha sabido asimilar éstos o los otros "enclaves" de modernidad, pero hoy no es suficiente esa modernización. ¿De qué mecanismos se ha valido para esa asimilación, hasta hace poco sin conmociones? Nada tiene de extraño que los estudiosos contemporáneos de los países europeos meridionales

—tan próximos en más de un aspecto a los latinoamericanos— hayan forjado una nueva categoría —más o menos de inspiración también weberiana—, aunque sólo el término con que se la designa, más que su contenido, sea en estricto sentido novedoso. Hablan así en la interpretación de la Grecia moderna o del *mezzogiorno* italiano —como podrían hacerlo de la península ibérica— de una forma de dominación llamada de clientelas. Obsérvese que los españoles bautizaron el mismo hecho con un nombre “americano”; no por casualidad se habló por largo tiempo de *caciquismo*. Pues bien, la dominación de clientelas, lejos de ser siempre un elemento regresivo, en algunos momentos pudo ser un instrumento de “progreso”. Hace posible la incorporación de novedades, estimula el ascenso y la movilidad sociales, y permite un aparente predominio visible de los símbolos de la modernidad. Sin embargo, la movilidad social sigue distintos canales, la empresa económica se impone con instrumentos diferentes y la burocracia funciona de manera diversa. Hay un mínimo de racionalización, sin que ésta sea nunca segura ni completa, y naturalmente juega con mayor soltura en la ciudad que en el campo.

La hipótesis de este trabajo es que la flexibilidad de la estructura tradicional de América Latina se ha apoyado hasta ahora en un sistema semejante de dominación de clientelas o de patronazgo. La crisis actual no sería otra cosa que la crisis de ese mecanismo desgastado por el uso y la presión demográfica.

Un sistema de dominación de clientelas puede, en principio, no ser hostil a los afanes de progreso, pero en su estructura es incompatible con la que exige el pleno funcionamiento de las modernas sociedades industriales, si quieren seguir siendo democráticas. En éstas la movilidad y el ascenso sociales se apoyan en el mérito; los grupos que las integran están orgánicamente trabados, aun en sus antagonismos —nunca son “compartimentos estancos”, en el sentido orteguiano—; tratan de alcanzar compromisos más o menos estables, y la fluidez social —tanto horizontal como vertical— tiene su sólido apoyo en una racio-

nalidad que encarnan de modo semejante la igualdad jurídica y los procedimientos burocráticos. Dicho en pocas palabras, las dominaciones de clientelas son incompatibles con las modernas democracias pluralistas y con su soporte económico en la organización industrial.

La hipótesis formulada en este trabajo podría ser perseguida en sus más diversas ramificaciones. Algunas se han apuntado por azar y a otras se aludirá a continuación. Pero su prueba sólo podría intentarse en un estudio ambicioso, capaz de abarcar en toda su complejidad y diversidad los acelerados acontecimientos históricos de estas últimas décadas, no siempre puramente internas sino resultado de poderosos influjos exteriores. Con todo, no ha podido menos de examinarse someramente uno de los aspectos de esa hipótesis: el de las llamadas clases medias. Es sabido el carácter equívoco y vidrioso del término. Ocurre con él lo mismo que otros no menos habituales y al parecer más sólidos: así, no puede hablarse del feudalismo en general —han existido diversos feudalismos—, ni tampoco puede manejarse el término burguesía con valores absolutos. Así, *les bourgeois conquérants* puede ser un título sugestivo para un libro, pero el burgués francés no ha sido el mismo que el alemán, el inglés o el norteamericano.

Parece imponerse otra correlación entre el desarrollo económico y la actividad creadora de las clases medias. En las últimas décadas han ido surgiendo por todas partes de América Latina sectores sociales de este tipo. No podían faltar las interpretaciones que cargaran también sobre sus hombros buena parte de lo que se ha hecho en el desarrollo económico y el deber por añadidura de aceptar esa carga hasta el final. Esta interpretación supone que los grupos que por sus ingresos o por su posición social cabe clasificar estadísticamente como sectores medios, no pueden menos de poseer la correspondiente conciencia de clase o, si se quieren evitar complicaciones, las *actitudes económicas y sociales* que caracterizaron a esas capas en la formación de los grandes países industriales. Sin embargo, el hecho patente en Améri-

ca Latina del relativo estancamiento actual de algunos de sus países, que no sólo avanzaron con rapidez a finales del pasado siglo, sino que poseían una cantidad mayor de sectores medios, habría hecho caer en entredicho la vieja doctrina, si para ello no hubieran sobrado otros hechos históricos. Se ha dicho entonces que no bastaba tan sólo la cantidad, ya que era precisa la calidad. Esta interpretación resulta insatisfactoria si no se sabe en qué consiste esa calidad ni cuáles son su origen y sus posibilidades de mutación.

La hipótesis general acerca de la flexibilidad de las estructuras tradicionales permite adelantar ahora una hipótesis más concreta sobre las clases medias, que contradice aunque no la anula del todo, a la más usual y conocida. ¿Cuál de ambas hipótesis posee mayor validez general? Posiblemente ninguna, en la medida en que su valor es meramente circunstancial. Quizá la segunda hipótesis —la asimilación de las clases medias por el sistema tradicional— sirva para explicar algunos de los enigmas de la actual situación latinoamericana, pero es dudoso que sirva en todos los casos, ya que en algunos —no se olvida la compleja trabazón de la historia— pudieran encontrarse solapados los elementos explicativos de ambas hipótesis.

Ahora bien, la línea general de este trabajo permite encarar también la situación del movimiento sindical latinoamericano —que en manera alguna tiene que repetir las fases por las que pasó en otros países— ni, sobre todo, la estructura de las capas de trabajo en las ciudades. El análisis de esa estructura es en extremo interesante, pues sirve para señalar la “marginalidad” de algunos estratos urbanos y delimitar las áreas peligrosas de las “situaciones de masa” que presenta. El examen atento de esa estructura es requisito indispensable en todo programa de política económica y de política social, cualquiera que sea su contenido. Ese contenido, que no es objeto del presente estudio, podría determinar distintos enfoques según su color. Desde el punto de vista sociológico, lo que importa es percatarse de los problemas objetivos que semejante estructura plantea y que en buena

parte derivan de su fuerte dosis de marginalidad. Marginalidad que quizá sólo pueda interpretarse desde la hipótesis general de este trabajo.

Con alguna premura no podía menos de bosquejarse el reflejo ideológico de la situación descrita. Se trata de la historia de unos años, en que la situación económica insatisfactoria corresponde paradójicamente no sólo a un mayor saber económico general, sino también a una eclosión generalizada de nuevas expectativas y de aspiraciones a un mayor bienestar. Al enfrentarse con la realidad, tales expectativas no pudieron menos de traer en algunos casos profundas desilusiones, que no por eso dejaban de ser el acicate —a veces desesperado— de renovadas esperanzas y ambiciones. Teniendo en cuenta el fondo de esa realidad —en extremo compleja por otra parte— se ha intentado la simplificación de trazar el cuadro de las ideologías políticas predominantes en esos años y que todavía se arrastran, hasta hoy: el nacionalismo, el populismo y el tradicionalismo o conservadurismo “modernizante”. La verdad es que el término “ideología” quizá sea incorrecto. Se trata más bien de “protoformas” de ideologías, que nunca pudieron cuajar en idearios claramente definidos. Por eso importa tanto más forjar el “tipo ideal” de esas protoformas, señalando en lo posible sus características más decisivas y definitorias. La importancia de esas “ideologías” deriva de tres razones principales: 1) de que todas tienen presente —más o menos explícitamente, con mayor o menor vaguedad— el desarrollo económico como la tarea fundamental de nuestros días; 2) de que están empapadas de elementos irracionales, que hacen imposible el planteamiento de fórmulas precisas; 3) de que reflejan la situación crítica de las formas de dominación de clientelas y el estado de “masificación” producido por la presión demográfica y la urbanización acelerada, o si se quiere el declive de la capacidad de asimilación de la persistente sociedad tradicional.

El síntoma de la puesta en función de una nueva estructura no será otro que la sustitución de esas ideologías penetradas de irracionalidad por idearios

precisos, uno de cuyos contenidos sea la formulación de una clara política de desarrollo. Esta, naturalmente, será diversa según las distintas posiciones el día en que esas "protoformas ideológicas" se conviertan en los programas prácticos de acción del tipo de los partidos requeridos por la nueva edad.

Es necesario declarar, por último, que un tipo de trabajo como el presente sólo tiene un valor *programático* e invita a una serie numerosa de investigaciones posteriores. Ante las urgencias de la hora, alguien pensará tal vez que las acciones prácticas no pueden ni deben esperar a semejante despliegue de investigaciones. Nadie lo pretende. Sin embargo, estaría en un error quien creyera que sólo se trata de especulaciones intelectuales propias de los hombres de cátedra. Sería un error porque —aun acudiendo en todo instante a las intervenciones que parezcan más oportunas —sin poner en claro los problemas indicados, sin percatarse de lo que se trata, de lo que está ocurriendo—, no es posible ninguna acción a larga distancia, que es la única que corresponde a los verdaderos hombres de Estado.

NOTA

Estos papeles ocasionales tienen la unidad temática de la gran empresa colectiva en que fueron y son partícipes. Para justificar el hecho de fatigar con ellos a las ya sobrecargadas prensas no basta con la referencia sentimental de su autor al paso de unos años. Durante ellos la intensidad de la experiencia hispanoamericana en la lucha por su desarrollo económico y social han convertido en lugar común muchas de las ideas con que el lector se ha encontrado, dejando en situación de incertidumbre su filiación o su génesis. El autor no opondría la menor resistencia a la objeción sobre el carácter insignificante de estos papeles. Pero aparte de que sólo se puede dar lo que se tiene —poco o mucho— se podrían señalar algunas cuestiones y planteamientos que esperan un examen atento por quien pueda hacerlo con mayores energías. Y esto y no otra cosa es lo que importa.

El orden cronológico de estos escritos es el siguiente:

1960 (noviembre)	Las relaciones entre las instituciones sociales y las económicas
1962 (abril)	Desarrollo económico y educación
1963 (abril)	Glosas a nacionalismo y desarrollo
1963 (mayo)	Planteamiento de una investigación
1963 (diciembre)	Factores sociales de la educación
1964 (junio)	La reforma de la universidad latinoamericana

1965 (febrero)	El desarrollo y su filosofía
1965 (diciembre)	La juventud latinoamericana como campo de investigación social
1966 (marzo)	La universidad ante el desarrollo económico

